

N.o 62

Jara  
Todos  
M. R.

\$ 1.20



BIBLIOTECA PIONERA  
HECHO EN CHILE POR  
UNIVERSO



# Es Posible Conservar la Belleza Cuidando el Cutis

USANDO CREMA DEL HAREM Y LA  
LECHE DEL HAREM, TENDRA USTED  
SIEMPRE UN CUTIS LIMPIO, SANO Y  
ATERCIOPELADO.



**S**i su cutis se siente **tirante** después de un paseo al aire libre, o seco después del baño, eso indica que le falta aceite, sin el cual la tez nunca puede adquirir su grado supremo de belleza.

El efecto de una moderada cantidad de aceite en el cutis es beneficioso, pues lo torna suave y terso y elimina de él las imperceptibles **escamas** que tienden a formarse en todo cutis seco.

El defecto de sequedad en el cutis debe por todos conceptos corregirse, pues de lo contrario va adquiriendo mayores proporciones a medida que pasa el tiempo y llega a anular del todo los naturales encantos del rostro femenino. Para el cutis áspero y seco no hay nada mejor que la **Crema del Harem**. En su elaboración entran solamente los ingredientes más puros y sanativos, y su efecto sobre la tez es beneficioso, refrescante y embellecedor.



**Limpieza del cutis.**  
Use Crema del Harem diariamente para el cutis reseco. Mientras más se use esta Crema más limpia, terso y juvenil aparecerá el rostro. Esta Crema limpia radicalmente los poros, da vigor y salud al cutis y alimenta los tejidos faciales trayendo a las mejillas el color de las rosas. Esparza la Cre-

ma del Harem sobre todas las partes del rostro que requieran limpieza; dese masaje ligeramente sobre la piel con la yema de los dedos haciendo todo el tiempo círculo hacia afuera. Tome luego un **pañito** limpio y haga desaparecer la Crema del rostro. ¡Quedará usted sorprendida al ver la suciedad que aparece en el paño!

**Base para polvo.** Aplique la Crema del Harem en pequeñas cantidades, dándose masaje con ella en todo el rostro. Eliminense luego con un paño limpio o con algodón absorbente. El cutis absorberá la pequeña cantidad de Crema sobrante y quedará en admirables condiciones para recibir el polvo.

## CREMA DEL HAREM



**A**SI como hay personas que tienen el cutis demasiado reseco, hay otras que, por el contrario, lo tienen demasiado aceitoso. Tales personas no requieren, como es natural, ningún preparado que pueda aumentar esa condición grasieta del cutis. Esto de ninguna manera significa que no deba usar la **Crema del Harem** de que hemos hablado antes, pero simplemente como factor de limpieza y purificación del cutis. Una moderada cantidad de aceite es indispensable al cutis, pero el exceso de grasa es perjudicial. Esta sobreabundancia de aceite debe corregirse cuanto antes. Una vez corregida, el cutis adquiere inmediatamente la suavidad y tersura que dan al rostro femenino un encanto irresistible.

Contadas son las damas que poseen un cutis exento de toda imperfección. Al correr de los años, el cutis comienza a sentir el efecto de los elementos y de las indisposiciones físicas. Es preciso entonces recurrir a aquellos preparados científicos que van eliminando los defectos a medida que se presentan y que suministran al cutis el alimento necesario para conservarlo sano, vigoroso y atractivo. Este cuidado del cutis debe constituir para toda mujer un deber placentero. Pertenecer al "bello sexo" impone desde luego la obligación de conservarse bella. Un cutis marchito, reseco o grasierto no es un cutis atractivo. Cualesquier otros encantos físicos que una dama pueda poseer se ven completamente anulados si el rostro presenta imperfecciones físicas, hijas del descuido.

Cuando el cutis es demasiado grasierto se impone el uso de la **Leche del Harem**. Esta Crema es pura, está absolutamente exenta de grasa y es altamente beneficiosa para el cutis. Su acción evita la excesiva dilatación de los poros que exudan demasiada cantidad de aceite. Usada después de lavarse las manos las deja suaves y blancas. Da al cutis ese tono mate tan de moda hoy día, y es ideal como base para polvos.

**Cómo usar la Leche del Harem.** Limpiese bien el cutis antes de aplicar esta Crema. Espárrasela luego sobre el rostro en pequeñas cantidades y dese masaje con las yemas de los dedos haciendo movimientos circulares hacia afuera. Eliminese con un paño limpio antes de usar el polvo.



## LECHE DEL HAREM



# BIBLIOTECA NACIONAL PARA TODOS

REVISTA QUINCEÑAL

AÑO III NUM. 62.

Santiago de Chile, 18 de febrero de 1930.  
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag» perteneciente  
a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo



## ¿Pueden ser feas las piernas de una muchacha?

POR JHON FATER

La respuesta a esta pregunta es, muy evidentemente, ¡no! ¿Puede ser fea una parte de una rosa, o un acorde de Beethoven desagradable? Y una muchacha es mucho más bella que ambas cosas, e igualmente cada una de sus partes, incluyendo sus piernas.

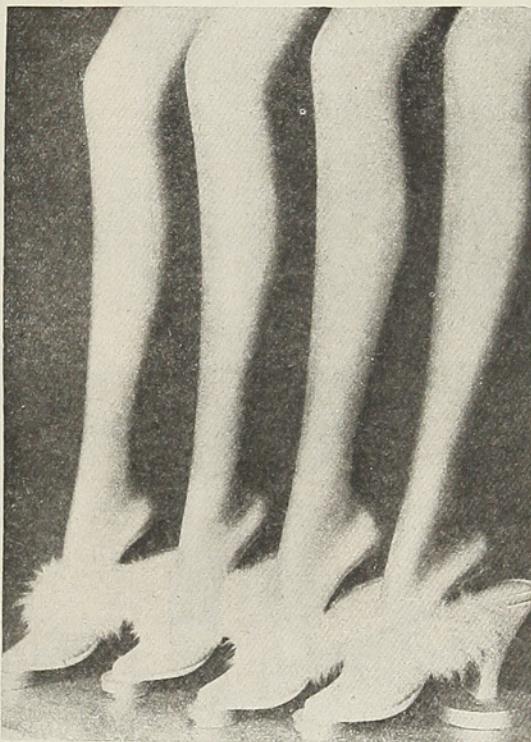
Hubo tiempos en que no se podían poner las piernas de muchacha en imprenta, porque la censura así lo decetaba. Cuando yo era pequeño, las muchachas no tenían piernas. O, por lo menos, nunca supe que las tuvieran. Estaban hechas todas de una pieza, desde la cintura hasta el suelo. Si me hubiera preguntado en aquel tiempo, cuáles eran los medios naturales de locomoción de las muchachas, hubiera replicado, sin dudar un momento, que caminaban sobre pequeñas rueditas escondidas debajo de sus faldas, como lo hacen los ratoncitos mecánicos.

En realidad, yo sabía que las nenas tenían algo así como piernas rudimentarias, muy gorduzuelas, con una consistencia y color parecidos a los de la salchicha, pero estaba muy convencido que sólo servían para que las mamás y niñeras pudieran envolverlas más fácilmente en los pañales, y que se iban acortando a medida que la nena crecía, hasta que terminaban por desaparecer por completo.

Ahora ya sé que estaba equivocado. Las piernas existían, pero se las cubrían completamente, aunque no creo que fuera por decencia o modestia, porque en aquel tiempo se llevaban los brazos desnudos y no veo la diferencia que puede haber entre unos y otros miembros desde este punto de vista. La verdadera razón que las obligaba a cubrirlas era que eran "feas".

Desde que la "carestía" de hombres obligó a las mujeres a sostenerse solas, debieron desarrollar buenas piernas sobre qué hacerlo. Primero acortaron sus faldas para que los hombres timidos no se escondieran tras ellas y enseñaran sus piernas ante la multitud asombrada.

Después de un tan largo cautiverio, estaban un poquito raras, porque no se les había prestado atención. Las antiguas y larguissimas enaguas cubrían, como la caridad, una gran variedad de espesillas. Pero hace diez años que el generoso sol está brillando sobre ellas—por supuesto que mientras ha brillado—y hoy día están más fuertes, más sanas y mejor formadas. Si hay actualmente una cosa más agradable que contemplar las piernas de una muchacha, es, sin duda alguna las de otra muchacha.



Cuatro premios ruidosos ganados en Berlín, en un concurso de piernas bonitas

mento pequeño. Veamos ahora las proporciones y medidas.

La circunferencia máxima de la pantorrilla debe ser igual a la de la nuca.

Además, debe esa magnitud irse afirmando, apuntando, hasta encima del tobillo, en una curva graciosa, y allí se hace ya delgada.

Las piernas que tienen el mismo diámetro constante en todas sus partes, son también bellas, pero con la belleza de una alfombra enrollada; casi todo el mundo las prefiere que se vayan enseñando a medida que se sube, como lo hace la voz de un hombre que canta.

Después está el estilo "chippendale", con nudos, que tienen muy buen aspecto en pijama; también el tipo pilar, que da la impresión de solidez y peso, y el tipo juncopilar, que pasa bruscamente de una delgadez excesiva, pero no desagradable, hasta la corpulencia positiva y burguesa.

En un tiempo, las piernas de muchacha se utilizaban para caminar y para mover los pedales de la máquina de coser, pero hoy día se emplean para presionar el acelerador (casi nunca los frenos) de los automóviles, y para ponerse en el camino de los hombres cuando éstos se disponen a ensayar un nuevo paso de baile.

Constituyen también el segundo apoyo del cuerpo durante los viajes en subterráneo, siendo el primero la correa de sostén. Además, de no tenerlas, ¿dónde guardar las medias de seda?

Han sido, por supuesto, la causa de discusiones sin fin, porque mucha gente anticuada declara preferible la amputación de las mismas antes de su ostentación por todas partes.

Ahora bien: todas las piernas de muchacha son lindas, pero las hay algunas más lindas que las otras. La pierna perfecta debe ser lo justamente larga como para cubrir el espacio existente entre el cuerpo y el suelo.

Lo que quiero decir, es que si las piernas son más largas que eso, entonces habrá necesidad de meter el sobrante en alguna parte, curvándolas; si son, por el contrario, más cortas, será necesario suplir lo que falte, inclinando o descendiendo el cuerpo.

En ambos casos, tienen mucho mejor aspecto en botas altas o rusas.

Por otra parte, si se tuercen hacia adentro, el consuelo se saca del hecho que se ocupa menos espacio en un departamento pequeño. Veamos ahora las proporciones y medidas.



**L**A linda rubia que se sienta y — hablando en sentido figurado — peina sus cabellos de oro, ha constituido siempre — desde los tiempos en que Elena se dejó conducir a Troya, desatando la guerra en todo el mundo conocido — una amenaza para el hombre.

Hace aproximadamente cien años, Heine, después de salir de su tierra nativa para buscar tranquilidad en París, tomó la pluma y describió en un poema el encanto fatal de las rubias. Y hace poco más de un año que una menuda e ingeniosa trigueña Americana, Anita Loos, dijo casi lo que puede decirse acerca de la psicología de la Loreley.

Pero lo más notable de este tipo de mujer es que usted puede descubrir sus secretos, hasta lo más recondito y, sin embargo, su fascinación no se disipa. Su pelo rubio pálido, sus grandes ojos claros, su rostro infantil y sus ademanes delicadamente felinos, son más poderosos que la prudencia y el talento.



**L**ucien Lelong es, como nuestras lectoras saben, uno de los grandes modistas parisinos y uno de los mejores críticos del arte de vestir. En Europa, Lelong está considerado una autoridad indiscutible en cuestiones de belleza y elegancia femeninas. Y, aparte su personalidad artística, tiene la personalidad social que le da su matrimonio con una Romanoff, sobrina del difunto Zar.

El encanto de la Loreley reside en su infertilidad. Y el secreto de su *maquillage* consiste en destacar sabiamente esa infertilidad.

La Loreley tiene una frente amplia, suave, redonda como la de un niño, y sus ojos parecen tan cristalinos e inocentes como los de un muchacho. Es rubia, irremediablemente rubia. No puede adquirir ese saludable color tostado de las playas aunque lo quiera — y no debe quererlo más de lo que la orquídea quiere adquirir el color de un modesto lirio silvestre.

#### LA GRACIA DE LORELEY

La perfecta Loreley apenas peina sus cabellos de oro y los dispone en inocentes ondas en torno a su rostro. Puede luego ponerse un poco — no demasiado — de *rouge* de tono rosa en las mejillas, y continuar con una aplicación, igualmente ligera, de polvos tan claros como su propia piel.

Acentuará sus ojos, desde luego; pero el hacerlo no es cosa fácil. Las líneas duras, negras, del tipo vampirosc, le están terminantemente prohibidas. Estos ojos azules parecen más grandes y más claros si se tocan sus párpados con azul, de un tono ligeramente más oscuro que los ojos mismos. Las pestañas se acentuarán con *rimmel* pardo, y si la Loreley tiene mano segura, puede poner un toque de azul, del mismo tono que los ojos, en la parte inferior de sus pestañas superiores, cuidando de fundirlo delicadamente con el lápiz de las pestañas para que no se vea el punto de unión. Si sus ojos son verdes, escogerá un tono verde para los ojos, y el lápiz o el *rimmel* para las pestañas tendrán uno de esos tonos pardos que armonizan perfectamente con el verde. Hecho con cuidado esto, parece como una maravilla de la naturaleza, a pesar de que es todo puro arte.

La boca de la Loreley es uno de sus más poderosos atractivos, y precisamente por eso no es cosa fácil retocarla. El "rouge" para sus labios será muy claro: uno de esos tonos de cereza pálida o coral. El *maquillage* no debe ensanchar ni engrosar la boca; el la-

bio inferior, especialmente, no debe engrosarse, sino que, por el contrario, se aumentará levemente la curva del labio superior.

Puede ponerselo luego un toque de *rouge* en el lóbulo de cada oreja, porque no debe parecer demasiado pálida, y la vida de una Loreley, siempre cantando a la luz de la luna, parece predisponerla naturalmente a la palidez. Si su barbillas es muy voluntariosa, puede poner un toque de *rouge* en ella, justamente en el sitio donde estaría el hoyuelo, si es que éste no existe.

#### LOS TRAJES DE BANO

La Loreley debe excluir en la playa los trajes de baño atléticos extremadamente estocados, que parecen hechos para producir quemaduras, y su cuerpo debe estar cubierto, cuando sale del agua, por un abrigo de playa o un *pyjama*. Este es uno de los pocos tipos de mujer que puede llevar una sombrilla sin desentonar. La Loreley protegerá su piel con un buen *cold-cream*, porque su delicadeza nómada no debe exponerse a la mancha de una sola peca. Las cremas protectoras deben conservar la piel blanca, si se las usa continuamente y se las recubre con polvos.

Si puede aprobarse que la ardiente trigueña curta su piel al sol, me parece absurdo que una mujer cuya piel tiene naturalmente el color de la porcelana fina, estropie y obscurezca su delicada pureza. Mi opinión es que, por el contrario, se la debe proteger como uno de los grandes atractivos de la mujer frágil y aníñada.

#### LA "TOILETTE" DE LORELEY

Yo he creído siempre que para Loreley no hay colores tan efectivos, durante el día, como los delicados tonos grises del verde y el azul. Por la noche, los azules delicadamente modulados, los rosa ceniceros y los blancos, serán como un halo para su rubio encanto y destacarán su delicadeza. En cambio, debe evitar, como una plaga, los carmelitas pronunciados, los rojos carmesíes, todos los tonos oscuros del verde y todas las sombras del púrpura. Puede también aventurarse a usar los malmes muy atenuados, y estará deliciosa con los azules ahumados, oscuros. Los colores blandos y suaves acentuarán el encanto de sus cabellos pálidos y de su cutis delicado.



Estimo que la moderna Loreley debe evitar lo raro en las líneas de su traje. Aunque su encanto es infantil, no tiene necesidad de destacar demasiado ese hecho, poniéndose faldas con crinolinas como una muñeca italiana, o con alforzas y fichús como un retrato de Greuze. Es indispensable que parezca ocultar su aire inocente bajo el garbo de una mujer de mundo, pero sin ahogarlo en severidad.

Al crear algunos de mis trajes de noche, en tul, guardados de volantes, pensaba muy particularmente en el tipo Loreley. La diafanidad del tul se adapta muy bien a ese no sé qué de cuento de hadas que tienen estas mujercitas. Dibujado para su pequeña estatura y para su cuerpecito grácil, son los trajes de cintura más alta de mi colección. En estas, como en otras mujeres, yo no comprendo una cintura excesivamente alta. Colocar el cinturón al medio del cuerpo, sobre poco más o menos, me parece lo más apropiado.

Para armonizar bien con las rubias delicadas no creo yo que haya nada tan perfecto como el tul y el chiffon.

(Continúa en la página 77)

# La Moderna Loreley, Por Lucien Lelong



# ALEGRIA "Historia triste"

POR VICTOR GABIRONDO



...el bohemio, tomándole las manos cariñosamente, le pregunta: ¡Y él?

¿Quién era aquella muñeca risueña que encendía los corazones con sus encantos y ponía una ilusión en los corazones con sus miradas? ¿Qué misterio ocultaba en las profundidades de su ser aquella niña de veinte años que, llevando el cendal de gloria sobre su frente y la sonrisa triunfadora en los labios, vivía ajena al halago de la gloria que la acariciaba? ¡Imposible averiguarlo!

En los grandes carteles del teatro donde actuaba, sobre el fondo blanco del papel la tinta roja resaltaba agresiva; ¡Alegria!

Y Alegria era para el público, ajeno a la complicada psicología del alma, aquella artista que reía los couplets en pícaridas de sonrisas y miradas. Pero, observándola detenidamente, pronto se advinaba el rictus amaro en sus labios y la tragedia oculta en el fondo negro de sus pupilas.

II

Emilio, el bohemio impenitente, el autor de los cantos de amor, el magnífico artífice de la palabra rimada, acudía diariamente al teatro donde actuaba Alegria.

No era un enamorado más de la mujer de moda, como otros tantos que la asediaban con sus miradas y la ofendían con sus ofrecimientos; era el artista que se complacía en admirar a la triunfadora, el hombre que leía en sus ojos no el brillo de la gloria, sino la visión trágica que en ellos relampagueaba algunas veces.

Se martirizaba pretendiendo averiguar el misterio de aquella niña, y se figuraba que su alma, tan dichosa, al parecer, era una pobre sensitiva que lloraba algún dolor misterioso y profundo, después de reír sobre el tablado los couplets, saboreados por sus admiradores, que los coreaban en homenaje.

También Alegria fijó sus ojos en el artista, y entre ambos se estableció una corriente simpática, una atracción poderosa, que les hacia sonreír sin hablarse, mirarse sin conocerse.

La mujer vió en el poeta a un ser superior que adivinaba sus dolores y acallaba los latidos de su corazón en un respeto elocuente a su vida misteriosa, y tuvo para él la sonrisa y el mirar acariciante del agraciamento.

Y como no podía menos de suceder, sin saber cómo, sin buscarlo, inconscientemente, un día se encontraron juntos y se hablaron como viejos amigos, la gloriosa artista Alegria, mimada por el público y envidiada por sus compañeras, y el poeta sentimental, romántico y bohemio.

III

—He deseado este momento, que sabía inevitable, con toda la ilusión de mi alma de artista, le dije él al saludarla.

Ella le envolvió en la caricia de sus ojos grandes, que entonces tenían en sus pupilas las tristezas de todas las melancolías, y contestó:

—Acaso, después de alcanzado, sufra usted el dolor de una ilusión perdida.

—No lo crea usted así, Alegria. ¿No es así su nombre? Alegria la llaman, yo no sé por qué, y así he de llamarla. No crea, repito, que me arrepienta de esta dicha. La he deseado tanto, que soñaba con esta ventura, a la que llegué a creer tan imposible como a la gloria misma.

—Y como alcanzará usted la gloria, alcanzó esta pobre ventura de hablar conmigo.

—Y de ser su amigo.

—Con toda el alma.

Se estrecharon las manos, mirándose intensamente, pupilas con pupilas. Las almas se asomaron a los ojos y se debieron decir en un segundo dos historias intensas, fuertes, grandes. Ella fue la primera que habló:

—¿Quiere usted, Emilio, que dejando aparte toda clase de sentimientos, fundamos nuestros corazones en una amistad franca, abierta, hermana? yo sé lo que usted siente: amor... pero yo no puedo amar. Sería una comedia indigna que me repugna fingirselo, el decirle lo contrario. Yo no he sido para usted la artista gloriosa que entusiasma al público, la mujer de moda que atrae todas las miradas y todos los corazones, lo sé. Acaso ha sido usted el único hombre que ha presentido la tragedia que vive en mi vida, y este misterio le ha hecho acercarse a mí con la fuerza con que atrae todo lo enigmático.

—Es cierto; y he sentido la inquietud de la curiosidad con tanta fuerza como la del amor.

—Olvidemos ese amor. Mejor dicho, yo voy a hacer la buena obra de matarlo, descubriendo el misterio de mi vida...

IV

—Apenas salí del colegio, niña todavía, pues tenía diecisiete años escasos, conocí a Alberto empezando diciendo la artista. Alberto era el primer hombre que me habló de amor, y esa ocasión, a mi edad, era el arpegio divino, era la gloria deseada. Con mi loca imaginación llena de lecturas, me creí heroína de una historia amorosa, y puse mi alma entera a los pies de aquel hombre.

—Fuimos felices algún tiempo. Libé todas las dulzuras de una pasión moral, escuché todas las promesas que dijeron labios de hombre, me vi abrazada millones de veces por las

(Continúa en la página 77).

UN BELLO CUENTO  
CHILENO

# "Quintriqueo"

POR

EMILIO LILLO FIGUEROA

EMILIO LILLO, HERMANO DE BALDOMERO Y SAMUEL LILLO, MURIÓ EN HORA PREMATURA. TUVO UN GRANDE Y CLARO TALENTO. DEJO ALGUNOS CUENTOS, ENTRE LOS CUALES ESTE ES UNA HERMOSA PRIMICIA

Favorecido por la obscuridad de la noche, en silencio se deslizaba por la playa de Curaquilla un grupo de jinetes. Avanzaba lentamente al paso de las cabalgaduras, con cierta indecisión, deteniéndose a veces un momento para seguir con cautela la marcha pegándose a la costa.

De pronto, el grupo se detuvo. A su frente se elevaba un cerro, cuya masa oscura se destacaba en el cielo como un immense muro que cortaba el camino de la playa. Algunas luces apenadas perceptibles brillaban en la cumbre. Eran del fuerte Colo-Colo, nueva fortaleza española, que dominaba la extensa bahía de Arauco.

Reinaba el silencio en el fortificado recinto, y sus alrededores permanecían tan callados y solitarios, que no se oía el más leve rumor desde la playa. Un alerta triste y prolongado rasgo de repente los aires allá en la altura, al que respondió otro más lejano. Los jinetes se arremolinaron un momento; pero luego quedaron allí inmóviles, como misteriosos centinelas de aquella soledad, en medio del oleaje de la marea que subía, salpicados por la espuma, rigidos y mudos.

Uno de los jinetes habló en voz baja con los demás y apartándose del grupo echó pie a tierra. Dos de sus compañeros quisieron imitarlo; pero aquél los contuvo con un movimiento de cólera y volviéndoles la espalda, con paso sigiloso se dirigió hacia el fuerte, desapareciendo luego en la oscuridad.

Un sordo murmullo partió del grupo; pero tan sólo duró un segundo, quedando todo tan callado en la desierta playa, que no se oía más ruido que la incesante queja del mar.

En una casucha junto al muro interior del recinto velaba a esas horas una mujer. Era muy joven, tendría a lo más dieciocho a veinte años de edad, de cabellos negros y espesos, ojos grandes y regulares facciones. Todo el conjunto de su persona dejaba adivinar que por sus venas corría pura sangre araucana.

No llevaba el traje de su raza, sino que estaba vestida con un amplio camisón y una falda corta que daban mayor realce a sus formas y mayor soltura a sus movimientos.

Iba y venía en la habitación. Tan pronto avivaba el fuego del hogar en el cual hervía a todo vapor una tosca olla de barro, como iba a meter suavemente una pequeña hamaca colgada de una de las vigas del techo.

De repente se quedó suspensa, con el oído atento a un pequeño ruido que venía del exterior, un ruido tan tenue y ligero que habría sido imperceptible para cualquier oido me-



Blandia en la diestra una pequeña lanza y llevaba un laque enrollado en la cintura

nos ejercitado que el suyo.

Intranquila se dirigió a la ventana. Afuera reinaba una oscuridad profunda y sus ojos escudriñaron en vano las tinieblas.

El ruido que había llamado su atención se hizo más sensible. Parecía que algo se iba arrastrando por el suelo junto a la pared.

Llena de inquietud se acercó a la cuna; pero en ese momento un hombre saltó en la habitación por la ventana.

Una súbita llamada que reanimó los tizones casi extinguidos vino a iluminar la figura de aquel extraño visitante.

La joven se quedó como petrificada.

Ante ella se alzaba un indio fuerte y musculoso, de rostro cenudo y fiero. Blandía en la diestra una pequeña lanza y llevaba un laque enrollado en la cintura.

El pelo le caía por la frente en largos cadejos por entre los cuales brillaban sus ojos como dos carbones encendidos.

—Vengo a buscarla, le digo con voz reconcentrada. ¡Ha sido preciso que venga a este sitio maldito a recordarte dónde has nacido! Dime, si no pudiste huir, ¿cómo es que vives? ¿Acaso has olvidado cuál es la sangre que corre por tus venas?

Y dando un paso hacia la joven con ademán siniestro:

—¡Qué ven mis ojos! exclamó al aire, rodando el brazo iba a descargarlo sobre ella, cuando un lloro penetrante salió de la hamaca.

El indio lanzó un aullido y saltó frenético blandiendo su arma; pero la madre, rápida como una saeta, cubrió la cuna con su cuerpo.

En ese instante, la puerta se abrió y un soldado apareció en el umbral.

—¡Juan!, gritó la joven, y la voz se le ahogó en la garganta.

Con prodigiosa agilidad había caído el indio sobre él dándole en medio del pecho una lanza. La lanza resbaló en la armadura y fué a romperse en astillas en la pared. El soldado bamboleó con la fuerza del golpe, y antes de que el indio hiciera uso del arma que llevaba en la cintura, le dió un puñetazo en el rostro que lo hizo retroceder desatendido.

Pero el indio se repuso al instante y con la cabeza se lanzó sobre su adversario, y ambos rodaron por el suelo estrechamente abrazados.

Durante algunos segundos no se oyó en la pieza sino la respiración anhelante de los combatientes.

# CUENTO BARATO

**POR**

**D. MARGARIT**



porque en tal quehacer su abuela invertía, mientras ella era desatendida en su petición.

—Entreténte ahora con eso, abuela—dijo al fin, no pudiendo contenerse más.

—Todo se ha de hacer; los destrozos que tú causas, alguien los ha de reparar.

—Sí; pero mientras te esquivas de contarme el cuento.

—No lo creas: ya está arreglado. Ahora, veamos qué es lo que deseas.

—¡Ya te lo he dicho. Uno que sea bien bonito; de esos que tú sabes.

—Tendrás con qué pagarme? Porque has de saber que yo, como ya soy bastante viejecita, necesito que todos mis trabajos sean recompensados. El camino que aún me queda por recorrer es el más árido de la vida y es preciso embellecerlo...

—Tienes con qué pagar?

La pequeña hizo un gesto negativo y de extrañeza. ¿Desde cuándo su abuela le cobraba los cuentos? ¡Vaya una ocurrencia!

—Pedié dinero a papá!

La abuela rechazó el ofrecimiento.

—Yo no necesito dinero, y, además, tú me podrías dar muy poco...

Y lo dijo así, con un tonillo de burla que lastimaba...

—¡Caramba, nunca se te había ocurrido tal cosa!

Y no sabiendo la razón que tal exigencia, no acostumbrada, ahora trataría de imponer, rebuscó en la memoria sus objetos de valor, los que pudieran tenerlo al menos para la abuela.

—Como no quieras que te dé a Mimi!

Mimi era un bebé grande, que cerraba los ojos, y por el que sentía Rosario, un cariño casi tan grande como el que profesaba a su abuela.

Ya suponía este ofrecimiento un verdadero sacrificio... La abuela, no obstante, también lo rechazó.

—Para qué quiero yo tu muñeca, si tú lo eres mía?

Ofreció cromos; tampoco. Su costurero chiquito; nada de aquello tenía valor suficiente.

Y cansada ya, no sabiendo qué ofrecer aún, con una vozecilla agonizada, en la que ponía suplica, dijo:

—¡Cuéntame el cuento y después pideme lo que quieras!

—No; lo dejó a tu voluntad: escucha mi cuento y, después de acabado, tú me darás el premio que se merezca.

—Bueno!

Y se sentó en una silla pequeñita, recostando su cabeza en el regazo de la anciana, mirándola fijamente con sus ojos

(Continúa en la página 74)

A todo correr la revoltosa Rosarito llegó a la butaca donde su abuela, sentada, dejaba pasar el tiempo, hojeando de tanto en tanto un libro que en la falda tenía, y la asaltó, medio derribándola, y la hirió en los oídos con su voz aguda de falso sete.

—Abuela, abuela; un cuento.

Y no la dejaba reponerse de la emoción sufrida, sino que, al contrario, la acosaba más y más, zarandéandola, queriendo hacerle con sus manitas infantiles unas caricias que semejaban zarpazos para la pobre anciana.

—¿Me oyés, abuela? Un cuento; un cuento... en seguida... —seguía imperativamente.

La fuerza de la costumbre de ser atendida de todos la hacía siempre pedir con tono tan exigente, que no había medio humano de negarse a acceder a su petición.

Y, además, ¡era tan zalamera! Siempre tenía dispuesta una sonrisa para cualquiera de la casa. Siempre en sus labios de un rojo fresco y subido había un beso para su abuelita, constantemente avara de ellos.

—Pero, espera un momento, criatura—pudo al fin decir la abuela.—Vaya un modo de pedir las cosas... dámbole un susto... y un empellón que a poco más me tiras por tierra...

La anciana cogió el libro, que abierto y con las hojas dobladas por el suelo había rodado, las allisó con sus manos sarmentosas, y con mucho cuidado y lentamente lo colocó sobre un velador.

Rosarito la miraba, nerviosa al ver el cuidado y el tiem-



LOS GRACIOSOS SOMBROS



QUE LLEVAN LAS ARTISTAS



Los sombreros son ciertamente de una diversidad increíble. Cada modista ha lanzado veinte ideas nuevas sobre las cabezas de sus veinte clientas más elegantes, y hemos podido admirar sin reservas su talento y su imaginación. Lo que me ha llamado más la atención es la boga de la crin, muy ligera y muy transparente. Las dos elegantes mejor vestidas de París, llevaban el otro día en las carreras un gran sombrero cuya ala era en encaje de crin y la copa en terciopelo estaba ligeramente drapeada.

El conjunto es liviano, ele-

gante y de gran éxito. Las tocas, de fieltro o de paja jersey, están a veces adornadas por una franja de crin, que forma un ala transparente y unas cocas al costado.

En fin, se han visto gorros de crin bordados con aplicaciones de fieltro o de terciopelo, que deja entrever el cabello.

Hablemos un poco de las capelinhas de verano: son de forma muy particular y muy



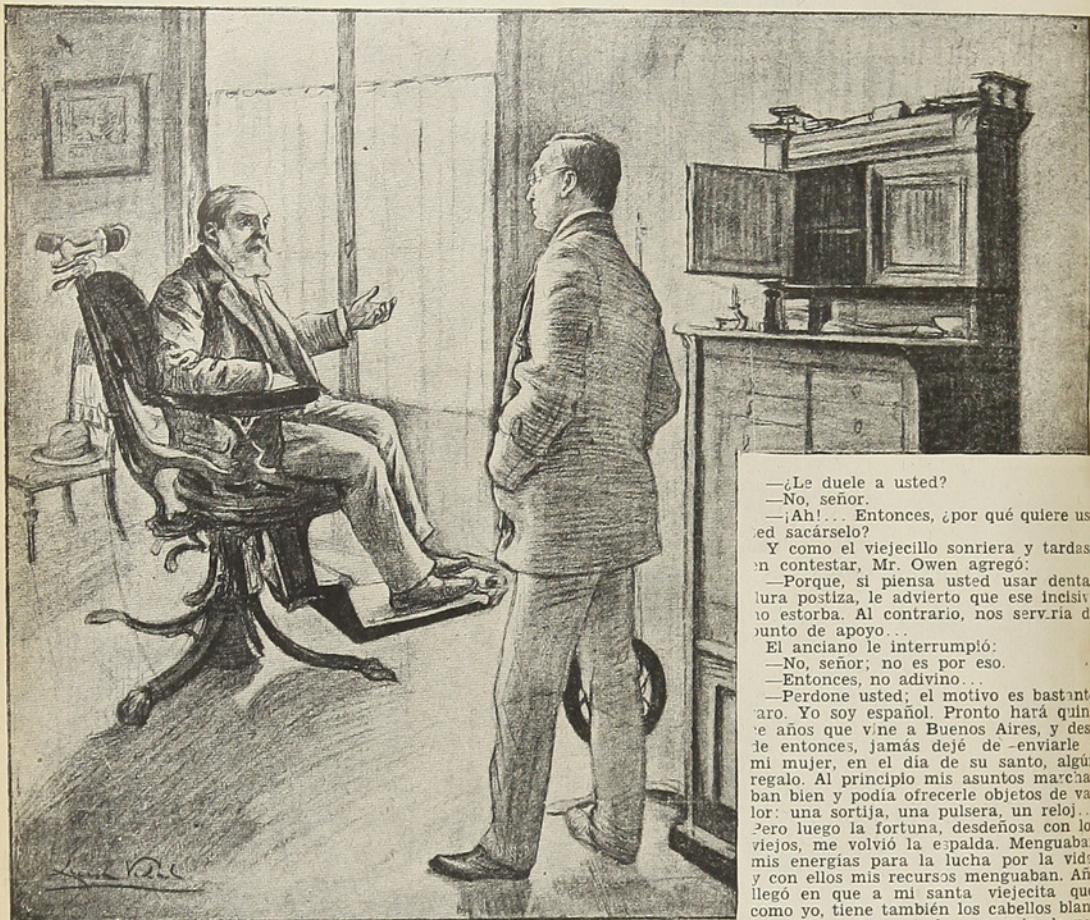
nueva, que tiende un poco a la línea Directorio y no sé bien cómo describirlas. Imagínáos una copa colocada un poco hacia atrás, el ala forma "casi" una gran capota con una "barrette" de paja que cubre una parte de la frente; el conjunto hace el efecto de una gran capellina, cuyos rasgos particulares son discretos, medidos y apenas perceptibles. Mademoiselle de Iturbe llevaba una obra maestra en este estilo en una de las grandes reuniones deportivas.

Los sombreros transparentes hechos en minúsculos

(Continúa en la pág. 74)

# EL RECUERDO,

Por Eduardo Zamacois



Con las manos enfundadas en los bolsillos de su batín, Mr. Owen le escuchó atentamente

El criado abrió la puerta y con voz clara, breve, imperativa, exclamó:

—¡El número cuatro! Pase usted, caballero...

Penetró en el gabinete del célebre dentista yanqui un viejecito cencenio y menudo vestido de negro: tenía el rostro lampiño y enjuto, y los cabellos completamente blancos; en sus ojos azules, llenos de melancolía, el fastidio de vivir había impreso una huella infame de nobleza y de bondad. Sus manos, que la miseria dejó sin joyas, eran dignas de un rey.

Mr. Owen recibió a su nuevo cliente con un saludo cortés y trivial.

—Servicio de usted. Tenga usted la bondad de sentarse.

El recién llegado se instaló en el terrible sillón de operaciones. El profesor añadió con voz cortante y gutural:

—¿Qué deseaba usted?

—Sacarme este incisivo.

—A ver...

El paciente echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y mostró sus encias mondadas, limpiadas cruelmente de dientes y raígenes por los años. Únicamente en la mandíbula superior quedaba un incisivo, que el operador reconoció atentamente. Primero lo oprimió entre sus dedos vigorosos y cercioróse de que no se movía; después lo golpeó con el mango de una lima.

—Le duele a usted?

—No, señor.

—¡Ah!... Entonces, ¿por qué quiere usted sacárselo?

Y como el viejecillo sonriera y tardase en contestar, Mr. Owen agregó:

—Porque, si piensa usted usar dentadura postiza, le advierto que ese incisivo le estorba. Al contrario, nos serviría de punto de apoyo...

El anciano le interrumpió:

—No, señor; no es por eso.

—Entonces, no adivino...

—Perdone usted; el motivo es bastante serio. Yo soy español. Pronto hará quince años que vine a Buenos Aires, y desde entonces, jamás dejé de enviarle a mi mujer, en el día de su santo, algún regalo. Al principio mis asuntos marchaban bien y podía ofrecerle objetos de valor: una sortija, una pulsera, un reloj... Pero luego la fortuna, desdenosa con los viejos, me volvió la espalda. Menguaban mis energías para la lucha por la vida, y con ellos mis recursos menguaban. Año llegó en que a mi santa viejecita que, como yo, tiene también los cabellos blancos, solo pude enviarle una caja de pañuelos. Hoy mi situación es más precaria que nunca; no tengo dónde trabajar, estoy en la miseria... y la fiesta onomástica de mi compañera se aproxima y le debo un obsequio. ¿Comprende usted?

El doctor hizo un gesto negativo. El anciano prosiguió:

—Por eso, no teniendo nada, absolutamente nada que ofrecerla, he pensado arrancarme este diente. —Para enviárselo?

—Sí.

El doctor retrocedió algunos pasos y lanzó una carcajada. Pero, en el acto, como arrepentido de aquella vulgar explosión de hilaridad, sus facciones caballerescas se serenaron.

—Es curioso, digo, y desde luego estoy dispuesto a complacer a usted. Pero explíqueme, señor, y perdón mi pregunta: ¿por qué con el dinero que ha de darme a mí no compra usted algo, un recuerdo cualquiera? Por ejemplo... ¿qué le diría yo? ¡Un par de guantes!

El semblante cansado y grave del anciano reflejó una gran tristeza.

—Es que yo no puedo pagarle a usted, dijo.

—¿Cómo?

—Así es.

—¿No tiene usted dinero?

—No, señor.

Y tras una pausa, agregó insinuante:

—Tiene usted derecho a despedirme, pero no lo haga us-

(Continúa en la página 76).

# La Expiación de Don Juan

Por  
EMILIO  
CARRERE

El doctor Marañón afirma que Don Juan Tenorio tiene espíritu de mujer. Esta opinión le acreda de psicólogo sutil. Todo dominador de mujeres se parece un poco al marqués de Sade, tan cruel y paradójicamente femenino. Don Juan tiene una feminidad persuasiva y magnética de serpiente del Paraíso. No es la voz de la especie la que triunfa en Don Juan, sino el acento de la sirena del Placer.

Es equivocado querer humanizar al Burlador y convertirle en un simple mortal de carne pecadora. El no es un hombre, sino un mito, Don Juan, es asaco, el quinto elemento de la Naturaleza: la encarnación del Job cabalístico, el triunfador principio viril.

Su prestigio diabólico es lo que le hace encantador e irresistible para las novicias. Don Juan sólo pasa una vez por la vida de las mujeres. Tiene el hechizo de una noche, de un beso y de una canción... Al amanecer, la sombra galante de Don Juan huye por la ventana, dejando un rastro de lágrimas y de besos. Sobre la lluvia de azahares que cubre los senderos, su planta tiene la forma de una pezuña de fauno.

Si Don Juan permaneciese amorosamente junto a sus seducidas, dejaría de ser un diablo para ser un hombre, y perdería su trato maravilloso.

Su seducción depende de su naturaleza extraordinaria. Es eternamente joven, rico e invencible. Fabuloso, triunfador del Tiempo, de la Fortuna y de la Muerte.

Todas las mujeres están esperando siempre, aunque saben que su paso dejará en sus vidas la huella de lo irreparable. La curiosidad de Eva quiere escuchar la voz de ofidio que sabe los secretos de la felicidad sexual. Eva es tan generosa, que no vacila en pagar un beso con el dolor y con la muerte.

Ningún hombre es completamente Don Juan; pero todos son el Burlador en algún instante de su vida. Muchos escritores opinan que Don Juan es un rufián con birrete plumado y con capa bermeja. Este personaje no suele inspirarnos simpatía a los hombres, porque es el rival invencible en la fantasía de nuestras amantes.



Por todas las frentes de mujer ha pasado este encantador espectro envuelto en el oro galante de su leyenda.

"¿Qué secreto o qué talismán tendrá ese caballero irresistible?", pensarán ellas, estremeciéndose de delicioso pavor.

Como no es un hombre, está sobre las normas morales y sociales; como es una creación luciferina, gusta de violar los dogmas y los santuarios.

Su espada es un rayo del Infierno, y su beso es una llamarada del Infierno.

Su palabra abrasa los sentidos y va adornado con una oriflama siniestra: la capa roja, la pluma roja, la barba de un oro sangriento, y los ojos como dos piedras preciosas de la diadema de Plutón. Tal aparece este personaje en los insomnios de las novicias poseñas, esbelto y terrible, y tan encantador como la alegoría de Pecado para una devota joven.

Mañana, Lovelace, el estudiante Lisardo, el abate Casanova, don Félix de Montemar, el marqués de Bradomín...

El hábito de Don Juan Tenorio anima la escultura gentil de estos donjuanes que e mueren cuanto sienten amor o compasión por sus seducidas.

El castigo de Don Juan sería humanizarle, convertirle en un hombre vulgar, capaz de cobrar amor a sus amantes.

Su más grave expiación, obligarle a vivir con todas ellas, viéndolas envejecer y sufriendo las ventoleras de sus histerismos.

Figúralo al pobre burlador encadenado a todas sus mujeres, rodeado de damas gruñonas, armando polteras entre sí o de apasionadas pegajosas; manteniéndolas a todas y pagando sus facturas modistérias.

Pero este castigo sería desmesurado hasta para tan abominable pecador.

Don Juan, con sus perfidias femeninas, según el doctor Marañón, sería siempre el idolo de la mujer.

Tiene un poder misterioso que hechiza al oido, canto de la sirena de la aventura y del placer, y está aureolado por la leyenda del diablo, que para las señoras es siempre un personaje interesante.

## A F O R I S M O S

Los que se aplican demasiado a las cosas pequeñas se hacen ordinariamente incapaces de las grandes.

Mayores virtudes se necesitan para sostener la buena fortuna, que para soportar la mala.

La filosofía triunfa fácilmente de los malos pasados y de los que están por venir. Pero los males presentes triunfan de la filosofía.

La agitación de una mujer, aun cuando ella lo ignora, siempre obedece a una causa.

Para Todos—2

El amor que espera y se resigna es el mejor de todos los amores.

Hay quien puede vivir sin pan y no puede vivir sin tener ilusiones.

Ante todo, las mujeres quieren agradar y no han de menester esforzarse cerca de quienes las encuentran adorables; pero si un hombre las admira incondicionalmente, contra él asentan sus encantos.

Ninguna mujer se cree jamás falta de

medios de agradar cuando así lo desea.

Un amor que ha conocido los celos, es como un rostro que ha tenido viruelas, siempre conserva las señales.

Existen muchas mujeres que serían excesivamente amables si olvidaran que lo son.

Los verdaderos dramas del corazón no tienen consecuencias.

En amor, las grandes desgracias y las grandes felicidades tienen por causa una leve diferencia de sentimientos.

Amar, les perdonar de antemano a quien se ama.

## SOBREMESA ALEGRE

La viejecita rie como una muchachuela  
contándonos la historia de sus días más bellos.  
Dice la viejecita: "¡Oh, qué tiempos aquéllos,  
cuando yo enamoraba a ocultas de la abuela!"

La viejecita rie como una picaruela,  
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos.  
¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos  
sobre su tez rugosa de color de canela!

La viejecita olvida todo cuanto la agobia,  
y reímos las arrugas de su cara bendita  
y corren por su cuerpo deliciosos temblores.

Y mi novia me mira y yo miro a mi novia,  
y reímos, reímos... mientras la viejecita  
nos refiere la historia blanca de sus amores.

MANUEL MAGALLANES MOURE

## RIMAS TRIUNFALES

En el libro lujoso se advierten  
las rimas triunfales;  
bizantinos mosaicos, pulidos  
y raros esmaltes;  
fino estuche de artísticas joyas,  
ideas brillantes;  
los vocablos unidos a modo  
de ricos collares;  
las ideas formando en el ritmo  
sus bellos engraces;  
y los versos como hilos de oro  
do irisadas tiemblan  
perlas orientales.  
¡Y mirad! En las mil filigranas  
hallaréis alfileres punzantes,  
y en la pedrería  
tremulas facetas  
de color de sangre.

RUBEN DARIO

## EL FUERTE LAZO

Crecí  
para tí.  
Tálame. Mi acacia,  
implora a tus manos su golpe de gracia.

Florecí  
para tí.  
Cótame. Mi lirio,  
al nacer dudaba ser flor o ser cirio

Fluí  
para tí  
Bébeme. El cristal  
envidia lo claro de mi manantial.

Alas di  
para tí.  
Cázame, Falena,  
rodeo de llama de impaciencia llena.

Por ti sufriré.  
Bendito sea el daño que tu amor me de!  
Bendita sea el hacha, bendita la red,  
y loadas sean tijeras y sed!

Sangre del costado  
manaré, mi amado.  
¿Qué broche más bello, qué joya más grata,  
que por ti una llaga color escarlata?

En vez de abalorios para mis cabellos  
siete espinas largas hundiré entre ellos.  
en vez de zarcillos pondré en mis orejas,  
como dos rubies, dos ascas bermejas.

Me verás reír  
viéndome sufrir.  
Y tu llorarás,  
y entonces... ¡más mío que nunca serás!

JUANA DE IBARBOURU

## VIDA-GARFIO

Amante: no me lleves, si muero, al camposanto.  
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente  
alboroto divino de alguna pajarera  
o junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra  
donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos  
alargados en tallos, suban a ver de nuevo  
la lampara salvaje de los ocaños rojos.

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea  
más breve. Yo presento  
la lucha de mi carne por volver hacia arriba,  
sentir en sus átomos la frescura del viento.

Yo sé que acaso nunca allá abajo mis manos  
podrán estar quietas.  
Que siempre como topos arañarán la tierra  
en medio de las sombras estrujadas y prietas.

JUANA DE IBARBOURU

EL JARDIN  
de los  
POETAS

## EL RETORNO

¡Hoy veré a mi amado!  
¿Es quizá por eso  
que el sol brilla tanto,  
que cantan los pájaros  
con más alegría?...  
¿Dónde van de fiesta  
esas aves locas  
que como una cinta  
a merced del viento  
se va desplegando  
por la lejanía?...

El jardín parece  
Más bello que nunca.  
¿Será que hace tiempo  
yo no lo miraba?

Ese clavel rojo  
ya es viejo en la planta  
y yo no sabía...  
Pero ahora en mi pecho  
morirá al abrigo  
de la dicha mía.

Si; me pondré flores,  
y elegiré el traje  
que me haga más linda,  
y pondré perfumes  
en mi pelo endriño.  
Espejito amigo:  
Dime que estoy bella,  
que hoy vuelve mi amado  
por la alegra senda  
que yo ayer llamaba  
lóbrego camino!

¡Pero estoy tan pálida!...  
Espejito amigo:  
Dime que estoy bella!  
He sufrido tanto,  
que el dolor continuo  
en mi pobre rostro  
cinceló su huella!  
¿Y cuando el me vea  
me hallará distinta  
de la que antes fui?...  
¡Oh, si comprendiera  
que de amarle tanto  
es que estoy así!...

## MILONGUITA DE

## OTOÑO

Llorando en la mañanita  
vino una voz hasta mí,  
con el suspiro cansado  
del viejo bien que perdi.

"Llegaría de las estrellas  
o de las flores", pensaba.  
Las estrellas se morían  
y las flores cabecaban.

"Adiós, adiós!", creí oír  
como si la niebla hablara.  
"Adiós, adiós!", creí oír  
igual si lo sonara.

El alba se fué dorando,  
la queja desfalleciendo,  
la niebla lejos blanqueando,  
los pájaros rebullendo.

Todavía en un gemido  
aquel la voz me llegaba.  
Era la estación florida  
que su último adiós nos daba.

"Adiós, adiós los que fueran  
dulces amantes un día!..."  
"Nunca sabrán cuánto amé  
el amor que te tenían!"

Llorando en la mañanita  
vino esta voz hasta mí  
y se fué con el suspiro  
del viejo bien que perdi.

EDMUNDO MONTAGNE

RAQUEL SAENZ

# Las Horribles Sirenas de Nuestros Días

No hace mucho, una señora que se dirigía a la India Inglesa, escribió una carta a un periodista en la que decía que en el mar Rojo había visto una verdadera sirena.

"Hasta entonces — decía la señora — había considerado a las sirenas como mera ficción imaginativa; pero ahora ya no dudo de su existencia, pues las han visto mis ojos.

"Una de ellas tenía más de dos metros y medio de largo, muy parecida a una mujer, pero excesivamente fea. Su cara era horrosoza; sus manos parecían estar metidas en guantes sin dedos, y no tenía piernas. El cuerpo terminaba en una cola grande, redonda y chata, y su piel desnuda era de



color gris oscuro. Pero indudablemente, era una sirena".

Esto escribía la viajera en serio y convencidísima. La creencia en las sirenas es antiquísima, y a través del tiempo ha ido pasando por una serie de estados progresivos de fealdad. Si leemos la historia de los Argonautas, vemos que los antiguos griegos las describían como seres bellísimos.

Navegando los Argonautas por el mar Tírrreno, llegaron a una isla llena de flores, y ante ellos, en la playa de Antemusa vieron tres sirenas al pie de una roca rojiza, bañadas por los rayos del Sol poniente y rodeadas de rojas amapolas y asfodelas amarillas. Las aves, las bestias, los peces, y hasta las mismas nubes permanecían inmóviles para escuchar la exquisita música con la que las tres sirenas atraían a los hombres para des trozarlos. Ni el mismo Orfeo pudo al principio sacar de su estupor a la alucinada tripula-

Estos compuestos, realizados siempre con un bajo propósito de explotación, fueron destinados en un principio a sorprender a los hombres de ciencia. Pero como éstos nunca creyeron en semejantes cosas — la triste verdad saltaba a la vista —, los cuenteros decidieron aplicarlos a fines más modestos, aunque no menos productivos. Y así fueron presentándolos al público en obscuras barracas, en infektos locales de "novedades" de todos los "Paseos de Julio" del mundo: "Pasan a ver la sirena! ¡Pasan a ver el fenómeno!" Y los sueños que todos tuvimos alguna vez fueron a parar tras un vidrio sucio, frente al interés de veinte centavos de cualquier hombre sin imaginación.

Los que viajaban por lejanos mares han contado lo que en sus aguas han visto, pero no tal como lo visto era, sino bordado, engalanado, aumentado y exagerado según la imaginación del viajero, para asombrar más a los de tierra adentro, y de esas exageraciones nacieron entre otras cosas, las sirenas.

Los delfines, marsupios y focas han sido los animales que han dado origen a la leyenda de las sirenas. Muchos de ellos tienen la costumbre de asomar la cabeza y parte del cuerpo en sentido vertical, fuera del agua, y hay que confessar que su aspecto tiene algo de humano.

En los países tropicales, el dugong o vaca marina y el manato o manatí fueron el origen de esta fábula.

La sirena que la señora inglesa vio recientemente en el mar Rojo, era, sin el menor género de duda, un dugong. Fljándones

(Continúa en la página 64)

ción, hasta que al fin empuñó el arpa, hizo sonar sus cuerdas, y entonces el canto a Perseo despertó de su trágico embrío a los nautas, víctimas del "embrío", de la atracción, salvándolos de horrible muerte.

Compararemos estas bellezas con las groseras concepciones occidentales y el horrible y repugnante resultado del injerto hecho por algún embaucador del cuerpo de un mono en medio pez. De estas mixtificaciones hay varios ejemplos de sirenas falsificadas, pero todas ellas asquerosas, horriblemente feas. Las sirenas griegas eran encantadoras. La vista y su cántico tenían por fuerza que atraer a los hombres; las sirenas confeccionadas por despreocupados engañadores no pueden atraer a nadie.



# EL HOMBRE DE LOS

Cuando Santiago Servier llegó a la propiedad que sus padres habían alquilado en los alrededores de Tours, fué gravemente impresionado por el parque que se extendía detrás de la villa, cuyo fondo estaba constituido por un alto muro, cubierto de un enmarañado de árboles y arbustos, que daban la sensación de una selva.

Luego de haberla ensayado minuciosamente la propiedad, Mme. Servier preguntó a su hijo:

—De modo, mi Jacques, ¿qué no te sentirías aburrido completamente cerca de tu madre? Espero que encontrarás algunas buenas amistades que contribuirán a procurarte unas vacaciones lo más agradable posible.

El joven rió de buen grado por la generosa intención de su madre:

—Te advierto que jugaremos los dos a las cartas o al tenis. Además, tengo conmigo mis libros favoritos y mi pequeño laboratorio... Tu sabes que no me entristezco nunca, mi pequeña madrecita.

Fino, soñador, con una mirada de niña, Santiago Servier no representaba sus 17 años. Como era calmado y tranquilo, la idea de vivir entre esta semi soledad, a la sombra protectora de estos bellos árboles, le llenaba de alegría.

A la mañana siguiente de su llegada, desde muy temprano, un libro en la mano, Santiago se encaminó hacia el final del parque a fin de escoger un lugar que sería en adelante su sitio preferido. Las hierbas movidas por la brisa se mecían suavemente en las avenidas; el pitar de los pajarricos, el roce de los insectos contra las hojas secas, todo esto lo sorprendió por un hallazgo inesperado: había descubierto el muro que daba lugar a la pequeña selva; a riesgo de lastimarse, atravesó un sendero espeso que formaba barrera, y no pudo contener una exclamación de alegría. A su vista se ofrecía la perspectiva de una larga avenida que formaba la más encantadora e impenetrable de las retiradas que se pudiera imaginar.

En los veranos, a la hora de la siesta, debía reinar allí una deliciosa frescura a la sombra de los grandes árboles y del muro que se erguía musgoso y recubierto de lianas. Con una curiosidad inaudita por atisbar la propiedad contigua, ayudándose de las resistentes guías de las lianas, que pendían como gruesas cuerdas, apoyándose en los intersticios de las piedras, logró erguirse sobre lo alto del muro. El jardín del vecino no era grande: al centro una hermosa alfombra de césped, adornada de un macizo de peonías y de lirios, las avenidas arenosas estaban esmeradamente cuidadas. No se percibia la casa habitación, pero un sillón de mimbre y algunas sillas dispuestas sobre el césped, a la sombra de un árbol, delataban una presencia humana. Aparte de los cantos de los pájaros, ningún ruido turbaba el monacal silencio de aquel lugar. Santiago esperó largo tiempo y no logró divisar a nadie.

Mientras almorraba, Mme. Servier interrogó a su hijo:

—En dónde te encontrabas esta mañana? Te he buscado infructuosamente por todas partes.

Santiago se estremeció, pensando en el jardín desconocido, cuyo secreto quería conservar.

—Leía en un rincón del parque, mamá, pero a propósito, ¿sabes tú, quién habita detrás del muro?

Mme. Servier pareció extrañada:

—Lo ignoren en absoluto, aún no tenía la menor idea de la existencia de otra vivienda, pero, ¿por qué me haces esta pregunta?

Santiago guardó silencio. Prefirió guardar para él solo el misterio del viejo muro.

Terminado el almuerzo, prosiguió su vigilancia; había llevado hasta su escondite una silla vieja que le permitía llegar con más facilidad hasta la brecha de su punto de observación.

Llegado a lo alto del muro lo esperaba una sorpresa. En torno del sillón de mimbre, semejando enormes flores desvaidecidas, sobre el terciopelo verde del césped, había tirados gran número de cojines. Los había en cretonas claras, en terciopelos y sedas de todos colores. Santiago sintió latir su cora-

razón. ¿Qué lindas mujeres vendrían a sentarse sobre el césped? Había también una mesita cubierta de un mantel de encaje.

Oculto entre el follaje de un robusto castaño, Santiago esperaba. De repente vio, sin duda, saliendo de la casa habitación que él no podía distinguir, un hombre ya de edad, llevando una bandeja sobre la que había una tetera y una taza.

El hombre se sentó en el sillón de mimbre, vertió su té, lo bebió a pequeños sorbos y quedó en actitud meditabunda, soñador, contemplando los cojines tirados en el césped.

Santiago, esperó en vano, sin ver llegar otras personas. Perplejo descendió de su observatorio, preguntándose quién era este misterioso anciano.

Hacia el fin del día, con un fútil pretexto, el joven llegó hasta la casa de la propietaria de la villa, y, adoptando un aire indiferente, preguntó:

—¿Quién es el anciano señor cuyo jardín queda al final de nuestro parque?

La proletaria alzó los hombros:

—¿Mr. Rovenay? Un excéntrico. Reside aquí desde hace cinco o seis años; parece que viajado mucho, vive solo como un oso viejo y no recibe jamás a nadie.

Santiago estaba de más intrigado, y se preguntaba en qué forma podría, con éxito, llegar a conocer a su extraño vecino, y a penetrar el misterio del cual se rodeaba.

Durante varios días pasó la mayor parte del tiempo en su puesto de observación, sin lograr mayores resacas.

El viejo pasaba imperturbable sentado sobre el césped, en su sillón de mimbre rodeado de sus cojines. A veces llevaba una gran caja, la abría, y permanecía horas enteras, la cabeza entre las manos, en muda contemplación. "Es un loco o un maníaco", pensaba Santiago. Pero no podía impedir un secreta simpatía por este hombre de rostro dulce y energético, bajo la maraña de sus cabellos de nieve.

Llegado el sexto día, Santiago pensó haber encontrado el medio de entrar en conversación con el nombre de los cojines. Terminado el almuerzo, tomó dos pelotas de tenis, las lanzó sobre el césped, y poco después, como de costumbre apareció el viejo con su bandeja en la mano. Mientras se instalaba, según su hábito, Santiago gritó:

—Señor... Señor...

El hombre levantó la cabeza, y dirigiéndose hacia el muro, percibió al joven a caballo sobre el tejado.

—Le ruego desde lo más íntimo, tenga la amabilidad de excusarme, señor, pero mis dos pelotas de tenis han pasado hacia el otro lado del muro; seguramente han debido caer en su jardín, y por lo tanto le ruego, muy reconocido, que me devolvármelas.

El viejo le sonrió afablemente.

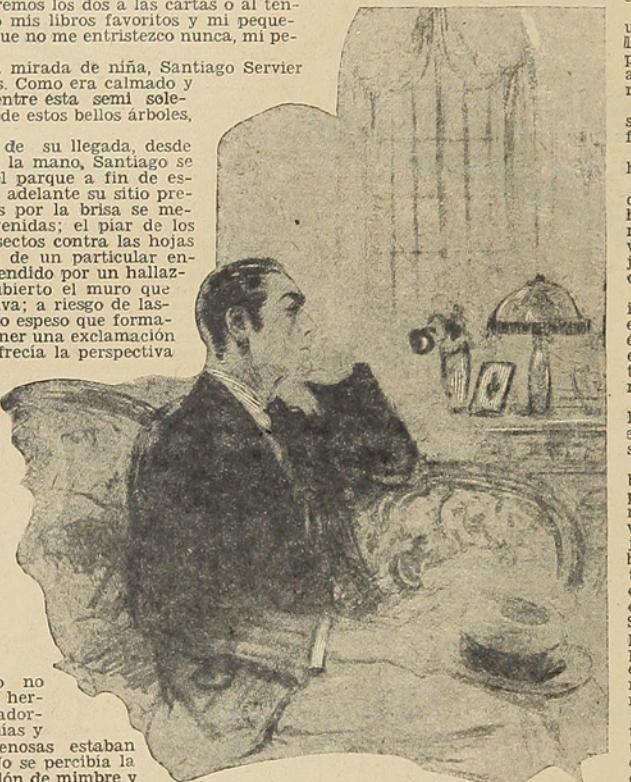
—Muy bien, amigo mío, voy por ellas.

Su voz era grave, con inflexiones tiernas. Santiago observó su ojos azules de extremada dulzura.

El muchacho había corrido todos lados, sobre el césped, sin éxito; el muchacho había lanzado una de las pelotas sobre el macizo de peonías, y la otra a un lado completamente opuesto. Parecía usar de ingenio antes que el hombre de los cojines las encontrara. Midiendo la distancia que lo separaba del suelo, calculó que podría saltar fácilmente, e inclinándose preguntó:

—Señor... Señor, ¿quiere Ud. permitirme de ir en su ayuda para buscarlas?

—Si Ud. quiere, hijo mío, ciertamente, Ud. tiene mejores ojos que los míos.



# RECUERDOS Por Suzy Mathis

Santiago no se hizo repetir, e instantes después se hallaba sobre el césped.

—Pero, es francamente encantadora, su casa, señor. No pudo contener esta exclamación, al ver la casita de un sólo piso, de techo rojo, medio oculta entre los árboles. Hermosos rosales trepadores subían, formando marco a las ventanas, con su alfombra de flores diseminadas. — ¡Qué hermosas rosas!... ¡Qué feliz debe sentirse Ud. en casa tan maravillosa!

El viejo tomó un brazo del joven.

—¿Feliz?... No se puede apreciar lo que se es, sino después de dejar de serlo. No me hastio nunca; soy, acaso feliz; vivo sólo de recuerdos...

Santiago simulaba buscar su pelota entre el macizo de peonías, y por fin se excuso ante el viejo señor.

—De ninguna manera; Ud. no me molesta en lo más mínimo. ¿Está Ud. de paso en esta aldea? ¿Vive en París?... ¿qué edad tiene?... ¿En donde hace sus estudios?

Sentado cerca de Mr. Rovenay, Santiago respondía a sus preguntas, contando su vida tan sencilla, tan desprovista de acontecimientos; hijo único, un poco desmedrado, mimado por sus padres, diecisiete años!... No lo parecía ni por su estatura, ni por su carácter.

Una súbita simpatía había nacido entre el anciano y el joven. Mientras lo encaminaba hacia la orilla del muro de su propiedad, Mr. Rovenay le rogó de venir a verlo a menudo, advirtiéndole que ello le causaría un gran placer.

Santiago no se hizo repetir la invitación, y todas las tardes saltaba el muro para encontrar a su viejo amigo. En su casa no había propagado la noticia de su nueva amistad.

Mr. Rovenay le contaba historias maravillosas. El había vivido en España, en Italia y había viajado por toda la Francia.

Santiago había notado en el curso de sus estadas en casa del original anciano, la ausencia completa de los cojines que tanto llamaron su atención, y ésta idea lo intrigaba.

En el atardecer de un día de calor sofocante, los dos amigos instalados sobre el césped, gustaban la frescura del crepúsculo. Las flores marchitas, se erguían, esparciendo agradables perfumes.

De improviso, Santiago preguntó:

—Ud. tenía unos hermosos cojines, señor, ¿por qué no los coloca ahora sobre el césped?

Mr. Rovenay vacío:

—¡Ah, mis cojines!... ¿Los ha visto Ud.?

Luego se sumió en un largo ensimismamiento. Santiago permaneció inmóvil, pensando si por fin iba a descubrir el misterio que rodeaba al extraño anciano, cuando éste, bruscamente, habló con su voz de ensueño, los ojos dirigidos hacia el cielo, muy lejos, en su pasado. Santiago escuchaba anhelante:

—Ud. ya no es niño... Es casi un hombre. Siento por Ud. una profunda afición y puedo referirle lo que ha sido mi vida... un largo poema de amor... de cuyo recuerdo vivo en la actualidad.

He amado profundamente, a todas las que pasaron por mi vida. Como flores exquisitas están allí, al presente; me ro-

dean, me acompañan. Evoco todos mis recuerdos y vivo con ellas.

Ama, hijo mío, ama con filosofía, trata de evitarte en lo posible los sufrimientos y de evitártelos a aquellas que te hacen el don inapreciable de su amor. Procurarás recuerdos tiernos y dulces, preciosos y adorables, recuerdos de amor. Coleccionadlos con el celo que un anticuario guarda las piedras extrañas de los bibelots de antaño. Guardaos de que ninguna tristeza, ningún pesar, ningún renor, perturbe el momento presente que será más tarde el más exquisito de los pasatiempos, un amado goce de recuerdos. Conservad las cintas, las flores desicadas un día de infantil sentimentalismo, las imágenes que fueron testigo de apasionados juremientos y de citas y paseos inolvidables. Podéis ver un ejemplo ilustrado en mi vida de solitario feliz. Si, yo vivo feliz en este pequeño rincón de Turenne, con el recuerdo de todas aquellas que constituyeron el mayor encanto, la felicidad de mi juventud, de mi vida toda...

Recuerdo a Elena... ¡Qué hermosa era con sus largos cabellos, mi adorable noviciata! Era una admiradora entusiasta de los cojines de cretona, con los cuales adornaba todo el jardín, las glorietas de nuestra casa. Para revivir tan encantadores detalles perdidos en la bruma del tiempo, vivo rodeado de ellos, como me habéis solidó observar... Una bronco-pneumonia me la arrancó después de un corto año de matrimonio...

Concha, la pequeña española de piel ambarina y mirada de fuego... Lucía, la italiana grave y meditabunda, que conoci en Roma, una hermosa tarde de primavera en el jardín de Pineo; Luisetta, que semejaba un querubín, con sus grandes ojos azules y sus bucles dorados... Eugenia...

El anciano hablaba de ellas, muertas o infieles, con igual ternura. Describía sus gestos, citaba sus palabras, sus caracteres, sus rostros encantadores.

La noche había descendido lentamente, y Santiago, subyugado, escuchaba los maravillosos romances de amor. La fuerza persuasiva de Mr. Rovenay era tal, que el joven tenía la impresión de sentir vagar en torno suyo las sombras de aquellas desconocidas tan lejanas y bellas.

Desde la tarde en que Mr. Rovenay revelara al joven su secreto, se había habituado a mencionar a sus queridas ausentes, al punto de que el niño las había llegado a considerar como viejas amigas. Las imaginaba con sus toilettes vaporosas y encantadoras, tal como el viejo las describía, haciendo derroche de memoria y entusiasmo.

Imaginaba a Elena con su rostro de Madona semi cubierto con su capota anudada al cuello; a Concha con su graciosa mantilla de encajes; Lissetta con sus trajes de organdi; Eugenia con su rostro meditabundo eternamente inclinado sobre su predilecta tapicería... Todas le eran ya familiares; se asociaba a los ensueños de su viejo amigo, ensueños plétoricos de entusiasmo y ternura.

Una tarde, la vieja doncella de Mr. Rovenay, anunció a

(Continúa en la página 64)

# UN AMOR DE CIRILO

I

Cirilo no se había dado cuenta de que era un zángano, hasta que oyó que así lo decían dos muchachas modernas, hablando de él confidencialmente. No le fué posible evitar oír la conversación, hallándose como se hallaba, desnudo y avergonzado, todo a un mismo tiempo.

En el campo de tenis local había un pabellón dividido en dos compartimientos que servían de tocador, donde los muchachos y las muchachas, separados unos de otros por una doble cortina, podían cambiar sus vestidos si así lo deseaban.

Los hombres, dicho sea en honor de la verdad, rara vez hacían uso de este privilegio, pero Cirilo era muy esmerado en tales cosas. Le molestaba el calor de la piel después de un ejercicio, y aquella tarde, precisamente, lo había hecho bastante violento.

Iba a ponerse una fresca camisa de seda cuando oyó la conversación de Maud con su hermana Mirabel. Al principio no se le ocurrió que aquellas muchachas, amigas y vecinas suyas, estuvieran hablando de él.

—Es un zángano —dijo Maud.

—Efectivamente —replicó Mirabel, —y él no se da cuenta.

—Y como a mí los insectos me repugnan...

—Lo mismo que a mí.

—Yo siempre me lo represento metido en un frasco cubierto de musgo..., docil y resignado.

Las dos se echaron a reír, como riñen las muchachas en un momento de alegría.

Ni en sus palabras, ni en el tono se advirtía la menor acrimonia. Cirilo aceptaba lo que estaban diciendo, tan convencido, que se preguntó a sí mismo:

—¿Quién puede ser ese repugnante zángano? No tardó en ser contestada la pregunta.

No puede hablar como los hombres... «zumba».

—Pobre chico! Es verdaderamente «zumba».

—El nombre del coronel es Cirilo, pero es siempre el oficial jefe.

—No..., el segundo jefe; el primero es la señora Mortimer. Luego hablaron de otras personas, pero Cirilo comprendió, sin que fuera posible la duda, que aquellas muchachas le consideraban como un zángano.

Creyéndose un zángano, tanto es el poder de la sugerencia, se movía con dificultad dentro de sus vestidos, y para distraerse y recobrar un poco de calma, le encendió un cigarrillo. Esto le permitió decirse, con cierto énfasis, que distaba mucho de ser un mentecato, como tampoco podía achacársele una estúpida vanidad. Desde luego, aceptaba el «hecho» desconcertante de que dos muchachas que le conocían intimamente y conocían a su familia, le hubiesen clasificado entre los insectos.



—De veras? A verle la cara al jefe?

No le fué posible pensar en otra cosa. El, Cirilo Mortimer, era un zángano. Y su mayor empeño desde aquel instante fue demostrar a dos lindas amiguitas, que era un hombre.

Lo importante era hacerlo oportunamente.

A todo esto, las jóvenes, acabado su tocado, se disponían a salir del pabellón, y una vez fuera, se reunían con los demás concurrentes. Lo mejor era esperar al domingo, después de la iglesia, para hablar con ellas, pues entonces su estado de ánimo sería otro.

Entre tanto podía sentarse y pensar respecto a todo esto.

Así lo hizo. Si era un zángano, ¿por qué lo era? De la introspección y retroinspección resultaba justificado ante sus propios ojos. Luego, fortificado y revigorizado, llegó a la conclusión de que no era peor que los otros.

Retrocedió en su vida hasta la niñez, y se vió cuán grande era pequeño, luego ya más crecido, sometido siempre a la voluntad de los demás, de la niñera, de sus padres, de sus maestros, buscando y encontrando siempre la línea de menor resistencia.

Se puso de pie de un salto, dejando escapar una impresión:

—¡Demonios!

II

Se refugió en el santuario de su alcoba.

Por entonces ya había conseguido poner sus pensamientos en orden. Podía pensar razonablemente, y el poder de sus razonamientos se extendían a Maud y a Mirabel. ¿Qué había provocado su acusación? Ellas sabían, como lo sabía todo el mundo, que se veía obligado, contra sus inclinaciones, a vivir con sus padres, sin hacer nada, cuando otros muchachos de su edad luchaban por la vida.

Le consideraban delicado, poco fuerte, incapaz de la actividad que los negocios exigían. En vista de ello quiso entretener sus ocios escribiendo versos y prosa, pero carecía del aprendizaje necesario para una y otra cosa; lo único que podía hacer era pintar lindas acuarelas y tocar el piano.

En cuanto a trabajar, ¡no tenía necesidad de hacerlo! Poseía escasos medios propios: su padre y un tío soltero pertenecían a la respetable clase de rentistas. Si los sobrevivía, trae los insectos.

POR

HORACE ANNESLEY VACHELL

—Supongo que querrá usted decir que no soy esos manotazos... que da... usted... vamos...

—Cirilo!

—Déjalo. Me gusta verle en esa actitud belicosa. Esta fue la primera transformación del zángano.

III

Para desenvolverse los seres por si mismos, se precisa el sentido de la dirección. Los pájaros tienen este sentido, y los insectos tampoco carecen de él. Cirilo se sentía «medio pájaro y medio insecto» cuando se fué a acostar aquella noche, después de atacar y derrotar al coronel en una partida de bridge.

Mirabel, que era su compañera en el juego, le felicitó como se merecía. Creyó advertir en su actitud una especie de arrepentimiento, como si sintiera haber emitido un juicio con demasiada ligereza.

Alentado con esto, la acompañó hasta su casa, distante cerca de un cuarto de milla. Necesitaba irremisiblemente comunicarle su gran determinación.

—Estoy decidido a recuperar el tiempo perdido—le anuncio.

—¿El tiempo perdido? —repitió ella.

—Resueltamente.

—¡Qué gracioso es usted, Cirilo! —exclamó la muchachita, riendo.

—No me llame Cirilo. Esta noche me siento Colón. El descubrí un continente; yo he descubierto... a mí mismo.

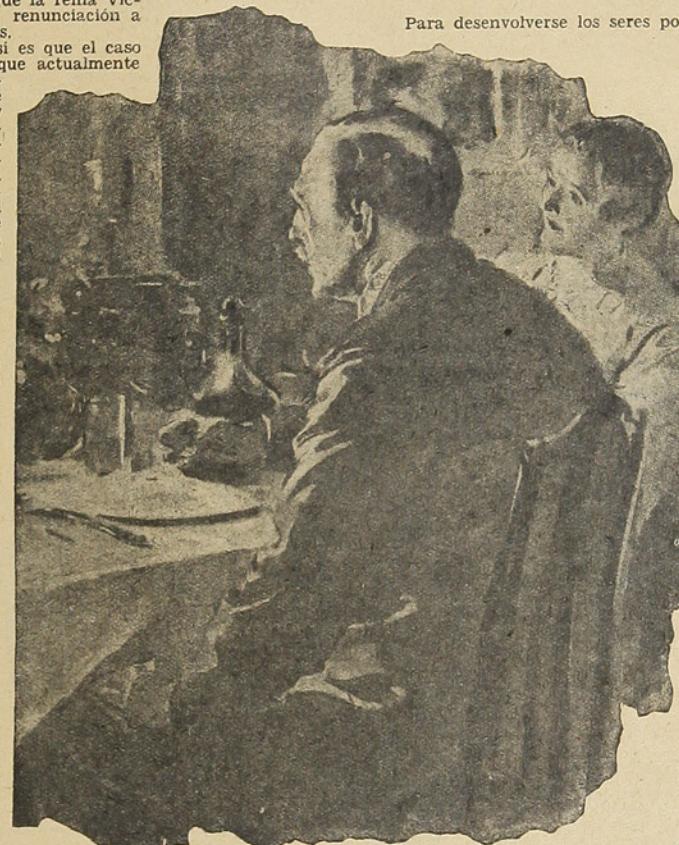
Mirabel se cogió de su brazo fraternalmente. Cirilo no se atrevió a rodear su talón con aquel mismo brazo, pero deseaba hacerlo y lo podría haber hecho, sin temor a las consecuencias, en un lugar menos discreto y adecuado.

—Cuéntemelo todo, respecto a esa determinación—le replicó la joven.

—No tengo tiempo ahora. Precisaría hacer mi autobiografía. Bastaría con decir que siento una necesidad, una irresistible necesidad, que es la de vivir. Si aprendo a vivir, aprenderé a amar.

De nuevo resonó la alegre risa de Mirabel, pero al propio tiempo su brazo se apretaba contra el de él insinuadamente.

—Vivir y amar—murmuró ella.—Y ¿quién es ella?



Excepcionales  
películas  
de esta  
marca



Son las  
mejores  
del mundo

ya de encontrarle a usted... Me parece que se está usted riendo de mí.

—No he hablado nunca más seriamente.

—Y, ¿cómo esa «necesidad» se le ha presentado tan de repente?

De nuevo sintió la tentación de replicar: «Porque esta tarde me ha llamado usted zángano. Pero comprendí que esto los dejaría confusos a ambos.

Además, las mujeres no dicen siempre lo que parecen decir. El mismo se había confesado en su interior que, al oír a Mirabel (se olvidaba de Maúd) que odiaba los zánganos, experimentó mucha alegría. Era la mejor demostración de que no le creía un zángano. Esto le decidió a no separarse friamente de ella.

Por un momento se le ocurrió la idea de darle un beso, y para contenerse dijo, apresuradamente:

—Creo que la necesidad empezó desde que salí de Eton, pero estaba en estado latente. Después tuve la enfermedad que ya recordará usted, con sus molestas consecuencias. Ud. parecía muy apenada por mí, Mirabel, y yo lo estaba mucho más.

—¡Cómico!

—Sí; nadá a hay tan despreciable como la piedad que el hombre siente por sí mismo. Yo... yo me consumía y anonadaba en mi propio juicio. Pero ahora ya es otra cosa distinta...

—¿De veras?

Su voz era dulce y maternal.

—Sí puedo jugar al tennis, igualmente puedo trabajar como corredor en la plaza, y si puedo jugar al bridge, puedo lo mismo emplear el cerebro en otros cálculos más prácticos.

—Buenas noches y mucha suerte, Colón.

Habían llegado a la residencia de sus padres.

#### IV

A la mañana siguiente despertó ágil y contento, pero el sentido de la dirección le faltaba en absoluto, contra todo lo que él esperaba.

A las seis y veinte eran varios los caminos que se le ofrecían al joven aventurero. Era ya demasiado viejo para buscar una colocación y aprender un oficio; demasiado viejo para empezar humildemente de meritorio y esperar los ascensos. Si entrara en sociedad en cualquier negocio, acaso sería la manera de adquirir experiencia y perder su dinero.

Por espacio de unos días, Colón permaneció fondeado a la expectativa. Luego, la Oportunidad, que puede ser considerada como la diosa tutelar de los que buscan colocación, se le presentó.

Tiene esta deidad una cierta propensión al humorismo, ¡bendita sea!, y prefiere favorecer con sus halagos a los espíritus caprichosos y aventureros.

Tenía Cirilo un amigo que aproximadamente venía a encontrarse en su misma situación. Este amigo mostró a Cirilo una carta verdaderamente de recomendación, dirigida por un magnate a otro.

Al leerla, no pudo menos de exclamar Cirilo, con un tono en que se advirtió algo semejante a la envidia:

—¡Vaya, suerte que tienes! Si yo poseyera una carta como ésta, ya estaba mi problema resuelto.

—Pues yo no pienso presentarla.

—¡Cómico! ¿Vas a perder semejante ocasión?

—Tengo otros planes. La casa ésta no me hace feliz.

Harablan luego de otros asuntos, hasta que el amigo se marchó, dejando olvidada la carta de recomendación. Cirilo la leyó de nuevo, y en su mente le quedaron impresas sus líneas:

«El portador de la presente es un distinguido joven, inteligente y listo, aunque falto de experiencia, de conducta

irreprochable y primera materia, en una palabra, para que en manos de usted, pueda convertirse en un hombre de provecho. Si le da usted ocupación en su casa, no tendrá que arrepentirse».

No mencionaba nombre alguno la carta. El sobre estaba escrito a máquina y dirigido al domicilio particular del magistrado, con una línea encima que decía: «Presentación del señor Arturo Newberry».

No necesita excusas un joven aventurero con locos deseos de vivir su vida. La casualidad había puesto en sus manos una arma poderosa y eficaz para realizar sus designios, y no quiso renunciar a ella. Con su máquina de escribir rehizo el sobre, y, aunque un poco nervioso, realizó su cometido, repitiendo la dirección y substituyendo el nombre puesto con el suyo propio.

Quedó contemplando su obra, exclamando, satisfecho:

—Un zángano no habría hecho esto.

#### V

Una vez, en alta mar, Colón no miró hacia atrás.

Al día siguiente se fué a Londres y presentó la carta, acompañada de una tarjeta de visita, a un ordenanza de aspecto solemne, en funciones en Belgrave Square.

Su señoría tiene ahora visita, caballero.

—No importa. Puedo esperar—contestó Cirilo.

Y en un salóncito estuvo esperando, efectivamente, cosa de media hora antes de ser introducido en el despacho, donde, sentado a una mesa inmensa, se hallaba el personaje en cuestión, uno de los príncipes comerciales de la City.

Dirigió una mirada aguda a Cirilo y le indicó una silla.

—¿Ha leído usted la carta que ha traido?—le preguntó.—¿Sí? —Tiene usted, por casualidad, algún parentesco con sir Héctor Mortimer?

—Es mi tío—respondió Cirilo.

—¿Y sabe sir Héctor que quiere usted colocarse en mi casa?

—No lo sabe, no señor. No lo sabe nadie. No le he dicho una palabra respecto a eso a mi padre.

—¿Por qué no?

—Sencillamente, porque tal vez no me lo permitiera.

—Ya comprendo. Bueno: ¿y qué es lo que podría Ud. hacer si... si yo le doy una colocación?

—Podría hacer lo que le he dicho: obedecer sus órdenes.

—Carece Ud. de práctica en los negocios?

—Mi sobrino Cirilo ha entrado al servicio de Ud.?

—Así lo creo.

En todo cuanto se refiere a los negocios, señor.

—Dónde se ha educado usted?

—En Eton y Oxford. De Oxford salí sin graduarme.

—Por algún motivo... o simplemente por desapacición?...

—Por una dolencia de la que tardé dos o tres años en restablecerme...

—Supongamos que yo le pidiera que auxiliara a uno de mis contables...

—Yo procuraría hacerlo lo mejor que pudiera. —Sabe usted escribir a máquina? —Sí? Pues ahí tiene una. Ponga esta carta.

Afortunadamente la máquina era marca conocida de Cirilo. Sentóse ante ella, colocó un pliego de papel y esperó.

«Querido Jorge: Le estoy muy agradecido por haberme enviado al señor Cirilo Mortimer. Si las apariencias no engañan, creo que, efectivamente, este joven es todo lo que usted afirma, y más todavía, quizás. No mencionaba usted la modestia como una de sus cualidades. Lo he admitido «a prueba», desde luego, pero confío que quedará definitivo. Muy sinceramente...»

Cirilo, temblando interiormente, sacó el pliego de la máquina y se lo entregó a su «principal». Su señoría lo leyó, firmando y se lo entregó a su «principal». Su señoría lo leyó, firmando y se lo entregó a su «principal».

(Continúa en la pág. 73.)



# Nada de Agencias

Por LEON  
de TINSEAU

Este verano pudimos leer muchas veces en la última página del periódico (doce francos la línea) este anuncio, redactado en forma de jeroglífico, a causa de lo subido de la tarifa de publicidad:

«Srta. de prov., buena, dist., 300,000 frs., cas. sr. 35 a., mili., magis., habi. París. Escribid a Ll. C. Magdalena T. T. 333. Nada de agencias».

Pero lo que aseguraba este anuncio no era exacto.

Elodia Rabotteau, el partido que se ofrecía en el anuncio, era, en realidad, señorita, como lo continúa siendo. Provinciana también lo era. Su padre era juez de paz de Saint-Colombau, cabeza del partido de la comarca de Beauce.

Pero, *inter nos*: primero, distaba mucho de ser bonita; segundo, carecía en absoluto de distinción; tercero, los trescientos mil francos mencionados los constituyan la hipotética herencia de un tío, solterón y vulgar, es cierto, pero que apenas contaba cuarenta años de edad y era más fuerte que un roble.

En cuanto a la advertencia de «Nada de Agencias», era otro manifiesto engaño. M. T. T. 333, en realidad Teodoro Tardivel, tenía por oficio hacer casamientos, como los hacia el señor Fay, de discreta memoria.

Pero, a fuer de avisado, el hombre se dió cuenta de que a muchos clientes no les era grato tratar con agencias, por la misma razón que otros no querían tomar un taxi público porque lleva la franja de color o el número de matrícula de color rojo... Para esta clase de gentes se han inventando los coches de punto: van mucho más despacio, cuestan más caros, pero no llevan franja ni números rojos.

Con esta fórmula de «Nada de agencias» halló Tardivel la solución, tratándolo y resolviéndolo todo por medio de correspondencia y ahorrándose así un local para oficinas.

Una mañana de agosto el juez Rabotteau dijo a su mujer:

—Tardivel me ha escrito una larga carta que te resumiré. Es muy atrevido este hombre. Verás. Me dice que las mañanas emplezan dentro de veinte días y Saint-Colombau ha sido designada para dar alojamiento a media batería de artillería. Esta mencionada media batería está mandada por el capitán Conde, y este capitán parece que quiere casarse con una provinciana. ¿Comprendes la cosa?...

—Perfectamente. Pero este oficial, por lo que se ve, debe desear vivir en provincias, y lo que nosotros deseamos es casar a Elodia en París para que allí viva, y vivir allí nosotros luego. Esta es una dificultad.

—Tú siempre has de encontrar dificultades. Casemosla, y después, con las influencias del diputado, se conseguirá que nuestro yerno sea destinado al fuerte de Vincennes. Podremos vivir cerca de la Bastilla y todo irá como una seda. De momento no te preocupes de otra cosa que de arreglar la casa para que resulte lo más agradable posible. Mañana hay que llevar a Elodia a Chiteaudun para que le hagan vestidos de moda. No te olvides de avisar para que vengan a afinar el piano. También será conveniente que tomes otra criada; no resulta correcto que la cocinera sirva la mesa.

—Dios mio! — gimió la señora Rabotteau. — ¡Cuánto gusto!...

—No te digo lo contrario, pero ¿quieres o no quieres que casemos bien a nuestra Elodia? Ya ha cumplido veintiséis años. Hace ocho que la estamos presentando a todos los soldados jóvenes y maduros que se nos acercan sin conseguir pesar ninguno... ¡Ah! Y se me olvidaban los viudos... Ahora que se nos presenta una ocasión hay que aprovecharla... Yo



«Así quisiera vivir:  
amar, amar y morir!»

Como el perfume de las flores...  
Por su pureza, indicado para el cuidado del cutis.

JABÓN  
DE  
ROSS  
*Certificado Puro  
M. R.*

MEDICINAL E HIGIÉNICO  
JABÓN DE  
ROSS  
*Certificado Puro*  
DELEITOSO Y REFRESCANTE

The Sydney Ross Co. — Newark, N. J.

DORLAND  
PARIS

me entenderé con el alcalde para que seamos los designados para dar alojamiento al capitán.



# BOURJOIS PARIS

LOS PERFUMES  
QUE ASEGURAN  
PERSONALIDAD

SOLICITE USTED DE SU  
PROVEEDOR  
TARJETAS PERFUMADAS



Concesionario para Chile:

**AUGUSTO MEYTRE**

VALPARAISO

CALLE O'HIGGINS, 72, 74, 76

Durante toda la mañana del dia primero de septiembre el cañón estuvo resonando sin reposo por las llanuras que rodean Saint-Colombé. A las cuatro de la tarde se señaló la presencia de la media batería.

La casa del juez de paz estaba perfectamente preparada, desde la bodega hasta el granero. La habitación destinada al capitán hallabase bellamente decorada, amueblada con el mayor confort, como si hubiera tenido que recibir a un obispo. En la cuadra había un recuberto de paja de un metro de espesor para los caballos y de la invisible puerta de la cocina salían prometedores perfumes de exquisitos guisos.

El capitán no tardó en comparcer a la entrada de la valla de blanca madera que limitaba aquel paraíso en miniatura. Todo había sido previsto con antelación.

Rabotteau, sentado bajo una acacia, leía la *Revue des Deux Mondes*. Su esposa, no lejos de él, recortaba dorados racimos de uvas, y tras de las cortinas de muselina blanca del salón, Eloïda, prevenida por una señal convenida con su madre y ensayada repetidas veces, lanzó con la energía de la desesperación, esta frase de más o menos mal gusto:

«Así quisiera vivir,  
amar, amar y morir!»

Al sentir las pisadas del caballo, el juez dejó el periódico y su mujer los racimos de uvas.

El capitán, descubierto, dijo:

—Señores: permitame que me presente yo mismo. Soy... —ya está usted presentado, señor Conde. Le esperábamos...

El oficial se inclinó sonriente y estrechó la mano de Rabotteau. Fué introducido en el salón.

Eloïda, fingiendo ruborizarse, dejó de cantar, como si estuviera a cien leguas de suponer que un capitán de artillería pudiera poner los pies en aquellas tierras de la jurisdicción de su padre.

El capitán, portándose como persona discreta, dijo que iría a comer al hotel, pero se le hizo comprender que esto sería para ellos un agravio de los que no se perdonan.

—Usted nos honrará compartiendo nuestra modesta mesa — dijo la señora Rabotteau. — No creo que por eso vamos a matar una ternera

Huelga asegurar que la comida fué un verdadero festín.

Después de comer, aquellas cuatro personas parecían amigas de toda la vida, y el capitán triunfaba gallardamente.

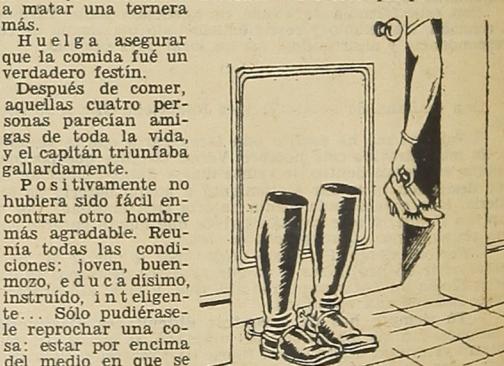
Possiblemente no hubiera sido fácil encontrar otro hombre más agradable. Reunía todas las condiciones: joven, buen mozo, educado, instruido, inteligible... Sólo pudiera serle reprochar una cosa: estar por encima del medio en que se hallaba, pero este «medio» no lo entendía él así, como es natural.

A las dos, el capitán pidió permiso para retirarse.

— ¡No faltaba más, señor Conde! — dijo la señora Rabotteau. — ¡Estará tan fatigado!... Espero que dormirá bien bajo nuestro modestísimo techo.

Al retirarse el huésped los esposos cambiaron sus impresiones.

— ¡Será un sueño! — declaró la señora. — ¡Qué aspecto más dulce el suyo! ¡Qué educación más exquisita!... No pa-



...la puerta del número 8 se entreabrió un poco...



rece un hombre de armas. Y parece que debe de tener dinero. Imaginate que ha dado veinticinco céntimos al guarda que le dió la dirección de casa...

—Amiga mía, todo eso nada tiene de extraordinario. Un oficial salido de la Escuela Politécnica se conoce entre mil. Son más serios. ¿Te has fijado que ha tenido la delicadeza de no hacer la menor alusión a sus proyectos de matrimonio?...

Se hubiera podido contestar a Rabotteau que el capitán tuvo un motivo para ello, un supremo motivo para no decir nada: que no le dejaron hablar. Ellos solos llevaron la conversación.

A las cuatro de la madrugada, cuando el oficial bajó de su habitación para montar a caballo, el juez de paz le esperaba para invitarlo a desayunar.

Por la noche se repitió la escena de la vispera. Galantemente rogó el oficial a Elodia se sentara al piano, a lo que accedió ésta tras no pocos remilgos, y entonó una de sus cursis canciones.

Se invitó al capitán para que cantara a su vez, a lo que éste accedió sin hacerse rogar. A continuación ejecutó con suamaestria una romanza sin palabras de Mendelssohn.

Los padres de Elodia estaban encantados.

En cuanto a la hija, se sentía transportada al séptimo cielo; creía sentir que en su espalda le crecían alas.

Al cabo de dos días

Rabotteau intentó buscar el medio de llevar la cuestión al tema del matrimonio de los militares, fingiendo combatirlo.

El capitán sonreía significativamente y, aunque en forma cortés, impugnó las teorías de su interlocutor. Declaró que durante la guerra los oficiales casados habían cumplido con su deber tan bien o mejor, si fuera posible, que los que no lo eran.

Aquella noche ni padres ni hija pudieron conciliar el sueño. La última, como es lógico, menos que los otros: toda la noche la pasó soñando despierta.

—¡Ojalá salga todo bien! —dijo la señora Rabotteau a su marido. — He calculado que estos ocho días nos cuestan unos cuatrocientos francos, lo menos.

—No se pueden hacer tortillas sin huevos —contestó el juez sentenciosamente.

Este, sin comunicárselo a su esposa, había escrito a Tardevel:

«Vuestro Conde resulta muy agradable persona. ¿Hay que hacerle alguna insinuación?...»

Tardevel contestó: «No dejen traslucir nada. Cuando regrese ya hablaré yo con él. Me encargo de todo».



...daba el brazo a una dama elegante...

Llegó el último día de las maniobras.

Aquella noche la cocinera de los Rabotteau se excedió en su misión, haciendo un supremo esfuerzo para cubrirse de gloria; pero ¡ay!, la fatalidad... A la hora de costumbre, el caballo del capitán, conducido por el asistente, llegó a la cuadra.

Elodia, que cada día esplaba la llegada de su prometido en casa de los Rabotteau todos nombraban así al huésped —tras las persianas del balcón, corrió al jardín lanzando gritos de angustia.

—¡Dios mío!... ¿Está herido?... —No, señorita... —respondió el soldado con aire socarrón. — El capitán se encuentra perfectamente, pero me ha encargado les diga que esta noche no le esperen a cenar.

—¿Qué no viene?...

—No, señorita; cena en el «Caballo Blanco», y también dormirá allí. He de llevarle la ropa tan pronto limpie a Coctte.

Elodia, muy pálida, corrió a transmitir la nueva a su madre.

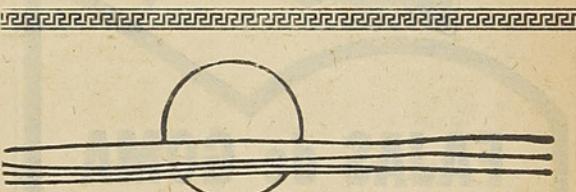
—¡Ah! —exclamó ésta. — ¡Qué desgracia!... ¡Una merluza que ha costado quince francos!... Pero ¡a qué obedece que no venga?... Si interrogáramos al asistente...

—Ya nos guardaremos bien de semejante cosa —replicó el juez, que acababa de llegar. — Estos soldados, debido a la disciplina y a la vida de cuartel, son unos demonios, como

## PARA ALIVIAROS DE LOS DEPRIMENTES CALORES

HEMOS FABRICADO UN  
PRODUCTO MARAVILLOSO  
DE UN PERFUME EXQUI-  
SITO EL CUAL AL PRO-

VOCAR UNA REACCIÓN DE  
FRESCURA INMEDIATA OS  
PRODUCIRÁ UNA SENSACIÓN  
DE DELICIOSO BIENESTAR



## Un sueño tranquilo

es bienhechor para los nerviosos y para los que trabajan sin descanso, fortalece y da nueva vitalidad. Para conseguir un sueño tranquilo se emplean las

**Tabletas de Adalina**  
M.R.: a base de Bromodietilacetilurea  
¡No tiene los efectos nocivos del Bromuro!





## FAJAS de GOMA

DESEA USTED hermosear su cuerpo? Pues use las famosas fajas y sostén-senos IDEAL de goma. Reducen la gordura conservando al mismo tiempo la línea natural, respondiendo así a las exigencias de la moda actual. Pase a ver los distintos modelos y elija el que más le convenga. El material es de primera calidad, de mucha duración y los precios de \$ 90 hasta 120. UNICA FABRICA EN EL RAMO, que tiene mucha práctica. A Provincias se remite contra reembolso.

De parte de mis clientes recibo a diario los más elegíos agradecimientos por los resultados obtenidos.

También soy fabricante de los maravillosos rodillos para automasajes "Soug-Roller", para combatir la gordura.

**PRECIOS: DESDE \$ 40.—**

FABRICA DE ARTICULOS DE GOMA  
de Julio Heerwagen

Santo Domingo, 2048      SANTIAGO  
Teléfono 88915      Casilla 3665

RECHACE

LAS

IMPATACIONES



sus amos. No sacaríamos nada en limpio y todo lo echaríamos a rodar, seguramente. Mañana me informaré yo mismo.

La cena fué más triste, lóbrega.

A la mañana siguiente, bien temprano, Rabotteau preguntó al dueño del «Caballo Blanco», sorprendido por la presencia de una docena de militares de diferentes graduaciones:

—Podría decirme si el capitán de artillería alojado en mi casa...?

—Vaya al cuarto número ocho. El capitán está todavía en su habitación, y perdóneme señor juez, que no le acompañe, pues me tienen mareado...

Rabotteau ascendió por la escalera de madera y halló un corredor con puertas blancas a ambos lados, todas iguales y con números visibles y negros.

Ya se disponía a llamar en la señalada con el número 8, cuando de pronto retrocedió cual si hubiera notado la presencia de un tigre.

Y no era un tigre lo que acababa de ver, sino unos lindos zapatos femeninos, color de rosa, al lado de unas botas que aún tenían las espuelas... Aquellos zapatos eran pequeñísimos, coquetones, impertinentes; de esos zapatos que hacen pensar, sin temor a equivocarse: «Aquí se encierra el pie de una mujer bonita...»

Si; pero en aquel momento la mujer bonita resultaba otra cosa... ¡Desventurada Elodia!... ¡Pobre señora Rabotteau!... ¡Canalla de Tardivel!... ¡Monstruo horrible de Conde!... ¡Eh?... ¡Hablemos con encanto de los oficiales que salen de la Escuela Politécnica!...

En aquel momento la puerta del número 8 se entreabrió un poco y por ella salió una mano, una mano muy blanca y muy pequeña, la mano de la dueña de aquellos zapatos abominables.

Siguiendo la mano, vió el juez un brazo precioso, esbelto, sonrojado. No: Rabotteau jamás había visto un brazo semejante, y si el otro como era de presumir, era igual, aquél miserable de capitán era el más afortunado de los miserables...

Pasado un instante, el brazo, la mano y los zapatos desaparecieron ordenadamente, se cerró la puerta y el juez se quedó plantado.

Reconocía que estaba hecho un idiota, pero sentía la necesidad de iniciar un proceso verbal contra alguien por subtracción de yerro. Mas, como el caso no estaba previsto por ningún artículo del Código, no le quedó otro remedio que volver a su casa.

—¿Qué hay?... — interrogaron a la par la esposa y la hija, que lo aguardaban en la carretera.

—Este Conde es un monstruo! — dijo Rabotteau entre dientes. — Ve a tu cuarto Elodia; he de hablar con tu madre.

Entonces Rabotteau, con los ojos todavía enrojecidos por la cólera, explicó a su adorada mitad cuánto acaba de percibir.

—Oh! — gimió la pobre señora. — ¿Se habrá visto nunca semejante escándalo?... ¡Bonito ejemplo para Saint-Columbau! — ¿Qué le diremos a Elodia?... ¡Pobre criatura!... ¡Este monstruo que le gustaba tanto!... ¡Ya puedes darle las gracias a Tardivel!... Por cierto que ha llegado una carta suya...

En efecto, sobre su mesa el juez encontró una carta de «Nada de agencias».

—No entiendo lo que me comunica — le decía Tardivel. — Me dice usted que Conde se encuentra en su casa, y recibe una carta de él en la que me comunica que, habiéndose fracturado una pierna, ocupa su lugar en las maniobras un compañero suyo.

—Esto resulta todavía peor — exclamó la madre de Elodia. — Yo siempre le he dicho «señor Conde», y nunca me contradijo... Yo, en tu caso, escribiría al Ministro de la Guerra...

—Un poco de reflexión — dijo Rabotteau. — Es muy grave llevar a un oficial ante un consejo de guerra por una locura de la juventud. Además, no le juzgo capaz de marcharse sin decirnos adiós. En este caso, todo se aclarará.

En efecto, por la tarde, el «falso» Conde llamó a la puerta pero — ¡oh colmo del descaro! — daba el brazo a una dama elegante, aquella de los zapatos, sin duda.

—¡Justina!... — gritó la señora Rabotteau. — ¡No abras!... Di que no hay nadie en casa...

—Después, encarándose con su marido, añadió: —¿No te indigna?... ¿Es posible que no estés indignado?... ¿No te convierte un insulto semejante? ¡Si yo fuera hombre, señor Rabotteau, te aseguro que las cosas sucederían de otra manera!...

—Pero, amiga mía, te olvidas de que yo soy juez de paz, que tengo sesenta y seis años y desconozco por completo el manejo de las armas?...

(Continúa en la pág. 65).

## EL POR QUÉ DE ALGUNA COSAS

*¿Qué es lo que hace que el aire sea pesado?*

El peso o gravedad es una propiedad que se comprueba en toda substancia, ya sea sólida, líquida o gaseosa y que proviene del hecho de la atracción de la tierra. Cuanto mayor es la cantidad de materias que contiene en un volumen dado, tanto más pesada es esa substancia, porque es mayor la atracción que la tierra ejerce sobre ella, y reciprocamente mayor es también la atracción que ella misma ejerce sobre la tierra. El aire es pesado, porque a pesar de ser invisible, es materia, y toda materia es pesada porque la tierra la atrae. Parece difícil explicar por qué el aire es pesado, porque todo el mundo se resiste a admitir que el aire sea una substancia material, y, sin embargo, es fácil convencerte de ello examinando el aire líquido o el aire helado, es decir, sólido.

Todos sabéis que el aire es una mezcla de gases y los gases son invisibles a la temperatura ordinaria, pero todos los gases tienen un peso dado y resulta que el aire también lo tiene. Por consiguiente, la pregunta resulta tan fuera de lugar como si se preguntara si una mesa es pesada. La tierra es la que hace que todos los cuerpos parezcan pesados, trayéndolos hacia ella. Todos sabéis, en efecto, que la tierra ejerce una fuerte atracción sobre los objetos que se encuentran sobre su superficie, siendo ella misma atraída por el lejano sol. De todas maneras, por más grande que éste sea, está muy lejos y la tierra por el contrario está muy cerca y por consiguiente el peso de las materias, ya sean aire o una simple mesa o cualquier otra cosa, es debido únicamente a su atracción.

—○—

## LUCHA ENTRE EL AGUILA MARINA Y EL CISNE

El águila marina espera que su víctima se acerque a ella. Colocada en la parte más alta de los árboles, espera con perfecta tranquilidad que el objeto de sus deseos pase por ahí. Sus ojos centelleantes dominan una vasta extensión. Escucha, y sus oídos advierten hasta el más lejano ruido. Su compañera, colocada sobre la otra orilla del río, vigila también, y si todo parece tranquilo, le aconseja con un corto grito que tenga paciencia. Al oír esta señal, tan conocida, el macho abre en parte sus inmensas alas, se inclina ligeramente hacia abajo y responde con un grito que recuerda la risa de un demente, volviendo luego a su actitud de espera en medio del silencio. Patos de todas clases y muchas otras aves pasan por ahí en bandadas más o menos grandes y bajan a las orillas del río para beber. Pero el águila no se inmuta, no son ellos dignos de su atención. De repente, se deja sentir la voz del cisne, lejana aún, pero que viene acercándose. Se oye entonces un grito agudo, es el de la hembra del águila, que siempre atenta, llama la atención de su compañero. Este se sacude violentamente y en unos segundos, ayudado por su pico, arregla su plumaje. Ya se ve ahora al viajero blanco, cuyo largo cuello de nieve está extendido hacia adelante. Sus ojos alertas vigilan como los de su enemigo; sus grandes alas parecen soportar difficilmente el peso de su cuerpo, a pesar de batir constantemente el aire. En el momento en que el cisne va a pasar cerca de sus enemigos, el águila completamente preparada para la caza, se precipita profiriendo un formidable grito. Este resuena más siniestro aún que la detonación de un fusil en los oídos del cisne. Es el momento en que se puede apreciar todo el poder de que dispone el águila, que atravesando el espacio con la rapidez de un rayo cae sobre su víctima, que en la desesperación de la agonía trata de diferentes maneras de escapar a sus crueles garras.

El cisne trata de bajar hasta el agua, pero el águila que sabe que es la única salvación para él, se lo impide y lo persigue picoteándole desde abajo, hasta que la hermosa víctima cae ya sin fuerzas. El águila se apodera entonces de ella en el aire llevándola a un lugar seguro, donde no tarda en reunirse su compañera.

—○—

## EL MUERTO QUE MATA A UN VIVO

Durante la segunda guerra angloafgana un oficial inglés, gran tirador de armas, persiguió a un jefe afgano retándole para tener un encuentro con él. Aceptado el reto, ambos combatientes montaron a caballo y el asalto empezó, pero el inglés se adelantó y descargó un sablazo en la cabeza del enemigo dejándole muerto. Este, que tenía levantado el peligroso sable de que estaba armado, lo dejó caer al perder la vida, y muerto y todo le partió la cabeza al inglés.

En Spion Kop, cuando la guerra del Transvaal, ocurrió un caso semejante. Un destacamento de boers vió a un soldado inglés, que con el fusil a la cara y el dedo en el gatillo parecía que apuntaba a los boers. Uno de estos se acercó para quitarle el arma, y al tocarle se contrajeron los nervios del soldado, apretó el gatillo y mató al boer. Luego se comprobó que el soldado inglés estaba muerto, y que se sostenía derecho porque estaba apoyado en las rocas.

*Flores de Pavia*

**AGUA DE COLONIA**

de perfume delicioso, la más apropiada para la época del verano. Usada por todas las personas de refinado gusto.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS DEL PAÍS

Frasco de 1 litro . . . . .	\$ 29.—
Frasco de ½ litro . . . . .	\$ 15.—
Frasco de ¼ litro . . . . .	\$ 7.80
Frasco de ⅛ litro . . . . .	\$ 4.80

# Jugando a Casarse

Tengo una amiguita que, próxima a casarse, está dando los últimos toques a su primoroso *trousseau*. Desde hace unos meses no cesa de visitar comercios y hojear revistas de modas: sus días transcurren entre sedas, batistas, tulles y encajes...

Sin duda concede más importancia a estas exquisitas bagatelas, prometedoras de belleza, que a su mismo prometido.

Su loco y absorbente deseo es ser **bonita**, parecer bonita. Sueña con trapos

charla de trapos y sonríe felicísima al contemplar aquellas íntimas prendas tan sutiles, tan leves de tonalidades, tan lindas y delicadas...

Para esta muchacha, como para tantas otras, casarse no tiene más significación que la de poseer adornos más o menos preciosos, joyas, muebles bonitos, recibir regalos, lucir un traje de novia y hacer un viaje, cuanto más largo mejor, en primera de lujo a ser posible.

Mi joven amiga, también como tantas

otras pobres muchachitas, juega a casarse con la misma infantil inconsciencia de su niñez, por desconocer en absoluto la enorme transcendencia del acto que de un modo tan frívolo va a realizar. No piensa, no se le ocurre pensar siquiera, que tras esas doradas y halagadoras promesas del momento puede ocurrir el doloroso fracaso de toda su vida de mujer. ¿Obligaciones, deberes, responsabilidades?... ¿Para qué mortificarse con ideas tan desagradables y molestas? ¿Desavenencias conyugales? ¿Incompatibilidad de caracteres? ¿Desamor? Si, se dan con frecuencia, admite; pero, muy pagada y segura de sí misma, excluye tales negruras de su porvenir por absurdas y desatinadas. Su caso es extraordinario.

¿Qué mujer, durante la apasionada época del noviazgo, no se cree un caso extraordinario? ¿Qué mujer, por insignificante que parezca a los demás, no está convencida de que puede inspirar grandes amores? ¡Se disminuyen con tanta facilidad y benevolencia los propios defectos y se agranda y embellece tan amorosamente la menor de las cualidades!

¿Qué ser humano no se juzga digno de ser amado grandemente?

Durante el noviazgo, el galante y rendido sometimiento del novio, que se pliega dócil y mansamente al menor de sus caprichos, ¿que inexperta muchacha no tiene fe en el porvenir? Piensa ingenuamente que más tarde, en el matrimonio, le bastará como ahora con su coquetería y algún que otro gracioso hincapié para reducir al esposo en caso de rebeldía.

—Cuando me case — me decía hace poco mi amiguita, — pienso arreglarme mucho, ir más extremada que nunca para tener conquistado siempre a mi marido.

Lo decía muy seria, convencidísima de que acababa de exponer una idea de peso.

¡Siempre la coquetería femenina como supuesta arma de triunfo! ¡Siempre trapos y vanidad! ¡Qué equivocación tan lamentable! Como si la felicidad conugal pudiera basarse únicamente en cosas tan falsas y huertas. ¡Pobre amor matrimonial, después de unos meses, si no hay algo más noble y alto que los **trapos** y la **feminal coquetería**!

Desde luego, la mujer casada, acaso más que la soltera, tiene necesidad de embellecerse, de adornarse para el amado, pero estas galas materiales sólo deben ocupar un lugar secundario, porque hay otras, infinitamente más bellas y suntuosas que al desplegarlas queda para siempre prendido en ellas, el amor.

Abnegación, sacrificio, bondad, son las prodigiosas galas que hacen fuertes e indisolubles los delicados y quebradijos lazos matrimoniales. Sin ellos, que dan altruismo, comprensión y tolerancia, no hay felicidad conugal posible.

Sin embargo, las mujeres suelen olvidarlas por los frívolos adornos, que les ofrecen espejismos de felicidad, espejismos que, como los otros, los del deseo, al desvanecerse llevan el desconcierto y muchas veces la desesperación al que los sufre.

Suelen ir las muchachas al matrimonio sin una sensata e inteligente preparación, llevando, en cambio, la absurda idea de querer hallar en él únicamente fuente de inagotables placeres, que es la causa, cuando ya no tiene remedio, de tantas amargas decepciones.

Debería ser la madre la orientadora y consejera de sus hijas en casos de semejante transcendencia, pero, aunque largamente (y muchas de ellas dolorosamente) experimentadas, son madres, y su ciego amor maternal les hace tener (*Continúa en la página 65*).



CORRESPONDENCIA  
DE PARIS

# La Esclava Blanca

POR  
MARTINA

Un funcionario colonial, ha confiado al señor Pedro Mille, que hizo él mismo una parte de su carrera en las colonias antes de convertirse en el notable escritor que ahora es, que "aburrido de no encontrar en su país sino mujeres que tienen la absurda pretensión de parecerse a los hombres, se marchó mejor a buscar la felicidad un poco más lejos".

Este señor es francés, y juzga que la francesa se ha vuelto inapta para la asociación conyugal. "He encontrado, decla-

ra él con serenidad, junto a mi pequeña esposa anamita lo que las garzonas de nuestra época son incapaces de dar a un hombre, una paz conyugal perfecta. La europea moderna con sus pretensiones y su suficiencia, se ha convertido en un ser insopportable. Cito textualmente.

Me parece que las "garzonas", palabra ésta, de una amabilidad exquisita, son capaces aún de proporcionar a este alto funcionario colonial, perfectas concubinas y servir de entretenimiento a esta casta de seres superiores que son los hombres, pero jamás serán capaces de ser las esposas afectuosas y devotas que fueron en otros tiempos".

No comprendo desde qué punto de vista ha observado este buen señor a la mujer francesa y a la mujer europea, digamos civilizada en general. Por mi parte, no tengo intención de empeñarme en probarle que todavía hay en Francia, Europa y América, en general, una gran cantidad de esposas perfectamente abnegadas y devotas, ya que él se empeña tanto en dudarlo. Mujeres que llevan su abnegación hasta el completo olvido de sí mismas. No quiero tampoco darme por ofendida, yo entre todas, del ultraje que nos dicierne con tan intrépida inconsciencia, y sólo me contentaré con estudiar su caso y desarrollar como me sea posible, su pensamiento.

Se trata seguramente de uno de aquellos hombres para quienes la mujer no debe ni puede ser sino una esclava, una esclava blanca, una criada atenta y temerosa, una pequeña esposa que tiembla ante el amo, le aprueba aunque esté equivocado, cierra los ojos a todo lo que él hace y vive en una sumisión profunda, limitando sus pensamientos a no ser sino un reflejo de los del todopoderoso amo.

Es seguramente, de aquellos que no admiten feminismo alguno, por razonable que sea. Debe ser profundo admirador de esas costumbres feudales que según dicen existen todavía en algunas aldeas del Mediodía, y que pretenden que la esposa contemple la cena del amo en el gran comedor de la hacienda con sus invitados.

Ellla le sirve respetuosa y silenciosamente, y no come lo suyo hasta que éste y sus amigos se han levantado de la mesa.

Evidentemente, estas prácticas seducen a aquellos cuyo espíritu de justicia se halla ahogado por el más ciego egoísmo, y que persisten en creer que la esposa no es otra cosa que una esclava acordada por la ley. Frederic Boutet, ha escrito algunas líneas energicas sobre estos irreductibles del antifeminismo, sobre estos manáticos que rehusan el ver lo que salta a los ojos y que se encuadran en sus privilegios tratándose de "garzonas" despreciables y ridículas, cuando pedimos un poco de justicia.

"Un orgullo de sexo", dice él, — un sentimiento atávico de amo, las viejas teorías de la mujer en el hogar, de la mujer solamente esposa y madre, o todavía de la mujer niño, de la mujer objeto de lujo, les vuelven insopportables la idea del feminismo por razonable que éste sea. Han pasado los tiempos, pero ellos no quieren verlo. Las costumbres antiguas no encuadran con las condiciones modernas de la existencia, y ello quizás sea enojoso, pero es imposible no reconocerlo. Una mujer no puede estar a la vez en su empleo y en el hogar, y si trabaja, es justo que reclame contra la

autoridad demasiado absoluta que quiere hacerse pesar sobre ella."

En tiempo de los esclavos, los espíritus muy distinguidos en Roma y en Atenas, sostienen que la esclavitud era un mal necesario, y que una sociedad bien organizada no podía pasar sin tener a su servicio seres humanos, que eran tratados como animales domésticos —muchas veces menos bien que aquéllos — y a quienes se encargaba de pe-



## Exquisita...

### LIBRE DE LAS MOLESTIAS DE LA TRANSPIRACION

Emancípese Ud. para siempre de la preocupación y el desagrado que trae consigo el sudor. Odorono es una preparación original de un médico y destinada a reprimir la transpiración. Protege continuamente.

Odorono mantiene la región axilar seca e inodora, suspendiendo el sudor sin peligro. Los médicos lo recomiendan cuando la transpiración molesta.



**Hay dos clases de Odorono Líquido:**  
El Odorono de Fuerza Regular, para usarse dos veces por semana y el Odorono Número 3, Moderado, que se recomienda para las pieles tiernas y que puede aplicarse con frecuencia. También hay Crema Odorono, que se vende en tubos.

Distribuidor:

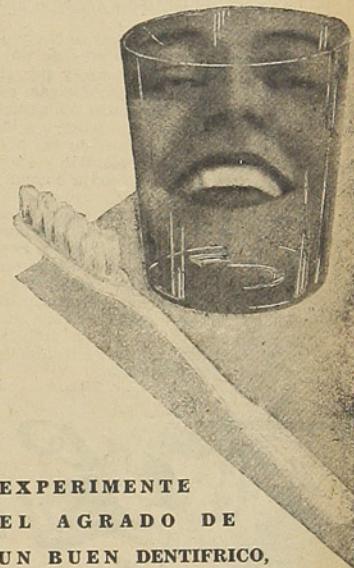
**GUSTAVO BOWSKI**

Edificio Mutual de la Armada, 7.º piso, Of. N.º 10. Casilla 1793. Santiago.

**The ODO-RO-NO Co.,**

Inc. Nueva York, E. U. A.

1



EXPERIMENTE  
EL AGRADO DE  
UN BUEN DENTIFRICO,  
USANDO UNICAMENTE

## "VADEMECUM"

DE BARNÄNGEN



ANTISEPTICO  
POR EXCELENCIA

M. R. A base de Salol



sadas faenas. Sin embargo, la esclavitud ha terminado por desaparecer, todos los hombres son libres y nadie se comporta mal por ello.

Hoy día, muchos hombres que yo quiero creer dotados de razón, y aún inteligentes, afirman que el día en que la mujer sea arrancada de la esclavitud parcial en que quieren mantenerla, el día, en fin, en que ella sea la igual del hombre, todo se resolverá y arrojará. Según ellos, sino se respeta el dogma de la esclavitud blanca, se corre a una catástrofe segura.

En un pequeño número de años, y sin duda antes de lo que se cree, dado el acelerado ritmo que marca los progresos del feminismo, y todas las transformaciones de la vida desde el comienzo del siglo, las mujeres serán iguales a los hombres, no habrá ninguna catástrofe y nadie se lamentará.

No creo que por eso el hogar se destruya. Evidentemente, las mujeres de hoy día, por la fuerza de las cosas y por el juego de las necesidades económicas, se ven con demasiada frecuencia obligadas a dejar su hogar para ir al taller o a la oficina a ganarse el pan y el de sus hijos. Soy la primera en depollarlo y quizás vuelva sobre este tema, para comentar la carta de una actriz, recibida a propósito de la obligada deserción del hogar a que se ven expuestas muchas mujeres bien en contra de su deseo. Pero el día en que las mujeres colaboren en la confección de las leyes, estarán ciertas, mis queridas amigas, que tratarán por todos los medios, de atenuar esta crisis y que ello constituirá con la protección de la infancia y de la maternidad, sus primeras preocupaciones.

Lo que impide que muchos hombres se adhieran al feminismo, es un prodigioso egoísmo reforzado de vanidad. Quieren permanecer siempre amos, reyes de la creación, y temen perder las ventajas de una situación privilegiada.

Demasiado bien saben que las mujeres no piden imposibles, sino derechos iguales a los suyos: no ser mantenidas en tutela, disponer libremente de sus bienes, no ser tratadas como menores dentro del matrimonio. “Como si bruscamente se hubieran vuelto locas”, como los subraya la valiente María Verone, y en fin, no ser alejadas de los destinos de una nación, donde por lo demás, ellas están en mayoría.

Ellas saben bien, en el fondo, que el plan de vida general no variaría porque se nos aplican las reglas del buen sentido y de la equidad.

También saben que el feminismo, no matará a la feminidad, y que por su vulnerable corazón, la esclava blanca liberada permanecerá, siempre que ame, hambrienta de ternura y abnegación para el ser a quien amará y para los hijos que éste mismo le dé.

Pero se puede ser la más atenta, la más sincera, la más amante de las esposas, y creer que una mujer que piensa y que trabaja, tiene derecho a no ser tratada como a una niña, o como una esposa anamita como desearía que lo fuera el funcionario colonial. Nosotras no queremos sino abnegarnos, pero no deseamos, naturalmente, que en ciertos casos, se burlen de nosotras, siendo por ejemplo, el juguete de ciertos personajes sin escrúpulos, que encierran en el gineceo a su víctima resignada, para mejor dilapidar su dote fuera de casa.

## LA LAMPARA, Por Gabriela Mistral

“Bendita sea mi lámpara! No me humilla como la llamaron la del Sol, y tiene un mirar humanizado de pura suavidad, de pura dulcedumbre.”

“Arde en medio de mi cuarto; es su alma. Su apagado reflejo hace brillar apenas mis lágrimas y no las veo correr por mi pecho...”

“Según el sueño que está en mi corazón, mudo su cabezuela de cristal. Para mí oración le doy una lumbre azul, y mi cuarto se hace como la hondura del valle, ahora que no elevo mi plegaria desde el fondo de los valles. Para la tristeza tiene un cristal violeta, y hace a las cosas padecer conmigo.”

“Más sabe ella de mi vida que los pechos en que he descansado. Está viva de haber tocado tantas noches mi corazón; tiene el suave ardor de mi herida íntima, que ya no abrasa, que para durar se hizo suavísima.”

“Si fuese humana, se fatigaría antes de mi pena, o bien, enardecería de solicitud, querría aún estar cozmigo cuando la misericordia del sueño llega. Ella es, pues, la Perfecta.”

“Desde afuera no se advina, y mis enemigos que pasan me creen sola. A todas mis posesiones, tan pequeñas como ésta, tan divinas como ésta, voy dando una claridad imperceptible para defendelas de los robadores de dichas.”

“Basta lo que alumbra su halo de resplandor. Caben en él la cara de mi madre y el libro abierto. ¡Que me dejen solamente lo que baña esta lámpara: de todo lo demás pueden desposeerme!”

“Yo pido a Dios que en esta noche no falte a ningún triste una lámpara suave que amortigüe el brillo de sus lágrimas.”

## Hombres que Vegetan

El lector pensará que la ilustración de este aviso encierra algo incomprensible y que desde luego no puede pasar: un hombre convertido en vegetal es algo que no puede ocurrir. Nosotros decimos a usted: NO DEBIERA OCURRIR. PERO DESGRACIADAMENTE OCURRE. Hay centenares de hombres que vegetan, porque vegetar es parecerse a los vegetales, los cuales no tienen aspiración alguna, fuera de la de vivir, ni cambian de puesto ni sueñan con una vida superior.



Para no vegetar es necesario que la inteligencia acreciente su capacidad por medio de la instrucción; si no lo hizo usted oportunamente cuando fué escolar, hágalo ahora que usted está trabajando. No necesita abandonar su ocupación actual. Puede hacerlo desde su propio hogar, dedicando muy poco dinero y algunas horas a la semana.

**E L I N S T I T U T O «PINOCHET LE-BRUN»**  
SANTIAGO — AVENIDA CLUB HIPICO, 1406

Casilla 424 — Teléfono 474 (Mataderos) — Dr. Teleg. «IPIL». Enseña por Correspondencia los siguientes Cursos: Tenebrería de Libros.—Contabilidad.—Aritmética Comercial.—Gramática Castellana.—Mecanografía.—Taquigrafía.—Correspondencia Mercantil.—Escritura.—Ortografía.—Redacción.—Mentalismo y Auto-Sugestión.—Detectivismo.—Inglés.—Caricaturismo.—Apicultura.—Avicultura.—Dactiloscopia.—Geometría.—Dibujo Lineal.—Vendedores.—Archivo—Leyes Tributarias.—Esquemas.—Contador.—Escuela Activa.

Este Instituto tiene un DEPARTAMENTO DE ENCARGOS, donde el residente en provincia puede dirigirse para lo que se le OFREZCA EN la capital.

Sírvase pedirnos informes hoy mismo acerca de la enseñanza por correspondencia; le enviaremos amplios detalles, sin compromiso alguno para usted; recorte y envíenos el siguiente cupón, llenándolo con letra legible:

**I N S T I T U T O «PINOCHET LE-BRUN»**

Santiago. — Av. Club Hipico, 1406 — Casilla 424.  
Sírvase mandarme informes sin compromiso alguno por mi parte, del Curso que me interesa.

NOMBRE.....

CIUDAD.....

CALLE y N.O.....

CURSO.....

P. T.—Feb.-18-30.

que sufren las damas durante ciertos trastornos naturales, no tienen alivio más seguro que el proporcionado por la

## Cafiaspirina

No sólo hace desaparecer el dolor en pocos momentos, sino que regulariza la circulación de la sangre y levanta las fuerzas, proporcionando así un saludable bienestar.

Hasta la dama más delicada puede tomarla con absoluta confianza, porque

**NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RÍONES**

También dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo; consecuencias de las trasnochadas y los excesos alcoholíticos, etc.



# Lorelei

Por  
FRANCISCO  
VERA

La antigüedad gustó siempre de poblar de hadas y ondinas los ruiñosos castillos y las selvas los ríos y los bosques, ondinas y hadas: quiénes se atribuyó influencia directa en el destino de los hombres. El Rhin fué uno de los sitios que dió origen a innumerables leyendas bellas

y románticas, que, transmitidas de padres a hijos, se han conservado hasta hoy. Una de las más gentiles historias que tuvieron por cuna las márgenes del Rhin es la de la ondina Lorelei, que apareció a los navegantes en lo alto de una roca que se elevaba perpendicularmente en la orilla izquierda del río. Se presentaba vestida con una túnica sutil, del color de las aguas, a través de la cual se dibujaban las líneas delicadas de su cuerpo. Su larga cabellera rubia flotaba sobre su espalda como una bandera de oro y el que viese una sola vez su rostro, hecho de todos los encantos, no podía olvidar la expresiva mirada de sus ojos verdes.

Hada bienhechora, distribuía la fortuna y los favores entre los sencillos habitantes de la comarca; pero mostrábase terrible con los malos. Más de un malhechor fué precipitado en el abismo, arrastrado por las olas espumeantes que se rompían en la roca que servía de trono a la ondina.

En una isla cercana a los dominios de Lorelei alzábese el viejo castillo de un noble conde, cuyo único hijo sintió grandes deseos de ver a la niña, y todas las tardes dirigíase a la roca misteriosa llevando un laúd al que arrancaba tiernas melodías dirigidas al hada, por la que empezó a sentir un amor imposible.

Una tarde, al crepúsculo, cuando al pie de la roca expresaba sus deseos por dulces y suaves acordes, vió que su cima empezaba a iluminarse con resplandores concéntricos que acabaron por cristalizar en la bella imagen de Lorelei. Un grito involuntario, de alegre sorpresa, se escapó del pecho del enamorado, quien, dejando deslizar el laúd hasta el suelo, juntó sus manos y, postrándose de hinojos, balbució, emocionado, el nombre de aquel ser enigmático que pareció mirarle con ternura y sonreírle amorosamente. El joven cayó sin sentido, y no volvió en sí hasta que la aurora, vertiendo su color blanco sobre el azul prusia de la noche, envolvió a toda la naturaleza en el suave tono del amanecer. Presa de febril exaltación, el joven conde volvió al castillo paterno.

Desde aquel día cambió por completo el carácter del mancebo. Veíase errar, pensativo y soñador, por las heredades paternas, y todos sus pensamientos y todos sus sueños eran para la bella hada de la roca misteriosa.

El noble anciano, que ignoraba la causa del abatimiento de su hijo, sufría al verle pálido y triste, y atribuía su estado de alma a una pasión desgraciada, por lo cual resolvió darle serias ocupaciones que le abriesen las puertas de un porvenir dichoso. Con este objeto, quiso que viajara por tierras extranjeras para que se cultivase su espíritu, a fin de poderlo dedicar luego a nobles empresas.

Aunque el joven estaba fuertemente ligado a su tierra natal por el amor de Lorelei, debía, sin embargo, obedecer las órdenes de su padre.

La víspera de su partida quiso visitar por última vez la roca misteriosa y ofrecer a la ondina del Rhin los suspiros de



su pecho y las melodías de su laúd. Bajó al río acompañado de un escudero a quien había hecho su confidente y, a la luz de nardo de la luna, dedicó tiernas endechas de despedida a su imposible amada. Cuando disponiéase a partir, apareció en lo alto de la roca la bella ondina que llamaba con su diestra mano al enamorado mancebo, mientras que con el índice de la siniestra ordenaba a las olas subir hasta ella. Las crestas espumosas se elevaron, y el joven conde sintió que unos brazos flexibles y blancos se enroscaban a su cuello y le hundían en el abismo.

El pobre escudero, presa de horrible pánico, corrió al castillo para comunicar a su señor la espantosa nueva.

El anciano juró vengarse del hada, cogiéndola con sus propias manos y condenándola al fuego. Y, seguido de sus numerosos vasallos, fué a la noche siguiente a la roca. La rodearon, la escalaron y no quedó hendedura que no fuese registrada.

De repente apareció la ondina.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó el viejo conde a la bella aparición.

Lorelei levantó la mano derecha majestuosamente, solemnemente. El índice extendido señalaba el abismo y, con voz dulce y apenas perceptible, bella voz de arpa eólica:

—Mi palacio de cristal está en el seno de las ondas y a él he llevado a mi fiel enamorado.

Dijo. Y en seguida arrojó una esmeralda a las aguas.

Inmediatamente subió una ola, en cuya cresta montó la ondina, y, deslizándose hasta el lecho del río, desapareció ante los ojos asombrados de sus perseguidores.

—○—

Ya no ha vuelto a aparecer la ninfa; pero se reproducen sus acentos melodiósos.

En las bellas y dulces noches de primavera, cuando la luna derrama su pálida claridad misteriosa sobre las aguas del Rhin, el navegar que surque sus ondas puede oír los sonidos murientes de una voz tierna que repite el himno del palacio de cristal.

ODONTINE

Pasta Dentífrica

Deja los Dientes como Perlas

# La damisela y el Sabio

Por ELINOR GLYN

Transcurrió mucho tiempo antes de que la Damisela llamasé a la puerta de la cueva en que vivía el Sabio. Este se asomaba a ella por la mañana y por la tarde, y la falta de entusiasmo que observaba en sus devociones la atribuyó a un ataque de reumatismo originado por la humedad de su cueva. Por fin una mañana divisó a la joven subiendo despacio por la pendiente de la colina y se apresuró a retirarse a lo más profundo de su celda, y hasta que la Damisela hubo llamado por dos veces, no abrió el ventanillo de la puerta. La joven parecía muy alegre, y como sollicitara del Sabio una historia, éste le refirió la siguiente:

—Una vez hubo un pez de brillantes escamas que nadaba en un profundo río. Varias veces fué tentado por las moscas que le ofrecían muchos pescadores, pero siempre se rió de ellos y se alejaba nadando, precisamente rozando casi la superficie del agua, de modo que el sol podía brillar en sus resplandecientes escamas, seduciendo los ojos de los pescadores y excitando sus deseos de apoderarse del magnífico animal. Era un pez que se reia de la vida. Pero un espléndido día llegó al río un nuevo pescador de caña; era joven y hermoso y parecía ser feliz y no muy diligente, de modo que no se apresuró a tirar el anzuelo. El pez lo miró desde el abrigo que le ofrecía una roca: «Este es el más magnífico ejemplar de pescador que he visto en toda mi vida», se dijo. «Casi me parece conveniente tragármelo para que el me saque a tierra y me ponga en su cesto». En aquel momento el joven pescador arrojó el sedal, y el sol resplandeció en las brillantes escamas del pez. Instantáneamente desapareció la pereza del pescador, que sentía ya el intenso deseo de apoderarse de aquél bello habitante de las aguas.

Siguio pescando durante algún tiempo, y el pez nadaba de un lado a otro siempre reflexionando. Debajo del cebo pudo distinguir el brillo del anzuelo, pero como la atracción del pescador de caña era cada vez más fuerte en él, por fin decidió acercarse y morder. «Conozco ya todas las emociones de nadar junto a la superficie y de hacer de modo que el sol resplandezca en mis escamas», murmuró, «pero ignoro, en cambio, todo lo que se relaciona con la orilla y con el cesto, y tal vez los cuentos que nos meten en la cabeza de los peces desde nuestra infancia acerca de la asfixia y de la muerte no sean ciertos». Y siguió diciéndose: «Es un pescador muy bello, parece bondadoso y me gustaría mucho acercarme a él y permitirle que toque mis brillantes escamas. En definitiva, conviene conocerlo todo antes de que llegue la muerte».

«Así, con el corazón palpitante y los ojos llenos de deseo, el pez subió a la superficie y se trago la mosca. El anzuelo prendió en una región cartilaginosa de su boca y no le hizo gran daño, de manera que la sensación nueva de ser sacado del agua para ir a parar a la verdosa orilla fué deliciosa para el que ya merecía el nombre de pescado. Vió de cerca al pescador y sintió el contacto de sus manos cuando éste, con el mayor cuidado, le quitó el anzuelo. Estaba en extremo alegre y orgulloso por haber cogido aquél pescado tan listo y admiró sus magníficas escamas. Habló en voz alta y dijo a su prensa cuán resplandeciente la encontraba, que era encantadora y deliciosa, y el pescado le adoró y se sintió feliz por haberse dejado coger.

Después de unos momentos de admirar y de regocijarse por su suerte, el pescador puso el pescado en el cesto entre los frescos juncos. Al principio, el pescado se quedó quieto y aun satisfecho. Todavía, desconocía el jadeo y los principios de la asfixia. Por espacio de una hora el pescador se jactó y se felicitó por su pesca. Con frecuencia abría la tapa del cesto y sonreía al pescado.

Entonces se tendió en la orilla, junto al cesto, y dejó que la caña flotase al descuido sobre la corriente. El sol era cálido y agradable.

«Me gustaría», se dijo por fin, «no haber cogido todavía

este pescado. Los preparativos para prenderlo y la excitación y la esperanza de cogerlo, eran mucho más agradables que el tenerlo ya dentro del cesto». Y dando un bostezo, cerró los ojos y se echó a dormir.

«El pescado oyó con la mayor claridad cuanto había dicho el hombre que acababa de capturarlo. Y ahora, dime, Damisela, tú que haces preguntas y por fin te las contestas a tu gusto, dime, ¿qué hizo el pescado?

La Damisela reflexionó un momento. Agitó con sus blancos dedos el agua que había en el recipiente de la fuente que manaba en la roca inmediata, luego levantó los ojos para mirar al Sabio y, amparandolo con la sombra de sus cejas, contestó pensativa:

—El pescado se quedó atontado al principio al oír la verdad que acababa de expresar aquel hombre. Repentinamente comprendió lo que había hecho y lo que perdería irremisiblemente. «Yo, que iba nadando con libertad de un lado a otro y me encantaba de mis escamas a la luz del sol, estoy ahora cogido y dentro del cesto, sin que pueda abrigar otra esperanza que la de la asfixia y la de la muerte, que no tardarán en llegar», se dijo a sí mismo. «Pero incluso habría podido resignarse a eso y al convencimiento de que mis escamas perderán su brillo y su atractivo muy en breve, si el pescador hubiese continuado levantando la tapa del cesto para admirarme un poco más». Dijo un suspiro y empezó a sentir los primeros síntomas de la esfisión. Pero era un pescado muy decidido y lleno de recursos. «Ya he aprendido la lección», dijo jadeante. «El pescador acaba de ensenármela. Ahora dare un gran salto y procurare salir del cesto».

—Soltó, en efecto, y logró levantar la tapa. El pescador se agitó en su sueño y extendió de un modo vago la mano para cerrar otra vez el cesto. Pero estaba demasiado dormido para lograrlo y, con menos ruido aún, el pescado saltó de nuevo y logró por fin caer sobre la hierba. Allí se quedó jadeante, sintiéndose muy desgraciado, y miró con pesar al hermoso pescador que entonces le parecía más agradable que nunca. «Casi podría quedarme aquí», suspiró el pescado. Luego se irguió, dio otro salto y aquella vez llegó a la roca que había en el borde de la corriente.

«De nuevo se despertó el pescador y a tientas y con los ojos cerrados aseguró el broche del cesto antes de entregarse de nuevo al sueño; pero el pescado, al dar el tercer salto, llegó al río y se arrojó al centro de la corriente.

«Adiós, hermoso pescador», dijo con triste acento. «Eres muy agradable, pero me has dado una magnífica lección que me demuestra cuánta mis grata es la libertad».

«El chapoteo del agua, cuando el pez cayó en ella, despertó del todo el pescador, pero como vió el cesto muy bien cerrado, no sintió ningún sobresalto hasta que su mirada sorprendió el punto rojizo que había en el agua, donde el pez se guardó bajo una roca. Sus agallas sangraban aún a causa de la herida producida por el anzuelo y tenían el agua que corría a su alrededor. Entonces el pescador abrió la tapa y vió que el pez había abandonado su prisión.

«Adiós», dijo el pez. «Has obtenido el cumplimiento de tu deseo y tu placer podrá empezar de nuevo».

«Pero el pescador observó que su caña, mientras él dormía, se había caído el río y se alejaba flotando por la corriente.

«Adiós», repitió el pez. «He sufrido, pero ahora poseo alguna experiencia y te estoy agradecido; se curarán mis agallas y yo te sorprenderé a veces desde debajo de la superficie del agua y así todo marchará bien». Y antes de alejarse y de perderse de vista en la corriente violenta, resplandecieron una vez más sus magníficas escamas.

Dicho esto, la Damisela dobló las manos y miró a lo lejos.

—Gracias, Damisela,—dijo el Sabio con un tono de voz

(Continúa en la pág. 64).



## ARTISTAS UNIDOS

presenta con legítimo orgullo la primera película sonora que se :: exhibirá en Chile ::

## "EVANGELINA"

OBRA ADAPTADA  
DEL INMORTAL POEMA DE  
H. W. LONGFELLOW

Interpretado por

## DOLORES del RIO

El acontecimiento más grande de la cinematografía chilena.



PROXIMAMENTE  
TEATRO IMPERIO

### La Higiene de los Niños: LA SUBSTANCIA DE ARROZ

Hay veces que se necesita dejar de alimentar a un niño pequeño porque está enfermo de su aparato digestivo. La mejor recomendación que puede hacerse a una madre que acaba de descubrir que su niño padece de una diarrea, por ejemplo, es la de aconsejarse que suspenda al niño el alimento que estaba tomando, sea cual fuere. Siempre acertará la madre que así lo haga, y el médico que llegue después, no tendrá sino aplauso para tan sabia conducta. Hay veces que esta sola determinación cura al niño de su enfermedad; pero siempre recibirá un gran beneficio con ella.

Esta dieta, que se concreta a que el

niño tome agua azucarada o tizanas suaves, no puede prolongarse demasiado. A las 48 horas cuando más, el niño debe volver a alimentarse; por supuesto que con un alimento de valor nutritivo íntimo. Para estos casos es recomendada el agua de arroz y "substancia de arroz", según el nombre popular que se le da entre nosotros.

El agua de arroz se prepara así:

Se ponen 4 cucharaditas cafeteras de arroz en grano, en un litro de agua. Se deja hervir por media hora. Se revole el agua consumida con adición de la cantidad necesaria para volver a obtener un litro. Se cuele. Puede endulzarse o salarse ligeramente.

Deseamos repetir que el agua de arroz no es un verdadero alimento y aun creemos que es peligroso considerarlo como tal, porque su uso prolongado puede producir la desnutrición del niño.

Jamás debe usarse en niños menores de cuatro meses porque sólo hasta esa edad puede el organismo aprovechar las substancias que lo componen. En los niños pequeños, suelen agravar las diáreas que se desea curar.

En cambio, es un magnífico caldo para diluir la leche cuando el niño deba volver a alimentarse propiamente. Con ella como base, va mezclándose la leche en proporción gradual, según lo vaya tolerando el niño, hasta llegar a la alimentación que corresponde al niño sano.

## El Feminismo Turco

El feminismo hace progresos por todas partes, excepto entre nosotros, en el Senado. Allí, la resistencia permanece completa. ¡Qué ingratitud! Nuestros senadores habitan un palacio construido por una mujer y para una mujer. Se encuentran muy bien entre los niños de María de Médicis, pero no le ofrecerán un lugar en el Concejo Municipal.

Nos han llegado algunas informaciones sobre el feminismo en Turquía. Después de su emancipación precipitada no parece que las mujeres hayan ganado allí gran cosa en autoridad social.

"La Unión de las mujeres turcas" se ha convertido en proteccionista. Ella hace propaganda para las telas del país. Se ha dado un gran baile, en que ningún vestido de procedencia extranjera era admitido.

Grave asunto.

La Turquía ha tenido también su concurso de belleza. Ha habido muchas disputas con motivo de la composición del jurado.

Otro grave asunto!

"El hogar de las damas turcas de Kadikeny" se ocupa de publicar una revista literaria, de organizar bailes y partidas de sport. Ciertas escuelas normales de muchachas preparan las girls scouts.

Estas conquistas femeninas son, como se ve, modestas...

Sin embargo, un periódico turco ha comentado de manera muy simpática la creación en Dessau (Alemania) de la famosa Sociedad de Protección de "los maridos", recordando que en el Tibet los hombres también están cansados de dejarse manejar por las mujeres.

Es evidente que el feminismo no ha llegado al término de su tarea. Le es necesario luchar para conseguir un puesto en donde no lo tiene aún, y donde posee alguno, debe luchar para defendélo.

LOUIS FOREST.

# La Atracción Mortal

Por  
JACQUES FROMENT



moso cuadro holandés que le he comprado al viejo Mardoeche.

Ligeramente cubrió su

körper con una pesada robe de chambre, calzó mullidas pantuflas de fieltro, dirigiéndose hacia la puerta que comunicaba su estudio con el dormitorio. Jamás ningún enfermo se acercaba a aquél octogenario en busca de un diagnóstico. Por otra parte, los estantes de su biblioteca en lugar de ser ocupados por libros de

medicina, contenían volúmenes que trataban de arqueología, de historia, de misticismo y de bellas artes. Aquellos lugares que no estaban ocupados por libros eran cubiertos por cuadros de todos los tamaños y de todas las épocas...

A la tenue luz del amanecer, el doctor se dirigió silenciosamente hacia un inmenso diván Imperio, contra el cual se apoyaba una tela sin marco: era la adquisición del día anterior. Se inclinó para observarlo. Pero de improviso sus labios se movieron, lanzando una exclamación de estupor.

El cuadro, de buena época holandesa, representaba la partida de una diligencia... Ahora bien: uno de los personajes que el doctor recordaba perfectamente había desaparecido. Era la imagen de un joven rubio, con casaca violeta... Los perfiles de su silueta resaltaban notablemente del lugar donde fuera arrancada. El personaje se había separado positiivamente del grupo.

—¿Qué es esto? —gritó el doctor Chabrol.—Anoche no

El doctor Chabrol era lo suficientemente rico para no tener necesidad de ejercer su profesión. Toda su vida la había dedicado a su única pasión: la antigüedad... Su espíritu curioso era seducido por todo aquello que presentaba visos de misterio. Había estudiado muchísimas ciencias: filosofía, historia y ciencias ocultas eran las tres ramas del saber que más le habían atraído y que llevaran a crearse una atmósfera particular, en la que él accionaba perfectamente, muy feliz, aunque al margen del mundo de los demás hombres.

Pero aquél día despertóse apenas comenzaba el alba. Tenía sobrados motivos para despertar tan temprano del cálido lecho. Mientras se levantaba murmuró para sí:

—Examinemos un poco, a la luz del nuevo día, ese fa-

he notado nada raro... ¿Quién puede haberlo quitado subiendo por las escaleras?... ¿Y si aquel bandido de Mardoché me ha engañado?... Hoy mismo le devolveré su cuadro.

Para observar mejor aproximó una lámpara, examinando más detenidamente la substracción de que fuera objeto al mismo tiempo que, por inexplicable instinto, sus ojos se dirigían a los otros cuadros. De esta rápida inspección nació una nueva y profunda consternación. Justamente, frente al diván Imperio, contra el que se apoyaba el cuadro comprado la víspera, había una tela de la misma escuela que representaba, bajo el título de "Concierto", una reunión de señoritas y señoritas. En esta pintura, como en la anterior, había un clavo... Uno de los personajes había desaparecido. ¿Cuál?... ¡Ah! El doctor recordaba perfectamente... El personaje que había desaparecido en el segundo cuadro era una hermosísima mujer, de porte majestuoso. Vestía una casaca ajustada, de terciopelo escarlata, con ribetes de armiño, faldas de satín blanco y en actitud de tocar el laúd.

— Esto es inexplicable... completamente misterioso—dijo para sí el doctor Chabrol.

Cualquier otro en su lugar hubiera atribuido aquel doble accidente a una causa natural; pero él vió bajo un aspecto especial aquella circunstancia, que ya no lo dejaría tranquilo hasta su completo esclarecimiento. Sesenta años de estudios, búsquedas, observaciones y experiencias, lo habían habituado a respirar tranquilamente la atmósfera misteriosa que sólo sabe turbar a los ignorantes. Asumió una actitud de pasmosa tranquilidad ante aquel caso tan singular: parado en medio de la sala, con la cabeza inclinada sobre el pecho y acariciando su barba blanca, el doctor Chabrol comenzó a reflexionar. Estaba frente a un enigma: bien, era necesario resolvérlo.

Los datos del problema eran claros, indiscutibles, palpables. Durante la noche, dos personajes de distintos sexos, casi de la misma edad, pintados sobre dos telas de la misma escuela y época, colocados uno frente de otro, habían desaparecido simultáneamente... Una palabra surgió de la mente del doctor: "atracción"... Verdaderamente, allí se había producido un fenómeno de atracción.

— Pero en qué sentido debía interpretarse esta palabra?... ¿En sentido real o figurado?... ¡O, quizá, en las dos formas?... Era urgentísimo realizar algo. Si en la técnica de los dos cuadros existía alguna cosa no vista hasta entonces, por ejemplo, materia imantada, mezclada con los colores. Pero, para penetrar hasta tal extremo en la factura de ambos

cuadros, era necesario, antes que nada, identificarlos con exactitud.

Respecto al "Concierto", no había ninguna duda. Su autor, Peter van Zweog, nacido en Amsterdam en 1603 y muerto en Amberes en 1680, era alumno de Isaac van der Velde, contemporáneo y rival de Gabriel Matsu y de Gerardo Terburg, que lo imitaba en la representación de géneros de satín... Los biógrafos insistían sobre la riqueza y el fasto de este pintor, y agregaban: "Era padre de dos señoritas de extraordinaria belleza, y tenía costumbre de reproducir en la mayoría de sus cuadros la delicada hermosura de sus hijas". La tela que poseía el doctor Chabrol y que pertenecía a ese pintor, remontaba al año 1649. La mujer de casaca de terciopelo escarlata, con ribetes de armiño—la fugitiva—era, probablemente, una de las hijas del pintor.

Respecto al autor de "La partida de la diligencia", el doctor se inclinaba hacia varios nombres. La escena era clásica: dos viajeros se preparaban para subir a un caballo, un tercero ya estaba en la silla. En la puerta de la posada un huésped saludaba, mientras un sirviente sostenía un jarro con sus manos. En el fondo, un pastor cerca de una fuente. Uno de los viajeros que aún no había montado faltaba... El doctor recordaba perfectamente que vestía traje militar y calzaba botas a lo mosquetero...

Entonces, ¿quién era el pintor? Chabrol extrajo de su biblioteca todas las obras que podrían aportarle luz: Heubraken, Pilkington, Immerzoel, y muchos más. De deducción en deducción, terminó por descubrir en un volumen anónimo el nombre de un tal Justus Johanes Bruyn, alumno de Abraham Bloemaert, nacido y muerto en Dordrecht y que floreciera en 1650 y al que se le podía atribuir perfectamente aquel cuadro que representaba "La partida de la diligencia". El autor del volumen, un erudito del siglo XIX, afirmaba haber escrito basándose en documentos originales y cartas de familia, y decía que Bruyn había muerto de tristeza en 1650, porque su único hijo Pedro, hermoso y galante caballero que a menudo le servía de modelo, se había arrojado al caudaloso Mosa, desesperado por no haber sido aceptado por yerno un artista célebre y rico, émulo de Gerardo Terburg.

El doctor se llevó una mano a la frente... El sabía... Peter van der Zweog había vivido en Dordrecht a mediados del siglo XVII. Entonces él era el émulo de Gerardo Terburg... La joven del laúd era su hija. El joven rubio, vestido

(Continúa en la página 64).

## EL ARTE DE SER BONITA

Por CHARLOTTE ROUVIER

### Los peligros del rouge

El carmin o rouge, a más de dar al rostro un antíptico aspecto artificial, trae aparejadas malas consecuencias para el cutis, haciendo que las mejillas se arruguen y se sequen y, a veces, se llenen de barrilllos. El rubinol, absolutamente inofensivo, embellece las mejillas con un rosado que en nada se distingue del natural. Todas las mujeres de mejillas pálidas, para suplir la falta de color natural, pueden recurrir confiadas al rubinol en polvo, que pueden adquirir en cualquier farmacia, perfumería y otros comercios que se dedican a la venta de artículos de tocador.

### Eliminación de los barrilllos

Por medio del nuevo procedimiento consistente en el baño espumante del cutis del rostro se eliminan al instante los puntos de pigmento negro, la grasa y los anchos poros que destruyen la hermosura de la cara. Es este un procedimiento sencillo, agradable, inofensivo, verdaderamente único. Eche usted en un vaso de agua caliente una tabletita de stymol, substancia que podrá hallar en cualquier farmacia. Una vez que haya desaparecido la efervescencia producida por la disolución del stymol,

báñese la cara con ese líquido. Los puntos negros saldrán de su guarda para confundirse avergonzados en la toalla, la grasa también desaparecerá y los poros, al contrarse, se borrarán. El rostro quedará hermoseado por una piel clara, lisa, suave y fresca. Para hacer que este resultado, tan rápidamente obtenido, se convierta en definitivo, repita usted unas cuantas veces, con intervalos de pocos días, estas maravillosas abluciones con el líquido que se consigue disolviendo stymol en el agua.

### Para hermosear y hacer crecer el cabello

Los jabones y los shampoos artificiales causan la ruina de muchas cabezas de preciosas cabelleras. Pocas personas saben que una cucharadita de las de café llena de buen stymol disuelto en una taza de agua caliente ejerce una natural afinidad sobre el pelo y constituye el lavado de cabeza más delicioso que pueda imaginarse. Deja y estimula en gran manera el crecimiento del pelo. Se vende en las boticas solamente en paquetes sellados, a un precio que no es elevado, porque cada envase contiene cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoos, lo que, al fin y al cabo, resulta económico.



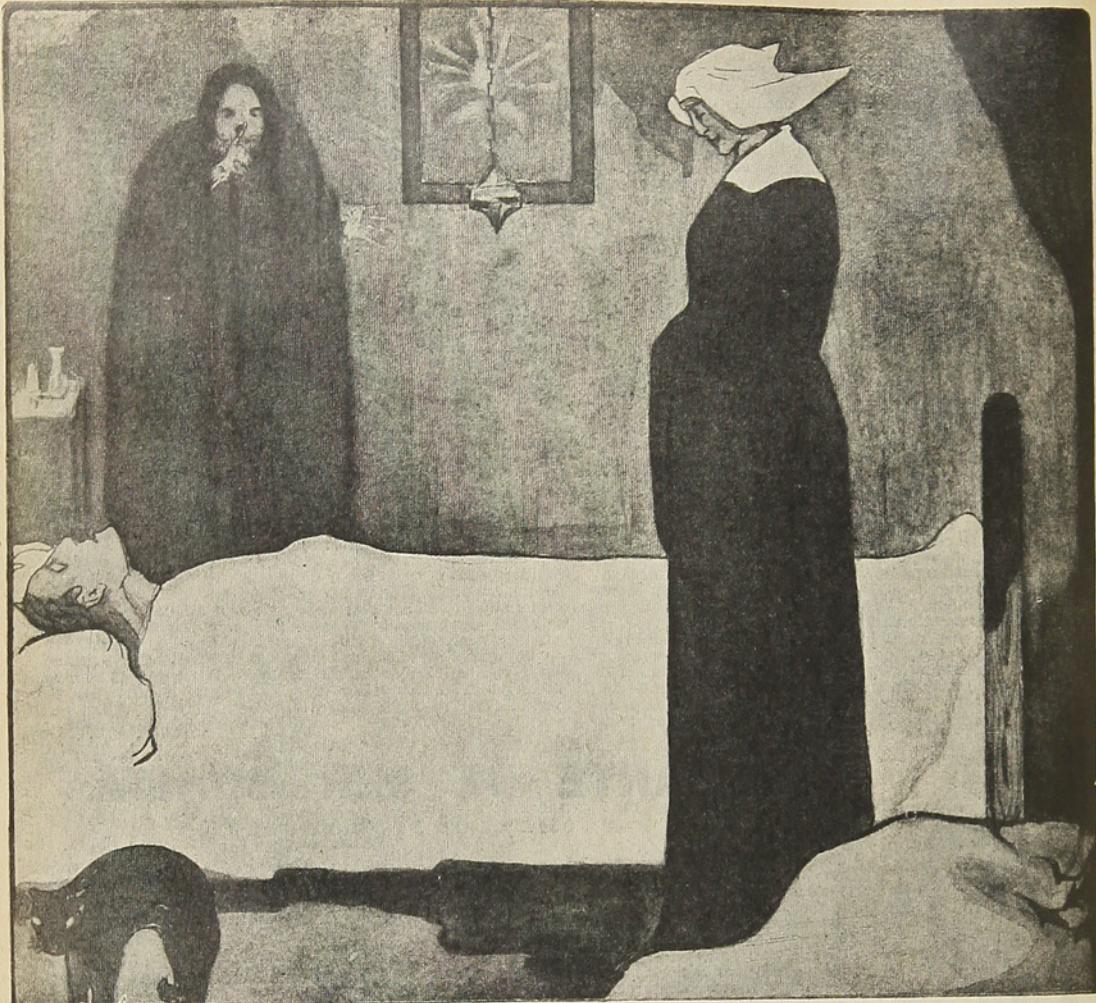
Extracción completa del vello

Cómo quitarse de una manera definitiva el vello, es algo que muchas damas desean conocer. Es una verdadera lástima de que hasta el presente no se haya difundido de un modo más general el conocimiento de una substancia que provoca el aniquilamiento del vello. Esta substancia es el porlac puro pulverizado y se halla en venta en todas las farmacias. El porlac se aplica directamente a las partes del

cuerpo donde crecen los pelos superfluos cuya desaparición deseáis. Este tratamiento recomienda muy especialmente porque, además de eliminar el vello sin dejar rastros, hace que él no vuelva a reaparecer dado que el porlac provoca la completa destrucción de las raíces de los pelos.

### Su cutis se ha rajado?

Hay mujeres que creen que solamente a los diecisiete años es cuando pueden exhibir un cutis perfecto. Están equivocadas. Mucho tiempo después de los cuarenta, toda dama puede ostentar, si lo quiere, un cutis tan hermoso como el de una joven de veinte años. Lo que ocurre es que, a medida que pasan los años, la envejecida cutícula exterior va adhiriéndose siempre más a la piel; de allí que haya que hacerla caer. Esto se logra fácilmente aplicando al cutis, todas las noches, cera mercobilizada. Esta substancia se encuentra en toda farmacia. No hay que olvidar que toda mujer posee debajo de su viejo cutis uno nuevo y hermoso que está a la espera de ser traído a la superficie. Y en esto consiste el secreto del porqué nunca envejecen las actrices y "estrellas" del cine. ¿Por qué no hace usted también la prueba?



## Enséñame el Camino,

Por AMADO NERVO

¡Qué tiempo tienes tú para estar triste,  
si toda tu existencia es de los otros!  
¡Jamás bajaste al fondo de ti misma  
e ignoras el océano  
de claridad que llevas!

Espejo es tu alma, que apacible copia  
la santidad remota de los astros...  
Pero tú no lo sabes;  
tú, en un ardor de caridad perpetua  
te derramas; tus penas  
son las penas del mundo; en tus entrañas  
de mujer, llora y rie  
la humanidad entera.

¡Cuando te extingas para siempre, acaso  
ni siquiera sabrás la luz que diste!

"El cielo!"... y para qué, si tú lo llevas  
dentro de ti. ¡Qué goce puede darse  
a quien realiza en todos los minutos  
la suprema ventura!  
Que visión beatífica  
vais a ofrecer a quien es uno mismo  
con Dios...

Oh, mi hermanita, mi hermanita



déjame contemplar tus tocas blancas  
que irradian un fulgor de nieve pura  
entre la sombra de la estancia, donde  
agoniza el enfermo a quien asistes,  
y por quien amorosa te desvelas!  
Déjame contemplar tus nobles canas,  
tus arrugas, que son como los leves  
surcos, en donde el Sembrador divino  
su simiente inmortal sembró.

Permitme  
que me mire en tus claros ojos, dulces,  
inocentes y castos, en que brilla  
la promesa de transfiguraciones  
cercañas... ¡Santifíqueme tu influjo!

Enséñame, hermanita,  
enséñame el camino  
para llegar a Dios...  
Por la infinita  
soledad, yo le busco de continuo,  
con un alma viril... pero marchita,  
que su riego divino  
sobre todas las cosas necesita!

Enséñame, hermanita,  
enséñame el camino!

# L A V O Z

Es noche. El cielo tiene opalescencias extrañas. La luna, deslustrada, se esfuma como una figura de Carrière, y el yermo campo que se hunde sin violencia en los confines del horizonte, pare-

## LOS DISTURBIOS DIGESTIVOS MAS COMUNES

Por qué seguir sufriendo después de las comidas, cuando las acedias, pesadeces, dilataciones, eructaciones ácidas e indigentes, pueden aliviarse rápidamente tomando media cuerdita de las de café de Magnesia Bisurada en un poco de agua después de las comidas? Con el uso de este antártico experimentará usted una sensación de bienestar que es difícil conseguir con otros medios puesto que neutraliza rápidamente el exceso de ácidos que es la causa de tantos dolores. Una vez disminuida la acidez excesiva, desaparecerán las fermentaciones nocturnas de los alimentos y alcanzará una digestión normal y sin dolor. La Magnesia Bisurada, (M. R.), que es inofensiva y fácil de tomar, se vende en todas las farmacias. Base: Magnesia y Bismuto.



## Una Noticia para Uds.

En el mundo entero, las SALES KRUSCHEN (M. R.) están siendo cada día más aceptadas por las mujeres que desean una figura atractiva, libre de gordura, de tal manera que llegarán a provocar la admiración de todos. He aquí la receta para hacer desaparecer la gordura y dar realce a los atractivos naturales en toda mujer.

Cada mañana, antes del desayuno, tome la cuarta parte de una cuerdita de té de té SALES KRUSCHEN en un vaso de agua caliente o en una taza de té. No deje de haber esta TODAS LAS MANANAS, pues esta pequeña dosis diaria es la que le quitará la gordura". No infunda una sola mañana.

Del hábito de tomar KRUSCHEN (M. R.) resulta que los desperdicios nocivos, ácidos y gases dañinos son expelidos del sistema. Al mismo tiempo, el estomago, hígado, riñones e intestinos son tonificados y la sangre pura y fresca — conteniendo las seis sales vivificantes de la naturaleza — es llevada a cada órgano, glandula, nervio y fibra del cuerpo; luego viene el "BIENESTAR DE KRUSCHEN", que trae salud, actividad y energía reflejadas en ojos brillantes, cutis claro, vivacidad feliz y una figura encantadora. De venta en todas las boticas.

Base: Sales de Sodio Potasio y Magnesio.

Representante en Chile:

H. V. PRENTICE

LABORATORIO LONDRES

VALPARAISO

ce que durmiera un sueño sin principio y sin fin bajo la solicitud de una sábana percutida.

No hay picarescas miradas en los cinco pétalos de las estrellas, pero en sus pupilas se ha abrigado una misteriosa tristeza, una dulce resignación dolorosa que tiende crespones y gasas sobre todo el jardín celeste.

Sin embargo, la pampa no duerme. El enorme silencio que la vigila tiene inmovilidades de éxtasis, rigideces de miedo o paciente atención de felino. En el día que ha pasado, sus bravos hijos fecundaron con sangre de sus cuerpos la tierra virgen, sin pensar en las futuras cosechas que aprovecharían sus enemigos; la flecha envenenada se cruzó con la bala subadora, la lanza salvaje con el sable del blanco civilizado; a los gritos de guerra y al rezongo del cuerno de la tripa, respondió el estallido del cañón y el estruendo de la artillería. ¡La madre pampa lloró de dolor y el cielo inio se encrespó de dueo!

Es noche. La llanura vela sus queridos muertos y el satélite empesina en amortajarlos con luz de plata. Son miles los caídos; sus cadáveres se amontonan aquí y allá; las armas están aun en manos de los feroces guerreros y las horribles muecas de dolor o de rabia, todavía impresas en los rostros de cobre. Hay manos crispadas sobre el cuello del enemigo, dedos hundidos en garras blancas y dientes apretados en el acero homicida que segan sus cabezas. Hay cráneos abiertos que han echado sobre los hombros curtidos clamores de sangre, brazos cortados que todavía amenazan y piernas desgajadas en lo más recio del ataque. Las botonduradas de los uniformes, las hojas de las lanzas y de los sables y el cañón de algún fusil extraviado, tienen fosforescencias fantásticas en medio de la desolación y bajo la mirada dolorosa de la luna.

Una sombra se levanta del horizonte incierto y describe un círculo en el espacio. Otra sombra más oscura y más precisa, se eleva después. Se oye un ruido de alas tras un amontonamiento de cadáveres; dos pupilas doradas brillan siniestramente y escudriñan el campo; luego vuela una lechuza, chistando como un hombre.

Más allá se levanta otra, aquí una más... Pronto en el espacio vuelan muchas lechuzas con ojos de gato, lanzando sus gritos, — el grito de mal agüero que hace santiguar a las viejas campesinas, — como si entre ellas se comunicaran algún peligro. Cuando se pierden en la lejanía, parecen banderolas de crespón negro que el viento hubiese arrebatado de sus cuerdas, y cuando se aproximan con sus pupilas brillantes y las alas abiertas, hacen pensar en una legión de extrañas brujas que cabalgan en sus escobas sobre aquel campo de batalla para extraer mágicos elixires de las médulas muertas, de los cerebros inertes, de los corazones fríos...

Del campamento de los cristianos, improvisado en una hondonada del terreno, se ha desprendido un grupo de jinetes. El aguerrido ejército del general Roca, que viene a conquistar la pampa indígena para entregarla virgen a las violaciones del arado, teme las sorpre-



### DURANTE 35 AÑOS

las plumas fuente «CONKLIN» han demostrado su calidad insuperable. Ahora, la Fábrica ha lanzado a los mercados del mundo sus nuevos modelos, que son una verdadera revelación.

La «CONKLIN», en su calidad «Endura», fabricada con un material irrompible, denominado PIROXILINA, por su fuerte consistencia y durabilidad, constituye la mejor garantía de duración.

La Fábrica desea que toda pluma «CONKLIN», en su calidad «Endura», preste a su poseedor servicio para toda la vida, estableciendo por intermedio de sus agentes, para garantizar esta idea, el servicio absolutamente gratuito de reparación.

Solicite de su proveedor una demostración de la pluma «CONKLIN».

Únicos Distribuidores para Chile:

**UNIVERSO**  
SOCIETAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

CASILLA 102 V. VALPARAISO

**Conklin**  
ENDURA

sas nocturnas de la indiada que capitanea el bravo cacique Mangoré, y todas las noches, después de cada matanza diseminan pequeños grupos de soldados en todas direcciones para que vigilen las proximidades.

Cuatro hombres, todo ojos y oídos, aparecen recortados en el horizonte sobre sus caballos inquietos, que marchan al paso. El más joven va delante, contemplando con tristeza los despojos humanos que florecen monstruosos en el suelo. Los otros marchan detrás, mudos e inmóviles sobre sus monturas, con la culata del fusil apoyada en el muslo, con las pupilas fosforescentes clavadas en el confín. Los caballos olfatean nerviosos el aire saturado de muerte y con rara insistencia vuelven la cabeza hacia el campamento.

(Las lechuzas, interumpidas en su fúnebre orgía, se levantaron silenciosas como fantasmas y anunciaron a sus compañeras el paso de los intrusos. Por eso en la quietud mística de la pampa las aves agoreras lanzaron su chillido humano y revolotearon sobre los cadáveres.)

El jefe del pelotón, el más joven de los cuatro jinetes, el que marcha delante, mirando con tristeza los despojos humanos, recoge de un golpe lasbridas y vuelve la cabeza azorado. Los ojos se han dilatado, parece que fueran a caer de las órbitas. Sus labios y sus mejillas reflejan las livideces de los muertos. Todo él ha temblado de terror.

Los soldados le miran, y a su pesar vuelven la cabeza sugestionados.

—Han oido ustedes también? — pregunta, después de haberles interrogado inutilmente con los ojos.

Uno responde en voz baja, con miedo, mirando a las ancas de su montura:

—Yo no he oido más que a las lechuzas... ¡malditas lechuzas!

Todos afirman.

El jefe deja caer la cabeza sobre el pecho, espolea suavemente a su caballo, y seguido de sus tres hombres, continúa la marcha evitando los cuerpos rígidos.

La marcha continúa, continúa monótona, con algo de cortejo fúnebre... Todos desean hablar para colorear los pensamientos oscuros, pero todos temen violar la solemnidad del silencio que los envuelve.

Las lechuzas siguen describiendo círculos en el espacio, como sombras que ofician algún rito misterioso, alguna cámara abominable.

El joven oficial hace esfuerzos para arrancar de su cerebro las garras de una idea que lo martiriza. Un pájaro negro parece la idea; un gran pájaro negro, que se hubiera posado sobre su frente e inclinado su monstruosa cabeza le hablara al oído, haciendo sonar hueco el corneo pico. La idea es un recuerdo, un recuerdo lejano, una leyenda de familia que se transmite de padres a hijos como herencia funesta, como un estigma como una maldición. A su padre, a su abuelo, a sus más remotos ascendientes, una voz misteriosa que les persigue desde tiempos olvidados, vibró siempre en sus oídos como un anuncio en los instantes supremos. El cree haberla visto mientras recorría el campo de batalla, sembrado de cadáveres; él cree haber oido esa voz misteriosa que anunció a su abuelo la llegada de la muerte, que profetizó a su padre la ruina y el suicidio. Hasta el ha llegado su nombre; él ha oido llamarse del fondo de la pampa con voz angustiada, con voz sollozante que cabalgaba en la noche sobre la frialdad de un rayo de luna. La voz venía de lo lejos, del horizonte esfumado, del otro lado del mundo tal vez.

—¡Robeeeertooo!

—Sería una ilusión? Sus hombres no habían oido nada, y la voz, según la terrible leyenda, se dejaba oír por todos. ¡Quizás no fuera más que ilusión!

Sobre su caballo, en el silencio, marchaba pensando en la pobre madrecita aniosa que le despidió llorando, allá en Buenos Aires, en la verja de hierro de la quinta paterna, cuando se alistara en el ejército que iba a conquistar laureles para su jefe y tierras para el arado. Quizás el recuerdo de su pobre vieja, trajo consigo el de la leyenda familiar. Lógicamente debía ser así. Sin embargo, las bestias daban señales de inquietud, de miedo. Bajo sus piernas había sentido

temblar la piel de su caballo y veía que todos avanzaban irresolutos, volviendo la cabeza, golpeando el suelo con los cascos, resoplando, sacudiendo el pescuezo... Los soldados mismos parecían petrificados sobre sus monturas y hasta adormecidos en sus ojos extraviados de demencia.

Los caballos se detienen de pronto. El *pangaré* del oficial, que va delante, lanza un relincho potente, olfatea la cara distorsionada de un indio que está allí en tierra como un obstáculo, con el cráneo abierto como una granada, y retrocede temblando espantosamente, sin dejar de mirar el rostro ensangrentado del indígena muerto. El relincho tiene algo de grito humano, algo de alarido salvaje lleno de terror. En medio del silencio que los rodea, de la luz pálida que los envuelve y de la desolación que se extiende ante ellos, el relincho del animal toma proporciones gigantescas y parece que el espacio se llena de sus ecos. Cuando la última vibración muere en el confín de la pampa, los cuatro hombres, lividos e inmóviles, oyen una voz moribunda que solloza un nombre, una voz ahogada, perdida en las brumas distantes de la distancia:

—¡Robeeeertooo!

Los soldados tienen interrogatorios y espantos en los ojos, y el oficial, sin saber por qué, las pupilas clavadas en el cadáver que está allí en tierra como un obstáculo, con el cráneo abierto y una mano negra, dura y descarnada, extendida en alto, con los dedos retorcidos y amenazantes como garras, por la horrible crispación de la agonía.

Los caballos no quieren avanzar a pesar de que las espuelas martirizan sus ijares. Todos están como poseídos de azoramiento y no apartan la vista del brazo crispado que parece amenazar.

—Pasado el primer estupor, el oficial ordena:

—Vamos adelante! Pero los soldados tienen miedo a lo desconocido.

Todas las supersticiones del terrorífico toman cuerpo en sus almas primitivas y la orden queda sin efecto.

Los tres hombres miran a su jefe con una extraña mezcla de admiración, de odio y de temor. Uno se atreve a hablar, indicando el brazo amenazador:

—Mi teniente, mi teniente... ¿No ve eso? ¿No ha oido la voz? Más allá hay peligro... Es el aviso de Dios. ¡Volvamos al campamento, mi teniente!...

El oficial, aunque participa de sus temores y supersticiones, recuerda su deber, y empuñando el revólver:

—Adelante he dicho!

Las espuelas vuelven a hundirse en los ijares ensangrentados, y a pesar del terror que hace castañetear los dientes de los hombres y temblar las patas de las bestias, avanzan a pasos cortos, inseguros, mirando el seco brazo crispado, en medio de un silencio que sólo interrumpe el macabro tecleo de las mandíbulas y los ahogados chillidos de las lechuzas que se ven pasar a lo lejos, apenas delineadas en el espacio.

De pronto el caballo del teniente se immobiliza.

Va a hundirse otra vez con rabia el vientre de la bestia, pero resbala suave sobre la cincha como si la pierna agresora hubiera caído tronchada de un golpe. Es que de allá... de muy lejos, del horizonte esfumado, del otro lado del mundo tal vez, una voz se ha alzado como un ave:

—¡Robeeeertooo!

Entonces el descarnado brazo del cadáver avanza hacia las patas delanteras del caballo. Todos ven cómo los dedos se anudan sobre el garrón, todos contemplan inmóviles y mudos, sugestionados, enloquecidos... El animal tiene los ojos sanguinolentos y la boca espumosa; el caballero se ha llevado las manos al corazón.

De pronto, como una cuchillada, hiende el espacio un grito y el oficial se desploma sobre el sangriento cadáver del indígena.

Los soldados contaron después, en el campamento, que al chocar los dos cuerpos, una gran carcajada aleteó sobre ellos, llenando las soledades de la pampa de rumores extraños. [Luego... nada, nada]

ALEJANDRO SUX



# El Gato de Angora, Por Cansinos-Assens

La viejecita tenía un gato de Angora, blanco, con manchas pardas—que no eran negras—y la viejecita decía todo el día las manchas pardas de su gato:—¡Eres de la Orden de San Francisco, gatito? La viejecita estaba loca de contento. Toda su vida había penado por un gato de Angora, como aquellos que veía cuando era niña, en aquel gran jardín, frente al colegio; y, por fin, una vecina planchadora, que tenía una gata de esa casta, hermosa y maternal, le había regalado aquella criatura.

Mientras era chiquito, iba a la puerta de la planchadora vecina: — ¿Y el gatito?

— Todavía está muy chiquito; aún toma la vida del pecho de la madre.

Y ella se contemplaba con ver al gatito, todo pequeño, que cabía en el bolsillo del delantal. Lo besaba y lo mimaba. ¡Qué hermoso es, vecina!

Por fin, un día se lo llevó a casa. Le había preparado una cunita; le pusieron un lazo celeste y un cascabelito para que sonara su alegría por toda la casa. Lo besó toda la familia, y era una maravilla la finura de su lana y aquellas manos hchas y franciscanas.

Junto a la cama tenía dos mechones blancos, dos graciosas patillas, y la viejecita decía encantada: ¡Ay mi inglés! Y todos reían del gatito de Angora, que aquella primera noche husmeaba todos los rincones de la casa. Luego, las niñas lo perfumaron con sus ensencias y sus polvos y el gatito oía a violeta y a tocador, y era una delicia acercársele a la cara. Oía como las cintas y como los cabellos de las niñas.

El gato fué creciendo, y todos los días la viejecita iba muy temprano a comprar la carne para su gatito, y a todas las vecinas les decía la muy tonta: "Tengo un gato más bonito... ¡Como que es de Angora!" Pero el gatito no quería a la viejecita; le gustaban las niñas que se lo llevaban a dormir a su cama y lo atormentaban para reír: "Gatito, haz la carreta". Y el gatito hacia la carreta y todo su cuerpo sonaba como un órgano, y les lamía las manos y se les acostaba junto a las mejillas, en la blandura de la carne de niña. Y una mujer que iba a la casa, les decía: "Niñas, no durmáis con el gato, que os van a salir lamparones".

Pero ellas no hacían caso; y todas las noches, antes de acostarse, llamaban al gatito que venía sonando su cascabel. Luego le hacían mis diabluras, le hacían dar saltos mortales y sostenerse de pie, para decir después: "Tengo un gatito que

parece un oso". Pero el gato las quería a ellas y no quería a la vieja, que era quien le daba de comer y lo acariciaba siempre suavemente.

Cuando lo cogía, el gatito maullaba y sacaba las uñas, y quería ir a jugar con las niñas.

Llenas tenía de arañones sus santas manos. Su sueño hubiera sido ponerse a coser con el gatito en la falda, y verlo dormir tan blanco y tan grande, mientras enhebraba una aguja temblequeando el gatito no quería estarce con ella. La

buenas mujer le decía: "Gatito bonito, estás a tu lado conmigo y duérmete; que todo el mundo vea el gato tan hermoso que yo tengo". Pero el gato maullaba y gruñía, y cuando la pobre vieja levantaba sus manos, se iba bufando con una calma regia y erizada.

— Nada, que el gato no te quiere — le había dicho una vez una de las niñas.

Y la buena mujer sentía ya vergüenza de que se supiera este desamor de su gato, porque ella lo quería más que nunca.

¡Toda su vida que había estado penando por un gato de Angora! Y ya la pobre vieja no lo besaba, ni lo cogía delante de sus niñas; pero cuando estaba a solas se lo subía a la cara, lo besaba y le decía con su santa dulzura: "Gatito, qué reme; ¿qué te he hecho yo? Gatito bonito, quiere a la

viejecita". Pero el gato se iba siempre gruñendo, bufando.

¡Qué pena tan grande la de la viejecita al verse así, despreciada por su gato!

Y cuando las vecinas de la casa le preguntaban por él, la pobre mujer, sonriente, con su dolor, les decía: "¡Muy bonito y muy grande!" Pero parecía, al decirlo, que hablaba de un hijo muerto.

La mujer que iba a la casa, le dijo: "Póngalo usted a servir, ¡qué gusto de tener un gato tan desagradecido! Fero la santa vieja se horrorizaba de la crueldad de aquella mujer. ¡Porque no la quería! ¡Bien sabe Dios que no lo haría ella ni con un gato tifoso! Pero la pena de la vieja era muy grande. Un día, llena de vergüenza, fué otra vez a la puerta de la planchadora: — Vecina, cuando su gata tenga gatitos, guárdeme una criatura. La planchadora le dijo: pero, ¿qué le ha pasado al suyo? ¿Se ha muerto? Y casi lloraba. La santa viejecita, llena de vergüenza, le dijo: no, sino para que haya una pareja... Y al sonreírse, estuvo a punto de llorar.



Nuevas Cartas  
a las  
Mujeres

El hogar, tal como está constituido actualmente, no responde a casi ninguna de las necesidades y actividades de la vida moderna y es, por lo tanto, un conjunto de absurdos que no sirve más que para contrariar inútilmente a los individuos que le forman.

La agrupación familiar tuvo su origen en la necesidad de defender la vida en las sociedades primitivas. Sostuvo después

la conveniencia de defender y concentrar la hacienda, en los tiempos en que la riqueza consistía principalmente en tierras y ganados, y en que la principal fuente de riqueza era la agricultura. Hasta tal punto es la familia una institución económica más que sentimental, que hay países — y de los que más parte han

tomado en el desarrollo de la civilización que está empezando a derrumbarse. — Francia por ejemplo — en que la base del matrimonio es la unión de intereses. La dote de la esposa se considera tan indispensable que no hay soltera que sueñe en casarse si de dote carece, y se considera hasta indecorosa la posi-

Agrupación, como ustedes ven, absurda, ilógica, injusta y tediosa, hasta el punto de haber llegado a hacerse insoprible.

Con los primeros años del siglo veinte, la necesidad económica y el sentido común trajeron una modificación trascendental.

Las hijas con no poca escandalizada sorpresa de sus mayores en edad, se decidieron a lanzarse a la lucha por la vida "como unos

hombreros", a aprender algo más que la costura para poder ganar si quisiera el vestido. Movilizadas en muchas oca-



bilidad de que influyan en la constitución de un hogar motivos pasionales o sentimentales. Y hasta en nuestros países latinos, donde el amor,afortunadamente, no se considera superfluo en el matrimonio, ha florecido y sigue establecida en algunas regiones la institución del mayorazgo, que pone la casi totalidad de la hacienda en manos del primogénito, sin preocuparse de la probable miseria de los demás hijos. Lo importante era conservar intacto, aumentándole a ser posible a cada generación, el bloque sacroso de la hacienda, sin tener para nada en cuenta a las personas. Y los menores se sacrificaban sin protestas, en una especie de reverencia fatalista, en aras del honor familiar, representado por la hacienda una, santa e indivisible.

Todas estas consideraciones ya no tienen razón de ser. No nos devoramos materialmente unos a otros, no nos disputamos con uñas y dientes la res cazada como en las primitivas agrupaciones trogloditas. La riqueza en moneda y en papel no se destruye cuando se reparte. La aportación de trabajo de la mujer, representada por los quehaceres domésticos, que tuvo su importancia en otros tiempos, cuando todo lo necesario para la familia, alimentos (pan, carnes, legumbres y frutas conservadas), ropas, a partir del hilado, coladas, incluyendo la fabricación del jabón, se producía dentro del hogar, a partir de la invención de las máquinas y del consecuente desenvolvimiento de la industria, se ha ido poco a poco transformando en parasitismo. Durante casi medio siglo las mujeres han vivido dentro del hogar en ociosidad mal encubierta con las labores llamadas de adorno, en desesmerado teatro, en hiperestesia pseudo-sentimental, pesando intolerablemente sobre el infeliz hombre proveedor. La familia tipo de la clase media en nuestros países prolíficos ha estado constituida durante todo el siglo diez y nueve por un padre que se mata a trabajar, una madre que se desespera porque a todo mes le sobran cinco días y a toda pagina le faltan quince duros, de uno a tres hijos que estudian más o menos y de dos a cuatro hijas (las hembras siempre están en mayoría) que no hacen nada y viven en la esperanza de un matrimonio cada día más problemático...

siones tanto como el propio interés, la simpatía y la piedad filial que ellas, hembras, sienten por el padre cansado mucho más que los hijos varones.

Con verdadero afán, con graciosa e ingenua petulancia, invadieron escuelas normales, institutos, escuelas especiales. Algunas se arriesgaron a pasar las puertas de la Universidad. Hoy a nadie escandaliza ya el afán de cultura y de eficiencia de la mujer, y se considera perfectamente natural y correcto el que ellas, lo mismo que ellos, y aun antes que ellos, contribuyan a resolver el problema económico familiar.

Pero esta transformación, mejor dicho, este desenvolvimiento de la inteligencia femenina, ha creado un conflicto inmediato: las mujeres jóvenes, en cuanto se han dado cuenta de que pueden pensar, naturalmente, se han permitido tener opinión; como su opinión la han formado al aire libre, fuera del hogar y de sus acostumbradas actividades e inactividades; no está casi nunca de acuerdo con el sentir tradicional y, como todo lo desacostumbrado, está muy cerca de parecer inmoral.

Hay madre que se asusta y aun avergüenza de que la hija que le gana el pan dejándose explotar en un gran establecimiento comercial o bancario, tenga las que a ella le parecen desmoralizantes y groseras ideas socialistas.

A los hermanos tampoco les parece muy bien que las hermanitas tan sometidas hoy, se nieguen con arrogancia de iguales a consentir en los renunciamientos un poco humillantes que estaban ellos acostumbrados a exigir con inconsciente superioridad.

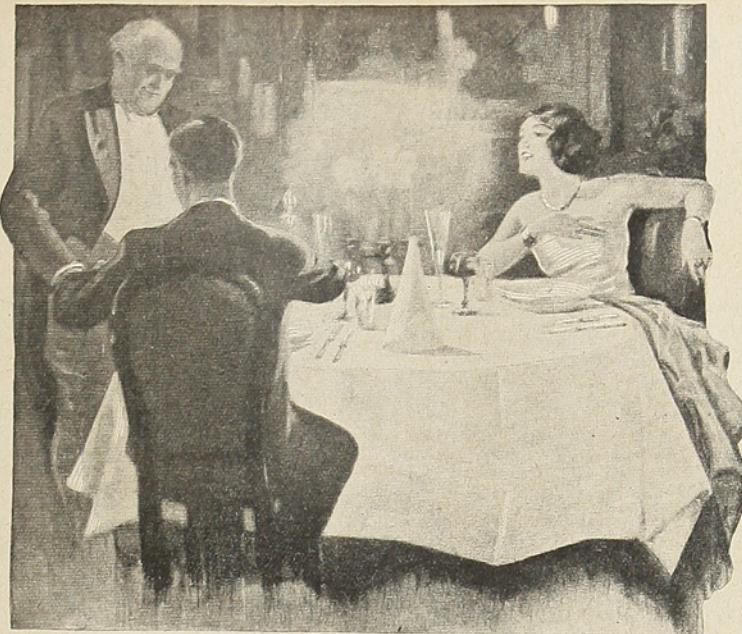
Además, las "niñas" hablan, y en no pocas ocasiones con más sólida información que ellos, de temas que tradicional-

mente estaban reservados al varón y constituyan su incontestada supremacía: política, derecho, arte, literatura...

Con todo lo cual, el hogar, estrecho de espacio y no muy amplio de ambiente ni material ni espiritual, se ha hecho un poco más inhabitable e irrespirable.

No es que falten en él el cariño ni la mutua buena voluntad, es que hay demasiados elementos antagonistas, demasiados intereses incompatibles que rompen y dispersan su antigua unidad.

Por derecho ganado a costa de trabajo, se han creado casi tantas autoridades como personas, aún no se ha alcanzado el suficiente desen-



## ¡Estamos Todos Locos?

Según las acertadas afirmaciones de algunos alienistas de renombre no son locos únicamente los que están encerrados en las celdas de los manicomios, pues no hay hombre ni mujer en el mundo que no tenga su locura, o, si se quiere, su manía patológica.

Nos quedariamos con la boca abierta viendo a qué género de excentricidad se entregan personas que suponíamos desprovistas de toda suerte de preocupaciones.

Por eso, la afirmación de los alienistas no puede ser más concluyente: «Todo individuo, por más sano de espíritu que parezca, ha sido, es y será un desequilibrio, aunque no lo sea más que por sólo un minuto durante toda su vida».

Eso maníacos se delatan por signos que en apariencia no tienen significación, pero que revelan una mentalidad algo enferma.

Maníacos, por no decir locos, son el niño que se roe las uñas o se chupa el dedo; el hombre que se rasca la cabeza cuando algo le preocupa, el que se da una palmada en la frente al resolver cualquier problema; el que tamboleara con sus dedos sobre el vidrio de la ventana o sobre el brazo de un sillón.

Maníacos o locos son también los que al hablar agarran el botón del saco de quien les escucha; los que evitan al salir a la calle romper la marcha con el pie izquierdo; los que van por la calle contando los faroles o sumando los números de las casas; los que se muerden la lengua cuando tratan de recordar algo; los que llevan en los bolsillos fetiche o mastocatas; los que tienen pánico al viernes o al número 13; los que a cada momento miran el reloj sin fijarse en la hora.

Más o menos locos son también el niño que muerde la punta del pañuelo, que mastica la lapicera, que mata las moscas con un látigo o que chupa las manchas de tinta.

La ciencia no se ha quedado satisfecha con denunciar estas alteraciones y ver el medio de cortarlas, sino que les ha buscado la denominación correspondiente.

Así, al que se roe las uñas le llama onicófago; al que se rasca la cabeza, capilioromaniaco; al niño que se chupa el dedo, stomactilomaniaco; al que al sentarse cruza las piernas, trepodomaniaco; al que tamboleara con los dedos armoniomaniaco... y así sucesivamente.

Pero no termina aquí el capítulo de manías.

¿Detesta Ud. el ajo? ¿Le inspiran una aversión particular los huevos fritos? ¿No le gustan las naranjas? ¿Hay, en fin, algún plato que le cause horror?

No se asuste usted. Su caso, mucho más frecuente de lo que pudiera creer, denota una especie de locura anodina fácilmente curable. Sufre usted una enfermedad que no había bautizado nadie y a la cual se le aplica hoy un nombre: la sitofobia.

El doctor Burand y su compañero, el doctor Marnier, autores de estudios interesantes, (sobre la gastronomía y la terapéutica), han asegurado que son legión las personas que, sin motivo alguno, experimentan una aversión irresistible a un plato, una fruta, una bebida o una legumbre.

El doctor Marnier ha hablado de un carpintero, de treinta y tres años de edad, admirablemente constituido, capaz de desarrollar un gran esfuerzo físico, a quien hacia palidecer sólo el olor de la manteca. El doctor había observado por entonces pocos casos de sitofobia, y pensando que era fingida la aversión del carpintero, le convidió a comer un manjar hecho con manteca y aceite, y apenas lo hubo probado aquél se sintió enfermo.

El doctor Burand ha citado numerosos casos análogos.

En Nantes conoció a una niña a quien enfermaban las manzanas. Lo más curioso era que le gustaban muchísimo y que no podía resistirse a comerlas, aunque sabía que invariablemente le producían una indigestión. Una vez pasando por un jardín con el doctor, le enseñó éste un manzano, y sólo de ver el fruto se sintió indispuesta.

Hay muchos casos de sitofobia debidos a los ajos, aún entre personas nacidas y criadas en regiones donde se come mucho esta planta.

Hechas estas breves consideraciones, no se asusten, lectores, si alguien, celebrando una de tus gracias o manías, te dice, burión:

¡Qué loco es usted!

## DE TODO UN POCO

El puente colgante mayor del mundo es el de Brooklyn, sobre el East River, en Nueva York. Fue comenzado en 1867 e inaugurado en 1883.

El torcecuello mueve la cabeza en todos los sentidos.

El buho no hace nido. Ocupa el que deja abandonado alguna urraca o el de una paloma torcáz, y allí pone huevos blancos, casi esféricos.

Decía un rey de Francia al embajador español:

—Si me enojo marcharé con mi ejército hasta las puertas de Madrid.

—En cuanto al ejército —repuso el embajador—, tal vez se quede a las puertas; pero a Vuestra Majestad se le prepararía el alojamiento que dejó Francisco I.

Enrique IV, de Francia, decía un día al padre Coton, su confesor:

—Padre mio, ¿revelarías la confesión del hombre que os manifestase estar decidido a asesinarme?

—No —repuso el fraile—; pero correría a interponerme entre él y vos.

volvimiento espiritual para permitir la existencia de un grupo anárquico, es decir, sin autoridad personal preponderante.

Todos son buenos, todos se quieren, todos se sacrifican unos por otros, y el bienestar no se consigue...

La familia actual, con muy raras excepciones, podría definirse:

Reunión bajo el mismo techo de unos cuantos seres incompatibles, que se adorarian si se viesen de cuando en cuando, y que, generalmente, no pueden aguantarse con paciencia porque están obligados a pasarla la vida juntos, a comer a diario los mismos platos y a ser oficialmente de la misma opinión.

# La Moda de Invierno en París

Por THERESE CLEMENCEAU

Con un poco de gusto y de sentido práctico, puede combinarse un vestido de tarde, que podrá llevarse a una comida.

¿Qué pensareis de los tres modelos siguientes?

Al primer golpe de vista, no vale gran cosa este vestido de raso negro, que anima únicamente un cuello écharpe de encaje antiguo en su tono natural, colocado sobre muselina de seda blanca, para darle más realce y finura y, sin embargo, qué elegancia en esa sencillez.

El segundo modelo es de muselina de seda chiffon beige, un poco oscura, con incrustaciones en la chaqueta de grueso encaje de guipur en tono crudo; pliegues pespuntesados en las caderas, producen la amplitud en forma. Como lo exige la nueva moda, la muselina de seda desciende hasta el tobillo, formando puntas a los lados, mientras que el fondo no llega sino veinte centímetros abajo de la rodilla.

En fin, la tercera toilette es un vestido princesa, en terciopelo impreso de pequeñas florecillas del campo, en tonos tenues multicolores sobre fondo marrón, ampliada con godets. Un volante de forma nueva, apoyado un poco abajo del talie, desciende hasta la mitad de la enagua. Un gran peto de encaje fino amarilloso, redondeado por delante, sigue el descote de la espalda, que no debe ser sino un muy pequeño descote. Este vestido se lleva en dos ocasiones bien diferentes. Como es admitido tener mangas largas para las comidas de confianza, y el protocolo de los té exige los brazos cubiertos, elegiréis un vestido que tenga mangas largas, ojalá sean ellas transparentes, lo que es muy bonito y le da al vestido un aspecto muy habilé.

Puesto que ahora el vestido de terciopelo es el preferido para por la noche, esto facilita nuestra combinación de un solo vestido para ambos casos; té y comidas, sobre todo si se tiene el buen gusto de elegir tonos medios o tonos pastel, tales como el beige mas o menos claro, los verdes, desde el musgo hasta el bronce, los coloridos de las hojas secas, que son adorables en los reflejos del terciopelo chiffon, los eliotropos, son de una distinción incomparable, el azul acero, el rosa viejo, ligeramente obscuro, todos los tonos de las hortensias, y el negro. Todos estos colores, en esos deliciosos terciopelos modernos, suaves y ligeros, más la maravillosa variedad que va de la impresión loral, en grandes y pequeños motivos, hasta las figuras geométricas, componen toilettes de una elegancia muy refinada, particularmente los unidos, están en primer lugar, por ser la tela sentadora por

excelencia para las mujeres de todas las edades y considerarse una infinita distinción.

Esto no quiere decir, bien entendido, que no debamos elegir las fayas y los tafetanes, muy apreciados para las muchachas que hacen sus primeras salidas al mundo y los moirés más serios, pero muy en boga. Algunos de estos tisús son bordados de dibujos Pompadour del más bello efecto.

El vestido negro, en cualquiera de estos tisús, tendrá un éxito seguro, si va animado de un poco de rosa o de blanco. Para esta última combinación, blanco y negro, os recomiendo un tanto de discreción, porque comienza a hacerse demasiado común.

En una de las últimas fiestas de caridad, con que se ha abierto la estación, pudimos admirar muy de cerca a muchas de nuestras damas, entre las más elegantes: S. A. la princesa Murat, con un ensamble gris con aplicaciones más oscuras en el vestido; el sombrero, un fieltro gris también, con incrustaciones de fieltros de diferentes grises y algo de negro. La vizcondesa Vigier, llevaba un abrigo de terciopelo beadeau con un cuello de piel, sobre un vestido de crespón de China en el tono, pequeño sombrero negro, adornado de cintas negras. Mme. Legrand, abrigo de paño negro con cuello de ragondín y sombrero de terciopelo negro. Madame Chiappe abrigo de paño negro con enorme cuello drapado de armiño, casco negro de raso, picado con una joya. Marquesa de Llano, ensamble compuesto de abrigo de terciopelo azul noche, con gran cuello de zorro azul, vestido de crespón-raso en el tono, y mil más que pudieramos citar.

El «dos piezas», tan sencillo en su linea, debe su elegancia a la elección del tisú. Varios modelos de dos piezas, nos han sido mostrados recientemente: uno particularmente chic, con una enagua de terciopelo azul marino y una casaca de raso en dos tonos de azul.

Para el deporte, el conjunto de una enagua de weed marrón y una casaca tejida en tonos beige, es muy práctico y bonito. Una enagua de fantasía, forma campana, con un jumper adornado de cuello y puños de crespón de China compone un dos piezas para la tarde.

Que la mujer elegante sepa exactamente lo que ella quiere, o que lo ignore, no puede sino regocijarse al ver que la moda se presta a todos sus caprichos y necesidades, como a todas sus fantasías. Recorrad, en fin, que si dos tisús diferentes obtienen vuestra preferencia, la moda os facilitará cualquier ingeniosa combinación con los dos.



# Como la Nieve, Por José A. Luengo

Hace ya muchos años, estando cierta tarde primaveral en un café, Alberto Lozano—buen amigo mío—se sentó a mi vecindario, y mientras sorbíamos una taza de moka falsificado, me refirió con la palabra de balbuciente, con los ojos lacrimosos y con la taza suspensa y goteando ante las narices, que acababa de contemplar en la plaza a una muchacha de belleza tan seductora que, aunque él fuera de piedra, hubiera seguido por encima de las leyes naturales. Así lo hizo y así lo repitió en mi compañía, pues una hora después nos hallábamos en una calle estrecha y tortuosa «de cuyo nombre no quiero acordarme» y contemplábamos con suma insistencia un viejo palacio de piedras carcomidas y pulimentadas por el tiempo.

Había enfrente del palacio una tienda de hojalatero y a

Arrastré a mi amigo fuera del tenducho; pero él volvió al día siguiente, entregó al hojalatero una carta y a las veinticuatro horas recibió una contestación conforme a sus deseos, escrita en muy buena letra inglesa y firmada por Magdalena: que este era el nombre de la marquesita.

Desde aquel instante Alberto fué para mí un ser casi entelequético. Lo veía solamente muy de tarde en tarde, y cuando la casualidad le hacía acercarse a mí, no me hablaba más que de su novia.

Algun tiempo después tornó al café, cierta tarde, en un estado calamitoso. Dejó los guantes en una mesa, tiró el sombrero en una silla y los despeinados cabellos se le derrumbaron sobre las sienes. Estaba pálido y giraba los ojos asustados unas veces, retadores otras y bizcos todas.



...me encontré tendida sobre el acierto de la derecha a una pobre mujer que se quejaba sordamente

este preguntamos quién era el dueño de aquella tan austera morada.

—Es el señor marqués de Campón; pero si lo quieren ver, tendrán que aguardar a que regrese. No está en Toledo.

—Y qué tal?..., preguntó Alberto.

—Les diré a ustedes.. Por un lado... parece que es malo... Por otro... parece que es bueno; pero por otro... no sabe uno a qué carta quedarse... Porque es un señor... así... así... ¡vamos!... Un señor muy especial. El otro día, antes de marcharse fuera, tuve que subir a su casa...

—¡Ah! Pero usted sube a su casa?...

—Sí, señor.

—¿Y usted ve a su hija?...

—¡Hombre! A menos que fuera ciego... Y que la doncella es muy hermosa y muy buena. Parece, con su rostro tan... así... un angelón; porque como tiene aquellos cabelllos... —usted me entiende?—aquellos cabellos tan así y aquella figura tan... tan...

—Sí... Tan así...

—Justamente, tan así...

—¿Qué te pasa?, le pregunté.

—Una cosa horrible, chico, horrible, horrible... ¡Ha venido el padre de Magdalena!... Se opone a nuestras relaciones. Hace tres días que no la veo. La tiene encerrada. Es un tirano.

—Pero se puede saber por qué se opone?...

—Porque no tengo cuarteles; porque carezco de sinoples; porque no presento dos o tres calderos en campo de gules...

—¡Bah! Se ablandará... Cada uno es hijo de sus obras.

—¿Qué ha de ablandarse! Tiene la cabeza más dura que los clavos de su puerta. La corona le ha hecho criar callos en ella... y en el alma. Porque esa Magdalena de mi corazón... ¡Se muere!... Es decir, no, no se muere si tú me ayudas...

—En qué?

—En el rapto. Esta noche Magdalena huirá conmigo, y su padre, burlado, no tendrá más remedio que dar su consentimiento.

—Pero, hombre...

—¡Qué! ¿Me ayudas o no?...

—Pero, ¿cómo?...

—Con tus consejos, con tu compañía, porque yo estoy loco...

Medianoche era por filo, cuando nos presentamos en la calleja misteriosa y sombría. Las luces públicas apenas lo-graban esclarecer un poco la tétrica fachada del caserón.

Nos plantamos frente al palacio. Alberto sacó un silbato, sopló en él y esperamos... ¡Qué emocion!... En Toledo, a medianoche, en una calleja que desgraciadamente no tenía hornacina ni luces temblequeantes, esperando a una doncella para raptarla... ¡Vamos! El conjunto resultaba casi propio de leyenda... Mi amigo tornó a silbar... Yo echaba de menudos sobre mis hombros una capa de grana con anchos pliegues y sobre mi cabeza un chambergo halduco con la pluma suelta al viento y sujetá en su cabo con un joyel de brillantes. Casi sentía ya sobre mí pecho el peso del taali y en más de una ocasión llevé la mano al costado, pensando hallar en él la honda taza y los recios gavilanes de mi espada toledana.

Mi amigo me volvió a la realidad, diciéndome:

—¡No veo la señal convenida!

—Acaso Magdalena habrá reflexionado...

—¡Reflexionar! El amor no tiene cabeza.

—Entonces esto es más que amor, porque no tiene ni cabeza ni pies.

En este momento torció la esquina el hojalatero y, jadeando —lo cual fué un bien, porque no pudo hablar— entregó a Alberto una carta. Era de Magdalena. Su contenido desgarrador denotaba la fuerza de una pasión volcánica. En ella le decía que su padre, por haber descubierto sus planes, o por otra cualquiera causa, la había hecho emprender aquella misma tarde un viaje. «Búscame, búscame —decía textualmente la epistola—. Si no me encuentras, la tumba, si, la tumba sellará nuestro cariño. Y no lo digo por romanticismo, sino porque, llámese como se llame, así lo siente mi corazón...»

Alberto se quedó anonadado. Después lanzóse al portón de la casa y, como loco que estaba, cogiendo los pesados aldabones, empezó a descargar sendos golpes que resonaron lugubriamente en todo el ámbito de la calle.

Lleno de compasión lo acompañé hasta su casa y, al día siguiente que la **facture** —esta es la palabra!—, lo **facture**, como a un fardo inerte, para Madrid.

Y la vida se trago en su vorágine inmensa aquellos dos átomos humanos, llamados Magdalena y Alberto.



Pasaron muchos años. Una noche de enero caminaba yo tranquilo y despacioseamente por la calle de Alcalá, cuando avançó de pronto sobre mí un señor grueso, que abrió los brazos en cruz y los cruzó sobre mi espalda, sofocándome contra su pecho y gritando:

—Amigo mío!...

Me escapé como pude de semejante prensa.

—¡No me conoces!, exclamo. Soy Alberto, Alberto Lanzano...

—¡Alberto! Pero, ¿es posible?

—Sí, sí...

—Al cabo de tanto tiempo!...

Como hiciera ademán de abrazarme otra vez, le detuve, poniéndole una mano sobre el pecho y saludándole con la otra muy efusivamente. Enlazados del brazo como dos molabtes, nos dirigimos hacia un café próximo. Allí dimos expansión a nuestros corazones. Le referí mi vida en dos minutos y él me habló con extraordinaria vehemencia de todas las vicisitudes de la suya; de sus viajes por Europa; de sus correrías por el mundo entero y de su estancia en las más importantes capitales, donde había desempeñado cargos diplomáticos. Su conversación era como un desfile de pintorescas películas. En un alto de la charla me acordé repentinamente de sus antiguos amores y le pregunte:

—¿Supiste, al fin, algo de Magdalena?

Alberto se quedó abstraído durante algunos segundos.

—No me interrumpas y te lo contaré todo de un tirón. Hace dos años, estando yo en la Embajada Española de San Petersburgo, sentí una tarde ganas de respirar el aire puro de los campos. Mande ensillar mi caballo y emprendí un paseo por los alrededores de la ciudad. Era una tarde tristona del mes de enero. El viento rugía iracundo. Torvas nubes impidiadas por él, corrían por el espacio y lo entoldaban. Parecían diosas gigantescas e irritadas que caminaban empujando sobre las recias espaldas. Me alejé bastante de San Petersburgo, que estaba como dormido en medio de la llanura, con sus cúpulas casi esfumadas y con todos sus resplandores muertos. Al volver un recodo del camino, me encontré tendida sobre el acirate de la derecha a una pobre mujer que se quejaba sordamente. Descabalgué, movido por la compasión. La infeliz se encontraba enferma, y entre estertor y estertor, contestó a todas mis preguntas con la misma respuesta:

—¡Ay, señor! ¡Me duele todo, todo el cuerpo!...

Con la ayuda de un herculeo labriego que acertó a pasar por allí, la coloque sobre mi caballo y me dispuse a conducirla a donde pudiera ser atendida.

—Habrá por aquí un sitio que sirviera de refugio a esta mujer... pregunté al campesino.

Porque yo, en medio del campo solitario, hallaba completamente inútiles las monedas que sonaban en mi bolsillo y temía por mi protegida, que seguía quejándose.

El labriego, con su gorro en la mano izquierda y con la derecha hundida entre los rubios y fuertes cabellos, se entretenía en contemplar el torvo cielo, como si las nubes fueran a inspirarle la respuesta.

—Ah, noble señor! Allí... La condesa es una santa mujer... ¡Allí!...

Sin vacilar guié el caballo hacia la quinta que el patán me indicaba. Alzábese a corta distancia. Era una tapia robusta, sobre la cual se desbordaba la hierba. Dentro numerosos árboles levantaban sus esqueléticas ramas. Los cónicos cipreses se mantenían arrogantemente erguidos y unos cuantos eucaliptos cabeceaban como péndulos invertidos, moviendo sus siempre verdes brazos. Tras ellos se alzaba la quinta. Algunos hablan de la **fisonomía de las casas**. Pues bien; esta quinta era como el rostro grave y gracioso de una doncella que conoce su belleza y la muestra con timidez.

Llegamos a ella. Los criados avisaron a la señora, porque ésta se presentó y, enterada de lo que yo solicitaba, ordenó que la pobre fuera acostada en un lecho blando y caliente y que le dieran alimentos. La enferma, seguramente, lo estaba de frío y de necesidad. Cumplidos sus mandatos, se me acercó y me dijo:

—Caballero, Dios es el gran pagador de las buenas obras.

—Con todo, señora, sin la caridad de usted, la mía hubiera sido perfectamente inútil.

—¡Que el cielo nos lo pague!...

Antes de emprender mi regreso a la ciudad, quisieron tomara el té en su compañía. Nos sentamos delante de una mesita, que era una maravilla de arte japonés. La noble dama tenía el cabello blanco y el rostro también blanco, muy blanco, de una casi milagrosa palidez. Vestía de negro, y cuandó sus manos iban y venían sobre la tela sedena, traían a mi memoria las immaculadas palomas que viera en mi niñez en los ejidos de mi pueblo, paseando sobre la escoria de las helquerías. ¡Tan finas, tan blancas, tan ideales eran!... Hablabamos en francés. La luz entraba por dos balcones, con una tenacidad llena de ensonación y calma. De vez en cuando unas pobres acacias, agitadas por el vendaval, tanían con sus ramas contra los cristales. De pronto la condesa me preguntó:

(Continúa en la pág. 63).

# POLA NEGRÍ, enamorada siempre

El último idilio — hasta ahora — de Pola Negri comenzó en abril, y en abril termina... Entre las dos primaveras transcurrieron dos inviernos; dos años durante los cuales la gran trágica del cinematógrafo pudo titularse princesa, en la vida privada, realizando así el sueño de grandeza que tantas veces había inquietado su espíritu ambicioso y voluntarioso durante la interpretación de papeles en los que seña diádemas y arrastraba mantos de armoño...

Aún se hallaba próximo aquel día en el cual, asistiendo al entierro de Rodolfo Valentino, la célebre "star", envuelta en negros crépones como una viuda, había ofrecido a la ingenua admiración del público el espectáculo de una desesperación y de un llanto perfectamente fotográficos... Dolor producido por autosugestión, y pura apariencia, como ante el objetivo fascinador de la cámara y bajo los focos enervantes de los "sun-lights"... Aún se hallaba muy próximo aquel día en que el amante muerto había hecho a la amante viva el obsequio postumo de una formidable "réclame", cuando a bordo del transatlántico sobre el que hacia ruta de Europa, la Negri, en el brevísimo plazo de una travesía Nueva York - Cherburgo, conoció al príncipe Mdivani y representó, con él, la nueva comedia de la ilusión que renace.

— ¿Príncipe Mdivani?... ¿Qué es eso?... — preguntó una mañana París, al enterarse de que Pola Negri, recién llegada a su "château" francés de Séraicourt, había abandonado en pleno Atlántico al espectro frío y tedioso de Valentino para acogerse al amor menos ideal y más tangible de un improvisado...

Hay espardidos por el mundo, y especialmente en la zona terrestre comprendida entre Montmartre y



Pola Negri en su última película.

Montparnasse, tantos príncipes químéricos de los cuales, un buen día, sabemos que se llaman Pérez o Durand sencillamente, que el principado de Mdivani tardó algún tiempo en ser tomado en serio... Pero la Negri hizo de este asunto cuestión de amor propio, y el amor propio en los actores, sean mudos o parlantes, es, por lo general, un buen agente de propaganda... El secretario de Pola puso en circulación algunos cheques y movilizó a ciertos periodistas... El príncipe Mdivani concedió algunas entrevistas y afirmó que su principado, prácticamente inexistente ya, perteneció, sin embargo, a la historia rusa anterior a 1917 y al barrio de Le-nine... París aceptó, como recuerdo histórico, el principado que Pola Negri iba a adquirir con igual facilidad que si hubiera comprado un brillante más... Pero los rusos de París sonreían... — Mdivani pertenece a una familia de las montañas de Georgia, — explicaban — y allí, antes de la revolución, todos los que no eran siervos explotados y hambrientos eran príncipes opulentos y explotadores. Así, el título de "príncipe" era, en aquellas regiones, tan común como el "monsieur" en Francia o como el "don" en España, con la diferencia de que el "monsieur" francés y el "don" español trabajan, a veces, para ganar su vida, en tanto que los "príncipes" de Georgia vivieron siempre del trabajo ajeno, porque para ellos la holganza era la esencia misma, la única razón de ser y el solo signo aparente de su aristocracia...

El Mdivani descubierto por la Negri a bordo del "Berengaria" sigue siendo, en el destierro, "príncipe de Georgia" en toda la extensión de la palabra, y le ha resultado a Pola mucho más caro que un brillante (Continúa en la pág. 63)



## *La falda larga sólo debe usarse de noche*

París, noviembre. — El capitán Molyneux, el hombre que asombró a un mundo elegante con sus creaciones de «pijamas» callejeros, acaba de revelarse en contra de las faldas largas para el uso diario.

«El cambio de modas era inevitable—dice el incisivo modisto; —en todas las líneas ha comenzado la reacción hacia los días previos a la guerra; esto era de esperarse. Desde el catorce las chicas co-

braron su independencia, como ellas dicen, y los trajes femeninos echaron a un lado el arte y se convirtieron las niñas en mocitos con faldas a las rodillas.

«Ya esto ha llegado a su final. Estamos preparados para el cambio; nuestras mujeres desean ser femeninas una vez más. Las melodías tristes en la música substituyen al jazz; el vals ocupa el lugar que siempre le correspondía y que

el «shimmy» le quitó; asimismo el cambio de traje es imprescindible.

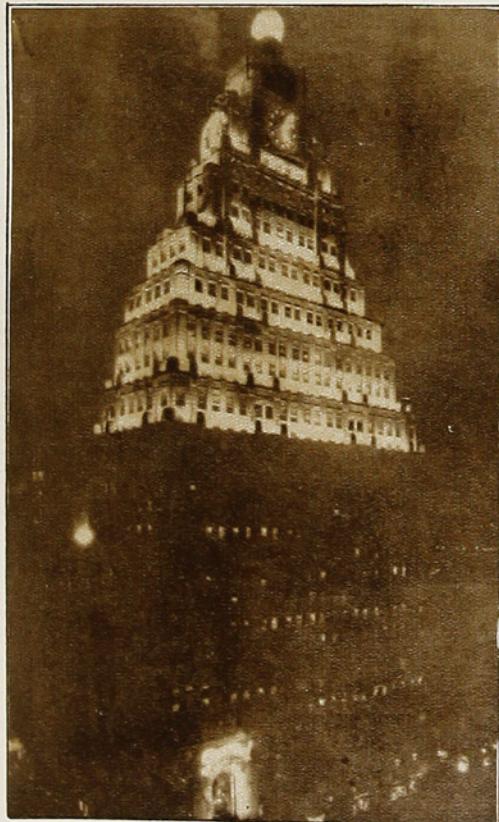
«No podemos decir hasta dónde llegaremos con los cambios en el verano del año entrante. Pero a pesar de los cambios, tendremos que convenir que las revoluciones demasiado radicales nunca son convenientes. La silueta puede ir demasiado lejos.

(Continúa en página 63).

# *El sueño fantástico de Nueva York*



*Nueva York visto*



*El edificio de la Paramount, de noche.*



*El mismo edificio, de día.*

*Ellas,  
sonrientes  
y hermosas  
siempre  
en raros  
trajes de  
fantasia*



Clara Bow.



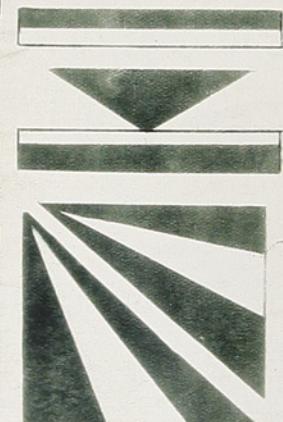
Gwen Lee.



Lupe Vélez



Raquel Torres





Hermosos



¿Son iguales, uno duerme,  
el otro no?



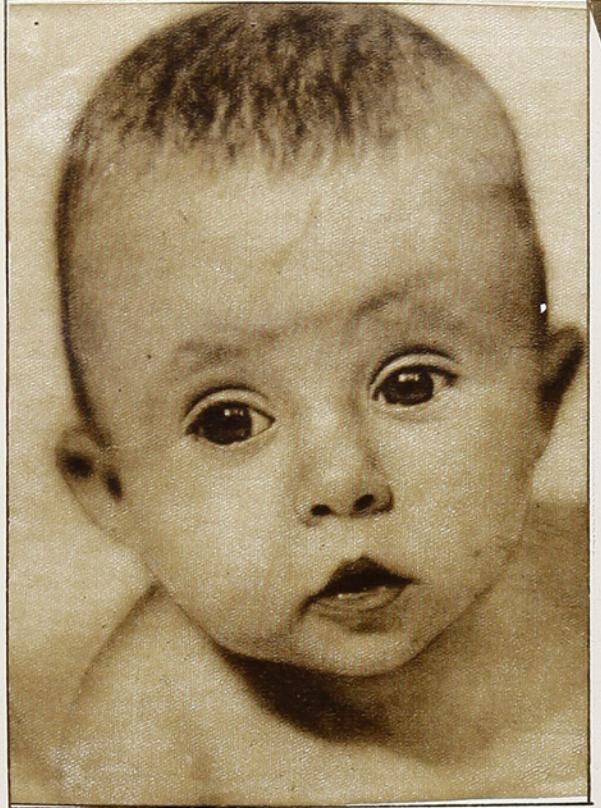
Parece que los dos quieren  
bostezar



Dormir, felicidad, paz,  
agrado



Cuando uno bosteza el otro  
está de mal humor



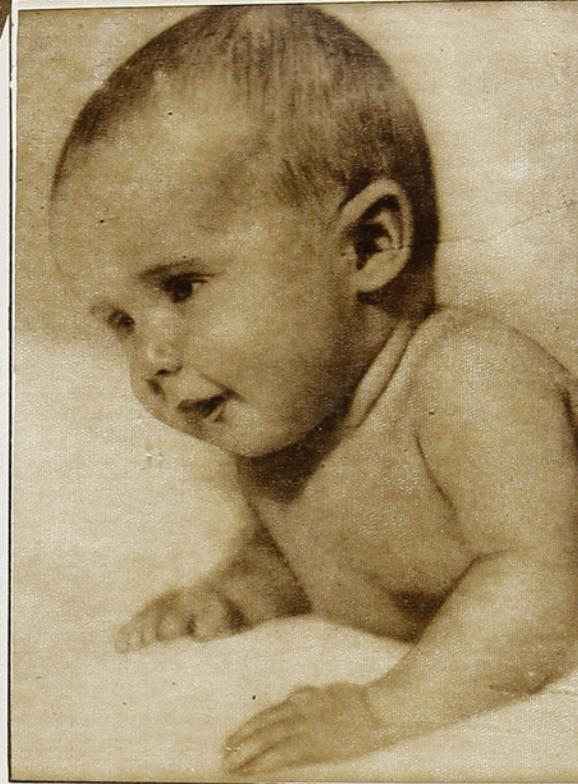
¿Qué expresan esos ojillos vagos, picarillos tan infantiles?



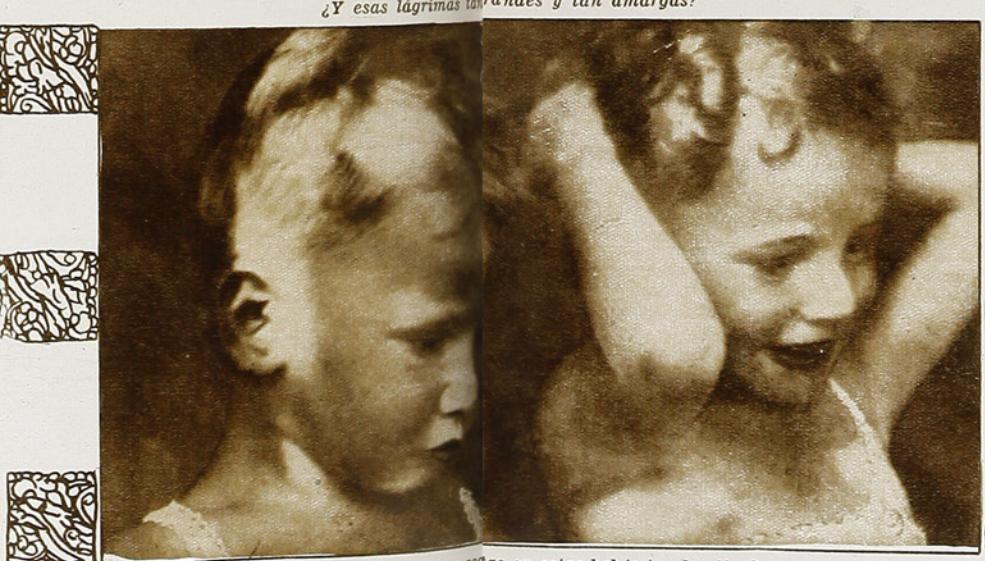
¿Y esas lágrimas tan grandes y tan amargas?



¿Qué mira? ¿Tal vez una mosca quitó el chupete de esa boquita rosa?



Este, en cambio, promete ser un optimista



¿Y estas dos expresiones colas en estas bebés tan bonitas?



Y esta carita deliciosa y fresca, que todas las madres quisieran para ellas...

*Las conocidas*



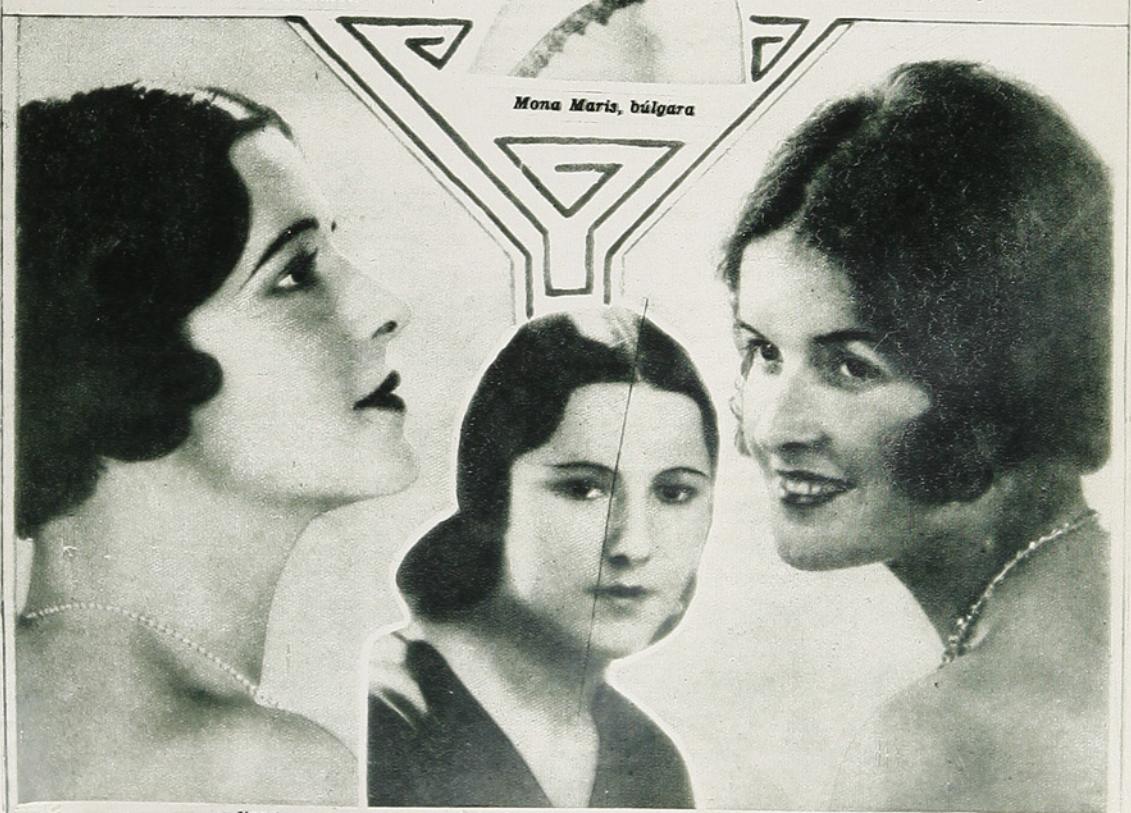
*La bonita Mary Duncan*

# Estrellas Nuevas del Cine Mundial



La rumana Tamara Matull

Berzicik, húngara



Mona Maris, búlgara

Ita Rina, italiana

Juta, bonita española

Miss Petersen, americana

U n b e s o



De Ivan Monfouskine y Carmen Boni

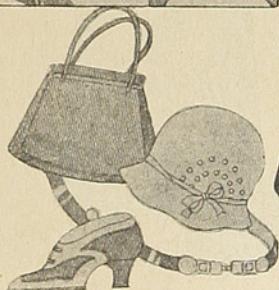
*De  
Hoy*



1. Abrigo doble de taupé, el reverso. El derecho, de género de lana rayado y adornado de incrustaciones. La manga tiene un corte desde la espalda hasta el delantero.

2. Abrigo de paño negro adornado de nutria. Los cortes de los lados forman el talle.

3. Abrigo de mañana en lana chinesca adornado de gran cuello de piel. Cintura de ante. Un corte empezado en la parte superior termina simulando capita ligeramente más amplia que el resto del abrigo.



4. Pellisa forrada en petit-gris. Este último forma además el cuello y los puños. Una gruesa tela puntillada gris sobre fondo azul hará creación para este conjunto. La cintura de ante gris se coloca a voluntad.



## PARA LOS VIAJES



1. Abrigo en lana de dos tonos beige con cava tomado desde los hombreros.

2. Abrigo de género reversible verde almendra liso y revés en cuadros verde sol, fondo beige.

3. El tercer modelo es en lana azul nattier en género de fantasía azul estriado de blanco.  
(Modelos de la casa A. Melnotte-Simonin)

## Modelos de última moda

Vestido de tarde en  
gasolina rojo sombrío.

Falda formada por  
quillas irregulares  
adornadas de pequeños  
vulecitos. Cuello y  
puños de encaje ocre.



Vestido en crêpe Boudin  
gris, adornado de bandas  
cruzadas adelante deján-  
do al descubierto las ca-  
deras. El panneau delan-  
tero ligeramente más  
prolongado y terminado  
en punta.



Vestido en crêpe satin  
azul zafiro. Corte en for-  
ma en la blusa y en la  
falda. Escote en punta.  
Falda muy amplia.

Durante el

Verano Vistamos  
Nuestros Niños  
con Cretonas



1.—Tablero de cretona amarilla a ramitos rosa y azul. Pequeños sesquitos azules formando acento.

2.—Vestido de cretona estampada y lisa. Botones de fantasía y cinturón de cuero.

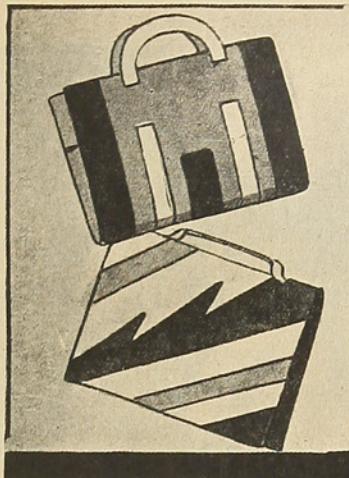
3.—"Barboteuse" de cretona estampada con canesú rojo liso.

4.—Vestidito en tela fondo azul, estampado rojo y azul, con borde de cretona rojo liso.

5.—Vestidito de cretona fondo blanco, estampado rojo y verde; sesquitos rosa.

6.—Vestido de tela azul, estampado rosa y azul, adornado de bandas azules lisas.





## Sacos Modernos



De arriba a abajo:

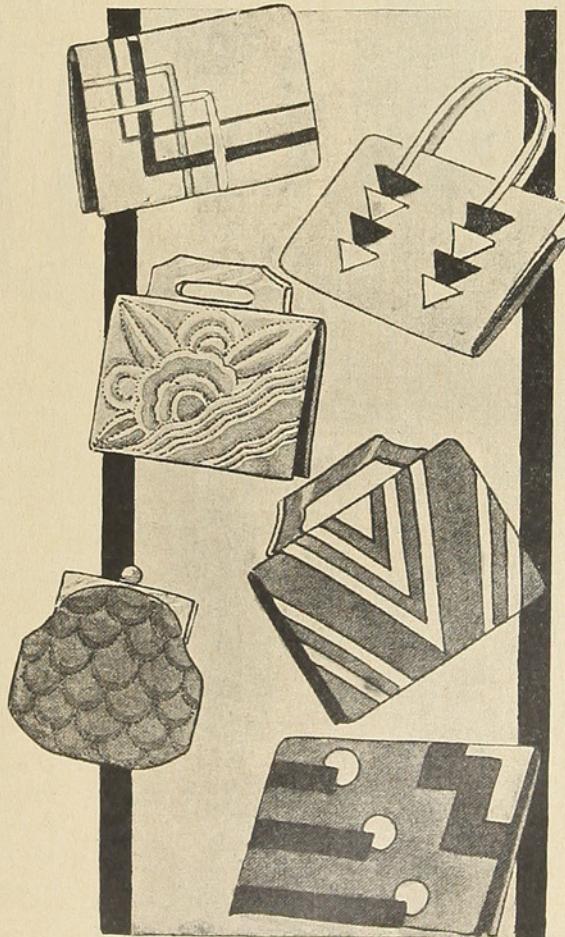
Sobre paño beige se incrustan bandas de paño café, siendo más corta la del centro. Dos bandas beige más claro incrustadas en el fondo, forman manillas.

Fondo beige; incrustaciones azul y rojo vivo.

Falla gris. Cintas nivadas azul, amarillo vivo y blanco.

Saco en tafetán verde de claro con pespuntes de plata; manillas de madera.

Saquito de tarde en satín negro picado.



De arriba a abajo:

Tres rectángulos son incrustados y rebordados en forma dentada, es decir aserrada. Puede trabajarse en dos tonos verde sobre fondo marfil.

Tela persa bordada de plata.

Paño beige: triángulos alternados en marrón y blanco.

Saco de ante de la Habana. Bandas beige ancladas en triángulos. Manillas de madera.

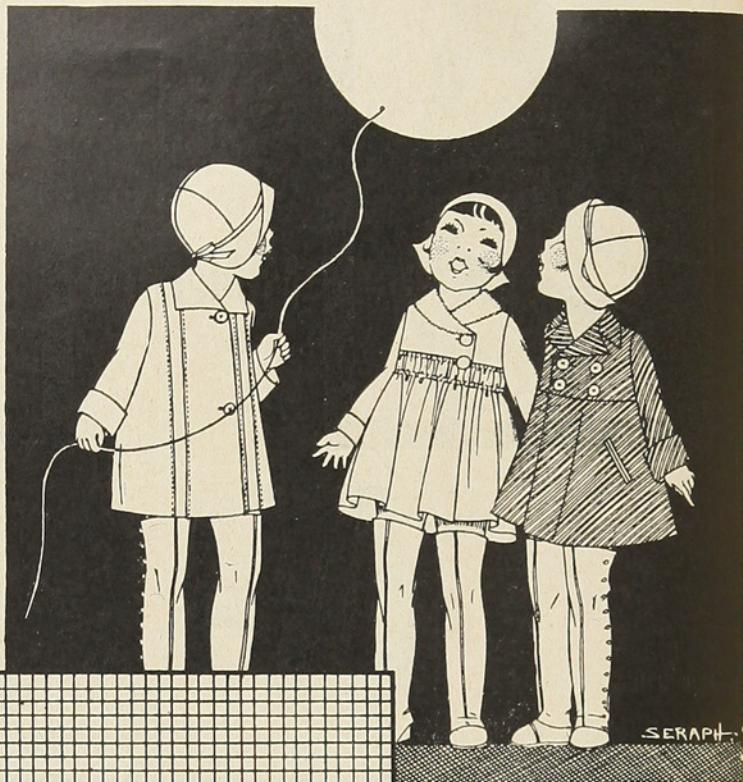
Saco de sport en tela color limón. con aplicaciones marrón y blanco.

# Los Nenes de dos Años

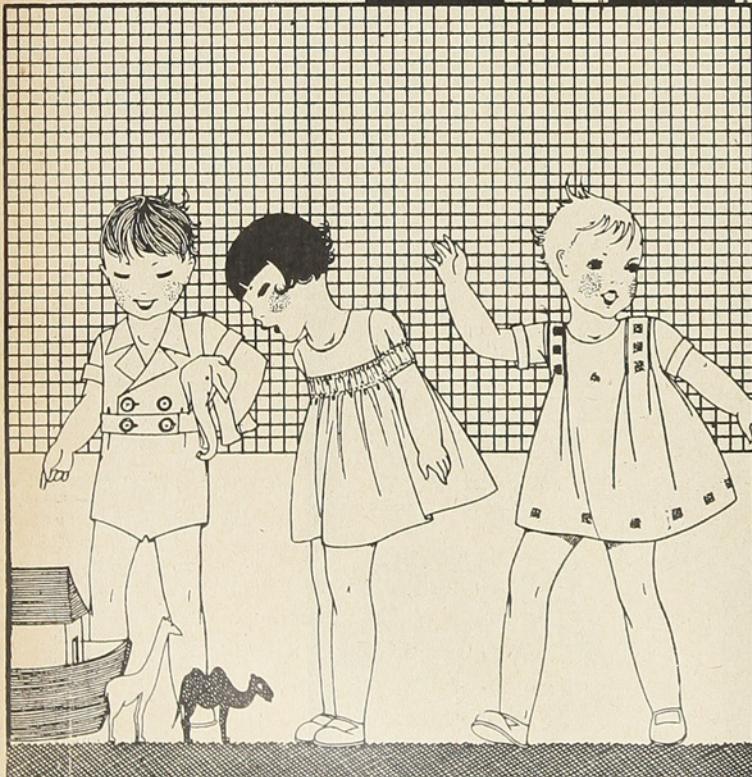
1. Abrigo de kasha blanco, ligeramente en forma, adornado de cortes pespuntados.

2. Abrigo en terciopelo de algodón rosa pálido, unido con una banda de fruncidos en un canesú abotonado a un lado. Cuello de conejo.

3. Abrigo de niño en diagonal beige claro; tallado en forma y unido al delantero por un pequeño sesgo del mismo género. Adelante un cierre de cuatro botones.



SERAPH



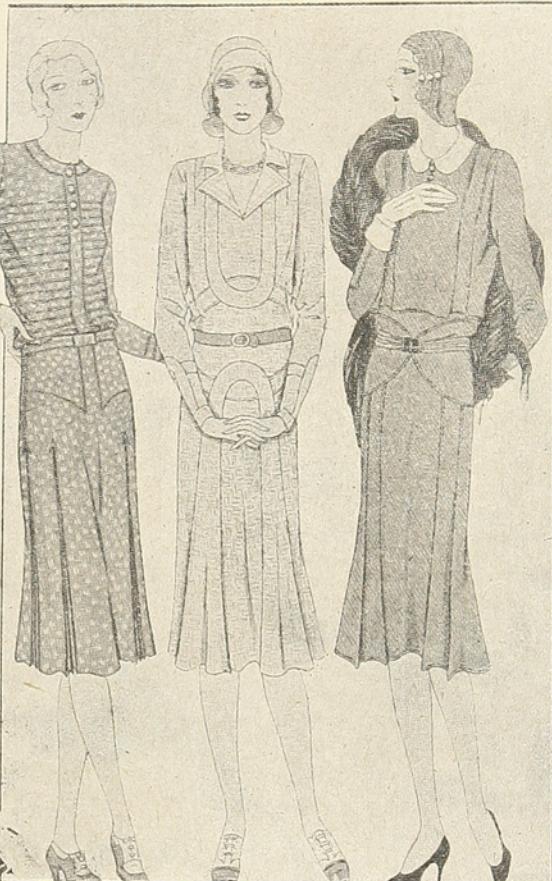
4. Trajecito en sarga beige claro, de una sola pieza con cintura abotonada. Cuello y puños en tela de seda beige claro. Este traje puede formar ensemble en el abrigo.

5. Vestido en terciopelo de algodón rosa pálido formando ensemble con el abrigo N.o 2. Como él, adornado de fruncidos pespuntados en ambos bordes. Manguitas ajustadas por medio de los fruncidos.

6. Vestido en muselina de lana blanca, adornado de puntas en punto de cruz, ejecutado con algodón perlado brillante. Este puede acompañarse con el abrigo N.o 1.

# Vestidos Sencillos

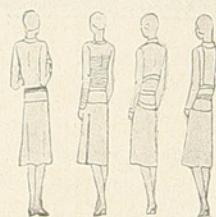
1. Vestido en lana de fantasía azul y blanco. Cuello y cintura blanco y azul. La falda en forma es unida a la blusa y cubierta por una costura por un cinturón que pasa a través de un tablón cubierto por botones.



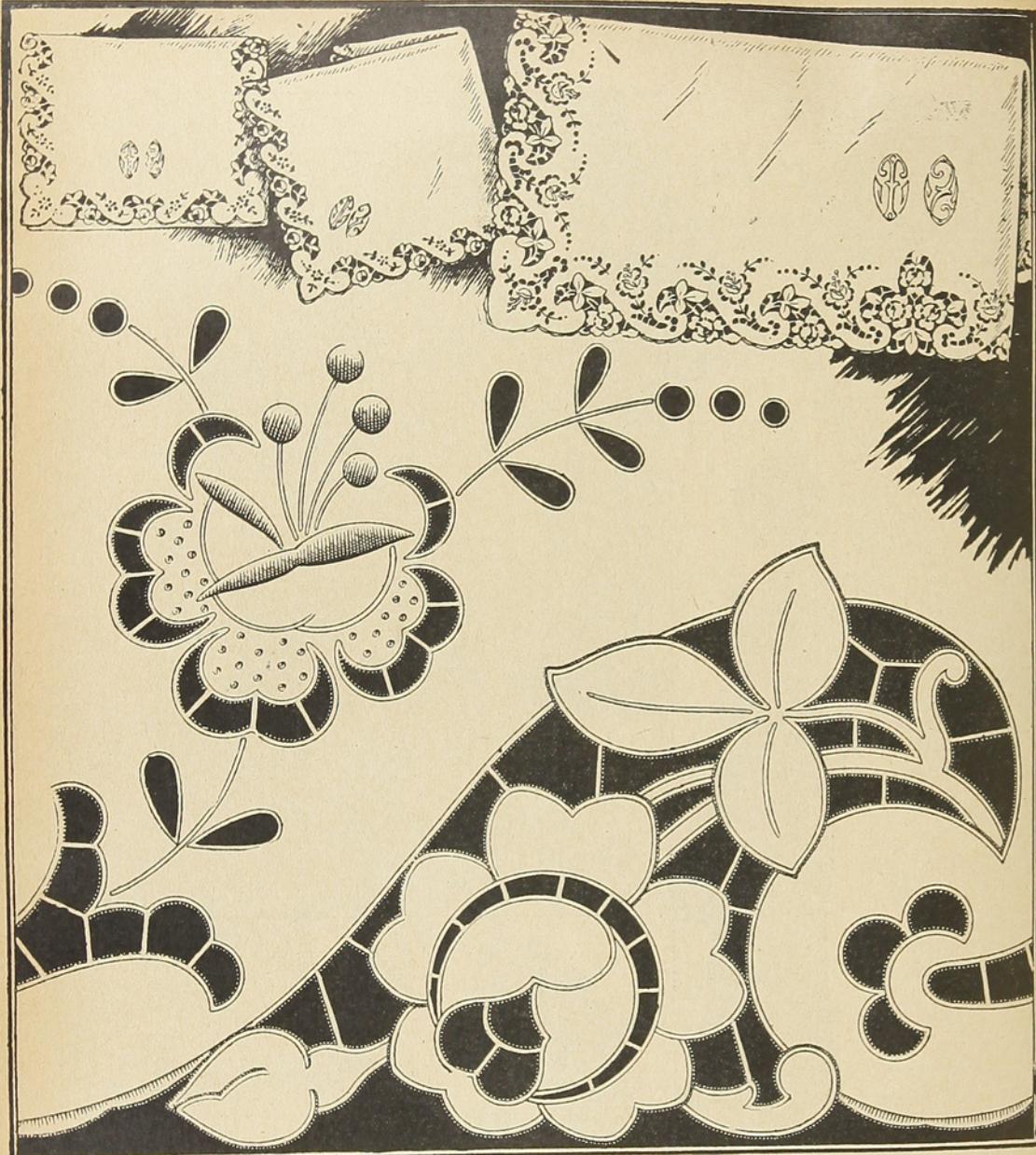
3. Vestido en lana de fantasía. Los paneos en forma son montados en bandas redondeadas en las caderas, movimiento que se repite también en la blusa. Cinturón de ante.



2. Vestido en crepe de lana floreado. La blusa es adornada por pespunte o soutaches. La falda ampliada por dobles pliegues encontrados.



4. Vestido en diagonal lana y seda gris azul. Un corte forma las caderas y sostiene los pliegues de la falda. Cuello y puños de moiré blanco. Hebilla en el tono.



## ROPA DE CAMA

A todas las mujeres nos atraen los bordados hechos en las prendas de lencería que cubren y adornan nuestros lechos. Este juego que aquí publicamos resulta sumamente nuevo y decorativo gracias al adorno hecho en richelieu moderno, tanto por su ejecución como por el motivo empleado bastante alejado de las volutas tan características en esta clase de bordado. Como para la ropa de cama empleáense hoy día también géneros de color, el bordado puede ser hecho de algodón para bordar brillante C. B. “A la Croix” del número 18 en madejas de colores iguales a los del tejido o francamente contrastantes.

**Nota de la Redacción.**—Toda carta que no venga en forma respetuosa, usando buenos modales y papel por lo menos decente, no se dará a la publicidad, como así mismo aquellas en que se envíen párrafos a nombre de varias personas. Cada carta debe contener un solo párrafo.

Desde hace mucho tiempo sigo sus pasos esperando una ocasión para deslumbrarme y es inútil. Su carácter franco, sus maneras distinguidas, muy en desacuerdo tal vez con su juventud, me obligan a considerarlo como la realización de mi ideal. Su nombre es Héctor O. J. y trabaja en la Caja Nacional de Ahorros. Yo soy una chica encantadora, de espléndida situación social; pronto me marcharé a Viña, por lo que le ruego me escriba a esta dirección: Nana V. V., Gran Hotel, Viña del Mar.

Gaby V., desea correspondencia con el cantador Jaime C., que vive en calle Libertad. Su seriedad y lindos dientes me han cautivado totalmente.

Yo soy la chica tan simpática que tanto lo miraba en el paseo de la Plaza Brasil. Ojalá me escriba al Correo de Viña, pues pronto me voy y quiero tener noticias de tan simpática persona.

Myriam de la Guarda, la que un día escribió unas líneas cuya suerte confió al azar porque imaginó que nadie podría darle la significación con que quiso investirlas, saluda a todos aquellos que tuvieron la gentileza de poner una nota de optimismo en su alma atormentada y acepta su amistad agraciéndole debidamente loselogios conceptos con que se han dignado distinguirla.

Federico H., Iquique.—Por última vez repetimos que, para suscripciones, adquisición de revistas y toda cuestión de esta índole, la correspondencia debe ser dirigida a la «Administración de Zig-Zag», Bellavista 069.

Luis N. Díaz, Destruktor «Riquelme», Valparaíso.—Marino joven, serio y educado, desea encontrar entre las lectoras una señorita que deseé ser su amiga y confidente. No atribuye la menor importancia a condiciones sociales.

M. Olivares L. y E. Gómez G., Campamento Nuevo, Chuquicamata.—Aceptan correspondencia con Gordi y Flaca por hallarse ellos en iguales condiciones y pensar que deben regir siempre aquello de «cada oveja con su pareja». Ruegan enviar foto.

Eliana Donoso, Correo 1, Temuco.—Morena de 17 años, seria y educada, desea correspondencia con joven de 18 a 20 años, amante de la poesía, lo prefiere estudiante.

L. A. Z. X., Correo Principal, Valparaíso.—Joven moreno, de 21 años, desea correspondencia con señorita de 16 a 20, no importa el físico, que sea amante del cine y baile y que sepa querer con pasión.

Gilbert y Ronald, Correo, San Javier.—Jóvenes morenos de 19 años, de buena figura, amantes del cine y deporte y ansiosos de amar, desean correspondencia con chiquillas de 15 a 18 años, simpáticas, de cuerpos esbeltos, ojalá enviar foto.

Lila Aguilera R., San Javier.—Sirvase leer el párrafo número uno de la revista anterior.

Flor Angel, Correo 2, Chillán.—Morena, bucles negros, eximia pianista, desea correspondencia con un lector de «Para Todos».

Rode, Correo 2, Chillán.—Simpático chilanejo, desea correspondencia con morenita de 16.

Dolly Laplacette, Correo, Talca.—Estoy desolada, pues me han dicho que el joven que es mi ideal está enamorado de una morenita, muy simpática, de ojos negros. ¿Será verdad? El pertenece a la Orquesta del Teatro Palet; sus iniciales son R. C.

Lily Damita, Correo, Linarensis.—Chiquilla de 17 años, alta, delgada, morena muy simpática, de bonitos dientes, cuita, sencilla y que pose un corazoncito amante y sincero, desea encontrar un joven de 19 a 22 años, de regular estatura, que use bigotito a lo John Gilbert, fiel y sincero.

## consultorio sentimental

O. M. Wilson, Correo, Chillán.—Chiquilla de 17 años, desea correspondencia amorosa con joven mayor de 30; alto, ojalá rubio, educado, sencillo y que sea de Santiago al Norte. Ruega enviar foto.

Carlos Valenzuela y Ángel Pérez, Correo 22, Santiago.—Dos amigos inseparables, ofrecen su afecto sincero a dos lectoras simpáticas, no mayores de 20 años, buenas, amables y cariñosas, que posean un alma muy noble. Ellos darán mayores datos por carta privada.

L. A. L. G., Correo Principal, Valparaíso.—Desea saber de la señorita Julia Gutiérrez. Es el joven que ella conoció en casa de una tía de él durante las fiestas patrias del pasado año. ¿Recuerda lo que conversamos los días 19 y 20? Si ve estas líneas, le ruega contestar.

Jack Holt, Subida La Palma 85, Valparaíso.—Desea conocer jovencita de 16 a 20 años, él es moreno, huérfano de afectos y necesita amar con toda la pasión de sus 22 años.

H. R. Manzini, Crucero «Blanco Encalada», Valparaíso.—Desea correspondencia con muchachita de 18 a 20 años, no muy linda ni orgullosa. El es un marinero de anchos pantalones, moreno, alto y de buena familia.

Marión P., Correo 18, Santiago.—Delira por un triguero de 20 años más o menos, que la quiera mucho... mucho...

H. B. S., Correo Principal, Valparaíso.—Desea saber las iniciales de la señorita que en el «Para Todos» del 2 de diciembre se firmó San Carlina.

G. S. P.—Desea felicidad a sus simpáticos compañeros de mesa Villalón y Concha, el taciturno y romántico.

G. Soto F., Correo, Magallanes, desea saber de la dirección de la señorita Chita O., a quien conoció en Concepción en calle Serrano y que últimamente vive en Santiago, en calle San Isidro, 265. Si ella o alguna amiga vieran estas líneas, estaría muy feliz.

A Tito Ojeda J.—Recuerda la inocente aventura de una espléndida noche de luna en el poético Forestal, cuando juntos fingimos una tierna comedia de amor? Todo esto ha pasado, sin duda; pero tú recuerdo vive en mí, no como la expresión de un amor verdadero, sino como la delicia de una brama gentil que acaso no supiste comprender.—Adriana, Correo Central.

L. R. M., Correo 2, Talcahuano.—Desea correspondencia y amistad con un joven muy simpático a quien conoció en el tren del Dique. Por una amiguita logró saber que es de origen japonés. Su nombre es Jorge S. R. y está recién llegado de Europa. Actualmente reside en Valparaíso y es marinero; si sus hermosos ojos se posaran en estas líneas, le ruego contestar a la mayor brevedad.

José M. Cortés, Crucero

«Blanco Encalada», Valparaíso.—Marinero, desea correspondencia con señorita que no sea orgullosa, no mayor de 20 años, que, además, posea sentimientos muy nobles.

Nieves López M., Correo 1, Temuco.—Equivocada, de ojos verdes, simpática, de 16 años, desea correspondencia con joven moreno o rubio, de 21 años, serio y de buena familia.

Karla Jiménez, Correo, Talca.—Desea estrenarse en el dulce deporte del amor y espera que su corazón, hasta ahora dormido, sea flechado por el simpático suboficial Juan Díaz D.; si él es de la misma opinión, sabrá contestarme a la dirección indicada.

Leonardo de Muro, Casilla 768, Concepción.—Soy hermano de los fuertes y me encantan los parajes del exilio porque en ellos se educó mi corazón. Pesimista y derrotado, llevo mi juventud, porque así me la dejaron los hipócritas al tenderles mi mano generosa que nunca mendigó retribuciones ni fué cómplice de los renuncios del honor. Impetuoso, impresionable, aventurero, me detengo en este Consultorio para llamar a las mujeres bellas y sentimentales que le lean y pedirles—a lo más—el intercambio de la pluma. A despecho de mis confirmaciones, quiero creer que aún es posible entregarse un minuto a la esperanza, y ensayo ese milagro y aguardo en mi rincón su veredicto.

Dama Misteriosa y Princesita Solitaria, Correo 3, Valparaíso.—Chiquillas morenitas, de 16 y 17 años, respectivamente, no bonitas, pero sí muy simpáticas, desean hallar amigos sinceros de cualquier punto del país.

A Greta Garbo, la neurasténica empoderada, le ruega alguien que cree poder comprenderla, se digne escribirle al Correo 18, a nombre de Jorge Salas.

Der-Sen

Las mejores medias

PIDALAS

EN TODAS LAS CASAS DEL RAMO

Rudy B., Correo 2, Chillán.—Joven de 16 años, muy amante de lo bello y gran admirador de «Miss Chile», desea correspondencia con ella.

Elena Larraín O., Antofagasta, Correo.—Ruega a Lerius Wright decirle el motivo de su silencio a su última del 17 del mes de diciembre del año pasado.

Maria Oyarzte, Correo, Victoria.—Desea correspondencia con el simpático joven que reside en ésta, cuyo nombre es Ernesto Müller, a quien cree no serle completamente indiferente. Ella es alta, rubia, simpática y muy cariñosa.

Peter Nebolce, Casilla 952, Santiago.—Desea correspondencia con chiquilla de 17 a 19 años de buena familia, amante del cine y el automovilismo. El tiene 22 años, es alto, simpático, trabajador, aun no sabe lo que es amor y es considerado como un buen partido. Ruega enviar foto.

Edward Windsor, Correo 5, Santiago.—Joven alto, de buena familia, desea conocer señorita de 15 a 20 años de edad.

Mario Quezada, Casilla 201, Chillán.—Joven de regular estatura, de 25 años, simpático, según opiniones temerinas, de sentimientos nobles y sinceros, desea correspondencia con chiquilla que posea los mismos ideales.

O. M. G.—Falta dirección.

Palomita, Correo 2, Chillán.—Desearía correspondencia con el joven Jiménez, hijo de un abogado que, hasta el año pasado, estudiaba en el Seminario de ésta. Si recuerda a la chiquilla a quien vio salir de la Escuela Normal y a quien ve regularmente en la Plaza, se sirva hacérme saber.

Perla Alvarez, Correo 3, Valparaíso.—Desea correspondencia con un joven de terno cascara con quien bailó tres veces en un baile verificado el 26 de enero. El es alto, muy simpático y toca admirablemente bien el violín.

Evelina, Correo, Quillota.—Chica bastante simpática, de 18 años, desea correspondencia con un jovencito alto, blanco, pelo castaño, cuyas iniciales son L. H. V. Actualmente estudia medicina veterinaria. Cursó primer año en 1929 y su familia es de Llay-Llay.

Rosa Vergara, Marchigüe a Estrella.—Chiquilla más o menos simpática, de 17 años, desea correspondencia con joven no mayor de 24, moreno, simpático, alto, educado. Ella no ha amado nunca y se sentiría muy reñida si encontrara un alma amiga que supiera comprenderla.

R. D., Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con Jorge Girardi, residente en esta. Lo conocío en octubre en la Plaza O'Higgins.

Jessie B., Correo 3, Valparaíso.—Desea correspondencia con Julio S., de la Escuela Militar de Santiago. Recuerde que es una amistad que se remonta a la infancia y si con este dato recuerda a su amiga de antaño, se dignará contestar.

Para Sergio C.—Cuando estas líneas salgan a la luz, habré tenido la suerte de combatir esa especie de neurastenia, de retracción, que, a pesar de imprimir un carácter interesante a su aspecto exterior, logra desolar mi corazón?—X. Y.

Un corazón que sepa comprender, perdonar y olvidar y que pueda sentir una amistad libre de toda pasión; un corazón que haya vivido; no querer un niño de aquellos que creen tener un gran conocimiento de la vida. Quiero un alma formada y fortalecida en lo triste y en lo risueño. El físico y las riquezas me son igualmente indiferentes. Lo único que pido, es que me escriba alguien de Concepción al sur.—Serenidad, Correo 2, Valparaíso.

Ramón Novarro, Correo, Linares.—Desea correspondencia con la simpática y atractiva Higinita R. A., a quien sólo conoce de vista. El es un moreno de ojos grandes y sonadores y bigotito y, además, posee un corazón amante y comprensivo. Sería el más

feliz de los mortales si se dignara contestar.

Carmela Lobos, La Calera.—Sirvase dirigir su carta en forma más comprensible.

Oscar Hunsiker Q., Correo, La Mina.—Desea ardientemente saber de la señorita Catalina Helmez C., a quien conoció en Concepción en el año 1927 y con la cual tuvo un idilio muy intenso, hasta que debió partir al norte. Si aún lo recuerda, puede dirigir su correspondencia a la dirección anterior.

Aurora Rivera, Correo, Talca.—Desea correspondencia con el simpático joven R. C., que toca violin en la Orquesta del Teatro Palet. Lo ha visto varias veces en animada conversación con una morena de ojos negros. ¿Estará de novio?

Florala Soler, Correo Central, Valdivia.—Desea correspondencia con joven serio, educado. Ojalá profesional o que cuente con un buen sueldo. Edad, 23 a 35 años. Ella es una chiquilla de 23 años, muy seria y nada de mal parecida.

M. P. E., Correo, Linares.—Chiquilla de 15 años, desea correspondencia con joven de 18 a 19. Lo prefiere moreno y sin el sombrerito ladoado.

Elsa Quiñones C.—El Almanaque de «Para Todos» se agotó al iniciarse la edición. No hay esperanzas de que usted lo consiga aquí ni en ninguna parte.

A Myriam de la Guarda.—Por fin en este caos de positivismo que todo lo arrolla y avasalla, ha salido a traslucir un alma de un templo tal, y de tal condición, que no pueden menos que presentarle mis tributos y rendirle mi admiración espiritual; materialmente no existo, pues la materia es la base y en ella forma su imperio el mercantilismo que nos invade día a día. ¡Es tan raro encontrar un alma como la suya! Es por esto que el grado de admiración que siento al leer sus palabras llega hasta lo infinito, y, postulado a sus pies como los caballeros de antaño, le rinde su simpatía y respetos.—Un Caballero de la Tabla Redonda.

Beba y Olvida, Correo, Gorbea.—Simpática morena de 19 años, de regular educación y corazón muy noble, desea correspondencia con joven de 20 a 30 años, sin vicios y con grandes aspiraciones para el futuro. Ojalá envíe foto.

Dear Mary, Correo, Talcahuano.—Solicita correspondencia con un jovencito cuyas iniciales son T. V., que vive en calle Colón, entre O'Higgins y Manuel Rodríguez. Que recuerde a la chiquilla que lo mandó felicitarse para el Año Nuevo.

J. A. M., Correo, Tomé.—Joven de 27 años, desea mantener correspondencia con señorita de Santiago o provincias, educada y de buena presencia.

Viola O.—Simpática morenita de 15 años, desea correspondencia con joven estudiante. Lo prefiere moreno. Dirigirse al Correo de Quilpué.

Virginia Contardo, Correo, Parral.—Desea correspondencia con el simpático joven empleado en la Compañía de Teléfonos cuyas iniciales son A. Martín N. Quizás recordará a la chiquilla morena de ojos grandes negros que fue hasta la Oficina acompañando a sus padres y a quien él se dignó atender.

Alma en Pena Correo 3 Valparaíso.—Desea correspondencia con el joven con quien tuvo el gusto de bailar el domingo 5 de febrero en la Unión de Empleados de Comercio. El era alto moreno de ojos verdes y dijo llamarse L. Saénz. Ojalá recuerde a la chiquilla de traje azul marino de seda con adornos rosa pálidos a quien pareció demostrar algún interés.

Tres jóvenes marineros convencidos de que las sirenas del mar no corresponden a sus aspiraciones, buscan amparo en las almitas bondadosas de tres chiquillas sinceras y afectuosas que tomen en serio los juegos del amor. Envíen correspondencia y diríjase a D. F. C. Fracoze, Blindado «Capitán Prats», Talcahuano.

G. M. I., Concepción, Maipú 1576.—Desea correspondencia con una señorita que vivió en Santiago durante las fiestas primavera-

les. Vive en Maestranza 1264, y, según me ha informado, sus iniciales son L. R. Antes era de Concepción.

Grete, Correo 3, Valparaíso.—Desea correspondencia con joven de 22 a 25 años, de buena familia y muy serio. Lo prefiere de Coquimbo o La Serena. Ruega enviar foto, que será devuelta en caso de no agradar, cosa que sera hecha con la mayor reserva.

Mocoso, Santiago.—Falta dirección.

Estela Flores, Correo 2, Santiago.—Chiquilla de 17 años, desea conocer joven simpático, serio y trabajador. Ella es una muchacha muy sencilla, no bonita, pero si bastante simpática y de buen corazón.

Memé, Casilla 43, Quilpué.—Simpática y alegre chiquilla, de nobles sentimientos, busca un amigo epistolar, culto, sencillo, que no tenga más de 25 años y que sea capaz de comprenderla.

Si Chita Armijo A., no hubiera olvidado por completo a los amigos de Talca, le quedaría infinitamente agradecido contestara unas líneas a este admirador, garantizándole una grata sorpresa. Conteste a A. A., Correo, Talca.

Niño Bien, del Destructor «Orella».—Falta dirección.

Amrita, Mary, Delcy y Ruby Pettert Galardo, Correo 2, Valparaíso.—Honrables y muy de su casa, cultas y amantes del campo, ofrecen su amistad sincera y franca a extranjeros o chilenos del Mineral de Cobre Chagres-Melón, que, después de sus horas abrumadoras de trabajo, desean olvidar y cambiar ideas.—Su edad debe fluctuar entre 25 y 40 años.

Magda C. M., Correo, Talca.—Desea correspondencia con algún lector de «Para Todos» que reúna las siguientes condiciones: 30 a 40 años, sea formal, sepa querer, tenga una situación regular y sea bastante trabajador.

Alice Williams, Correo del Portal Edwards.—Jovenecita de 16 años, desea correspondencia con joven extranjero no mayor de 25 años, de preferencia inglés. La persona que reúna estas condiciones, puede dirigirse a la dirección antes indicada.

Zolia y Nory.—Desean saber de sus amigos Juan Sureda Lara y Guillermo Mandiola Tagle, que el año pasado estaban en la escuadrilla de aviación de El Bosque. Ellos pueden dirigir su correspondencia a la dirección que conocen.

Joven de 19 años, buena presencia, empleado, desea amar a señorita de 16 a 18, sincera, que vista bien, aunque sencillamente. J. Malvelin, Correo Central, Valparaíso. José Vizcaya.

T. Carrasco R.—Las cartas escritas con lápiz no se publican.

Joven simpático con profesión y dos idiomas, desea correspondencia con señorita de 18 a 25.—Benito Pérez, Potrerillos.

Muriel y Magali, Correo 2, Linares.—Chiquillas de 18 y 19, familia honorable, desean correspondencia con jóvenes de 20 a 26, amigos o hermanos, que sepan amar de verdad. Contestar a Muriel Daultelle.

Quiere un lector de «Para Todos», de 28 a 30 años, físico agradable, gran corazón y porvenir espléndido. Soy de buena familia y buena duena de casa. Hury F., Correo 3, Valparaíso.

Me gustaría saber si la señorita María Luisa, que se pasea siempre por el Parque Italia, acompaña de varias amiguitas, después de las 19 horas, sería capaz de hacer feliz a un morenito que se sienta en un banco frente al sitio en que ella se pasea, y que desde hace tiempo la adora en silencio. P. Sado, Correo Central, Valparaíso.

Moreno de 19 años, buen mozo, atractivo figura, desea correspondencia con rubia de 18 a 20 años, educada, bonita y romántica, que ame desinteresadamente y alegre mi mustio corazón.—Florestán de Saint Remy, Correo Central, Valparaíso.

Alma en pena, Correo, Las Juntas, San

Felipe.—Morena, muy dije, desea relaciones con marino alto, simpático, de 25 a 28.

Deseo correspondencia con la chiquilla que en 1929 cursaba 6.o año de Humanidades en el Liceo de Aplicación. Sus iniciales son G. C. C. Un tímido, que aunque lo conoce no se ha atrevido a declararle su amor por temor a un rechazo.—Negro. Correo 3, Santiago.

Sylvia Amor R., 29 años, cabellos castaños, amante de la música, quiere conocer joven serio dispuesto a hacer feliz a su mujer, de 30 a 45 años.—Correo Central.

Deseo conocer viuda de 50 años, con fines matrimoniales. Si es posible sin hijos. Yo tengo 30 abrigos.—K. M. I. Z., Sewell, Mineral del Teniente.

Winnie, Chillán Viejo, Correo.—Linda chica de 15 años, deportista, de familia muy honorable, educada, amante de la música y el cine, desea correspondencia en inglés con jovencito hasta de 30 años, inglés de Estados Unidos, residente en Hollywood o California.

J. F. A., Carnet 1065201, Santiago, Correo Central.—Soy muy joven, pero ya el hastío comienza a invadirme y quisiera antes que sea tarde, encontrar una chica que pueda con su amistad sinceramente endulzar mi vida.

Para Bevi, de Concepción.—¿Es que ya ha encontrado su ideal? Por qué no me ha contestado? Espero ansiosa su respuesta, buena o mala. Lo saluda cariñosamente: Martha del Valle, Correo, Antofagasta.

E. B., Correo, Linares.—Joven de 23 años, moreno, nada feo, dispuesto a amar profundamente, desea correspondencia con chiquilla de 20 a 25 años, seria y carirosa. La prefiere de Talca al Norte.

R. P. Quiroz S., y Julio Dupont, desean correspondencia con chiquillas simpáticas y agrables, de 16 a 18 años, que sean muy sinceras. Pueden escribir a: Concepción, Casilla 387 y 905, respectivamente.

M. C. y Richard P., Correo, San Felipe.—Desean correspondencia con chiquillas lectoras de "Para Todos". El primero la desea morena y el segundo rubia. Agradecerían enviar foto.

L. U. Z., Casilla 6058, Santiago.—Muchachita que llora, muchachita que gime, quiere conocer un alma que conozca el dolor, para que mitigue sus penas y la llevé a un mundo de amor. Ojalá no tenga más de 25 años.

Chilena Neta.—Falta dirección.

Una vecina de la misma calle, Correo Central.—Desea correspondencia con un joven moreno que según me han dicho está negro a causa de la natación que práctica mucho. Al año pasado estaba en el Instituto Nacional. Sus iniciales son H. Ch.

A. Vergara, Correo, Talca.—La señorita A. G. R. a quien veo a menudo en alegre charla con sus amiguitas, ¿habrá reparado alguna vez en este silencioso admirador, que espera anhelante ser correspondido por tan gentil dama?

Doris S., Correo Central, Santiago.—Rubia de ojos oscuros, desea correspondencia con joven de 25 a 35 años, serio, de buena familia, educado, que sepa querer, pero que no sea muy adicto al flirt. Debe enviar foto que le será devuelta en la mayor reserva, caso de no ser de su agrado.

Violeta M. B.—Falta dirección.

Ely S. de Franz.—Diríjase a la Administración de "Zig-Zag".

Julio Pardo Ritchie, Potrerillos.—Joven de 24 años de 180 de altura, muy simpático, desea correspondencia con señorita de 18 a 20 años, que haya cursado humanidades, muy amante de su casa y que posea un corazón benigno. El es de nacionalidad inglesa.

N. N., Potrerillos, Laboratorio General.—Joven de 25 años, de carácter envidiable, moreno, profesional, desea correspondencia con señorita de regular estatura, no muy gordita, y amante de su casa.

Príncipe Azul, El Gran Margal, El Novo Misterioso, Correo, Linares.—Inseparables amigos, 16, 17, y 17, desean correspondencia con señoritas estudiantes muy fieles.—El Trio.

Deseo saber de mi amiguito Adolfo Kojloc, que en el año 27 vivía en Valparaíso, Correo Yungay, Correo 4, Independencia, C. D. O. o a mi nombre que él conoce.

Luchita S. X., Correo 6, Valparaíso.—Desea un muchacho culto y laborioso, de 25 años, ojalá extranjero, para quererlo hasta que el largo sueño de la muerte cierre sus lindos ojos.

Olga L. B., Correo 3, Valparaíso.—Busca amigo culto e inteligente, que quiera compartir conmigo sus horas de alegría.

Sylvia Odette, 14 años.—Desea correspondencia con chico de 16. Ella es peinista y veneana actualmente en Chillán, Correo 2. Envíar foto.

Nury Schuler, Correo, Talca.—Desea correspondencia con muchacho de 18 a 26. Tengo 18 años y posición holgada. Envíar foto.

Misterioso, Casilla 71, Vallenar.—Deseo lectortica de "Para Todos", de corazón sano y libre. Tengo 20 años, y nadie diré de mí hasta que alguna interesada me escriba preguntandomelo.

Nelly de la Cruz, Correo, Curicó.—Conoci hace tiempo a un gordito, llamado Nicolás Bécerra. Según he sabido, me quería mucho. Conteste y me hará feliz.

Ifigenia, desea saber qué suerte ha corrido O. J. Es americano-mexicano. Trabajaba en "El Teniente" hace más de diez años, y hace más de diez años también, me quiso mucho. No he logrado olvidarlo. El o cualquiera que me dé noticias, conteste al Correo 5.

M. Barrows Sainpeter, Cochrane 669, Valparaíso.—Desea correspondencia con chiquilla de 16 a 18 años, que sea amante de la verdad y carirosa, hermosa y simpática; ojalá rubia de ojos verdes. Preferible porteña o de estos alrededores. El tiene 20 años, es simpático y de buena situación. Ruega enviar foto.

Marina, Libertad 506, Santiago.—Desea reunir su amistad interrumpida con el teniente José Arteaga Llanos.

Esther Torres, Correo 2, Santiago.—Desea correspondencia con joven formal, sin vicios; ella es simpática y no ha amado nunca.

Carmen Correo 4, Independencia.—Desea conocer francés o alemán, de 24 a 30 años, de buena situación, y que deseé casarse en el curso de este año. Ella es descendiente de franceses, alta, delgada, de 20 años de edad. Ruego enviar foto.

Q. L. Rivera, Correo 3, Santiago.—Desea conocer inglés simpático, de 30 a 35 años, serio y cariñoso, que sepa comprender con todo el corazón a chilena querendona y loca por los gringuitos. Ella es seria, pero de carácter alegre.

J. L., Correo, Sewell, Mineral "El Teniente".—Desea correspondencia con fines matrimoniales, con señorita honorable y educada, de 15 a 18 años. El tiene 20. Es simpático según opinión de los demás, y bien ocupado. Ojalá envíala foto.

Olivia H., Correo 2, Chillán.—Chiquilla simpática, de 15 primaveras, desea correspondencia con marino de ojos verdes, simpático y que sepa amar apasionadamente; no mayor de 18 años.

Portento, Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con señorita de 18 a 19 años, simpática e instruida.

Martha Ofelia, Correo, Concepción.—Encantadora chiquilla de 20 años, desea encontrar entre los lectores de "Para Todos" un rubio alto, ojos azules, de 25 a 35 años, familia honorable y profesional.

Lola, Correo 3, Valparaíso.—Hemos leído su carta, señorita, y nos parece Ud. demasiado pesimista, que exagera las cosas y trata de extraer consecuencias que nadie puede prever. No se amargue la vida con tanta anticipación; instrúyase, lea, y piense que si en su camino llega un hombre como Ud. lo desea y la quiere realmente, no se detendrá a considerar aquellos detalles que hoy por hoy son su posesión. El hombre inteligente, como Ud. piensa que ha de ser el que un día se dirija a Ud. trata de encontrar una mujer con una personalidad superior, con una serie de condiciones que acaso Ud. posea. El que se ena-

mora, ese ni siquiera reflexiona, y mucho menos, cuando según su caso que es un sueño de niña, nada hay que reflexionar. Paciencia y espere al joven que desea, que seguramente no se hará esperar.

Guillermo O., Campamento Americano, Chuquicamata.—Joven alto, de 27 años, desea correspondencia con señorita de buena familia, blanca, inteligente, apasionada. Se ruega enviar foto.

Mosés Galveston, Correo 3, Santiago.—Estudiante de 20 años, desea correspondencia con señorita de 16 a 20 años, simpática y sincera.

Ana Karenina.—Falta dirección.

Marina Montero M., Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con el simpático cadete René Caldera Z. de la Escuela de Pilotos Si su corazoncito está libre, conteste sin demora.

A Chela y Lila.—Su carta me ofendió por la expresión tan dura, la perdona. Discúlpeme. Creí que se trataba de la amiguita de Lila.—J. R., Vallenar.

Laura Berrios, Correo 6, Valparaíso.—Busca joven de veinte a 25, buen mozo, de ojos verdes. Conteste.

Teniente Médico, Feliz Vallejo y Teniente Veterinario, Valentín Calvo.—Desean correspondencia con señoritas de 18 a 20.—Legión Extranjera, 2.o Tercio, Marruecos Español. Ceuta.

Victor H., Correo 2.—Oficial de Ejército, desea conocer la dirección de una encantadora liceanita, pálida, gordita de dulce voz, que dije llamarle Lita Cañas. Sólo ella puede decir mi felicidad.

Deseo correspondencia con el cadete A. Jiménez A. Ruego que se lo diga a cualquiera, si él no lee esta revista.—Atala Nefer, Chillán.

Recuerdas, Nelly S. W. el muchacho interno a quién dirigiste algunas cartas. Ojalá me escribas.—Penquisita

T. B. C., Correo Central.—Morena, alta y fea, con profesión y carácter alegre, busca muchacho trabajador, franco y sincero.

Regalona, Correo, Talcahuano.—Busca feo simpático, rico y no sentimental. Lo haré feliz. Se lo juro.

Acido Sulfúrico, Laboratorio General, Potrerillos.—24 años, Químico, desea conocer señorita de 16 a 18, alta, jovial, carirosa, que sea capaz de aliviar un corazón destrozado.

The Devil Horse, Carnet 165755, Correo 6, Santiago.—Desea correspondencia con señorita hasta de treinta años, alta y agradable. Ojalá sea inglés. No desea correspondencia sentimental ni matrimonio. El tiene 22 años, alto, moreno, buena situación.

Piba Sencilla, Correo Central, Santiago.—Chica de 16 años, que no ha amado nunca, desea correspondencia con el joven que vive en Delicias esq. de Bulnes, cuyas iniciales son V. M. G. Ella es una morena alta, de ojos negros.

Norma Shearer, Correo, San Javier.—Chiquilla simpática, desea correspondencia con un lector de esta revista. Prefiere de Talca o San Javier. Ella es rubia de ojos verdes, generalmente viste de verde y usa bolina blanca. Ruega enviar foto.

Optimista.—Falta dirección.

J. Burgos R., Potrerillos, Sección Laboratorio.—Joven alto, de muy buenos sentimientos, desea correspondencia con señorita seria, de corazón noble.

Lily Court S., Correo Central, Santiago.—Piba delgada, de 18 años, amante de los bailes y de toda diversión sana, desea correspondencia con joven de 25 años, alto, que use bligitto, tenga excelente figura y situación.

Max Castro R., Crucero Blanco Encalada, Valparaíso.—Desea correspondencia con chiquilla de 18 a 22 años. El tiene 20; es moreno y muy sencillo. Posee una bonita propriedad y es un gran bailarín.

C. C. A., Correo 2, Valparaíso.—Chiquilla de 18 primaveras, sencilla, muy de su casa, desea alegrar su vida con un simpático correspondiente a quien hará don de toda la ternura que reserva su alma. Lo prefiere de regular estatura, de 20 a 25 años.

Hilda Manterola H., Correo 5, Santiago.—Desea correspondencia con un encantador oficial de Carabineros actualmente en Antofagasta. Sus iniciales son R. A. P. L. Si estas líneas llegan a sus manos, pueden contestar a una mujer que ama y no olvida.

Zagal, Correo, Campamento Nuevo, Chuquicamata.—Joven de 22 años, serio e instruido, desea encontrar un corazón comprensivo que pueda endulzar su vida, a través de sus cartas y su sinceridad.

Ferka, Rancagua, Idahue.—Chica de 19 años, que no ha amado nunca, que actualmente vive sola en este apacible retiro, desea un joven dotado de bellas condiciones de sentimientos. Ojalá sea profesional, para que pronto se constituyan en coleguitas.

Si el simpático cadete que estaba el lunes en la peluquería, regresa a la simpática morenita que lo miraba por el espejo, le ruego conteste cuanto antes a la Chica del Diecisiete, Correo, Santa Elena, Santiago.

Sergio, ¿qué grato sería si la inocente bromista que entretenemos la sobremesa, tornara realidad y así un día, lo que es hoy un mito, fuera una encantadora tournée por los más bellos y lejanos países, en donde se logra olvidar, vivir por el deseo de vivir y volver un día, después de una larga jornada, a esperar la hora apacible en que húbleríamos de descansar para siempre. P.

Estrella de Oriente, Correo, San Vicente.—Desea correspondencia con el subteniente de este pueblo, cuyo nombre empieza por C. Soy la chiquilla de rizos rubios, que él debe conocer.

Helia Parra.—Falta dirección.

Susana Olguín.—Desea que ésta revista lleve un saludo cariñoso a todos sus amigos y amigas residentes en el bello puerto de Valparaíso.

Para S. C. C.—¿No es verdad que hay ocasiones en que los sueños se transforman en dulce realidad? Así quiero creerlo, al menos, como quiero dudar de su inestabilidad. Ch.

Orquídea Cifuentes, Estación Lzyda, Rama a San Antonio.—Desea correspondencia con un marino alegre, que sea capaz de escribir sin faltas de ortografía.

Marta S. P., Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con un muchacho sentimental, sincero, sin egoísmo ni mezquindades, que haya sufrido bastante y quiere ver en mí una buena hermana de caridad, que con los blancos velos de su cariño pueda cubrir las manchas oscuras de pasados sufrimientos.

Me interesaría conocer al simpático muchacho de la Caja de Ahorros, que en la mañana del 4 de febrero subió a un autobús en el paradero existente frente a esa Institución. Si recuerda a la chiquilla vestida en color palo de rosa, a quien él mío con insistencia, ruégole escribir a R. Figueroa, Correo 4, Valparaíso.

Angel L., Valparaíso.—¿Por qué has olvidado a tu amiga que tanto te quiso, aquella que fué tu confidente y hermana, que trató de endulzar tu vida en todo momento y que no podrá olvidarte jamás? Piensa que lo que has escuchado es demasiado cruel, y no merezco.—P.

El griguito del auto azul, desea correspondencia con la simpática morenita viñamarina, Sta. Idalides G. P. Contestar al Correo de Viña.

Calesera del Amor.—Falta dirección.

José Bálsamo, Traiguén.—Doble personalidad tiene el agrado de saludarlo con sincero afecto y admiración, y rogarle no la juegue en una forma tan cruelmente cruda como lo ha hecho. Pida carta en el Correo de esa.

Chela y Quelita.—Dos chiquillas serias, simpáticas y de familia honorable, desean amistad con jóvenes de 25 a 30 años; prefieren extranjeros, alemanes o ingleses. Casilla 6, Valparaíso.

Barrilete y Palo de Ajo.—Dos chicas encantadoras, serían muy felices de encontrar am-

gos con quien distraer sus horas de vacaciones. Dirección: B. y P. A., Correo, Mulchén.

A Viterbo Opazo V.—¡Ingrato! ¡Olvidadste ya a la rubia a quien engañaste con dulces y prometedoras palabras? ¡Oh, qué inconstantes son los hombres! No piensas que hay un dulce corazón que ahora la felicidad de días lejanos. B. L., Los Cañones, Correo.

Julio Gutiérrez, Hda. Calleque, Est. Perillillo.—Desea correspondencia con la señorita Panchita A. que hace dos años, cuando tuve el gusto de conocerla, era alumna del Liceo N. 5.

Nena, Correo de Pillaleubán.—Desea conocer joven de 25 a 35 años, serio y de buenos sentimientos, dispuesto a alegrar la vida de una triste campesina.

Morochita.—Falta dirección.

Placerino, Correo 6, Valparaíso.—Joven porfeto de 17 años, deseas correspondencia con jovencita de 15; la prefiere rubia de ojos azules color de cielo. El es extranjero, nada mal parecido, rubio, alto y de buen físico.

Patricia, Mafalda y Sylvia Petersen, Correo Chillán.—Simpáticas jóvenes, dos morenas y una rubia, de siluetas elegantes, de 20, 19, y 18 años respectivamente, desean correspondencia con jóvenes de 25 a 30 años, ojalá profesionales.

Elena Flores.—No hay almanaque de "Para Todos". En otra ocasión diríjase para estos asuntos a la Empresa "Zig-Zag".

Para Alma Huérfanita de Afectos.—Te veo triste y sola. Tú palabras han hecho eco en mi corazón solitario. ¿Acaso no podemos ser hermanos en el dolor? V. M. G. C., Valparaíso.

Daphne Williams, Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con joven, como yo hastiado de vivir. No me interesa el físico. Sólo lo deseas alto, educado, de buena familia, buen corazón, y que por el momento no trate de conocerme.

Sylvia Almarza T., Correo 13, Santiago.—Desea correspondencia con amigo civil o militar, que tenga auto, para que con el vertigo de la velocidad la haga olvidarse de su existencia sin atractivos.

Josefina Hope, Casilla 462, Antofagasta.—Desea correspondencia con joven no mayor de 35 años, ni menor de 30, sincero, sin vicios, apasionado, amante de la música. Ella tiene 22 años, morena de regular porte.

Lobo Marino, Crucero Blanco Encalada.—Lobo Marino desea correspondencia con señorita de 18 a 22 años, amante al cine y baile. El tiene 22 años, y deseas querer con inmenso entusiasmo a la que le haga don de su corazoncito.

Alicia L. R., Correo 2, Chillán.—Morenita simpática desea correspondencia con encantador marino que sepas querer mucho.

N. G. A. y A. M. G., Correo, Curicó.—Dos amiguitas simpáticas, desean correspondencia con jóvenes de 18 a 35 años, honorables, instruidos y de nobles sentimientos. Profesionales de espléndida situación financiera. Ellas son de buena situación y sentimientos.

L. R. C., Correo, Talca.—Desea correspondencia con la señorita E. Tolosa M., a quien cree no ser desconocido.

B. O., Correo, Iquique.—Desea correspondencia con joven de 28 a 35 años, educado, serio y de buenos sentimientos para practicar el deporte del polo.

Morenita.—Falta dirección.

Carnet 4208, Puerto Montt.—Desea correspondencia con alguna rubia de largas trenzas, ojos azules, y bastante romántica. Indispensable enviar foto.

Lyamy y Day.—Dos inseparables primas, desean correspondencia con fines ingenieros o estudiantes de medicina. Altos, sin defectos físicos y muy serios. Carampangue 183, Linarens.

Rosette Koch, Casilla 312, Antofagasta.—Desea correspondencia con joven de 28 a 30 años, alto, pálido, ojos verdes, sincero, sin vicios y amante al cine. Ella tiene 20 años, alta, muy simpática y apasionada.

Mafalda Valenzuela, Correo 7, Santiago.—Desea correspondencia con joven de 20 a 23 años, alto, ojos azules, amante de los deportes. Ella es alta, 17 años, muy simpática.

Hugo R. B., Correo, Viña del Mar.—Desea correspondencia con señorita que enseñe la dicha de ser amado, lo que agradece de antemano.

P. D. C., Correo, San Miguel.—Desea correspondencia con joven de corazón noble y alma pura, que conozca el sufrimiento. No importa el físico sino la belleza espiritual.

F. A. Z., Correo, La Mina, Potrerillos.—Desea correspondencia con señorita de 20 a 23 años, de lindo cuerpo y piernas. La prefiere de Valparaíso o Concepción. Indispensable enviar foto.

E. L. N., Correo, La Mina, Potrerillos.—Joven de 27 años, deseas chica simpática de 16 a 22 para formar su nido de amor. Debe ser educada, de buena familia y muy buena dueña de casa.

Mary Ruth y Edith Gray, simpáticas chiquillas, desean correspondencia con jóvenes no mayores de 20 años. Ellas son altas, muy simpáticas. Ruegan enviar foto.—Correo, Ramadillas. Prov. de Concepción.

J. D. de Arroyo y J. P. de la Rivera, Cabrero, Casilla 30.—Muchachas atractivas, de buena figura, desean encontrar chiquillas simpáticas de 16 a 18, que no sean egoistas, ni sepan mentir.

Marielena, Correo 2, Valparaíso.—Desea encontrar un amigo sincero, sin mezquindades ni vicios, que sea comprende el sufrimiento alegre, que haya luchado por ser algo, sea culto y estudioso y pretenda formarse un porvenir conseguido por su propio esfuerzo.

F. Peña Cabrero, Correo, Cabrero.—Chica atractiva, de familia honorable, deseas correspondencia con chiquillo de 20 a 23 años, sincero y generoso de alma.

Ruth Mans, Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con extranjero mayor de 25 años, culto, correcto en su manera de vivir, amante del baile y el cine. Ella tiene 21 años, y deseas formar su hogar en la misma que puede hacerlo una mujer inteligente.

Betsy Carroll, Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con joven que tenga por los menos, 25 años, que sea culto, trabajador, que deseas formar su hogar. Ella es simpática, buena dueña de casa. Indispensable enviar foto.

Tripitas.—Falta dirección.

Es probable que lo que siente Myriam de la Guardia, sea ese *Tedium vitae*, propio de los espíritus inteligentes y reflexivos. Sea o no lo que me imagino, pienso que en todo caso puede servirle como bálsamo la experiencia agena, que ha pasado por la vida quemadola sin consumirla. Aquanimitas, Correo, Magallanes.

Lucy Tavisy, Correo, Quilpué.—Chica de 15 primaveras, bastante simpática, deseas correspondencia con cadete naval que la supere en edad, que sea amable y sencillo.

Eugenio y Chela.—Falta dirección.

Desilusionado.—Falta dirección.

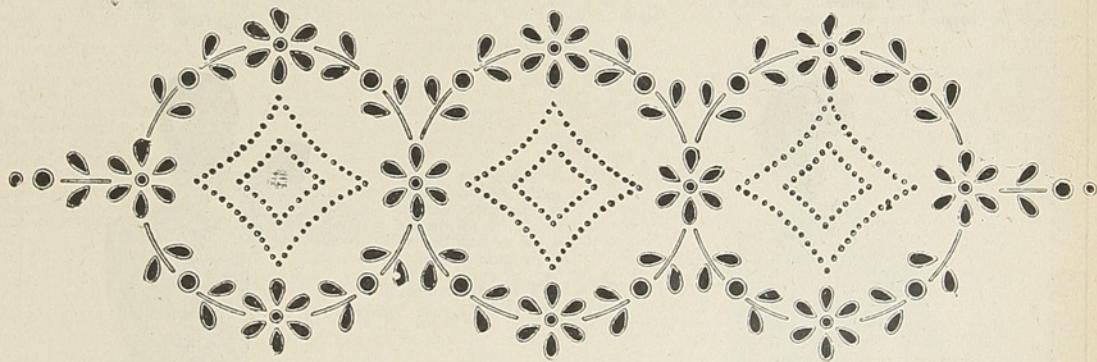
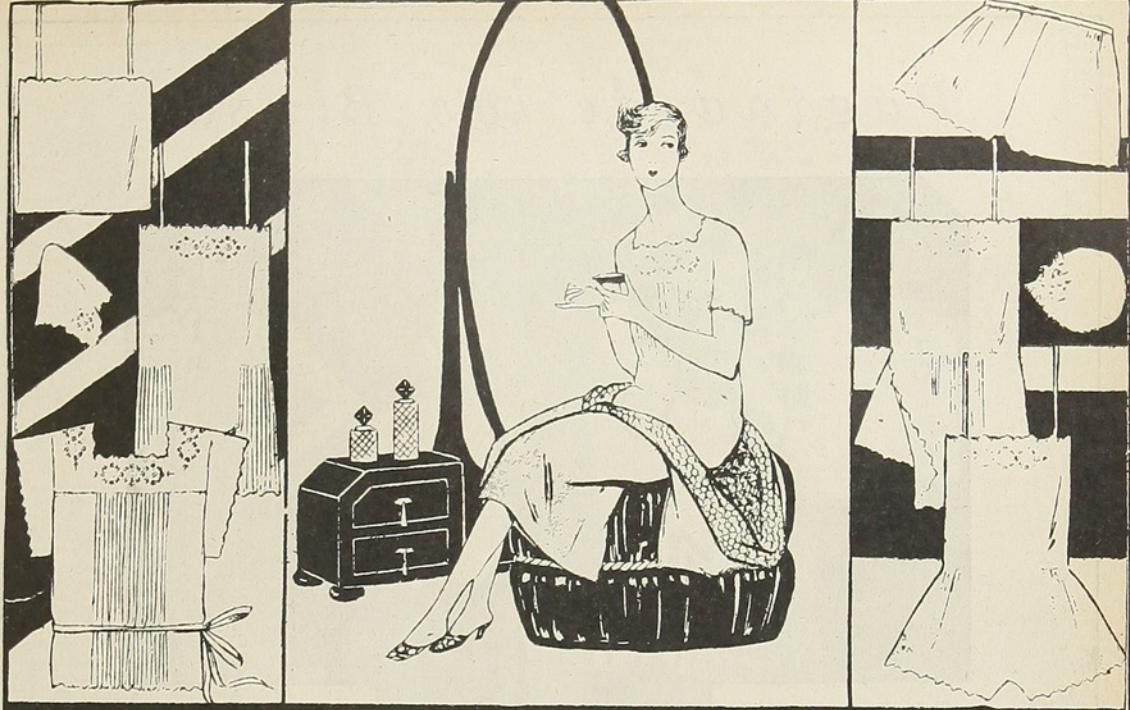
J. H. V., Correo, Viña del Mar.—Joven obrero, con buen oficio, alto, delgado y simpático, deseas correspondencia con señorita o viuda, simpática, no mayor de 25 años. Agraece enviar foto.

Mario, Correo 2, Valparaíso.—Desea hacer a Nena, actualmente ocupada en la Estación de Chillán, saber su llegada a Chile, y que la determinación por ella adoptada avivo más sus sentimientos con respecto a ella, al extremo de salvar el obstáculo que se interponga entre ambos. Ruégole olvidar el pasado, perdonar y escribir a quien la ama.

Achira.—Falta dirección.

Carlos Lira.—Falta dirección.

Galo Pando.—Falta dirección.



## LA LENCERIA IMPERIO

Estas coquetonas prendas de lencería de estilo Imperio, están adornadas con bordado inglés y bordado a punto de nudo, los cuales, como saben perfectamente nuestras lectoras, son de sencilla, elegante, fácil y rápida ejecución. En la parte superior de la página damos, en pequeño tamaño, cada una de las prendas de lencería del equipo femenino que pueden adornarse con el bordado que, a tamaño de ejecución, reproducimos en la parte interior.

# Página de las Blusas



1. Blusa en grueso satin marfil. Canesú en punta dando origen a la banda de pequeñas huinchitas.  
Metraje: 2 m. en 1 m.

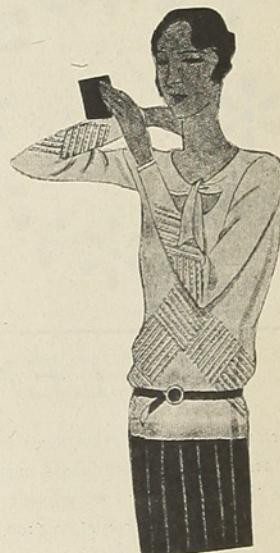
2. Blusa en jersey beige adornada de incrustaciones de jersey amarillo y marrón. Metraje: 1 m. 25 en 1 m. 25.

3. Blusa en crepe satin blanco y negro.

4. Esta blusa es en crepe georgette color plátano. Una banda picada forma la parte alta; pequeños plieguecitos en el centro del delantero.



5. Blusa en crepé satin blanco. Un movimiento caprichoso en forma de corte comienza en la espalda y termina formando cintura anudado adelante.



6. Blusa de crêpe de Chine lavable azul lavanda adornada de incrustaciones de pequeñas alforcitas.

(Continuación de la pág. 39).

## POLA NEGRÍ ENAMORADA SIEMPRE

más... Después de las bodas, celebradas con fasto en el "chateau" de Séaincourt, Pola paseó a su príncipe por las capitales del mundo y por los "estudios" de París, de Berlín, y de Hollywood... La actriz, en el otoño de su vida y de sus facultades, hubiera querido ser princesa nada más, o, por lo menos, princesa sobre todo... Siguió siendo actriz nada más, o, por lo menos, actriz sobre todo... Siguió siendo Pola Negri, y la Princesa de Mdivani no era, en la sombra de Pola Negri, sino un personaje a la estilización o a la caricatura del tipo en los trazos de una moderna "affiche"...

Y un día, la mujer y la artista—doble encarnación de la inconstancia—comenzó a fatigarse de esa falsa imagen de sí misma que apareció en el cartel... A partir de ese instante las originalidades del príncipe Mdivani no hicieron ya sonreir a la Negri... El idilio, la comedia, había terminado... Durante los meses de este invierno que Pola ha pasado entre nosotros, la actriz apareció rara vez en público acompañada por el "príncipe"... Vivía en el Hotel Beau-Site, casi siempre sola, y sola o rodeada de amigos paseaba por el Bosque ositina a las cenas comenzadas con "borchth" y terminadas con "vodka" en la polaca "Petite Chaumière"... El "príncipe", en tanto, jugaba en Montecarlo... Pero los juegos de principes en ruinosos para quien los costea, y el príncipe Mdivani no puede ya obtener rublos triturando a los campesinos de Georgia...

La Negri puso su marido ante ella la disyuntiva de renunciar a Montecarlo o de divorciar... El "príncipe" optó por volver a Montecarlo y desde allí por teléfono comunicó a los diarios de París la noticia de la ruptura.

"Pola — ha dicho el "príncipe" — es una mujer encantadora y de una gran dulzura de carácter; pero nuestros temperamentos son muy distintos, y no nos entendemos... Para ello nos hemos separado. Se que la señora Negri ha presentado contra mí una demanda de divorcio, y comprendo perfectamente su actitud... La señora Negri, lo repito, es una mujer encantadora y de una gran dulzura de carácter..."

Esta nota optimista y no extinta de humorismo hace suponer que el "príncipe" no ha perdido el tiempo durante los dos años en que ha sido administrador del corazón y de la fortuna de Pola... Retirada a su castillo de Séaincourt, y sin más compañía que la de sus célebres muñecos y muñecas—ya que la servidumbre no cuenta—la estrella trágica de cinematógrafo vive en estos momentos la sexta tragedia de su desenlace... Su primer amante, y quizás su único verdadero amor, fué un violinista polaco y tuberculoso, que murió en sus brazos... El segundo, el conde Dombski, ascendió a marido, y perdió con el ascenso todo prestigio. Para no soportar más, Pola huyó del castillo de Sashomiecie, donde era condesa auténtica, y se refugió en Berlín... Allí se inició el idilio de la Negri y de Charlie Chaplin, idilio que prosiguió en Hollywood y que terminó cuando Pola, más necesitada de amor físico que de pasión cerebral, comenzó a admirar las atléticas cualidades de Yucca Trubetzkoy... Luego apareció Rodolfo Valentino... Más tarde, ayer aun, Sergio Mdivani... Manana, ¿quién sabe?...

Excepción hecha de aquella historia romántica y lejana del violinista y del flirt psicológico y breve con Chaplin, Pola Negri ha mostrado en la elección de sus amantes el mismo mal gusto que presidió siempre a la elección de sus vestidos... De todas las "stars" de la pantalla, Pola es quien peor se viste y quien peor ama...

Y cuando la admiramos en uno de sus magníficos papeles genialmente interpretados, nos es necesario ver sus atavios cursis ni recordar su historia de mujer para no oponer a la afirmación del arte la negación de la experiencia...

ANTONIO G. DE LINARES.

(Continuación de la pág. 40).

## LA FALDA LARGA SOLO DEBE USARSE DE NOCHE

«La moda no va a cambiar las nuevas costumbres adquiridas por la mujer con su nueva independencia. Hoy la mujer tiene campos inmensos de actividad en los deportes, las ciencias y el comercio, y no podemos esperar a vestirla como antes, cuando lo único que tenía que hacer era perfumarse y sentarse en el quicio a esperar que pasara el príncipe azul.

«La silueta debe escogerse con cuidado y modificarse de modo que se avenga a los diferentes tipos de mujeres. Es preciso que la silueta se emplee para hacer esbelta a la mujer robusta, y para hacer curvas a la mujer demasiado delgada.

«Para trajes de noche la falda larga es imprescindible; pero para el día, especialmente en el trabajo y en el deporte, la falda corta tiene que seguir predominando. La falda un poquito más abajo de la rodilla puede usarse por la mañana, y según el día va declinando, la falda va bajando hasta que llega la noche, la falda debe llegar hasta abajo. El borde desigual sienta muy bien a las mujeres altas y delgadas, y también luce muy bien en las chicas bajitas y delgadas, pero las mozas robustas deben usar sus trajes terminando en borde regular, es decir, sin indentaciones».

(Continuación de la pág. 38).

## COMO LA NIEVE

—Usted no es de la tierra de San Luis...

—No, señora. Soy español...

—¿Español? ¡Qué hermosa tierra es España!...

—¿La conoce usted?

—Un poco.

Y cambiando de idioma, añadió en correctísimo castellano:

—¡Soy española!...

Experimentó una emoción muy intensa, emoción que tú no comprenderás, porque nunca estuviste lejos de la patria. El idioma nativo es siempre más dulce que las melodías angelicas. ¿Te encogenes de hombros?... Tienes razón. Aquí en Madrid y en medio de un café, todo esto es de una cursilería inaguantable; pero en aquella quinta rusa, bajo la hosquedad de aquel cielo, yo sentí, al hablar la condesa, que algo muy íntimo y muy dulce vibraba en mi alma.

—Y de dónde es usted?, le pregunto cuando me repuse.

—De Toledo... ¿Le conoce?...

—Mucho, señora.

—Mi padre era... el marqués de Campón.

Me levante y, asíendola por una mano, grité:

—¡Magdalena! ¡Magdalena!...

Ella se alzó de su asiento.

—Caballero, ¿me conoce usted?

Sonréi amargamente y dejándome caer en la silla, murmuré:

—Un poco... ¡Soy Alberto!...

Ella tornó a sentarse. Sus mejillas se colorearon ligeramente y en sus labios floreció una sonrisa enigmática.

—¿Qué casualidad!, dijo con una voz casi imperceptible. Durante un rato permanecimos silenciosos. Después, charlando confidencialmente, nos referimos nuestras historias y—¡oh sacrilegio!—casi, casi nos reímos de las locuras de la juventud.

—Al fin, ¿no te moriste?...

—Ni tú tampoco?

—Y ¿te casaste con otra mujer?...

—Y tú, con otro hombre?...

—¡Nos olvidamos!..., concluyó ella, con cierto dejo melancólico.

—Y, ¿cómo pudo ser eso?, añadió yo, asombrado, porque en aquel instante vivía con toda la intensidad del recuerdo de los días de mi pasión.

Entonces Magdalena me llevó a uno de los balcones y me dijo:

—¡Mira!...

Las nubes se habían unido para formar una cortina gris, que se extendía lisa y monótona de oriente a poniente; el viento seguía silbando como un mirlo gigantesco y en sus alas traía y llevaba grandes y espesos copos de nieve. El suelo estaba ya blanco. Entre unos álamos avanzó un labrador o campesino. Cuando pasó frente al balcón, ella me hizo notar las profundas huellas que sus zuecos dejaban en la nieve.

—¡Mira!, me repitió. Así fue el amor en nuestras almas.

Siguieron el labrador su camino y la nieve, que cada vez caía con más abundancia, iba cerrando pausadamente los negruzcos hoyos.

—Como la nieve, proseguía Magdalena, así es la vida. Arroja sobre las pasiones nuevos amores, nuevas ilusiones, decepciones nuevas y otra vez nuevas esperanzas; y de esta manera, al cabo, al cabo... ¡Fíjate!...

Clavé los ojos en las huellas que ya habían desaparecido.

—¡Ves!..., concluyó. Al cabo tanto nieva, tanto se vive, que sobre nuestras almas, como sobre ese blanco suelo, parece que no ha pasado nada..., ¡nada!...

Dejé el té frío sobre la mesilla japonesa de porcelana, abandoné a la marmórea Magdalena y, encorvado sobre mi caballo, regresé a la ciudad al galope por el campo yerto y amortajado de blanco, murmurando como ella:

—¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!...

He aquí el epílogo de mi pasión...

\* \* \*

Terminó mi amigo la historia de sus amores con Magdalena. Hicimos unos cuantos comentarios baladíes. Luego nos dedicamos al aecho de los viandantes a través de los cristales. Amontonamos, después, sobre aquella pasión extinguida, la política, la literatura, la industria, el toreo y las cómicas, y cuando la hubimos enterrado bien, le pusimos por losa, una suculenta cena.

—¡Acudamos al Leteo!..., decía Alberto.

Y nos limpiábamos el paladar con un vinillo rubio como la miel...

(Continuación de la página 11).

**LAS HORRIBLES SIRENAS DE NUESTROS DIAS**

en uno de nuestros grabados recordemos la descripción que en su carta hace de la sirena:

"He visto — dice — muchas mujeres feas, pero nunca tan horribles".

La cara del dugong es, en efecto, parecida a la de una horrible bruja, y el cuerpo de este animal, como el del manatí, está muy lejos de presentar encanto alguno.

Ahora bien, si examinamos ese cuerpo en relación a su modo de vivir, encontraremos en él una adaptación que tiene su belleza.

Este ser resulta aún más maravilloso cuando sabemos que en otro tiempo era una habitante no del agua, sino de tierra, y que andaba en cuatro patas. Hoy ya no le quedan sino dos de las cuatro, las delanteras. Las traseras y el cinturón óseo que las soporta se encuentran atrofiados; sólo son vestigios metidos entre el tejido muscular debajo de la piel. Poco a poco fueron desapareciendo por falta de uso. Resultaban miembros inútiles, sin función que desempeñar. A su vez, los otros miembros, las patas anteriores, fueron sufriendo una lenta transformación hasta tener ahora la forma de aletas o manos en las que los dedos han quedado unidos unos con otros; pero en realidad no están ligados entre sí, como se ve en el momento en que se quita la piel que les cubre.

Los antiguos dragones marinos y pleustaurios y las modernas tortugas en los reptiles, los pingüinos entre las aves y las ballenas, han sufrido la misma transformación.

Han tenido que someterse a las exigencias del medio en que vivían.

En primer término, debe tenerse en cuenta la ley natural que establece que la función hace al órgano y su reciproca obligada: órgano que no funciona, se atrofia y termina por morir.

Y luego, debe atenerse a la reguladora ley natural de adaptación al medio.

(Continuación de la página 29).

**L A A T R A C C I O N M O R T A L**

do de militar... era Pedro Bruyn, el hijo de Justus Johanes. La escena ya comenzaba a tomar cuerpo sin fatigas en la mente del profesor Chabrol.

Ya veía al orgulloso van der Zwoog cuando recibía la declaración del hijo de su colega pobre: "Amo vuestra hija... ella me ama"... "Ah, ah!... Usted está loco... Ella jamás será su esposa..."

Entonces... entonces... Allí estaba el Mosa.

Y he aquí cómo los enamorados de otros tiempos eran los fugitivos de hoy. Del drama que en 1650 se desarrollara en Dordrecht derivaba indiscutiblemente la aventura presente. La palabra "atracción" no había surgido en el cerebro del doctor Chabrol porque sí. El misterio aún continuaba: aquél joven y la mujer de la casaca de terciopelo escuchaba se habían amado ya en tiempos remotos; ahora sus imágenes se encontraban unas frente a otras en el gabinete del profesor Chabrol.

¿Por cuál suerte de atracción milagrosa ambos habían abandonado sus respectivos cuadros?...

¿Y de ellos que había sucedido?... Era necesario llevar las indagaciones más allá de las primeras huellas recién descubiertas.

El profesor se disponía a hojear otros volúmenes más polvorrientos que los primeros, cuando, sin golpear, de acuerdo a las órdenes que el diera, entró Sofía trayéndole el desayuno.

Sofía era una matrona de unos cincuenta años, que se había adaptado a la extraña vida del profesor.

Acostumbraba a penetrar en el gabinete del doctor, dejar la comida y retirarse sin decir palabra alguna.

Pero esa mañana ella estaba indecisa. Caminaba en todas direcciones, hasta que ya no pudo soportar la tensión de sus nervios:

—Doctor... una tragedia... ¡Cósas del otro mundo!... A dos pasos de aquí... al terminar la calle, han extraído del Sena dos cadáveres extrañamente ataviados... Un joven y una señorita... —como Sofía notara al llegar a esta altura de su monólogo que el doctor mostraba un profundo interés por sus palabras, continuó:— Verdaderamente se trata de un suicidio... no hay delito alguno... Los dos desesperados amantes, según dicen, debieron salir de algún bale de mascaras!... El joven es un hermosísimo rubio vestido de mosquetero: ella es más bien de cabellos renegridos y vestía casaca de terciopelo esparciéndola con ribetes de armiño... Ya ha llegado la policía... Todo el barrio parece en revolución. En los vestidos de los dos enamorados no han encontrado carta alguna que pueda identificarlos... Dentro de breves instantes los llevan a la Morgue...

Apenas hubo terminado de contar aquel extraño relato,

Sofía se retiró anhelante, disgustada porque el doctor no le había hecho pregunta alguna.

Pero a pesar de todo, pareció que él había prestado profunda atención.

Cuando Sofía cerró la puerta, el doctor Chabrol que había permanecido impasible frente de la doméstica, sentóse delante del diván Imperio, llevando sus manos huesosas a la cabeza. Pese a su imperturbable tranquilidad habitual su ya viejo corazón había acelerado sus latidos.

Para él el misterioso era transparente: ni la más pequeña duda. Ni siquiera se le ocurrió ver los cadáveres: estaba "matemáticamente seguro" que la pareja que habían rescatado de las aguas del Sena estaba formada por la pareja que fugara de sus cuadros. No podían ser otros que la hija de van der Zwoog y Pedro Bruyn! El bien "sabía"... sabía lo que jamás nadie podría saber...

Los desafortunados amantes, encontrándose después de varios siglos, habían reencarnado por la pasión contraria, y puesto que una nueva vida les era vedada y el conjuro aún continuaba pesando sobre sus cabezas, aquél que en un tiempo se arrojara a las aguas del Mosa, no supo hacer más que repetir el gesto pretérrito, pero arrastrando consigo en esta ocasión a la esposa imposible... precipitándose en las aguas del Sena... en las aguas mortíbdas... abismos de paraisos perdidos. No había otra solución del enigma que aquél que se desprendía limpido y tangible de la realidad de los hechos.

—Las fuerzas psíquicas dominan el mundo—murmuró el doctor Chabrol, cerrando sus viejos libros de consulta.

(Continuación de la página 13).

**E L H O M B R E D E L O S R E C U E R D O S**

Santiago que su amo, muy delicado, no podía recibirlo. Una violenta fiebre lo había atacado bruscamente y se esperaba al médico.

Durante una quincena, cada día, Santiago venía a informarse de la salud de su viejo amigo. De tiempo en tiempo lo veía unos minutos, acosado por la fiebre o sumido en profundas somnolencias. La antigua doncella lo cuidaba con verdadera abnegación.

—Un señor tan bueno... Una maligna fiebre que según el doctor...

El otoño comenzaba a marchitar la viña virgen... El follaje de los castaños denotaba ya el cansancio de su corta vida y empezaba a adquirir el tinte amarillento de las cosas sin vida, y en consecuencia un tapiz cubría el suelo formando la tumba de sus hermanas que no tardarían en venir.

Santiago pensaba con infinita tristeza en su regreso a París. ¿Volvería a Turenne?... ¿Vería de nuevo a su viejo amigo? Su madre hacia ya los preparativos del viaje, pues, éste debería efectuarse en una decena de días.

Cuando llegó a casa de Mr. Rovenay, lo encontró sentado en un sillón cerca de la ventana abierta. Su rostro pálido y marchito armonizaba admirablemente con el almidonado sobre el cual se apoyaba. Tendió hacia Santiago sus manos enflaquecidas.

—Hijo mío, mi querido niño... Me siento tan feliz de volver a verlos. Creo que todo ha terminado, no, yo no me hago ilusiones.

El rostro inundado en lágrimas, Santiago se había arrodillado cerca del sillón. El viejo había colocado una mano sobre su espalda.

—No lloréis. Soy tan feliz de ir a encontrarlas... Pensad a veces en vuestro viejo amigo. Pensad además, en lo que él con tanto cariño os ha dicho... Amad, y guardad preciosamente todo y cada uno de vuestros recuerdos de amor, pues ellos serán los mejores compañeros de vuestra vejez... Yo los he amado tanto... Luisetta... Concha, mi querido amor... Mi amor... Mi bien amada Elena, os veo a todas junto a mí, mis diosas queridas...

Un ligero sobresalto agitó a Mr. Rovenay. Santiago, sollozaba en silencio. Le pareció ver que la alcoba se llenaba de la presencia de estas bellas durmientes, que merodeaban y se inclinaban sobre el amigo que tuvo siempre para cada una de ellas un recuerdo de amor, y que luego se volaban por la ventana abierta, transportada en un rayo de sol, el alma de aquel que solo vivió de sus felices recuerdos.

(Continuación de la pág. 26).

**L A D A M I S E L A Y E L S A B I O**

que en él resultaba cariñoso.—Pero ten en cuenta que el pescador pudo proporcionarse otra caña, porque, según ya sabes, estos instrumentos no son raros ni escasos. ¿Qué más ocurrió?

—Eso queda para otro día—dijo la Damisela—y para otro pez.

Después de pronunciar estas palabras, emprendió el descenso de la colina, sin hacer caso del Sabio que, con voz gruñona, la llamó varias veces.

En cuanto se ha pescado un pez, lo más prudente es asarlo y comerselo.

(Continuación de la página 22)

**JUGANDO A CASARSE**

una fe ciega en el porvenir de sus hijas, a quienes ven apasionadamente con tantos encantos, méritos y atractivos que no pueden dudar de su poder subyugador, que las llevará al triunfo, a la felicidad. Ellas fracasaron, sí, pero sus hijas... ¡Sus hijas no pueden fracasar!

Además, sucede en los noviazgos formales, que la madre (y, como madre, doblemente mujer), enternecida, seducida por los mimados agasajos y delicadezas del prometido e intimamente halagada, siéntese ella también algo novia en su hija, en quien se ve revivir plenamente.

Y desde ese mismo momento queda anulada e incapacitada para toda otra cosa que no sea soñar.

Muchas veces, escuchando a mi amiguita y a su madre cuando hablan del novio, de la boda, del trousseau, me he preguntado:

—Pero, ¿cuál de las dos va a casarse? Frecuentemente esta buena señora asegura con gran aplomo y convicción: —Serán completamente felices porque Ricardo está loco por mí *Lolita* y ella hará lo que quiera de él.

También suele repetir muy a menudo que los chicos tienen mucho adelantado ya para ser felices, porque durante los tres años del noviazgo han llegado a conocerse por completo.

¡Conocerse durante el noviazgo! ¿Pueder darse mayor ilusión? Por años que dure éste, los prometidos se desconocen en absoluto, pues el mutuo deseo de agradarse, hace que, instintiva y galanteamente, se desprendan de ciertas miserias humanas. La revelación de su verdadera personalidad tiene lugar más tarde, en la íntima convivencia conyugal. La costumbre, la rutina y vulgaridad de la vida cotidiana, que llevan fatalmente al hastío carnal, se encargan de despertar esas mil bajas pasioncillas que se llaman egoísmo, soberbia, orgullo, amor propio, causa de profundas y a ve-

ces irreparables resentimientos entre los cónyuges.

¡Qué será de mi pobre amiguita cuando, después de la apasionada efervescencia de los primeros tiempos de matrimonio, la realidad le ponga ante si otra clase de hombre (mejor o peor) del que ella cree conocer! Cuando, a fuerza de verse, no se vean ya, ¿le bastará con sus coqueterías para retenerlo?

Dios quiera que no se marchiten en flor las ilusiones de esta chiquilla.

Tememos por la felicidad de esas equívocadas parejas que, insensatamente por conveniencias materiales, un pederro pero efímero deseo carnal, o simplemente porque hay que casarse, unen sus vidas con lazos indisolubles.

El matrimonio es un crisol donde se depuran y aquillatan los verdaderos valores morales. Por eso no se debe ir a él sino con un hondo, noble y desinteresado amor, espiritualmente el rico metal que, al desprenderse de toda otra mezcla, se hace más puro, brillante y valioso.

JULIA DE ABUIN.

(Continuación de la página 20)

**NADA DE AGENCIAS**

Justina entró... Llevaba una tarjeta con el siguiente nombre: «Conde de Prebois—Capitán de artillería».

Al dorso y escritas con lápiz se leían estas líneas:

«Perdonenme si no pude venir anoche. Mi esposa quiso darme la agradable sorpresa de su llegada... De ninguna

manera quise aumentar la molestia que mi estancia les venía ya produciendo. Mi señora hubiera tenido gran placer en saludar a la suya y a su amable hija... Muchas gracias por su amable acogimiento.»

La señora Rabotteau leyó y releyó la tarjeta. Por fin dijo, ya libre de indignación:

—Ahora comprendo por qué el militar no protestaba cuando le decía «señor conde»... ¡Esta pobre Elodia nunca tuvo suerte!...

LEON DE TINSEAU

**Segura, Inofensiva, Rápida para aliviar la Grippe y los Resfriados**

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZÓN  
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

No puede saberse nunca cuando va a venir un catarro. Pero si podemos saber cuando se va a ir, tomando las tabletas de FENALGINA. Un catarro no debe realmente alarmarnos, pero hay que atenderlo porque rápidamente puede convertirse en una bronquitis, o en una pulmonía mortal si no se cura a tiempo.

Un resfriado por fuerte que sea, desaparece en una noche si se toma FENALGINA. En cuanto se sientan los primeros síntomas de un resfriado —picor en la garganta, tos, estornudos, escalofríos o fiebre, tómense 1 o 2 tabletas de FENALGINA.

Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita. Pueden tomárla hasta los niños pequeños.

NO ACEPTE SUSTITUTOS. ELLA SIEMPRE QUE LE DEN



**PHENALGIN**  
(FENALGINA)

FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carb-o-amoniatada. Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Único distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D. Santiago de Chile

El  
desinfectante  
que toda mu-  
jer debe usar  
diariamente  
para su hi-  
giene intima



PARA LA HIGIENE INTIMA  
DE LA MUJER

# NEOLIDES

antiseptico vaginal  
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,  
cicatrizantes, astringentes,  
ligeramente perfumados,  
desodorizantes.



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Previenen  
y alivian  
demuchas  
dolencias  
femeninas

# Contornos Juveniles del Rostro

Es indispensable una buena circulación en los vasos sanguíneos del cuello y del rostro, si se desea que los contornos de las mejillas y de la barba permanezcan bien definidos y juveniles.

Esta es la respuesta que a tal cuestión dan todos los especialistas en tratamientos de belleza.

Un contorno perfecto significa músculos fuertes, sanos. Buenos músculos exigen una vigorosa circulación de la sangre, que nutre los tejidos. La deficiente circulación afecta el semblante, causa la palidez del rostro o al contrario, da a la piel esa apariencia congestionada, tan

poco atractiva. En cambio, la rápida, constante circulación, procura un cutis limpio y rosado.

Si no se efectúan algunos ejercicios apropiados, y se permite que los músculos de la cara se vuelvan flácidos, resultarán pronto líneas caídas, aun a edad relativamente temprana. Y el deseo de cada mujer es, sin duda, conservar las bellas líneas de su perfil todo el tiempo posible.

Hay varios métodos para estimular una buena circulación sanguínea. Caminatas a paso rápido, flexible, juegos al aire libre, natación y gimnasia activa, todos estos son métodos agradables que ponen en movimiento los músculos, por lo general poco usados durante la rutina diaria.

En suma, para mantener en perfecta condición los músculos del cuello y rostro es preciso tomar medidas especiales.

Una de las formas más simples consiste en dedicar cinco minutos diarios a ejercicios particularmente aconsejables para el cuello y la barba. Veamos algunos:

Dejar caer hacia atrás la cabeza, hasta que toque el dorso. Poner en tensión todos los músculos de la parte anterior del cuello, hasta sentirlos bien estirados desde la punta de la barba hasta el busto. Apretar los dientes, de modo que los costados del cuello queden a su vez en tensión. Abrir y cerrar varias veces la boca con la suficiente energía para sentir el tirón de los músculos de la garganta. Finalmente, cerrar la boca y levantar la cabeza.

Inclinarse la cabeza sobre el busto. Estirar los músculos de la parte posterior del cuello hasta sentir su tensión en los hombros. Volver la cabeza para mirar por encima del hombro derecho. Tornarla a su posición inicial. Repetir varias veces el movimiento y efectuarlo luego hacia la izquierda.

Dejar caer, todo lo posible, la cabeza hacia atrás, poniendo en tensión los músculos delanteros del cuello. Volver la cabeza lentamente a derecha e izquierda, mirando sobre los hombros, como en el ejercicio previo.

Es casi obvio subrayar, aun una vez más, la extrema importancia de una buena posición, si se desea poseer un cuello gracioso y evitar la doble barba. Cada niña debiera acostumbrarse desde su más tierna infancia a la correcta posición, y después de cumplir diez años practicar algunos ejercicios sencillos, como los anteriores descritos. Y a los veinte años, ella debiera aprender cómo dar a su rostro y cuello un tratamiento diario con cremas y tópicos para la piel, que promuevan la circulación sanguínea en la superficie de aquella.

Después de una perfecta limpieza con "cold-cream", seguida de un baño con agua y jabón, se tratará el cutis con alguna crema o tónico, a elección individual. Se darán al rostro ligeros golpecitos con las manos, desde la base del cuello hacia arriba, empleando atención especial en cada arruguita de la barba o de la línea maxilar. Luego se palmeará la cara, comenzando en las comisuras de la boca y terminando en los ojos, y desde la barba a las sienes, hasta que la piel se vea rosada y brillante.

Puede realizarse, asimismo, un masaje que moldeea con firmeza los músculos. Algunas damas prefieren una especie de vasito aspirador o pequeña ventosa, para estimular el cutis, en lugar de adoptar aquellas formas de masaje.

Tónicos, astringentes suaves y aguas de "toilette" son auxiliares de gran valor, para dar firmeza a la piel. El uso de agua fría es bueno: después de lavar con agua caliente, se da al rostro una ligera ducha fría.

Puede, también, recurrirse a una banda para levantar la barba durante unas horas diarias, en combinación con el tratamiento con cremas y lociones.

Aunque en algunos casos es posible recuperar las líneas perfectas de la juventud, siempre puede lograrse algún mejoramiento. Llevando a cabo cada día el tratamiento indicado para los contornos del rostro, podrá verse en poco tiempo el cambio realizado en la apariencia del mismo.

## DE TODO UN POCO

Ser hoy mejor que ayer; mañana mejor que hoy; este es el gran objeto de la vida. (El Erial.)

Palabras de dudosa ortografía: Bonanza, serviz, cebar, disolver, expreso, hábito, hilacha, invertir, nuevo, regenerar, surgir, vaharina, xilografía, aborrecer, diván, desbastá, explícito, hijuela, vulnear e improbo.

La salas del proletario gigante tienen cerca de dos metros de largo, medidas de punta a punta.

El desmán tiene los pies palmeados y la nariz en forma de trompa, que recuerda la del elefante.

La zorra, la chocha y la liebre, que habitan en las laderas de las montañas, tienen el mismo color que los brezos y las rocas, para que no puedan ser descubiertas. Estos mismos animales, en los países muy fríos, donde nieva, cambian el color de su piel, pues en invierno son blancos como la nieve.

El Polo Norte fué descubierto por el comandante norteamericano Peary, el día 6 de abril de 1909.

Graham Bell fué el que realizó los primeros experimentos en el teléfono, en el año 1876.

## la verdadera higiene

Sin higiene, ni salud, ni belleza Pero la verdadera higiene no consiste en sublificar solamente la superficie de la epidermis, sino en purificárla hasta el fondo de los poros con un jabón de primer orden: El Jabón de CHERAMY.

JABON DE AGUA DE COLONIA  
JABONES "CAPPY", "FAUSTA",  
"OFFRANDE", "JOLI SOIR"

Jabones de  
**CHERAMY**  
PARIS

# WATKINS pasta Dentífrica

TONIFICA LAS ENCIAS Y CONSERVA LOS DIENTES  
PERFECTAMENTE SANOS Y BLANCOS

Agente general para Chile:

**PEDRO GHISI**

BANDERA, 575 - OFIC. 49

Casilla 3114

Teléfono 86984

SANTIAGO

# Consejos Utiles a las Señoritas

Apresuráos, cuando recibis un regalo grande o insignificante — a agradecerlo, ya sea por escrito ya personalmente, pero procurad que vuestras frases sean lo más gentiles posible.

Para la persona que obsequia, nada hay más desalentador que imaginar no haber logrado su propósito, y ésto se lo hace suponer un agradecimiento deficiente.

Apreciad vuestra gratitud, menos en proporción del objeto que os ha sido ofrecido que al esfuerzo realizado para agradaros.

los buenos días, sino que es mucho más noble serlo en las horas amargas.



Cuando visitéis Exposiciones de Arte o vayaís al teatro a oír música, no os creáis por esto, ni pintor, ni músico, ni literato, para ello recordadlos con Boileau, que "la crítica es muy fácil y el arte muy difícil". Reservad vuestros juicios.



Inspiráos en el proverbio inglés "A stich in time saves nine." (Un punto tomado a tiempo evita lo nuevo). Zurcien una costura que comienza a descoserse, o reparando a tiempo tal lugar que amenaza destruirse, la desgracia no irá más lejos, mientras que de otro modo...



Cuánto más beneficios recibáis de vuestros amigos, cuando ellos se encuentran en situación de seros útiles o agradables, tanto más debéis rodearlos de solicitud y cariño, si las pruebas de la vida llegaran a atormentarlos.

Es necesario no ser amigo tan sólo en

## El Pequeño Escritorio

El hueco de la ventana, es generalmente, el sitio predilecto para sentarse a escribir. La luz es allí más favorable, el horizonte, libre de la barrera de los muros de la alcoba, permite penetrar a la mente los pensamientos con mayor precisión.

Colocáos cerca de la ventana para escribir; si reserváis allí un lugar a vuestro escritorio, tomaréis la pluma con más placer.

Pero, como no es posible condonar el hueco de las ventanas con una gran mesa, podréis deleitaros haciendo vuestro trabajo sobre el pequeño escritorio, cuya idea os presentamos en el presente grabado, y cuyas dimensiones son: Altura total, 0.80 ctm.; patas 0.30 ctm.; cubierta, 0.60 ctm.; ancho del cofre, 0.30 ctm.; largo, 0.40 ctm. Con estas dimensiones, podemos hacer ejecutar dicho mueble en madera blanca. Las patas cuadradas o al gusto de los muebles chinos; es decir, con pequeñas ruedecitas en su extremidad inferior a fin de imprimirlle el aspecto práctico de la transportabilidad. El cuerpo está dividido en tres compartimentos, de los cuales, los dos superiores se terminan por la cubierta desmontable que forma el escritorio. En esta parte del mueble puede hallar colocación todo el accesorio de la correspondencia.

Este mueble es mejor pintado que ejecutado en madera natural. Puede incluirse en la categoría de muebles de señora y forma en consecuencia un verdadero bibelot.

Las cosas que no se aman o se admiran, pueden ser simplemente las que están sobre nosotros, y que por consiguiente no alcanzamos a profundizar, pues precisa estar bastante seguro de si mismo y conocer a fondo lo que se discute, para atreverse a lanzar el fácil y desdeñoso: "¡Es esto malo!"



Expresándos con prudente moderación no correrás el riesgo de equivocarlos y parecerás a los demás infinitamente más simpática, que haciendo alarde de una intransigencia que en ciertos casos, lejos de lo que esperáis conseguir, recalcará tan sólo vuestra ignorancia.

ZINE

## Junto a la Ventana

Colocado en una pieza moderna, será en ripolin negro o rojo, absolutamente liso y sin ningún adorno. El interior sería por oposición rojo o negro. En un mobiliario de estilo, debería al contrario, ser pintado con flores sobre un fondo amarillo, verde, marfil o gris. Se forraría entonces el interior en seda o cretona.

La cubierta escritorio, deberá ser forrada en cuero o moleskin, o alguna imitación. Para que esta operación sea de buen efecto, se encolla el moleskin, dejando una banda libre alrededor, en la que se colocarán trozos de imitación pláqué o cuero de diferente color. El interior del mueble debe estar también perfectamente terminado.

El sillón colocado delante del escritorio, será también apropiado al escritorio, es decir, que se le decorará en igual forma y el cojin se confeccionará en la misma tela que el interior de los casilleros del escritorio.

Y cuando las noches comienzan a refrescar, en el Otoño, precisa abandonar el delicioso hueco de la ventana. En tales circunstancias, el rincon rodará al angulo de la estufa, para recrear una nueva intimidad.

Puede además confeccionarse un cojin análogo al que cubre el sillón, para colocarlo sobre el piso para completar el conjunto que seguramente al estar bien dirigido y terminado resultará sencillamente gracioso y encantador.



## La diarrea y sus causas.

En las comarcas cálidas, la diarrea es una enfermedad muy común, especialmente en los niños. — Generalmente la indigestión es ocasionada por la leche impura o agria. A veces por la mucha alimentación que se da a los pequeños o por alimentarlos con irregularidad. — También por las comidas demasiado grasientas. Otras veces la causa es por dar a los niños demasiadas gaseosas.

Pero eso se cura con

## las Tabletas de Eldoformo

que impiden los desarreglos intestinales, ayudan su funcionamiento y proporcionan una buena digestión. También la pérdida de peso ocasionada por la diarrea, se recupera rápidamente.



M. R. A base de tanino y levadura

# Fume Piccardo

TABACO  
SIEMPRE  
IGUAL

# El Cuidado de los Hijos

La madre, desde el momento mismo del nacimiento de su hijo, debe observar escrupulosamente los diez mandamientos de la maternidad:

I.—No privarás al bebé del alimento materno, al menos que sea absolutamente necesario.

II.—No le darás pociones calmantes ni polvos que le ayuden a dormir.

III.—No seguirás el consejo de los amigos bien intencionados, con respecto a los cuidados del nene, puesto que no hay dos niños iguales.

IV.—No dejarás que el bebé duerma con nadie, sino completamente solo en su cuna.

V.—No tendrás miedo del aire puro y fresco en la habitación, protegiendo al niño contra las corrientes.

VI.—No tratarás al bebé como si fuera un juguete, ni lo mostrarás a la gente como un muñeco.

VII.—No le besarás en la boca.

VIII.—No te disgustarás ni enojarás por nada, especialmente antes de comer. Los alimentos se digieren más fácilmente si están aderezados con alegres pensamientos y grata conversación.

IX.—No malcriarás al nene por el afán de jugar con él.

X.—No te preocuparán las molestias ni enfermedades naturales del niño, ni excitarás tus nervios por cosas sin importancia.

Después de esto se cuidará de que el niño esté bien alimentado regularmente, conservando un método perfecto en sus horas de sueño, de paseo y de baño diario. Se le mantendrá perfectamente limpio, no sólo el cuerpecito, sino las ropas y la habitación. Se le hará tomar diariamente un baño de sol, haciendo que lo reciba directamente sobre la piel, sin el intermedio de cristales ni ropas, empezando estos baños cuando el bebé cumpla un mes de nacido, y dándoselos gradualmente, en la siguiente forma:

Se comenzará por levantar la cubierta del cochecito y echar para atrás la gorrita, para que el sol le dé en la cara y en las manos, teniendo cuidado de que

no le dé en los ojos. Vuélvase al niño primero de un lado y luego de otro, para que las dos mejillas reciban su parte de sol.

Cada dos días se irá exponiendo al sol una parte más del cuerpo del niño, llevandole primero las mangas para que lo reciba en los brazos, después de algunos días, quitándole los calcetines o medias, para que le dé en las piernas, y así, poco a poco, hasta que al cabo de cinco o seis semanas pueda exponerse todo el cuerpo a los rayos del sol, sin peligro.

Al principio, el baño de sol debe durar de diez a quince minutos, dejándole tres o cuatro minutos más cada día, hasta llegar a tenerle al sol una hora, añadiendo gradualmente hasta llegar a tenerle una hora por la mañana y otra por la tarde.

Evítese cuidadosamente que el niño coja frío o esté entre corrientes mientras toma este baño, que si se le da en la casa, tiene que ser con la ventana abierta, ya que el sol enviará la luz y el calor de sus rayos a través del cristal, pero éste no dejará pasar esta parte de luz, que es la que le da a la piel el color tostado que el niño necesita para su perfecta salud.

En el invierno se colocará siempre sobre el radiador de la calefacción una vasija con agua, que al evaporarse humidecerá el aire, demasiado seco de otro modo para los pulmones del niño.

En verano nunca se pondrá un ventilador eléctrico frente al niño, sino dirigido hacia el techo para renovar el aire sin llevar polvo a los pulmones del bebé.

A los seis meses se le pondrá en el suelo sobre una manta o lona, muy limpia, para que aprenda a gatear, pero nunca se la meterá en polleras o andadores que le obliguen a estar de pie, mientras él no pueda sostenerse por su propio esfuerzo. Dejándole sobre el suelo, es seguro que al cumplir el año dará sus primeros pasos solo y de ahí en adelante sus progresos serán rápidos.

## DECORACION INTERIOR

Este verano hemos visto prodigado el color amarillo en sombreros, vestidos y abrigos, pero no termina aquí.

En el invierno será el color preferido dentro de casa. Una habitación de cojines, estores, visillos, alfombras, tapetes, pantallas, etc., en este tono, será lo más nuevo y lo más bonito que se impondrá.

En los grises y lluviosos días de esta estación, cuando los rayos del sol apenes se muestren entre celajes de nubes persistentes, será este color un recuerdo brillante, si se sabe completar bien, de los dorados días del estío. Si en jarrones de barro pintados en negro y oro ponemos flores y espigas, la ilusión se aproximará más y hasta es fácil que entones sintamos menos frío. ¡Poder maravilloso de la fantasía!

Recordar en días de escarcha los del verano abrasador, y en esta época de caídas, los de lluvias y nieves, es algo que consuela y está en armonía con nuestra inquieta naturaleza.

## NIEVE

Jardín de sepulcro;  
álamos enhiestos.  
Las acacias rígidas  
son como esqueletos.

Todo el campo duerme  
bajo el blanco lienzo.

¡Madrecita mia  
por este camino  
de nieve cubierto,  
vestida de luna  
viene tu recuerdo!

Trae entre manos  
un rosario negro.

ALFREDO R. BUFANO.

## RUTH CHATTERTON Y EL TRABAJO DE LA PANTALLA

Según Ruth Chatterton, una de las actrices más populares del teatro norteamericano, quien en la actualidad está interpretando uno de los papeles de más responsabilidad en la película de Emil Jannings, titulada «Los pecados de los padres», el trabajar para películas o en el escenario hablado difiere muy poco. La actriz o el actor que domina uno, también puede sin obstáculo trabajar en el otro.

—Se me había dicho que me iba a resultar muy difícil adaptarme a la técnica cinematográfica, y que me encontraría casi perdida al tener que actuar en un escenario sin tener ante mí el público—declaró Miss Chatterton a unos críticos teatrales.— Mi sorpresa—prosigue, no tuvo límites al ver la poca diferencia que existe entre ambos escenarios. Lo esencial en el teatro hablado es «olvidar» que hay alguien que nos mira; lo esencial en películas es olvidar que actuamos ante una cámara fotográfica. Total, la diferencia es insignificante. Una vez que se está en la escena lo importante es el escenario y las personas que se mueven en él. La cámara y el público dejan de existir. Esta opinión mía es también compartida por Mr. Jannings y el director que tiene a su cargo esta nueva película de la Paramount.

# GYRALDOSE

M. R.

para la higiene íntima de la mujer



Antiséptico  
y Perfumado

Establishimatos CHATELAIN  
Provvedore de los hospitales  
de París  
2 bis, Rue de Valenciennes  
París, y todas las farmacias

Agentes:  
ARDITI & CORRY  
643 Moneda  
SANTIAGO

### La GYRALDOSE

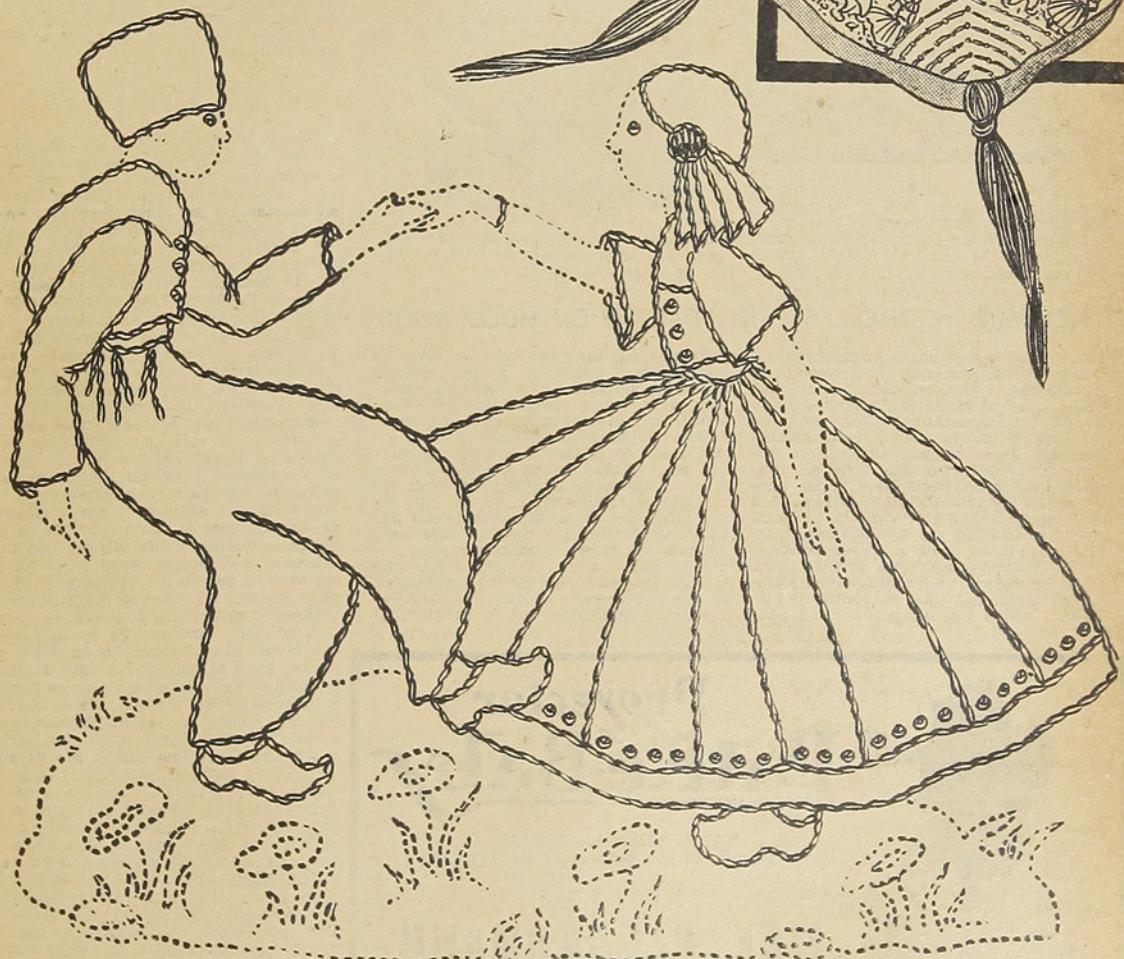
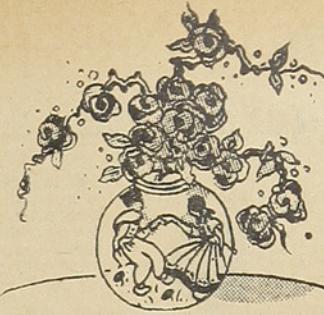
se presenta en forma de polvos o de comprimidos. Es un producto antiséptico, no es tóxico ni caustico, desengrasante y desinfecta, es microbida, compuesto a base de piolinas, de ácido timico, de teozinomicina y de aleuria salicílica. Lo emplea mañana y tarde toda mujer celosa de su higiene.

Comunicación  
a la Academia de Medicina  
(14 de Octubre de 1913)

La GYRALDOSE de belleza y envolturas

Base: Ácido Timico y Piolinas.

U N A  
D A N Z A  
N U E V A  
S E Ñ O R I T A



QUE ES UNA BONITA LABOR.

# Algunas Novedades en Géneros de Lana



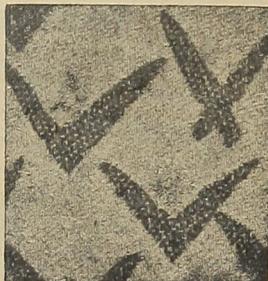
A la izquierda, paletocito de kasha de fantasía, cuyo forro será confeccionado con crepe Majunga marrón oscuro.

El ensemble del lado opuesto se compone de un swater y un paletó, ambos confeccionados en el mismo género.

Es importante notar el verdadero éxito que han tenido en todo este último tiempo los géneros de lana en las grandes capitales, ya sean delgados, para la confección de vestidos o trajes de sport, ya de un grosor apreciable para los abrigos.

Una categoría especial comprenden los géneros de lana destinados a la confección de los trajes de sport.

La combinación de jersey y tweed ha tenido un éxito formidable y es demasiado interesante y nuevo este conjunto para tener sólo la duración de una tem-



porada, y nos aventuramos a presagiar su prolongación, sobre todo para los trajes de viaje y de sport.

## QUINCE MIL "ESTRELLAS" SIN TRABAJO EN HOLLYWOOD

Carl Bush es el único miembro de la cámara de comercio de Hollywood, que recomienda a los ambiciosos a ser estrellas, que permanezcan alejados de la ciudad cinematográfica. Como secretario general de la mencionada asociación, Mr. Bush se encuentra en la actualidad preparando una serie de artículos, que serán enviados a todas partes de los Estados Unidos, advirtiendo a los amantes a la gloria de la pantalla que permanezcan en sus hogares, pueblos o ciudades, y no se dejen dominar por la atracción misteriosa de Hollywood.

Los artículos que Mr. Bush está escribiendo serán enviados en forma de circular a todas las asociaciones del país,

para que los directores de las diversas instituciones adviertan a sus jóvenes asociados el peligro que corre la ambición a la fama cinematográfica. Esta serie d'artículos ha sido inspirada en el éxito recientemente obtenido por un joven actor de la pantalla, quien en menos de dos años ha conseguido elevarse a la categoría de estrella. Mr. Bush teme que el fenomenal éxito de este joven actor sea un estímulo poderoso para otros jóvenes que pueden estar convencidos en hacer lo mismo que ha hecho el nuevo astro. Y para evitar con tiempo la avalancha de los ambiciosos, es que el secretario de la cámara de comercio de Hollywood en su circular ex-

plicará las razones para que se abstengan de poner en práctica el primer paso hacia Hollywood, que es el de hacer un viaje inútil hasta la ciudad cinematográfica.

Mr. Bush calcula que ha debido al éxito del citado actor, 250 jóvenes abandonarán sus hogares, dirigiéndose a Hollywood con la esperanza de convertirse en estrellas al final de dos años de actuación frente a las luces de Klieg.

Supongamos que vinieran a Hollywood 10.000 personas para tratar de ser estrellas; de este número, una podría quizás resultar que llamara la atención de algún director. Una persona entre cinco mil, tiene todas las probabilidades de no tener éxito, de ni siquiera ser notada por un electricista del «set». Y en cuanto al resto, las posibilidades son cero.

Un amigo mío que tiene un café en el bulevar me dijo que con las introducciones de películas parlantes se ha triplicado el número de los solicitantes de trabajo para mozos y lavaplatos.

Quince mil «extras» están sin trabajar. Quince mil personas que llevan un año esperando que la situación se normalize. Se calcula que cada «extra» trabaja un día cada ocho meses a un sueldo de siete dólares con cincuenta centavos por día.

## LA MUJER

Cuando Fidias quiso hacer un vaso perfecto donde la noble patria helénica se embriagase de gloria y de belleza, dió a un pedazo de mármol pentelico la forma substancial del alma femenina. Entre las abominaciones del paganismismo, el gran pueblo artístico, jamás prostituyó la belleza; comprendió que era un reflejo de la Divinidad. Por eso en la desnudez de la Venus de Milo se advierte la castidad olímpica de la diosa, como bajo la túnica de la Concepción de Murillo, el alma inmaculada de María.

Cual magnífica joya labrada por el Supremo Artífice para regalo de su criatura predilecta, la mujer presenta innumerables fases de belleza que son el encanto de la vida. Ya es la niña que adorna el hogar con las núbiles flores de sus gracias, y lo endulza con el palan de su ternura y lo embalsama con la mirra de sus afectos, y con el tesoro de sus virtudes lo enriquece. Ya es la hermana que nos cubre con sus alas angelicas y desarma el brazo de la justicia paterna pronto a herirnos, y es cómplice discreta de nuestras infantiles trausversas, y madrina indulgente de nuestros primeros amores. Ya es la novia, esa divina flor de ensueño de quien es báculo ideal el libro encantador de Jorge Isaacs. Ya es la esposa arca de honor y tabernáculo del corazón. Ya es la viuda que enluta su juvenil belleza, que guarda su dolor como en un santuario, y sentada sobre una tumba mezcla sus azahares y sus lágrimas. Ya es la Hermana de la Caridad, enamorada de la Cruz, que a la cabecera del enfermo y bajo el techo del hospicio desgrana dulcemente el rosario de sus días sin flores y de sus noches sin estrellas. Ya es, en fin, madre, que nos nutre con la médula de su alma, y nos arranca del pecho la espina del dolor y nos diadema la frente con la bendición de su beso, y nos redime de la culpa con el bautismo de sus lágrimas.

PBRO. CARLOS BORGES.

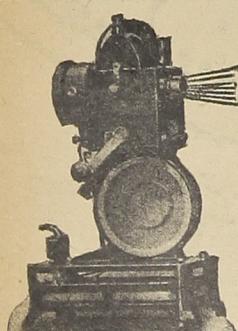
## Proyector Pathé-Baby

CINE PARA EL HOGAR.  
PELICULAS POR TODOS LOS ARTISTAS.

VISITE A

**MAX GLUCKSMANN**

AHUMADA, 91



# Los Siete Pecados Mortales

Por

SELMA LAGERLOFF

El Malo quiso cierta vez mofarse de un honrado hombre. Echóse a los hombres una capa flotante, se caló un gran sombrero de alas gachas, y así disfrazado con esas prendas, bajo las cuales era difícil reconocerlo, se presentó en la catedral el día en que el monje atendía a sus penitentes en el confesionario.

—Reverendo padre—dijo el Malo, soy labrador e hijo de labradores. Me levanto con el sol, sin olvidar jamás mis oraciones de la mañana, y luego trabajo la tierra durante todo el día. Me alimento de pan y de lacticinios, y algunas veces, cuando celebro fiesta con mis amigos, los regalo con frutas y miel. Soy el único sostén de mis ancianos padres. No me han casado, pues nunca me trajeron las mujeres. Asisto con regularidad a la iglesia, y le pago diezmo de cuanto poseo. Ya has oido mi confesión, reverendo padre. ¿Quieres absolverme?

—Hijo mío—contestó el monje—eres el hombre más perfecto que he conocido. Te absolveré de buen grado, pero antes deseas relatar algo que ocurrió recientemente aquí, en esta comarca. Sé que el relato te dará solaz, pues oíras hablar de muchos actos encomiables, y no obstante podrás decirte que los que lo realizaron no eran más que pobres pe-  
cadores, comparados contigo.

—Padre: me induces en orgullo—ob-  
servó el Malo.

—Dios me libre de semejante pecado—replicó el monje.—Cuando hayas oido mi relato, pensarás de otro modo.

Y comenzó a contar:

El noble caballero que poseía el castillo del otro lado del río, resolvíó un día desposar a su hija con un hombre rico y poderoso, que le tenía mucho afecto. Pero la joven se afligió sobremanera, pues ya había dado a otro promesa de casamiento.

«Escribió a su amado para decirle que su padre, sin hacer caso de sus ruegos, la obligaba a casarse con otro. «Te doy mil veces adios—escribíale—y te suplico que no intentes contra tus días por causa mia, pues en el fondo, mi corazón te permanece fiel».

«Su padre sorprendió esa carta y la destruyó.

«Llegó el día de las bodas. La joven lo saludó con lágrimas, pero cuando entró en la iglesia, ya no lloraba. El dolor había petrificado sus facciones. Todo el mundo, al verla, se apiadaba de ella.

«El señor su padre, notó también que la aflicción demudaba a la joven y se asustó de su mala acción. Una vez de regreso de la iglesia, la llamó, se encerró con ella y le dijo:

«—Querida hija: Me he comportado contigo de la manera más villana.

«Y aunque era hombre muy alto, confesó que había substraido la carta. Había temido—dijo—que su amado acudiera con sus escuderos el día de la boda y raptara a la novia.

Ella contestó:

«—Sirva de disculpa, padre mío, el no haber dado cuenta del mal que causaste.

«Salió de la habitación y se dirigió, sola a la terraza.

«Su marido se le aproximó y le dijo:

«—¿Por qué refleja tu rostro un dolor tan grande?

«—Porque amo a un hombre a quien di juramento de fidelidad—replicó la re-  
ciente casada.

«—No te aflijas de ser mi esposa—dijo él.—Te amo tanto que nadie puede amarte mas que yo ni te hará más feliz.

«—Así piensan todos los que aman, contestó con amargura la joven.

«—Dime qué puedo hacer para disi-  
par la desesperación de tu pecho—dijo el

marido,—y te demostraré la verdad de lo que digo.

«La recién casada cobró valor, pen-  
sando: «Le diré todo. Quizás el cielo ablande su corazón». Y le confesó que ella y su amado habían cambiado tal juramento, que si uno u otro lo que-  
brantaba, el abandonado se daría muerte el día del casamiento.

«—Hoy mi amigo se dará muerte,  
terminó diciendo; y se desplomó a los  
pies de su marido.—¡Permiteme que va-

ya a verlo, que le hable y lo disuade de su fatal resolución!

«Tenía en su desesperación tal fuerza  
persuasiva, que el marido, aun pensan-  
do que si la dejaba ir a ver al que ama-  
ba, no regresaría, vencióse a sí mismo y  
contestó:

«—Haz lo que quieras.

«La joven se puso de pie y le dió las  
gracias, llorando. Luego se dirigió al sa-  
lón donde los invitados aguardaban en  
torno de las mesas servidas, impacien-



## ¿Te Sientes Mal sin Estar Enfermo?

La potencia tonifi-  
cante de las sales  
minerales y demás  
valiosos elementos  
científicamente  
combinados, hacen  
del Jarabe de Fellows  
un reconsti-  
tuyente de gran  
alcance que se  
puede tomar en  
toda época del año.

ES que la enfermedad llama a tu  
puerta. Prepárate. Recurre al  
Jarabe de Fellows y no la dejes entrar.  
Tonifica con él tu sistema nervioso, y  
con su ayuda imprime vitalidad en tus  
acciones, revive tu decaído espíritu y  
asegura la salud que estás en peligro  
de perder. Recuerda que la influencia  
tonificante del Jara-  
be de Fellows se ha  
sentido por 60 años  
de eficacia insólita.

En las Farmacias de  
58 países es  
**FELLOWS**  
el tónico predilecto.



**JARABE DE  
FELLOWS**

M. R.

Base: Hierro, quinina, estricnina e hipofosfitos de manganeso, potasa, sosa y cal

tes de dar comienzo al festín, después de la cabalgata hasta la iglesia y el regreso.

—Nobles damas y señores—dijo la recién casada— debo decirles que, con la autorización de mi marido, parto para ir a ver al amigo que abandoné y que se dispone a darse muerte esta noche. Le diré que falté al juramento sólo obligada por la fuerza. No se asombren de que vaya yo misma, pues estoy segura de que no le persuadirán carta ni mensajero. Les ruego que coman, beban y celebren fiesta durante mi ausencia. Regresaré en seguida de salvar la vida al que amo.

“Todos los invitados, conmovidos por la angustia de la joven, contestaron:

## HOMBRES PREMATURAMENTE VIEJOS

PELIGROS QUE ACECHAN A LOS DE EDAD MADURA

Dolores repentinos en la espalda y en las piernas. Dolor de cabeza, la sensación de abatimiento; la naturaleza le indica que sus riñones sufren.

“Por qué seguir sufriendo día tras día, meses tras mes, cuando otros hombres que han sufrido tanto como usted de los dolores que señalan el mal de los riñones han podido aliviarlos? Si Ud. quiere tener salud y vitalidad, lo que debe hacer es facilitar el funcionamiento normal de sus riñones y limpiar la sangre de ese exceso de ácido úrico.



POR QUE ESTE REMEDIO LE HARA SENTIRSE ALIVIADO

Es fácil describir la razón por la cual las Píldoras De Witt para los riñones y la Vejiga le harán sentirse aliviado.

Para deshacerse del mal de los riñones tiene que eliminar del organismo el exceso del veneno Ácido úrico. Los riñones deben obrar como purificadores de la sangre y eliminar del cuerpo el exceso de este veneno. Cuando los riñones fallan, esto es señalado por el dolor de Espalda y de Cabeza, Critis Manchado, Pérdida de Vigor, Reumatismo, etc.

### PRUEBE ESTE MEDICAMENTO GRATIS

Para que usted pueda comprobar por sí mismo el valor verdadero de estas píldoras, le ofrecemos una muestra gratis de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, que tienen más de cuarenta años de fama. Cuando usted haya recibido su obsequio y después de 24 horas haya observado por el cambio de color en la orina que ha empezado su acción beneficiosa, puede usted pasar a su botica, comprar un frasco y ponerse en el camino de recobrar su salud. Solicite su tratamiento gratis hoy mismo. Escriba su nombre y dirección completa en una hoja de papel y dirigíala a E. C. De Witt & Co. Ltd. (Dpto. P. T.). Casilla N.º 3312. Santiago de Chile.

**Píldoras  
DE WITT**  
para los Riñones y la Vejiga

(Marcas Registradas)

FORMULA: A base de Extracto Medicinal de Pichi, Buchú, Embro y Uva Ursi como diuréticos y Azul de Metileno como desinfectante.

—De ninguna manera queremos celebrar fiesta mientras te abruma tan pesada pena. Ve y vuelve. A tu regreso comenzaremos el banquete.

«Y se alejaron de las mesas.

«Llegada al patio de honor, la recién casada oyó voces de risa que partían de las cocinas. Un pajecillo acababa de anunciar al cocinero que el banquete había sido posergado por varias horas. Desolado ante la idea de que corría riesgo su fama de habilísimo repostero, el hombre aplicó al pajecillo una formidable bofetada que lo derribó y se dispuso a propinarle una tunda.

«La joven corrió en auxilio del paje, y el cocinero, enternecidio por sus palabras, soltó al niño y exclamó:

—¡Bendito sea Dios por haberte dado tan dulce bondad! Lejos de mí la intención de causarte un disgusto que agrave tu tristeza.

«Y sin decir una palabra de cólera, volvió al cuidado de sus asadores.

«La recién casada cruzó sola el bosque, pues quería llegar sin escolta a casa de su amigo, como va uno a la capilla de Nuestra Señora cuando se encuentra en peligro grave. Pero en el bosque se refugió un proscrito que vivía de rapiña.

Vió pasar a la joven, que llevaba una corona de oro, un collar de perlas, una cadena de oro pendiente de la cintura y sortijas con piedras preciosas. El ladrón se dijo:

«—He ahí una débil mujer. Podré apoderarme fácilmente de sus joyas. Representan una fortuna que me permitirá trasladarme a otro país donde llevaré una vida honrada y todos me respetarán.

«Pero cuando la joven pasó junto a él y le vió la cara, su designio se disipó, pues Dios había dado a la joven una expresión de dulzura conmovedora. El hombre se dijo:

—No puedo hacerle mal. Es una novia. ¿Cómo la dejaré llegar despojada a la casa nupcial?

«Temió a Dios, que creó a la mujer tan débil y tan fuerte, y la dejó continuar su camino.

«En el mismo bosque vivía un santo ermitaño. Mortificaba su cuerpo durmiendo sólo un día por semana. Se había fijado como regla que si algo le impedía dormir la noche que tenía destinada para ello, pasaría en vela seis noches más. Se aproximó el fin del séptimo día, sin que el ermitaño hubiese tomado descanso, pues tuvo que atender constantemente a gran número de enfermos. Los había despedido y se disponía a acostarse para conciliar el sueño, cuando divisó a la joven, que corría casi a través del bosque. Y el ermitaño se dijo:

—¿Cómo hará esta mujer que lleva tanta prisa, para cruzar el río, crecido y torrentoso a causa de las recientes lluvias?

«Se levantó de su lecho de hojas secas, siguió a la joven hasta la orilla del río, y luego, llevándola en brazos, le hizo pasar el vado. De regreso a su caverna comprobó que había pasado el tiempo destinado al descanso y se vió obligado a pasar en vela seis días y seis noches más, a causa de esa desconocida. Pero no lo lamentó, pues tanta dulzura emanaba de la persona de la joven, que cuantos la veían se consideraban dichosos de privarse de algo por ella.

«Por fin, la recién casada llegó a la morada de su amigo. Este se había encerrado tras pesados cerros. La joven llamó a golpes, pero la puerta no se abrió. Su amigo había desenvainado la espada para traspasarse con ella.

«Ahogada por la angustia, la joven no podía gritar. Lloraba desesperadamente y a través de la puerta de roble el joven distinguió sus sollozos y corrió a abrir la puerta.

«La joven, llorosa, con las manos juntas, le dijo que sólo obligada por la fuer-

za había consentido en casarse con otro. Cuando él comprendió que continuaba poseyendo todo su amor, le prometió no darse muerte. Entonces ella lo abrazó y ambos experimentaron en un minuto tanta alegría y tanto dolor como puede contener el corazón.

«Luego él dijo:

—Es preciso que regreses, pues pertenes a otro.

«Y ella replicó:

—Acaso puedo volver ahora?

«El caballero que la amaba, apartó los brazos que lo estrechaban y dijo:

—No he de offender al que te dejó venir a mí.

«Hizo preparar dos cabalgaduras y condujo a la joven a la casa de su padre.

El monje, después de referir al Malo toda esa historia, calló un rato y luego la preguntó quién, en su opinión, había realizado el sacrificio mayor. Pues el monje era hombre rico en sabiduría y no ignoraba que nadie está exento de pecados, como pretendía estarlo ese desconocido. Por ese relato esperaba descubrir cuál era su pecado preferido entre los siete pecados capitales. «Era el padre, el marido, los invitados, el cocinero, el bandalero, el ermitaño o el amado, el que se había sacrificado más? Según su respuesta, el monje sabría si el alma de su penitente se inclinaba más al orgullo, a los celos, a la gula, a la cólera, a la avaricia, a la pereza o a la voluptuosidad.

Pues no dudaba de que la virtud que su penitente admiraría más en otro, sería aquella que le fuera más difícil imitar.

El Malo estaba demasiado preocupado con su propósito, para darse cuenta de la astucia del monje.

—En verdad—dijo,—no es fácil contestar tu pregunta. Me parece que el marido no ha hecho un sacrificio menor que el del amado; y que los invitados renunciaron a tanto como el bandalero. Creo que todos merecen gran encomio.

—¡Por amor de Dios!—exclamó el monje.—Dime qué acción prefieres. A cuál de ellas estimas particularmente meritaria.

—Sin duda, reverendo padre—replicó el Malo,—todas me parecen por igual difíciles de cumplir y no puedo colocar a una más alta que la otra.

El monje se inclinó hacia su penitente y con acento anhelante murmuró:

—Te suplico que reflexiones bien y me indiques cuál fué el que, en tu opinión, realizó el sacrificio más penoso.

Pero el Malo se negó a contestar y pidió la absolución.

—Eso quiere decir que tú eres culpable de todos los siete pecados mortales!—exclamó el monje, asustado.—Sin duda no eres un hombre, sino el Diablo mismo.

Y el monje se precipitó fuera del confesionario para refugiarse junto al altar, donde pronunció la fórmula de exorcismo:

—Vade retro, Satanás.

Cuando el Malo, se vió descubierto, desplegó su gran capa como alas y, semejante a un murciélagos, ascendió entre las sombrías bóvedas de la iglesia. No sólo había narrado su propósito, sino que, por la gracia de Dios, su mala intención se convirtió en bendición. Pues el relato del monje ha servido durante mucho tiempo para indagar en el corazón del hombre. Para quien sabe emplearlo, ese relato es como una red en manos de un pescador. Se echa la red a las aguas para retirarla cargada de peces, y se echa ese relato en el alma humana, para que suban los pecados a la luz del día, a fin de reconocerlos y combatirlos.

(Continuación de la pág. 16)

## UN AMOR DE CIRILO

mó, introdujo en un sobre y puso en éste una dirección.

—Ni una sola equivocación, correctamente puntuado... Muy bien. Echela usted mismo al correo y presentése en mis oficinas mañana a las diez en punto. Au revoir, señor Mortimer.

La despedida no podía ser más amable. Dos minutos después se hallaba frente a un buzón de correos.

Si echaba la carta, se vería obligado a tener que buscar otro empleo antes de cuarenta y ocho horas; pero se había comprometido a cumplir las órdenes y como leal servidor, debía hacerlo. La carta fué depositada en el buzón.

Su familia le había dicho que podía permanecer unos cuantos días en Londres, pero nada más. Sir Héctor Mortimer, un viejo solterón, vivía en Mayfair. Era, desde luego, lo más prudente, no tropezarse con él. Si se enteraba de que su sobrino se había colocado como auxiliar de contable, era causa de acabar de un ataque de apoplejía.

Y ahora Cirilo sintió otra urgente necesidad: la de hacerle la confidencia a Mirabel. En el salón del silencio de su club escribió la siguiente esquina:

«Querida Mirabel: He conseguido un empleo y soy ahora un dependiente. Seguramente esto no será del agrado de mi familia, y nada tendría de particular que me viese obligado a renunciar a él; pero más bien por otro motivo, de que ya le hablaré cuando nos veamos.

«Si por suerte no ocurriría lo que temo, la espero a Ud. para que podamos dar un paseo. Suyo,

Colón.».

## VI

A la mañana siguiente, a las diez, un señor de aspecto grave y duro recibió a Colón en una oficina importante, que era el punto central de un inmenso bazar.

En los semblantes de escribientes, mecanógrafos, contables y taquigrafos, cuando miraban de reojo al «nuevo», le pareció a éste que se dibujaban sonrisas burlonas.

El señor del aspecto duro, procediendo, seguramente, con arreglo a las instrucciones recibidas de la suprema autoridad, lo despachó rápidamente, enviándole al departamento de publicidad, no al de contabilidad.

El caballero encargado de esta sección le dirigió una rápida mirada, en la que había extrañeza y asombro, pero indudablemente tenía también sus órdenes.

Echó una ojeada a un papel que había sobre la mesa.

—Irá usted con un dependiente al bazar. Recórralo todo, fíjese, tome todo el tiempo que necesite, y haga luego una relación, escrita a máquina, de sus impresiones, y envíela al jefe. Su compañero es un estudiante como usted, que probablemente le dirá que ha tenido que olvidar mucho de lo que aprendió en Harrow. Mañana puede usted escribir sus impresiones aquí o donde guste.

—Muchas gracias—dijo Colón, con voz firme y sin «zumbar».

Su nuevo compañero le condujo primeramente al departamento de juegos, y durante la visita le dió consejos, advertencias y referencias, imponiéndole de los gustos y deseos de sus jefes y más especialmente del principal.

Todo aquel día fué empleado en recorrer el bazar. Al acabar la jornada volvió Cirilo al hotel, muy cansado, y allí encontró este telegrama de Mirabel:

«Saludos y felicitaciones. El próximo domingo saldremos juntos a pasear.»

Colón esperaba lo que podría ocurrir entre el miércoles y el domingo. Su desconocido bienhechor vivía en Londres. Como hombre de negocios atendía todo lo referente a ellos. La carta de un compañero magnate había de ser contestada rápidamente.

En aquel mismo momento su jefe podía estar leyendo unas líneas desconcertantes por este estilo: «No conozco a Mortimer, ni jamás he oido hablar de él; ha sido usted groseramente engañado por un trámposo».

Un zángano sería aplastado por el pie del ofendido. Quebrantado por las diversas emociones, excitado por la desesperación, estimulado por la esperanza, y a despecho de todo, consciente de que un zángano no habría podido hallarse en una situación tal, Colón se dispuso a relatar sus primeras impresiones y estuvo escribiendo desde las diez a las cuatro del siguiente día, sin más interrupción que una media hora empleada en el almuerzo.

A las cuatro y media se recibía una carta en Belgrave Square.

Prudentemente no se acercó Cirilo por el bazar:

## VII

Como la Oportunidad es una diosa, siente una debilidad femenina por el dios Azar. Y éste dispuso que el jefe del mayor bazar de Londres encontrara a sir Héctor Mortimer

en el salón de juegos del Black la misma tarde en que Colón se enfascaba intrépidamente en el mar.

Incidentalmente hizo mención el jefe, bastante extrañado, de que había admitido como dependiente a un sobrino de sir Héctor.

Cuando sir Héctor manifestó su sorpresa e incredulidad, el magnate recordó, ya demasiado tarde, que su nuevo empleado había insinuado que tal vez a su familia no agradase el paso que daba.

—Mi sobrino Cirilo ha entrado al servicio de usted?

—Así lo creo.

—El nunca ha servido a nadie...

—Pues yo tengo la idea que a mí me va a prestar muy buenos servicios.

Sir Héctor hubiera querido replicar agresivamente, pero comprendió que no debía insultar a un compañero de club en el club mismo, y se limitó a sonarse la nariz con innecesaria violencia, saliendo dignamente de la sala de juego.

El diablillo del Azar sonreía.

A la mañana siguiente, como Cirilo había previsto, dos magnates de la industria cambiaban algunas observaciones por teléfono. Uno rechazaba en absoluto todo conocimiento con el señor Cirilo Mortimer; el otro, después de darle las gracias a su informante, replicó que averiguase lo ocurrido.

No contento con esto, el diablillo del Azar, sintiéndose tal vez avergonzado de sus juguetes, arregló de manera que Mirabel amaneciera con un irresistible deseo de darse un paseo hasta Londres. Salío de Weybridge en un tren de la mañana, y tan pronto llegó, se encaminó directamente al hotel en que se encontraba Cirilo. El portero la informó de que el señor Mortimer estaba acabando de almorzar. Pero no acabó así que se enteró de quién le aguardaba, y perdonando la mermelada, salió precipitadamente a recibir a Mirabel.

—Usted? —dijo el joven, sorprendido.

—Sí, yo, Cirilo—contestó la muchachita, casi sin alienato; —y su familia no tardará en llegar.

—Cómo!

—El barómetro, en su casa, marca tempestad... Ya saben lo que ha hecho usted. Y... ¿qué es lo que ha hecho?

—He hecho mi sola voluntad—contestó Cirilo.

—Cuéntemelo todo.

Así lo hizo, y acabó en esta forma:  
—Ayer por la tarde acabé mi relación. Había dado esta dirección al departamento de publicidad por si me necesitaban. Pero no es allí. He recibido orden de mi jefe de presentarme en su casa a las doce y media de hoy.

—¡Colon! ¡Ha escrito usted una bonita relación?

—Una obra maestra; pero no ha ido a su destino... y Ud. podrá conservarla como recuerdo. En vez de enviarla, escribi una carta a mi jefe, confesándole toda la verdad. Me pareció que era lo único que me correspondía hacer.

—Muy bien; hizo usted muy bien... Si usted me lo hubiese consultado, habría salido todo mejor.

—Como?

—Yo habría presentado la carta de recomendación a ese gran señor y le hubiera dicho que Arturo Newberry no podía aprovechar tan inapreciable oportunidad, y en seguida le habría hablado de usted...

—¡Es verdad! Y sabiendo lo que ahora sé, era seguro el buen éxito.

—Pero... es lo mismo... Yo estoy muy orgulloso de usted, Cirilo, y he de decirle algo, porque no siempre he pensado lo mismo... Tenía formado de usted un concepto equivocado, viendo lo que hacia en su casa, sin darme cuenta de que no era suya la culpa. Pero ahora es diferente. Un momento: el coronel estará aquí antes de que nosotros sepamos dónde estamos. ¿Qué haremos si nos sorprende? Usted, usted pide mi ayuda. ¡Debo dársele yo?

Se hallaban solos en un gabinete. La Oportunidad le susurraba algo al oído a Cirilo; pero el diablillo del Azar hizo una de las suyas.  
El portero apareció diciendo:

—El coronel y la señora Mortimer desean ver al señor.

—Que pasen—replicó Cirilo.

## VIII

El coronel no era tan vehemente como sir Héctor, el jefe de la familia, y no le desagradó encontrar a Mirabel con su hijo. Pero pronto llegó a la conclusión de que su presencia allí obedeciera a motivos particulares que nada tenían que ver con los suyos.

—No me sorprende encontrar aquí a usted—dijo alegremente.—Desde luego, usted, como amiga de siempre de nuestra familia, pensará lo mismo que nosotros. Y ahora, ¿no sería mejor para todos convertir en una jira de placer este enojoso asunto? Podemos comer juntos y después ir a cualquier espectáculo.

—Tengo una cita con mi jefe, a las doce y media.

—No te preocures de eso—murmuró el coronel.

—Tú no tienes por qué servir a nadie—dijo la señora Mortimer, con acento decidido.—Verdad, Mirabel?

—¿Por qué no ha de poder?

(Continúa en la pág. 75).

(Continuación de la página 6)

## CUENTO BARATO

grandes, expresivos... que, aunque infantiles, ya despedían destellos de un femenino carácter voluntarioso y apasionado.

—Aunque eres muy niña todavía, como seguramente mis ojos antes de cerrarse no te verán mujer, ¡y eso que poco tardarás!, voy a contarte una historia que tiene de los cuentos la moralidad. Recuérdala en lo por venir y tenla muy presente para combatir ese azote de la mujer que se llama coquetería.

—Erase que se era una bellísima y encantadora joven que a más de las dotes físicas, reunía cuantiosos bienes de fortuna que sus padres le legaran al morir.

—Enamorados de su belleza unos y otros codiciosos de la riqueza que poseía, muchísimos jóvenes de la alta sociedad en que ella vivía la pidieron por esposa, siendo de ella rechazados todos, a pesar de que públicamente a tal o cual, en alguna ocasión, con favores honestos había distinguido. Era así efectivamente, pues la hermosa no se recataba de recibir galanteos de todos los que la desgracia de contemplarla tenían, saboreando el placer de verse cortejada y adulada.

—Mas quiso la fatalidad, que en la vida acecha las ocasiones propicias para hacerse señora y cebarse en sus víctimas, que a aquella loca mujer se le antojara poner fin a sus insensatos devaneos, imaginando para final de sus locuras una aún mayor que había de otorgarle triste celebridad y a la vez había de dar al traste con el ya bastante resquebrajado edificio de su reputación.

—Como era huérfana, y por su conducta se había aislado de todas aquellas personas que con su recto juicio pudiesen darle sanos consejos, era su voluntad caprichosa la que sus acciones guaba, y era su coquetería la que dominaba su voluntad.

—El hecho es que un rumor extraño corrió de boca en boca por aquel pueblo; verdad o calumnia por todo él se extendía como mancha de aceite; que hubo quien lo puso en duda, honradamente negándolo, y hubo quién basándose en la conducta de la que lo motivaba, lo extendió más y más.

—Se decía en él que ella había ofrecido dar un beso a uno cualquiera de los muchos adoradores que la cercaban que venía en desafío a su contrincante. Y aunque tal cosa hacía suponer un corazón romántico en la dama, enamorado de la agilidad o la destreza, el hecho de poner tal precio a tal favor fue bastante para que muchos de los que continuamente decían a su oído la canturria de amor, fuesen retirándose poco a poco para dejar plaza a los que tal proposición quisiesen aceptar.

—Ya comprendieron ellos que en aquel juego, en que la coquetería femenina era el principal factor, habían de llevar la peor parte. Más dos que no lo creyeron así, los únicos que resistían de todos los antiguos, hicieron infinitas indagaciones para convencerse de la veracidad de aquella promesa, y aún a trueque de perder la vida en la demanda, decidieron disputarse el premio.

—¡El premio!... ¡Fueron ellos los únicos que a tal locura con su locura habían de responder!

—La coqueta, que días antes, viendo la fuga de sus admiradores, se presentaba en todas partes seria y grave, ofendida por la derrota que a su vanidad de mujer se infería, al ver que había tenido éxito, aunque pequeño, su proyecto, volvió a sentirse feliz... volvió a coquetear.

—Ya podía mirar con aire triunfador a las mujeres, antiguas amigas, que con desprecio le habían contemplado anteriormente... Y cuando a su lado pasaba uno de aquellos adoradores cobardes, al ceremonioso saludo contestaba con un burlón fruncimiento de los labios...

—Algunos días después, aquellos dos últimos galanes verificaron el desafío. Fue un encuentro digno de una empresa más noble y laudatoria. Los dos eran consumados maestros de esgrima... los dos lucharon con igual fe, con igual coraje... ¡Si ella hubiese estado presente, hubiese sido la obra completa!

—Los dos pagaron con la vida la aberración que sustentaban...

—Cuenta la historia que el beso ofrecido, al secarse en los labios de la doncella, se convirtió en punzante zarzal.

—El cuento o la historia, como quieras llamarle—dijo la abuela—se acabó.—Recuérdalo siempre, como antes te decía, y procura alejar de tu alma ese sentimiento que tanto mal hace a las mujeres y que se llama coquetería. Ya sabes el fin que tuvo la hermosa protagonista de él, joven, rica, adornada de mil encantos personales, que pudo constituir la felicidad de un hogar, y que dominada por defecto de tal magnitud, sólo se conquistó la malquerencia de las mujeres recatadas y honestas, y el desprecio o la comisericón de los hombres sen-

satos. No tuvo ella, sin duda, la culpa de ser como fué: túvola la falta de consejeros, de tutores que guiaran sus pasos por la senda del buen vivir, y túvola en gran parte, además, esa vanidad de mujer hermosa que, convencida de que lo es, sólo cree que los encantos con que Dios la dotara han de servir como lujo del que continuamente se ha de hacer ostentación. Al pensar de tal modo, sólo consiguió labrar su desdicha, causando al mismo tiempo la de dos seres que como mariposas en torno del resplandor de su hermosura giraban. Afortunadamente tú tienes a tu abuelita, que no dejará nunca que en ti se desarrolle ese defecto femenino.

La nietecita se había quedado silenciosa: su alma en formación trataba de desentrañar y comprender los consejos de su abuela.

Abstraída en su reflexión, aún miraba fijamente a la anciana con sus risueños ojos entornados, como adormecida por el sonsonete cascado y gangoso de la cuentista, quizás por algún oculto pensamiento que tal relación hiciera nacer en su pequeño cerebro.

Por creerlo así y distraerla un poco, la abuela le preguntó:

—Rosarito, ¿y el pago?

Se sonreía burlona al hacer la pregunta...

Demasiado sabía ella que no había de obtenerlo..., pero a gloria le sabría la negativa y más que ésta aún el pesar de su nieta al encontrarse tan pobrecilla.

—¡Rosarito, el pago!—insistió, al ver que no tenía respuesta.—No te hagas la desentendida... Desde hoy voy a ser muy exigente, ya lo irás notando...

La nieta despertó. Miró a la abuela fijamente, como no entendiendo lo que la decía, y al insistir aquella nuevamente, recordó su anterior promesa, el ofrecimiento que la hizo de recompensa después que tal cuento escuchará...

No sabía lo que dar, qué objeto de valor brindar a su querida abuela que pudiese satisfacerle.

Rebuscó en su memoria un instante y no hallándolo, se acercó mucho más a la anciana, alzóse sobre las puntas de sus pies hasta llegar con su boca al arrugado y venerable rostro y le dió un beso.

—¡Toma, abuela, no tengo otra cosa!

La anciana se sonrió.

—¡Un beso! ¡Sí que te cuesta barato, mi cuento!—dijo.

—Abuela, ¿barato y por él se matan los hombres?...

(Continuación de la página 7)

## LOS GRACIOSOS SOMBREROS QUE LLEVAN LAS ARTISTAS

bleses en crépe de Chine, tejidos al crochet como un cordonet grueso, han sido lanzados por Le Monnier. Se incrustan con terciopelo o fieltro, lo mismo que los gorros de jersey.

En fin, guardemos para las heladas y la intemperie los gorros de tweed o de piel, que ya se han visto en las carreras, pero únicamente como precursores de la moda futura. Hemos visto aparecer en estos días un gran número de sombreros de terciopelo, y me pregunto si esta moda persistirá largo tiempo si la dejaremos dentro de un mes. Algunos gorros que ajustan la cabeza por detrás y descubren la frente por delante, se hacen igualmente en varios terciopelos de tonos degradados, haciendo juego casi siempre con los trajes en "mousseline" imprimé, que todavía nos encantan. Al lado de estas fantasías de color he encontrado, sin embargo, una buena cantidad de pequeñas tocas en terciopelo negro drapées y atadas sobre la oreja, y quedan bien con cualquier "teñue".

Las incrustaciones en terciopelo son innumerables; me han gustado mucho en las capellinas de paja las puntas de terciopelo cayendo detrás, y este efecto resulta encantador sobre una forma de bengala blanca incrustada de terciopelo crema.

Para la noche, el terciopelo bordado compondrá uno de esos "beguins" (capotas) que se tratan de lanzar en estos momentos. Me gustaría creerlo, porque nada es más sentido ni suaviza más la cara y, por otra parte, vale la pena animar a la moda de los adornos de cabeza para la noche. Se han hecho, pues, algunos "beguins" en terciopelo bordado en oro o en plata, que describen la frente y que un velo suaviza por delante, para acompañar algunos trajes de encaje o de terciopelo.

He visto también gorros de terciopelo negro con "clavitos" de strass, que son de una elegancia de gran estilo.

MARTINE RENIER.

Redactora-jefe de la Moda de "Femina"

(Continuación de la pág. 73)

## UN AMOR DE CIRILO

—¡Dios de los cielos! ¿Usted... usted piensa que puede?

Durante cinco minutos la tempestad tronó en una taza de té. El coronel y su esposa se retiraron dignamente, en señal de protesta por los planes de Cirilo.

—Una victoria sin trascendencia—observó el joven.

—Ha estado usted admirable. Lo que siento es que los pobres van a comer tristes.

—¿Y nosotros?

—Yo voy con usted a Belgrave Square.

—¿De veras? ¿A verle la cara al jefe...

—No; le esperaré a usted fuera.

—No tendrá que esperar mucho.

Una ardiente inflexión en su voz puso a la joven en guardia y le recordó que todo le había salido bien en aquella excepción.

Se apresuró a decir:

—Necesito hacer algunas compras. ¿Quiere usted ayudarme a elegir un sombrero?

—Y compraremos el mejor que haya en Londres.

—No diga tonterías. ¡Vamos!

## IX

A las doce y media se hallaba Cirilo en presencia de su jefe, cuya actitud era la de una imagen grabada.

—Ha escrito usted la relación, señor Mortimer?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—Se... se la había ofrecido a una señorita en recuerdo de una poco brillante aventura.

—Parece que usted posee una cierta iniciativa, y no le falta energía, aun cuando está mal dirigida. Después de haberme presentado usted, la otra tarde, aquella carta, encontré a su tío.

—Esto explica las cosas que luego han ocurrido—dijo Cirilo.—El, desde luego, se lo contó a mis padres.

—¿Quiere usted decir que una pequeña indiscreción de mi parte ha provocado no tan sólo a sir Héctor, sino también a su padre...?

—Sí. Yo..., yo he recibido la visita de mis padres esta mañana.

—¿Y les ha hecho usted una confesión general?

—No les he dicho lo de la carta. No hemos hablado más que de mi colocación. Puesto que usted ha visto a mi tío, ya puede suponer cuál es la actitud que ha adoptado mi familia.

—Sí, desde luego; pero me interesa más ahora saber lo que usted ha dicho.

—Les hice comprender que, de momento, me hallaba a las órdenes de usted.

—Y espero que continuará estando—dijo el jefe de Cirilo.—Deseo leer su relación. Envíemela. Cuanto menos hablamos de la carta, mejor. Se valió de ella porque le servía en sus propósitos... Si encuentro un empleo para usted, puede decir a su padre, dándole mi enhorabuena, que no será de auxiliar del contable. También puede decirle, si gusta, que un caballero que ha mandado una brigada durante la gran guerra, se halla ahora en mi departamento de vinos... y hay otros como él. Despréndase de esos viejos prejuicios, hijó mio.

Cirilo se reunió con Mirabel, que con una sola mirada supo al punto a qué atenerse.

Cuando, unos momentos después, se hallaban ambos en un pequeño restaurante tomando el café, Cirilo, hablando en voz baja, preguntó:

—¿Qué valor tienen los zánganos?

Mirabel se echó a reír, diciendo:

—Oyó usted lo que en el pabellón decíamos Maud y yo?

—Sí, lo oí.

—¡Cirilo...! Aquello fué la exteriorización inconsciente de un anhelo mío.

—¿Cómo?—objetó.

—Le vimos entrar a usted en la tienda y le dije a mi hermana que tal vez fuera un bien para usted conocer lo que pensábamos nosotras. No había nadie más que pudiera oírnos. Yo esperaba que nuestra opinión le serviría de estimulo... Lo demás ya lo sabe usted.

—¡Qué diablillo!

—Esperaba que Ud. me diría: «Muy bien representada la comedia».

—Y lo digo. Ha conseguido usted lo que se proponía. El zángano se ha transformado en una abeja obrera, porque no me era posible tolerar que usted me considerase un zángano. Desde el principio al fin, usted, Mirabel, ha ejercido su influencia en todos mis actos. Y ahora quiero...

—¿Qué?

—Quiero que usted y yo solos, juntos, en una choza construida para dos, en una cañada del monte, vivamos el uno para el otro... Allí me gustaría pasar mi luna de miel... Digame... ¡Saldremos de paseo el domingo próximo?

—¡Cirilo! Esto me está pareciendo una declaración de amor, con promesa formal de casamiento.

Y eso eran las palabras de Cirilo.

**Si Vd sufre**  
de dolor de cabeza...  
Si la jaqueca machaca su cerebro...  
Si un dolor de muelas lo vuelve loco...  
Si la gripe lo acecha...  
Si el reumatismo lo martiriza...  
Si la fiebre lo agobia...

**No VACILE:**

con 1 o 2 Comprimidos de **ASCÉINE M.R.**  
(Ácido acetil salicílico, acet para fénetidina, cafeína)  
sanará radicalmente en algunos  
minutos todo dolor

Tolerancia perfecta. Ninguna acción nociva  
sobre el estomago ni el corazón.



De venta en todas las farmacias  
Tubos de 20 comprimidos  
y sobrecitos de 1 y 2  
comprimidos

Concesionario para Chile:  
Am. Ferraris - Casilla 29 D - Santiago

# Bémecé SAL DIGESTIVA M.R.

Bicarbonato de Sosa, Magnesia, Carbonato de Cal

## ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Ardores y Dolores de ESTOMAGO  
Acideces — Flatulencias — Bostezos  
Pesadez e Hincharon de ESTOMAGO  
Bochornos — Rojez del Rostro y  
Sommolencia despues de las comidas  
Dispepsias. Gastritis, Hipercidez, etc.

Dosis: Una cucharadita despues de cada comida  
de Venta en todas las Farmacias

(Continuación de la página 8)

## EL RECUERDO

ted. Si se venido a su clínica es porque nadie mejor que usted, que es rico y no necesita de mí dinero para comer, pue-de brindarme este favor. Sea usted bueno; así mi mujer y yo le seremos deudores de una enorme alegría.

Con las manos enfundadas en los bolsillos de su batín, Mr. Owen le escuchó atentamente, y tras sus gafas de oro, sus pupilas verdes, de un verde claro, miraban al desconocido con asombro y ternura.

—¡Es bonito!, murmuró.

Y tras una tregua repitió, ya vencido:

—Es bonita la historia!

El viejecito reposo, con una voz en la que latía un acento de infinita súplica:

—¿Me complace usted?

—¿Por qué no?

El paciente había adoptado en su asiento una actitud cómoda. Mr. Owen oprimió un resorte y el sillón giró hacia atrás, dejando al anciano en postura casi supina. Después abrió un armario, del que sacó un gatillo de brñido acero, sobre el cual la luz resbaló como una sonrisa fría y dura de cristal. Y había en los dientes de aquél aparato de tortura una especie de voracidad.

Mr. Owen, flemático y humorista, exclamó:

—¿Está usted dispuesto?

—Sí, doctor.

—Le advierto que le dolerá mucho.

—No importa. Vamos.

Fué un momento dramático. El operador apoyó su mano brusca y fuerte sobre el rostro del supliciado, con lo que le obligó a cerrar los ojos. Luego, dijo:

—Ahora...

El incisivo estaba preso entre las pinzas inexorables del gatillo; el brazo musculoso de Mr. Owen se contrajo, las gruesas venas de su muñeca hincháronse de sangre, y la mano experta y sánuada inició a derecha e izquierda un doble movimiento de torsión. El anciano exhaló un ronquido gutural, de terrible dolor; las largas raíces del diente crujían, chirriando en las profundidades de la encia: fué un crepitante recóndito, del que toda la arquitectura craneal pa-

reció resentirse. Tiñeronse de sangre los bordes del alvéolo. Mr. Owen, implacable, apretó más, más..., haciendo palanca su cuerpo. Por fin, los dedos del gatillo cobraron su presa.

Entonces los dos hombres se miraron frente a frente: al anciano el dolor le había dejado lívido; a Mr. Owen, el esfuerzo le había puesto rojo. Después, el viejecillo, mientras se enjuagaba la boca, se restañó con un pañuelo su frente triste, bañada en sudor. Tosío, resopló con fuerza. Luego, más sereno, pudo levantarse; sus piernas, sin embargo, temblaban aún. Mr. Owen le presentó el diente, ya desinfectado, envuelto en un papel.

—Servidor de usted, dijo.

—Su interlocutor le estrechó la mano, lleno de agradecimiento.

—Gracias, balbuceó, gracias..., por ella y por mí...

Salió. A su espalda, la voz impasible del criado, metido en una librea azul y teatral, exclamaba:

—Pase el número cinco!

Ya en su casa, el anciano, sentado ante una mesita de pino, escribió esta carta rara y triste:

“Buenos Aires, 30 de junio.

“María, compañera de mi alma:

“Por este correo, y en cajita certificada, te mando un regalo, un recuerdo...

“¿Cuál?

“Hubiera querido enviarle un collar de brillantes, una lanza, un abrigo de cibelina o de marta. Pero la mezquindad de mis recursos me prohíbe atreverse a tanto, y te ofrezco una quiscosa insignificante, casi ridícula: te ofrezco un diente. No te rías. Hay en los dientes que se caen, como en las cabelllos que se van de la frente, como en las ilusiones que emigran del alma, la enorme tristeza de todas las cosas, frágiles o ingratás, que en esta vida filante nos han dicho ‘adiós’.

“Pronto hará cuarenta años, ¿te acuerdas?, que tu cabesa y la mía durmieron, por primera vez, sobre la misma almohada. Entonces yo tenía el mirar ingenuo y audaz, alegre la frente, los cabellos negrismos: en la línea roja y dura de mis labios ardía la voluntad.

“Cierta noche, una de esas noches en que el fuego de la chimenea y la canción de la lluvia que bate el zinc de las ventanas despierta en el espíritu vagabundo de los hombres de ideas de hogar, nos hallábamos en ‘aquel’ gabinete so-



**Los Licores de Confianza**

R. Alarcón E.

bre cuyas paredes de brocado carmesí tus hombros desnudos parecían un sueño de carne. De pronto, sin responder directamente a algo que yo acababa de decir, exclamaste:

—¡No te muevas!

—¿Por qué, repuse, conservando el mismo gesto alegre en que tus palabras me habían sorprendido.

—Porque, continuaste, me gusta mucho verte reír. Bajo la sombra negra del bigote, ¡qué parejos, qué limpios, qué blancos brillan tus dientes!

Continuaste diciéndome otras dulces galanterías, que no transcribo aquí porque la evocación de aquellas memorias infables me lastimaría demasiado. Y luego, llena de cariño, enlazaste tus brazos a mi cuello y apoyaste sobre mis dientes el tesoro—fresa y miel—de tus labios.

Pasaron los años malditos y avaros, que se lo llevan todo, y otra noche notaste con pena que mi dentadura era más desigual y menos blanca que antes.

"Va adquiriendo el color de las hojas secas", dijiste.

"Pobre María!"

De aquellos dientes blanquísimos que tú admirabas con veneración fetichista, sólo me quedaba uno, el último. El que ahora te ofrezco...

Acéptalo, a falta de otro regalo mejor. Considera que él también, como nosotros, fué bello y joven; él rió tus gracias, él me ha alimentado durante muchos años; con sangre de mis venas estuvieron regadas sus raíces profundas. Es, por tanto, algo muy mio, que debes querer. No te mando un mechón de cabellos, porque los tengo blancos; ni un retrato, porque me encuentro demasiado viejo. Te envío el único destello de juventud que me restaba; ese hueso es algo de mi ayer, y al arrancármelo la mano del dentista, mi boca, llena de sombras, parece un abismo."

Veinte días después, cuando el correo llevó esta carta a su destino, la viejecita que la leyó, pasó el día llorando. Sus dos nietecitos la miraban asustados.

—¿Por qué llora la abuela?, preguntó el menor de ellos.

—Porque, repuso el otro, el abuelito le ha ralgarado un diente.

Y los dos acabaron por reír, hallando que el aspecto de aquél hueso, largo y amarillento, era un poco cómico.

Lector: yo, que no te quiero mal, celebraré que este cuento no te parezca triste.

(De la página 4)

### ALEGRIA (HISTORIA TRISTE)

miradas de unos ojos queridos, y llegué a quererle tanto, tanto, que me ofendían los otros hombres con sólo mirarle; sufría los momentos que estaba alejada de su lado y me reconocía una esclava de su alma, de su corazón, de sus palabras y de sus ojos.

La vida para mí era un jardín espléndido, una eterna primavera plétiaca de luz, de color, de aromas.

«Pero, ¡ay! que mi amor no me dejaba ver lo que ocurría a mi alrededor. Mi casa se desmoronaba, y mi padre, en su afán de salvarla, se metió en negocios que terminaron por arruinarme. El buscó la muerte, —pobres, miserables, quedamos mi madre y dos hermanas. Toda nuestra anterior grandeza había sido hoja seca arrastrada por el ventalao y mi educación de señorita apenas me servía para mal ganarme el pan, bordando unas veces, dando lecciones de piano otras. Pero en medio de mis sufrimientos era feliz porque Alberto me amaba. Al menos lo creí así, y él lo fingía... Lo fingía, si, tan bien, que nada sospeché, que ninguno de sus propósitos brotó a la superficie. En medio de mis desgracias me daba la misericordia de sus palabras, pero éstas eran hipócritas. Mis días crueles, días de hambre, tenían una compensación en el rato de charla con mi novio, que todas las noches acudía al misero cuarto donde nos albergábamos.

«Un día desapareció... ¡Para qué contarle mi desesperación! Entonces supe su historia villana. Desde la muerte de mi padre me estaba engañando. No se atrevió a dar por terminadas las relaciones y tuvo el poco respeto de fingirme una pasión, que no sentía, durante dos años. Enfermé gravemente, quise morir; pero cuando mis amigas me enteraron de la vida de Alberto, cuando supe que mi abandono tuvo por causa la ambición; que él aspiraba a triunfar y creyo conseguirlo conmigo rica, y pobre vió en mi un estorbo; al saber esto, repito, se operó en mí una brusca transición y quise vengarme, castigándole.

«Yo había de ser rica, poderosa, grande, para demostrar al traidor que llegaba a donde él aspiraba, sin su ayuda y sin mi dinero. No sabía cómo había de obrarse el prodigo, pero el deseo tenía fuerza impulsiva suficiente para darle forma. «Busqué a mis antiguas relaciones, concurri a los salones y paseos. Un día, en uno de aquéllos, canté e hicieron grandes elogios de mi voz. Un periodista me habló, pero al mirarme a los ojos, dijo:

—¡Lleva usted la tragedia en las pupilas! Una pena muy honda destruye su vida.

«Fuimos amigos y él me dió el medio que yo deseaba...

Alegria miró al poeta, que la escucha triste, cabizbajo, pensativo. Hay en los ojos de ambos el velo de unas lágrimas sinceras. Luego prosiguió:

Tan alegre, tan feliz parecía en mis últimos tiempos de fiestas y conciertos, en aquellos que mi venganza iba siendo realidad, en aquellos que con el corazón roto fingía felicidades a los extraños, para llorar a solas dolores y miserias, que mis amigos, engañados con mi actitud, me llamaron Alegría.

«Y Alegría fui... Un dia apareció mi nombre en el cartel de un teatro de variétés. Iba temblona, cobarde, presintiendo el fracaso, segura de que mi vida era otra que aquella que comenzaba en aquel instante... Yo había nacido para ser una humilde y buena esposa, no para exhibirme y brillar en un tablao... Pero el amor propio, la venganza me llevó hasta allí. Si hubiese podido retroceder, lo hubiera hecho, porque en aquel critico momento tuve miedo y me sentí sin fuerzas...

Las notas de la orquesta alegraron la sala, y con el frío de la muerte en el pecho hice mi aparición. Mil ojos me asesearon atrevidos; mil bocas reían burlonas, y a través del velo que cegaba mi vista, le vi a él, a Alberto, pálido y nervioso... Su presencia fué un latigazo agujonante..., y canté con el alma, con el corazón, sollozando mis dolores, que eran quejas y celos y reproches y rugidos... Y un rumor estruendoso me envolvió, me arrastró... Era el público que me ovacionaba... ¡Fué mi primer paso! Desde aquel instante el éxito se me rendía... Y era de él, de Alberto... Sin su presencia hubiese vuelto a casa derrotada... ¡Fué su castigo y su tormento!...

Calla Alegría, porque los sollozos la ahogan, y el bohemio, tomándose las manos carinosamente, le pregunta:

—¿Y él?

—Desesperado, loco, me persigue, me asedia, me acecha.

—Entonces, aun será feliz.

—¡Nunca!, grita Alegría con el alma. Soy su castigo, su tormento, su remordimiento. Ya no puedo ser feliz, ni él lo será. Rompió mi vida, dándola un curso extraño; yo rompo la suya, enciéndola a esta loca aventura sin fin. No soy digna de él, ni él es digno de mí, después de su traición... Somos dos indignidades que se arrastran, persiguiéndose sin encontrarse nunca...

—¡Honda tragedia!

—Hay muchas así en la vida; pero ésta parece más espantosa porque la llevo como jirón flotante en mis ojos.

—Puede tener fin, si usted quiere...

—¡No!... No querré nunca... Cada mortal tiene su destino, y el mío es éste, de ir cantando mis penas, haciendo gloria mis dolores y transformando mis tristezas—amasadas con lágrimas del corazón—en alegrías locas que canto por el mundo alegrando los corazones... Soy Alegría, la artista aclamada, llevando en el alma rota todos los tormentos... ¡Y como yo, cuántas!...

(Continuación de la página 3)

### LA MODERNA LORELEY

en los trajes de noche. El crepé romain, semidiáfano, será insuperable por la tarde, o acaso el georgette sea todavía mejor.

### LA LORELEY Y LOS DEPORTES

Es elegante interesarse por los deportes, aunque no se practiquen; por eso la moderna Loreley tiene que presentarse, de mañana, en el campo de polo, vistiendo algo que, sin dejar de ser apropiado, sea al mismo tiempo exquisito. Algunos de los paños ligeros que yo tengo, tejidos especialmente, serían deliciosos en ellas. Uno de mis trajes de jersey gris les está por completo dedicado.

Como traje de tennis quisiera verles elegir menos el crepé de China que el Shantung, que armoniza mejor con su piel fina. Y los trajes blancos de tennis, que son clásicos en los courts europeos, destacan sus cabellos de oro y su fresco y delicado colorido.

La Loreley debe evitar, desde luego, las joyas pesadas, de vestir. Las joyas de cristales transparentes y opalinos, de formas ligeras y modernas, armonizarán mejor con la propia fragilidad.

Las medias pueden ser de color beige durante el día, y creo que ni siquiera en el golf debe ponerse medias escocesas de lana, substituyéndolas por gruesas medias de seda labrada. Los zapatos no deben ser nunca muy pesados, y a mí me gusta verles adoptar los tacones bajos y los cortes deportivos del oxford y de los mocassines, durante la mañana. Si sus pies son muy chiquitos, puede usar zapatos blancos; en caso contrario debe escoger las mezclas de blanco y carmeliata.

Estimo que las medias y los zapatos son muy importantes en relación con la figura y la personalidad, así como en relación con el traje. Por eso me detengo en ellos particularmente al tratar de la Loreley, que es muy difícil de equipar en calzado de sports. Para los zapatos de noche y de tarde su propio gusto refinado será el mejor. Puede hacer que jueguen sus medias y sus zapatos de tarde, y combinar también el traje y los zapatos de noche — aunque los zapatos del color de las medias son también muy elegantes en la noche.

Por encima de todo, la Loreley realiza su atracción cuando consigue armonizar el efecto de su rara calidad de rubia con los trajes modernos, para lo cual necesita, desde luego, elegir sutilmente los colores y las líneas de su toilette.

(De la página 5)

**UN BELLO CUENTO CHILENO: "QUINTRIQUEO"**

El soldado, aunque de apariencia débil, tenía un vigor extraordinario; pero el peso de la armadura le impedía utilizar todas sus fuerzas, de modo que su enemigo consiguió sujetarlo poniéndole una rodilla en el pecho, y cuando ya alzaba el brazo con el laque, la joven se lanzó afuera dando gritos de socorro.

El indio vaciló un momento, lo que aprovechó el soldado para echarlo a rodar de una violenta sacudida.

La guarnición del fuerte, alarmada con el ruido, se puso sobre las armas y se oyeron en los patios toques de cornetas y carreras.

Viendo el indio perdida la partida al sentir que llegaban los soldados en tropel atraídos por los gritos de la joven, ganó de un salto la ventana, arrojando la mortífera arma contra la cuna.

Erró el golpe y el arma fué a chocar tan reciamente en la puerta, que los maderos volaron en pedazos, y lanzando una imprecación desapareció en la oscuridad.

En vano se le buscó por todas partes y los soldados rastrearon todos los rincones sin encontrar ninguna huella.

Los que subieron hasta lo alto de los muros creyeron oír por el lado del mar un rumor confuso que a intervalos traía el viento, semejante al tropel de muchos caballos que corriesen a escape por la playa.

**II**

Por Rosa, la joven araucana, se supo que el atrevido asaltante de esa noche era el cacique de Quiapo, el astuto y valiente Quintriqueo.

Esta noticia alarmó a la guarnición. Todos creían que este jefe audaz y sanguinario había perecido en la batalla de la Albarra de Quiapo, en donde los españoles, después de una porfiada y cruenta lucha, aniquilaron las huestes araucanas. Las tierras de Quintriqueo fueron presas del incendio, y una de sus hijas que estuvo a punto de perecer abrasada por las llamas, fué salvada por Juan Zúñiga, un joven soldado vizcaíno.

Por desgracia para los españoles, sus temores no eran fundados.

No habían transcurrido quince días, cuando los araucanos, al mando del cacique de Quiapo, cayeron de improviso sobre el fuerte.

Tan repetidos y vigorosos fueron los asaltos, que los soldados españoles, a pesar de su valor, no pudieron sostenerse y por fin se vieron obligados a abandonar la plaza con tan mala fortuna, que sólo unos pocos lograron ponerse en salvo en la orilla derecha del Carampangue.

Juan Zúñiga, aunque lleno de heridas, se defendía de un grupo de araucanos. Apoyando sus espaldas en la barraca del río, hacia esfuerzos desesperados para proteger a su mujer y a su pequeño que no lo habían abandonado en el combate, y cuando iban a ser bárbaramente ultimados por los indios se interpuso Quintriqueo, derribando con su maza a aquellos que quisieron resistirle.

Los araucanos continuaron la persecución de los españoles hasta el otro lado del río; pero la idea del botín los hizo volver de nuevo sobre el campo.

De orden del cacique amarraron a los prisioneros con salvaje crueldad y los obligaron a marchar entre la turba de guerreros que los empujaban y golpeaban sin piedad.

A Juan Zúñiga le habían arrancado en pedazos la armadura y sus heridas abiertas iban dejando tras de sí un reguero sangriento.

El niño, atado a la espalda de la madre, lloraba sin cesar, sin que ella en su desesperación pudiese siquiera librarse de los tormentos del sol que despedía llamaradas en las tierras polvorientas que atravesaban.

Esta marcha espantosa a través de los campos, subiendo y bajando cerros talados por el incendio, vino a terminar sólo a entradas de la noche cerca del Tubul, a orillas del mar, en una extensa explanada.

Los indios se detuvieron en aquel sitio y formaron un gran semicírculo, en medio del cual dejaron a los prisioneros.

La explanada terminaba por el lado del mar en un risco de cerca de cien metros de altura, en el fondo del cual rugían las olas del golfo.

Quintriqueo atravesó las apretadas filas de guerreros y avanzó lentamente, irguiendo su gigantesca talla, y se detuvo bajo un árbol solitario en medio de la loma. Llevaba en una mano la lanza y en la otra la espada del soldado, la que arrojó al suelo con desprecio.

Y con voz clara y vibrante empezó una arenga fogosa y energética. Explicó a los guerreros que lo escuchaban en silencio los motivos que tuvo para impedir la muerte de los prisioneros en el campo de batalla y concluyó asegurándoles que el castigo que les aguardaba sería tan terrible como su cri-

men. Los indios prorrumpieron en ruidosas aclamaciones, golpeando el suelo con los pies y con las astas de sus lanzas.

Luego varias hogueras iluminaron el campamento como el día y el cacique, acercándose al soldado, le dijo, mientras lo golpeaba con el pie:

—El incendio de mis tierras, el sacrificio de mis gentes, mis heridas, ¿qué son al lado de las ofensas que me hiciste? Pronto verán mis mocetones si tus carnes son tan duras como el filo de tu espada y si tu corazón es tan grande como tu audacia.

Y volviéndose a su hija, a quien habían quitado ya las ligaduras, pero que dos robustos indios sujetaban de los brazos arrastrándola hacia él, prosiguió al rudo,

—Tú, infame, dos veces traidora, que has renegado de tu sangre y has hecho escarnio de la fe de tus mayores, tiembla, que la venganza de Quintriqueo caerá implacable sobre ti. Vuélvete y mira si la punta de mi lanza resbala ahora en la piel de esta alimaña.

Y el cacique dió a Zúñiga un maligno golpe.

El soldado lanzó un gemido y quedó inmóvil como muerto.

Y dirigiéndose nuevamente a Rosa que forcejeaba por acercarse a su hijo, que lanzaba sólo un vagido débil y roco tendido a los pies del cacique, le dijo:

—Ves ese cachorro, ese malicioso engendro, testigo viviente de tu crimen y de la vergüenza de esta tierra. Mira como hago yo justicia y vengo las ofensas a mi raza.

Y al decir estas palabras agarró violentamente al niño por los pies y le estrelló la cabeza contra el árbol, y volteando con rapidez el brazo, arrojó la criatura lejos de si, exclamando:

—¡Anda, que tu contacto mancha la tierra araucana!

El cuerpo del niño describió una gran curva en el aire y con las piernas y los brazos abiertos desapareció en la cortadura.

Una sorda exclamación resonó en la concurrencia; pero luego estallaron grandes gritos de júbilo.

Rosa, cuando vió que el cacique se apoderaba del niño, lanzó un grito tan terrible y tan salvaje, que repercutió largo rato en las quebradas vecinas. Su cuerpo daba violentas sacudidas haciendo bambolear a los que la sujetaban, y en su impotencia por desasirse, rugía como una leona herida. Su dolor de madre exacerbado hasta el paroxismo centuplicó sus fuerzas y de un espantoso sacudón derribó a los dos guerreros, e irguiéndose frenéticamente, las muñecas chorreando sangre, y antes de que nadie tratase de impedirlo, le arrebató a un mocetón la lanza y echándose hacia atrás, con la velocidad del rayo, le asestó al cacique tan feroz lanzada, que lo dejó clavado en el tronco del árbol.

Fué tan recio el golpe, que la lanza se rompió y uno de sus pedazos quedó vibrando en el pecho de Quintriqueo, el cual inclinó la cabeza sin lanzar un grito, mientras la sangre le salía a borbotones por la boca.

Después el indio cayó de brases, haciendo estremecer la loma con el peso de su cuerpo.

Un silencio de muerte reinó en la asamblea y Rosa giró varias veces sobre sí misma, con los ojos extremadamente abiertos, los brazos en alto, como si quisiese agarrar algo que cayese en el aire, y después, lanzando un grito agudo, emprendió una veloz carrera a través de la explanada.

Los indios retrocedieron ante ella y le abrieron paso con cierto temor supersticioso.

El soldado había vuelto en sí en ese momento y alcanzó a darse cuenta de la escena.

La lanza había roto la cuerda que sujetaba uno de sus brazos, haciéndole sólo una herida pequeña pero sangrante.

En medio de la confusión se arrastró penosamente hasta el pie del árbol y con un movimiento convulsivo agarró el acero.

Las ligaduras desaparecían en sus músculos hinchados; pero sin vacilar hundió rabiosamente en las carnes la punta de la espada.

Saltaron las cuerdas; pero habían dejado huellas tan sangrientas en sus miembros, que al querer incorporarse rodó por el suelo rugiendo de dolor.

Dos o tres veces cayó para volver a levantarse, hasta que al fin pudo levantarse y antes de que los indios se volvieran contra él, ya Juan Zúñiga caía sobre ellos como un rayo.

De cada golpe derribaba un enemigo con el cráneo hundido o con el pecho abierto de una estocada.

Rojo de sangre, las pupilas centelleantes de coraje, parecía el ángel exterminador cuyo flamígero acero hería sin cesar, sembrando la muerte en torno suyo.

Pero los araucanos, repuestos de la sorpresa que les causó la muerte de su jefe y el ataque repentino del soldado, cargaron sobre él impetuosamente, y luego Juan Zúñiga cayó exánime, el pecho atravesado por veinte lanzas, y en medio de una infernal gritería fué su cuerpo pisoteado y arrastrado por el campo.

Y del heroico soldado no quedó más que una masa informe, llena de polvo y sangre, que los canes hambrientos se disputaron con furiosas dentelladas; mientras que los indios a la luz de las hogueras, rodeaban el cadáver del cacique lanzando gritos de rabia y de dolor.

# El precio de las cosas

Accedió la amable señora, y cuando estuvieron ante el Denzil isabelino, no pudo menos de exclamar:

—¡Pero si es mi chico! Sus mismos ojos... todo... esa expresión de audacia, de honradez y al propio tiempo tan amorosa. ¡Ah! ¡No puedes imaginarte lo amable que es mi hijo! Siempre, desde la niñez, ha sido el ídolo de todas las mujeres; las niñas ya eran sus esclavas, y mi doncella y mi ama de llaves parecen perro y gato, siempre que viene a casa, disputándose cuál de ellas tiene más derecho a servirle. Sería capaz de embauchar a un pájaro desde lejos. Y yo creo que soy la más boba de todas.

Amarillis escuchaba encantada.

—Ya ves: no tiene ni un rasgo mío, pero estaba locamente enamorada de mi marido y, como es natural, tenía que salir todo un Ardayre. ¿No te interesa, Amarillis pensar a quién se parecerá tu hijo cuando nazca? De seguro que tendrá muy pronunciados los rasgos de la familia, siendo tú también una Ardayre.

—Ciertamente, me inspira una gran curiosidad... —Y cómo deseamos todos que sea un hijo!

—Tienes aquí algún retrato de tu marido? Denzil me dice que se parecen.

—En mi cuarto hay uno que traeremos aquí cuando pinten el mío el año que viene. Es de Sargeant, uno de los últimos que pintó.

—¡Si no hay parecido! —exclamó la madre de Denzil, contemplando el retrato de Juan en el cuarto de cedro. —Tú descubres algo?

—Creí que se parecía mucho, pero ahora no lo veo.

La señora Ardayre sonrió.

—Nadie puede compararse con mi Denzil! Y no es que me deje llevar de los sentimientos maternales, porque no los tengo. ¡En realidad no soy buena madre! Me cansan los chicos y estoy contenta de no haber tenido otro. Adoro a Denzil, porque es Denzil. Amaba a mi marido y me sentí dichosa de ser madre de su hijo.

—Hay dos clases de mujeres, ¿verdad? La madre y la esposa: una u otra cosa hemos de sentirnos. Yo aún no sé a qué categoría pertenezco —y suspiró Amarillis— pero casi diría que soy como usted: creo que me interesa más el hombre que el hijo y se que el hijo me interesa enormemente a causa del hombre. Aunque todo esto es un misterio.

Bearfit Ardayre alzó los ojos al retrato de Juan. Aquella cara inexpresiva no daba idea de inspirar un amor apasionado a ninguna mujer y menos a una muchacha tan encantadora como Amarillis, ni de moverla a sentimientos, a emociones misteriosas, sobre su hijo. Si fuese Denzil, se explicaría que una mujer cometiese locuras por él; pero aquel memo de Juan...

Disimuladamente miró a la joven, que tenía puestos los ojos en el retrato, y le sorprendió una expresión de profunda melancolia.

Allí había un misterio.

Recordó lo que Denzil le dijo de Amarillis, aunque era muy poca cosa. Llegó a Bath hoscio, preocupado, y en pocas palabras contó que había encontrado en el tren a la mujer del cabeza de familia y la acompañó a Ardayre, al segundo día de haberla conocido por vez primera.

Una explicación lacónica. Pero cuando se reunieron aquella noche junto al fuego, él, subitamente, le dijo algo que la espantó de veras:

—Mamá, quiero que conozcas a Amarillis Ardayre. La amo con locura, va a tener un hijo y me parece que está muy abandona.

Debia tratarse de una pasión momentánea, mas no dejaba de ser chocante que Denzil se enamorase de una mujer embarazada.

Y como le advirtiese algo por el estilo, él le dirigió una mirada llena de pesar y casi de reproche.

—Mamá, tú siempre me entiendes. Ya sabes que no soy una bestia. No tengo más que decirte. Sólo quiero que la trates amablemente y que la conozcas bien.

Y ya no le volvió a hablar de aquello; pero pasó los tres días de su visita en incesante preocupación, que ella no podía atribuir a la perspectiva de la guerra, porque sabía que su hijo era un soldado entusiasta y que la idea de ir al frente le causaba alegría. ¿Qué significaba aquello? Pero, ¿no estaba viendo a aquella dulce mujer que hablaba de los diarios misterios del amor y miraba con ojos de melancolia al retrato de su inexpresivo marido, mientras le brillaban de interés cuando el tema versaba sobre Denzil? Era posible que también se hubiera enamorado de su hijo por verlo durante una cena y durante un viaje?

Era muy raro todo aquello.

Tomaron el té en el salón verde, sintiéndose ya grandes amigas.

La señora Ardayre habló de su casa solariega en Kent, llamada «El Foso», de su jardín y del placer que le causaba vivir en ella.

—Poseo doce mil libras de renta anual, y desde que nació Denzil he ido separando la mitad cada año, de modo que a los veintiún años pude hacerle entrega de una respetable suma que le dió libertad e independencia. Porque es humillante, para un hombre, que esté sujeto a una mujer, aunque sea su madre. Y continuó haciendo lo mismo cada año. Mi marido estuvo muy delicado durante los últimos años de su vida, desde que lo hirieron en la guerra sudafricana; de manera que vivíamos tranquilamente en «El Foso» y en mi casta de Londres. Algun día espero podérsele enseñar las dos.

Dijo Amarillis que estaría encantada de verlas y añadió:

—¿Vendrá usted a verme? Iré a nuestra casa de Brook Street a principios de abril y espero a mi hijo en la primera semana de mayo.

Antes de despedirse le preguntó la señora Ardayre si quería algo para Denzil; deseaba observar el efecto. Amarillis se ruborizó ligeramente y contestó, con viveza:

—Sí; digale el gozo que me ha causado su visita y que es usted como él me la había descrito; y digale que le deseo toda suerte de prosperidades... —y se turbó un poco.

—Me gustaría tener una fotografía tuya. —No me darás una? —se apresuró a preguntar la dama para evitarle una confusión, y mientras Amarillis fué a buscar un retrato, pensó:

«No hay duda: ama a Denzil. No sería la primera vez de verse, cuando comieron juntos; y, sin embargo, nunca mintió». Su intriga aumenta por momentos.

Cuando Amarillis se vió sola, ya no le quedaban fuerzas para dominar la agitación que conmovía los fundamentos de su vida. Aquella vista removió todas sus emociones con un poder desconocido. Ya no la aligeraría más la tragedia de Juan. Todo su ser vibraba pensando en Denzil y anhelando su presencia: ¡ver su rostro y gustar la dicha de sus besos!

En aquel momento lo hubiera abandonado todo por correr a sus brazos.

## CAPITULO XVIII

El 10 de marzo de 1915, Denzil fué herido levemente en Neuve-Chapelle y por su gallardo comportamiento mereció un lugar en la lista de condecoraciones. Pasó dos semanas en el hospital, y estaba establecido casi por completo cuando llegó Amarillis a Brook Street el primero de abril. Así que ésta leyó su nombre en la relación de los heridos, telegrafó a su madre, presa de viva ansiedad; pero recibió una respuesta tranquillizadora, y ardía en deseos de verle.

No podía soportar la idea de su pronta reincorporación a su régimen, que seguía operando en el frente. Gozaba de perfecta salud y las cosas materiales la apenaban muy poco; ni nerviosa, ni desplícite, ni oprimida por imaginaciones, estaba hermosa con la expresión de dignidad que le daba su estado y las ropas adecuadas al momento.

La señora Ardayre fué a verla al día siguiente de su llegada en la mañana, y anunció que Denzil le haría una visita durante el paseo que daba en coche por la tarde. Amarillis aceptó, procurando no afectarse ni revelar su alegría, y la dama se despidió prometiéndole volver con su hijo a las cuatro.

Cuando Denzil supo que Amarillis se trasladaría a Londres, le había dicho a su madre:

—Mamá, quiero verla. Haz el favor de arreglarme tú una visita y no me preguntes nada; déjame en la puerta de su casa cuando salgamos a paseo y vuelve a recogerme.

La amante madre no pudo menos de replicar, aunque era una señora modernísima:

—Ya sabes que va a nacer el niño dentro de un mes, hijo mío; y quizás no quiera verte.

—Ya lo sé —dijo él precipitándose un poco y subiéndole el sonrojo a la cara;—pero en estos días no se gastan cumplidos. Quiero verla; anda mamá, hazme ese favor.

Y no hablaron más de aquello.

Su madre arregló el asunto, obediente, y a las cuatro de la tarde dejó a su hijo en la puerta de la casa de Brook Street.

Aunque era temprano, ya Amarillis tenía el té preparado para madre e hijo. La salita estaba llena de jacintos y narcisos y ella misma parecía una flor de primavera, sentada entre cojines de seda verde, con su bata de color violeta pálido.

—¡El capitán Ardayre! —anunció el mayordomo, al tiempo que entraba Denzil, con paso lento, saludando:

—¿Cómo estás?

Pero cuando se cerró la puerta tras él, corrió hacia ella abandonando todo miramiento, y le cubrió las manos de besos, sin poder contener el gozo de su alma, hasta que se apartó para mirarla con expresión de adoración y respeto en sus azules ojos.

Un temblor misterioso, una emoción jamás sentida y entremezclada con una llamada de triunfo lo inundó de dulzura ante el cuadro que presentaba. ¡Qué preciosidad, qué encanto de mujer! ¡Y verla... así!

Amarilis bajó la cabeza, ganada de una suave confusión, no porque se inflamasen sus sentimientos, sino porque toda la emoción de la proximidad del amado le producía una deliciosa timidez. La madre naturaleza influyó en ellos según la elegante conveniencia del momento, y Denzil, poniendo en la exclamación «¡Ángel mío!» toda su dicha, se sentó a su lado y la estrechó en un abrazo largo que los transportó a las regiones del cielo.

—Deja que te vuelva a ver, Dulzura—ordenó él con voz de imperio y de poseedor que movió en Amarilis el íntimo gozo de sentir que realmente le pertenecía.

—Para mí, nunca has estado tan hermosa y eres mía por entero.

—Completamente tuya.

—Tenía que venir y he venido sin pensar si hacia bien o mal. He de volver al frente tan pronto me den de alta y no hubiera podido soñar marcharme sin verte, y túmida.

Con las mil cosas que tenían que decirse de su amor y de su hijo, pasaron una hora divina y admirable. Denzil era un perfecto amante que conocía el valor de las frases tiernas, y supo embriagar la fantasía de Amarilis y conmover su alma.

—¡Ay, cuántos hombres se dejan perder y hacen que sus amadas pierdan uno de los más ricos gozos que ofrece la vida, con su terco silencio y desatendiendo el deseo de la mujer que quiere oír una y mil veces que la aman y que se lo digan en un lenguaje apasionado! ¡Nada les resarcirá de esta omisión!

Denzil era un torrente de ternezas y decía cuanto pudiera halagar y excitar bellamente la fantasía. La acariciaba, la mandaba como dueña y señor y luego declarábase su esclavo, en un gracioso tránsito de la arrogancia a la humildad; era arrogante al reclamar su amor y humilde al adorarla. Hablaba del hijo y de la dicha de que fuese de ambos. Hacía sentir su fortaleza y protección y su cariño e idolatría. Pintaba con los más vivos colores lo hermoso que sería pasar los dos días enteros en junio, cuando ya estuviera ella del todo bien, y la emoción que había de causarle verse fielmente reproducido en la criatura. Y Amarilis le iba contestando con ojos dulces, brillantes de una emoción gloriosa.

—¡Amándole tan ardientemente, de seguro el hijo sería su exacta imagen! Pasaría con ella como con su madre—la de Denzil—que tuvo un Ardayre de pronunciados rasgos por lo mucho que amaba al marido. ¡Qué hermoso era pensar en esto!

Pasaron otra hora de dicha y sonaron las sals, como sals martillazos contra sus almas, arrancando a la joven un leve gemido.

—Denzil, qué cruel es que debas irte! ¡Que debas abandonarme, acaso para no ver nunca a tu hijo! ¡Que legalmente estemos pecando porque me estreches en tus brazos! ¡Que no pueda darme el placer de mostrarte las ropitas, la cuna, hecha de seda rosada, y todo lo que he preparado con tanto gozo! ¡Qué cruel es esto! ¡Conoces el grabado, de una serie de Moreau le Jeune, que representa dos esposos enamorados jugando como niños con su queridoorro? Pues bien; lo tengo a la cama y cada día lo miro, pensando que somos nosotros.

—¡Amada mía... amada mía!—exclamó Denzil, besándola la apasionadamente.

—¡Qué santo y bueno es dar la vida a un ser! Sólo inspira deseos de bondad y de nobleza y de hacerse uno digno del admirable acontecimiento. Y para nosotros, que amamos de veras y puramente, se convierte en una cosa prohibida y percaminosa.

—Vida mía... necesito noticias tuyas. No me dejes morir de ansiedad en las trincheras, sabiendo que todas tus cartas, que debían ir a mí dirigidas, las recibe Juan. Mi madre es digna de toda confianza. ¿Querrás que esté contigo siempre que pueda ser, para que ella me diga cómo sigues? Cuando lleguemos al 7 de mayo estaré loco de ansiosa espera. Yo haré que mi madre me envíe un telegrama.

—¡Denzil!—exclamó Amarilis, abrazándolo.

—Es una situación insostenible—dijo aquél lanzando un suspiro.—Le diré a Juan que te he visto. No podía dejar de verte en estos tiempos tan inseguirios. Y luego que se termine la guerra, haremos de afrontar el asunto y buscar la mejor solución.

—No podrás vivir sin ti, Denzil; lo sé.

Se despidieron en silencio, con muchos besos y abundantes lágrimas, y Denzil salió pálido y sombrío a la obscuridad de la calle, donde su madre lo aguardaba en el coche.

—Me tienes un poco inquieto, hijo mío—le dijo cuando arrancó el automóvil.—Sospecho que bajo todo esto se oculta algo, que Amarilis es para ti un ser extraordinario, y presenta un aspecto tan misterioso tu conducta, que me desazona. Esta visita de hoy no está de acuerdo con tu refinada delicadeza, Denzil.

—Ya sé qué quieras decir mamá, y en tu lugar yo pensaría lo mismo. No puedo darte explicaciones y sólo te ruego que confies en mí. Amarilis es un ángel de pureza y hermosura; acaso algún día lo comprendas todo.

Ella le tomó una mano y la retuvo en la tibia de su manguito.

—Ya sabes que no tengo prejuicios, querido, y que creo como un dogma lo que dices; pero no acabo de comprender

que hayas llegado a esta situación habiendo conocido a Amarilis tan tarde. Lo comprendería perfectamente si fueses su amante y el hijo fuese tuyo; pero aún no hace un año que está casada.

Denzil nada contestó; oprimió la mano de su madre y ella le correspondió con lo mismo.

—Ya no te hablaré más de esto.

—Pero seguirás siendo buena?

—Sí.

Antes de llegar a la puerta del hospital, en Park Lane, la señora Ardayre se comprometió a enviarle un telegrama inmediatamente que naciese el niño, y a consolar y a cuidar a la madre y escribirle con toda minuciosidad sobre su estado y sobre el hijo.

—No quiero juzgar ni hacer suposiciones, Denzil; y quizás algún día vea las cosas claras; porque se me rompería el corazón si tuviese que creer que eres un hombre deshonesto.

—No temas, mama, que no lo soy. Se trata de una verdadera tragedia, pero no puedo decirte más. Cuida de Amarilis y mándame noticias con la frecuencia que te sea posible.

El telegrama que notificaba el tan esperado acontecimiento, lo recibió Juan la víspera de su vuelta a las trincheras, durante la segunda batalla de Ypres, en mayo de 1915. Lo tuvo esperando con febril impaciencia todo el día; mejor dicho, tres días pasó en ansiedad.

Su vida anterior se desenvolvió serenamente desde la noche de Año Nuevo, a pesar del estruendoso y horrible escenario en que tenía que moverse. Se tomó con toda calma el ataque de Neuve-Chapelle y salió de allí como de la primera batalla de Ypres, sin un rasguño. Se imaginaba haber asistido a todo desde un punto apartado y seguro, como espectador a quien personalmente no concierne el jaleo que arman los demás.

Vió a Denzil cubriendo de gloria y experimentó una sentida contrariedad cuando observó que le herían.

Ahora Denzil ya estaba reintegrado a las trincheras, con toda la caballería desmontada, y podían encontrarse en el ataque preparado para la madrugada.

El telegrama expedido por lady de la Paule produjo en Juan una emoción tan fuerte, que se tambaleó y estuvo a punto de caer, por lo cual un amigo le hizo beber un poco de coñac de su cantimplora, pensando que había recibido malas noticias.

Momentos después cualquiera lo hubiese tomado por loco. Parecía haberse aliviado del fardo de su pasada vida y ser otro hombre. Todos sus camaradas lo miraban atónitos, y a un cabo escocés se le oyóadir: «¡Caramba! ¡El capitán era un duende!»

¡Estaban salvados los Ardayre! ¡La familia se perpetuaría!

Del fondo de su corazón brotaba un raudal de amor hacia Amarilis. Si salía con vida la dedicaría por completo a mostrársela agraciado, anticipándose a todos sus deseos, y quizás la alegría del hijo llenase el vacío de la ausencia de Denzil. Este pensamiento se aferró a su vida y sirvió de consuelo.

Lady de la Paule había telegrafiado:

«Un niño magnífico nacido a las once cuarenta y cinco, 7 de mayo. Amarilis bien. Enhorrabuena».

Y dos horas antes, Denzil había recibido la noticia por su madre. También su corazón saltaba de gozo en acción de gracias al Señor.

Y así amaneció el día en que los alemanes tenían que fracasar en Ypres y se había de decidir la suerte de estos dos hombres.

Para qué describir la horrible lucha entre fuego, gases asfixiantes y barro? Juan Ardayre parecía invitar a sus hombres a una fiesta, al gicularlos sobre el parapeto y en avance temerario. Durante una hora, arrebatado de exaltación dellante, logró infundirles su impetu. Aquel espectáculo de horrenda carnichería se había repetido con frecuencia en otros días nefastos, registrándose actos de glorioso heroísmo. Juan se adelantó a socorrer a un soldado de caballería herido, y ya estaba cerca, cuando estalló a su lado una granada y lo derribó. Entonces supo lo que le prometía el Año Nuevo. La muerte venía a traerle el desenlace... Juan era puesto de lado y dejaba el paso franco. Perfectamente, no pensaba revelarse, y menos ahora que lo veía claro, es decir, veía clara en su alma, porque el cielo estaba obscureciendo de rara manera y los ruidos se apagaban por momentos; pero aún le quedaba bastante claridad para distinguir un cuerpo que se acercaba arrastrando una pierna, y entonces se abrieron sus ojos desorbitadamente por un instante y reconoció a Denzil cubierto de sangre.

—Vamos a casa, Denzil?—preguntó con delirio.—Por fin ya estoy...—Respiró fatigosamente, mientras una cinta de color escarlata le manaba del costado abierto.

—Te ruego en una carta que te cases con Amarilis inmediatamente, si vuelves. Díos quiera que tu regimiento salga de aquí pronto, porque estará muy sola... Amala, Denzil, y cuida mucho del niño.—Su voz desfallecía y las últimas pa-

labras fueron un suspiro:—Ha nacido un Ardayre, ya ves que todo va bien. La familia se ha salvado de Fernando, y yo estoy contento de morir...!

Denzil trató de sacar su botella, pero antes de que pudiera aplicarla a los labios de Juan vió que era del todo inútil. La muerte había reclamado al cabeza de familia. Juan tenía el cuerpo desgarrado, pero en su rostro quedaba una expresión de paz inmutable y sus firmes labios sonreían.

Denzil perdió entonces el sentido y nunca pudo recordar algo más de lo que pasó.

## CAPITULO XIX

Denzil no pudo ser transportado de Boulogne hasta dos meses más tarde y aun entonces recayó y estuvo en peligro todo el mes de julio. Hubo momentos en que se perdió por completo la esperanza de salvarle la pierna, y su madre se consumía de ansiedad.

Amarilis, que estaba en Ardayre con su pequeño Benito, pasaba las horas llorando.

La muerte de Juan la afectó profundamente y le hizo comprender la inmensa bondad de aquel hombre, que poco antes de entrar en batalla le escribió una carta, exponiéndole serenamente la posibilidad que alcanzaba a él y a todos de perder la vida y haciendo protestas del gran afecto que le tenía.

«Sé que Denzil fué a verte, querida niña. Me lo ha dicho. Y sé que os amáis. No hay más que una solución para lo futuro y se funda en tu hijo. Acaso cuando lo tengas sentirás llenar tu vida de su amor y quedarás consolada. Esto es lo que pido a Dios, y si no ya veremos de arreglarlo, porque no puedes permitir que seas desgraciada. Sería injusto que este negocio redundara en perjuicio tuyo que eres del todo inocente.»

¡Qué bueno, qué generoso se había mostrado siempre Juan!

«Y qué decir de su carta testamentaria, allanando a los amantes el camino? Era admirable tan bondad!»

El duelo de Amarilis por Juan fué tan sincero y profundo como lo hubiera podido ser por un hermano. Pero durante aquel mes de angustia mortal por Denzil, todo lo demás quedó en ella como adormecido, hasta su interés por el hijo.

A fines de agosto el soldado estaba fuera de peligro, pero aún no había completa esperanza de que volviese a caminar normalmente. Esto era lo de menos y poco a poco empezaron las dos mujeres, que lo amaban, a sentirse satisfechas de una herida salvadora que lo inutilizaría para el servicio activo durante mucho tiempo.

Los enamorados se escribían, pero decidieron no verse hasta pasados seis meses, no obstante la voluntad de Juan.

Debia haber estallado otra granada donde cayó Juan, porque no se halló su cuerpo; sólo se encontraron sus gemelos de campaña, rotos y esparcidos. Si Denzil no hubiese asistido a su muerte, ninguna noticia se hubiera tenido de él.

Enriqueta, Estanislao Boleski y Fernando Ardayre permanecían en París, haciendo frecuentes visitas a Fontainebleau.

Cuando supo la muerte de Juan, Enriqueta estuvo a punto de volverse loca. La idea de que Esteban se casaría con aquella «odiosa mosquita muerta» al cumplir el aniversario, se adueñó de ella como una obsesión, envenenando su existencia y agrándole el carácter. Cada día se mostraba más rebelde contra aquella vida de aburrimiento y monotonía. La guerra era una imposición intolerable, y así lo decía a Hans. Por fin, a falta de otra cosa más divertida, se entregó con más entusiasmo que nunca al espionaje.

Corrieron los meses y llegó noviembre sublevando los celos que sentía Enriqueta por Amarilis Ardayre.

En septiembre Verischenko marchó a Rusia, dejándola convencida de que amaba a Amarilis y de que era el padre del hijo de ésta. No concebía un afecto platónico y además Verónica una hiena a quien han arrebatazo su presa.

de su vuelta a París no consiguió nunca arrancarle una respuesta a sus continuas solicitudes, por lo que Enriqueta parecía una hiena a quien han arrebatazo su presa.

La misma imposibilidad de reducirlo cogió su entendimiento y aumentaba la turbulencia de su pasión impetuosa, hasta el punto de caer enferma de disgusto cuando él se marchó. Se mostró luego más terca, hosca y caprichosa, convirtiendo la vida de Estanislao en un infierno y hartando a Fernando de humillaciones.

Una chispa inflamó en noviembre el polvorín de sus celos.

Supo que Verischenko estaba de regreso y fué a verlo a sus habitaciones. El criado ruso, que conocía su llamada y esperaba al amo, abrió la puerta. Enriqueta pasó, sin decir palabra, dirigiéndose a la sala y luego al dormitorio, porque quería cerciorarse de que Verischenko no estaba en casa. Encotró la alcoba vacía, pero una lámpara ardía ante una cáplita de puertas cerradas.

La curiosidad acercó a Enriqueta a examinar una cosa que nunca vió en un cuarto que tanto conocía. Era como un altarcito con un retablo de madera tallada, que debía encerrar un icono como un sagrario. Seguramente estaba allí semejante ridiculez desde que no se veían. La disgustó hallar-

cerrado el relicario, que sin duda guardaba algo muy preciado para Verischenko.

Se acercó más y forcejó las puertas, que resistieron a sus sacudidas. Entonces una fuerza maligna la impulsó a cometer un sacrilegio. Empezó a descargar puñetazos y a empujar el asidero de metal. Su colera le daba fuerza y mano, y al fin cedió el cerrojo y se abrieron las puertecillas, dejando a la vista un cuadro moderno de la Virgen con el Niño en brazos. ¡No obstante la santidad que había en los ojos de María, era el mismo retrato de Amarilis Ardayre!

La ira de Enriqueta llegó al frenesi. Su rival triunfaba. No, aquello no tenía para ella ninguna significación espiritual, ni probaba que el temperamento místico de la sangre eslava inducía a Esteban a convertir a Amarilis en un símbolo de pureza, en un recuerdo diario de que siempre la habían de mirar como Señora de su alma. Todo esto carecía de sentido para Enriqueta. Aquella imagen no era sino prueba material de que Verischenko amaba a la dueña de Ardayre y que, pasado el año de luto, se casaran.

Trémula de fiero despecho, arrebatada como nunca se quitó la aguja del sombrero y la hundió en los ojos de la Virgen, haciendo muecas de vengativa saña, y arañó y destrozó el rostro del Niño Jesús. Hasta esto apagó la lámpara, cerró la urna de un golpe y se alejó con risa brutal.

—¡La Virgen, si... y «su» hijo! ¡Bueno, que aprenda ahora! —y pasó junto al criado dirigiéndole una mirada que parecía una maldición, tanto que el pobre viejo se disgustó y cerró la puerta a su espaldas.

Llegó a sus lujosas habitaciones del Universal, hecha una furia, con ganas de retorcer el cuello al primero que se le presentase. Jamás había sentido tanta rabia y la desahogó contra el pobre Fou-Chou, que aullando de dolor se refugió bajo las faldas de María, que en aquel momento entraba a ayudar a su señora.

El rostro de la doncella nada bueno presagiaba. Sus ojos negros despiedan fulgures de odio.

—Que te vaya pateando, ángel mío —le decía por el pasillo, mientras lo llevaba en brazos; —luego ya veremos. ¡Ya sabía María como hacérselas pagar todas el mejor día!

Del todo ajena a tales amenazas, Enriqueta telefoneó a Fernando Ardayre que fuese a verla inmediatamente.

Acababa de concebir un plan que le había de proporcionar alguna satisfacción.

Fernando estaba en su aposento, algo alejado del de los Boleski, y se apresuró a obedecer.

Enriqueta estaba livida de rabia, parecía más vieja. Cuando el joven se precipitó a su encuentro y lo besó volublemente.

—Fernando —le susurró con acento ronco —has de hacerme un favor. No permitas que el hijo de Verischenko se apodere de Ardayre. Vamos a ganar tiempo y quizás un día hallemos un medio de acabar con todos. Tengo un plan que te hará saltar de contento.

Sabía que podía contar con él, porque desde que nació Benito y murió Juan, Fernando no cesaba de proferir amenazas para desahogar su impotencia.

Sus relaciones con Enriqueta se habían convertido en una tortura, en un infierno; pero cada maldad, cada desaire excitaba sus celos y acrecentaba su pasión. Sabía que Enriqueta amaba a Verischenko, a quien él odiazo con toda su alma, y si ahora le proponía perjudicar a sus dos enemigos, con gusto la ayudaría.

—Dime —pidió, impaciente.

Lo condujo al sofá, cogió un cuaderno y un lápiz y le preguntó:

—Tienes algún manuscrito de tu difunto hermano Juan, y si no, puedes proporcionártelo como sea?

El rostro de Fernando se inflamó con la agitación de toda su sangre. ¿Qué iba a proponerle?

—Guardo una carta en la que me ordena que nunca me dirija a él y me dice que no soy de su sangre, sino un turco mestizo.

—Magnífico! ¿Dónde está? ¿La tienes aquí?

—Sí, en mi cartera. Voy a traerla.

—Muy bien. Me quitare de encima a Estanislao esta noche y dispondremos de unas horas; verás tú cómo les damos un susto horrible, ya que no podemos hacer otra cosa.

Cuando Fernando hubo salido, se paseó por la habitación agitadamente.

—Esto impedirá, al menos, que Esteban se case por mucho tiempo.

La ponía fuera de si el pensar que había perdido a Verischenko por completo. Era el primer hombre que se dejaba perder el único a quien quería y de quien nunca se había sentido dueña, el único a quien había atraido y a quien nunca pudo dominar. Recordaba sus entrevistas. ¡Con qué violencia la trataba, aun en los momentos en que se permitía mostrarse apasionado! ¡Y cómo lo adoraba! Ahora mismo iría a su lado arrastrándose. Nunca se hubiera creído capaz de tanto sentimiento y de tanto odio. Todo su instinto de perspicacia y de lujuria se sublevaba en ella en un sentimiento de ira. ¡Si tuviese allí a Amarilis, con qué placer le rasgaría las carnes y le clavaría en los ojos la aguja de su sombra!

Mas había de contentarse con impedir el casamiento de Ve-

rischenzko. Quizás se le deparase otra venganza. Hans le traería un plan. Hans y Fernando. Se hincó las uñas en las palmas de las manos. No hay fiero enjaulada que demuestre más furor.

Cuando entró Fernando con la carta de Juan, se dominó y sentada a su lado estuvo exponiendo su plan mientras se esforzaba en imitar lo mejor posible la letra.

—Tu sabes que no se encontró el cuerpo de Juan. Esto bien informada por uno que estaba allí: solo recogieron sus catajeos y su caizaco. Podía muy bien haber caído prisionero de los alemanes y estar en un hospital, demasiado enfermo para escribir durante todo este tiempo. Anora piensa cómo describirá su primera carta a su preciosa y delicada mujer.

—Habrá de ser sólo con las palabras indispensables, porque ignoro en qué términos estaban. Creo que lo mejor sería una postal, si tuviesemos alguna.

—Si, ya sé quién nos proporcionará varias. Será conveniente esperar a la semana que viene. Entre tanto, tú puedes ir haciendo prácticas hasta lograr una imitación perfecta de la letra de esa carta.

Media hora más tarde quedaba demostrada la habilidad de Fernando para falsificar un escrito, y por el momento los dos celos se sentían satisfechos del trabajo realizado.

## CAPITULO XX

Estaba convenido que Denzil y su madre pasarián las Navidades con Amarillis, en Ardayre, y los dos jóvenes esperaban el momento de volver a verse, como el más dichoso de su vida. Ya no quedaban obstáculos a su felicidad y todo prometía bonanza. El tiempo transcurrido desde la muerte de Juan hizo de Amarillis una mujer serena y esforzada, que llevaba las cargas del señorío con dignidad y éxito y aun disponía de algunas horas para atender a los trabajos organizados por exigencias de la guerra. Se había desarrollado extraordinariamente, pasando de la linda niña que antes era, a la más hermosa mujer. ¿Qué pensaría Denzil de ella y de su pequeño Benito? Tal era su constante preocupación.

Los vastos salones de Ardayre estaban cerrados, a excepción del verde, y ella vivía en sus habitaciones, haciendo del salón de cedro su refugio predilecto, su biblioteca y el museo de todos los objetos de su gusto exquisito. El heredero quedaba instalado en el piso superior del mismo cuerpo del edificio.

Los huéspedes debían llegar el 23 de diciembre, y cuando fué la hora, se apoderó de Amarillis un temblor escalofriante. Estaba exquisitamente bella en la holgada bata blanca que eligió para solemnizar aquél recibimiento, y cuando oyó pasos en el vestíbulo, temió morir de sofocación por el alboroto de su sangre. Se abrió la puerta del salón verde y el coronel y la señora Ardayre fueron anunciados y recibidos con muestras de afecto por los perros y luego por la dueña, que sintió que el corazón se le subía a la garganta al ver a Denzil tan pálido, tan flaco y moviéndose lenta y penosamente con la ayuda del bastón. Era una sombra de aquel mozo gallardo que antes llegó en su compañía a la heredad, pero siempre el Denzil de los ardientes ojos y de la ondulada cabellera de bronce.

Los tres hallaron en su mundología facilidad para sus primeros saludos, y casi inmediatamente sentáronse a la mesa donde brillaba la tetera y esperaban los gustosos bollos y la nata de Devonshire y donde Amarillis se movió graciosamente, llena de dignidad y gentileza caseras.

Ni volvieron a verse ni se cruzaron una carta de amor desde su entrevista en *Brook Street*. Y esto fué en abril y parecía transcurrir un siglo.

Amarillis estaba cien veces más atractiva para Denzil, que la contemplaba pensando en los sutiles galanteos que tenía que decirle antes de proclamarla por suya, estimulado por aquél dulce recato que la envolvía en una diáfana nube de ausencia. Le pareció el té interminable.

La señora Ardayre se condujo con admirable tacto, hablando de cosas triviales y amistosas y preguntando luego por el niño. ¡Sería una preciosidad, ahora que ya tenía siete meses!

Las adorables rosas que se pintaban en las tercas mejillas de Amarillis se colorearon, y sus ojos miraron dulces, como ojos de gacela.

—Ya lo verá usted mañana; ahora duerme. Si: a mí me parece una preciosidad, aunque quizás es como otro niño cualquiera.

Miró a Denzil con disimulo, y sorprendiéndole un gesto de contrariedad al decir que no verían al niño hasta el día siguiente, sintió una oleada de gozo. ¡Y con las ganas que tenía ella de traérselo, dormidito, en cuanto estuvieran los dos solos!

Cuando acabaron de tomar el té, la señora Ardayre manifestó deseos de ir a su aposento.

Estoy cansada, querida Amarillis, y me retiraría por una hora, antes de comer.

—Venga y les indicaré sus habitaciones.

Le siguieron por la amplia escalera. Denzil lento, parándose de tramo en tramo, y al llegar al descanso, ella se detuvo a decirle:

—No sé si recuerdas que al final del pasillo está el salón

de cedro. Allí me encontrarás en cuanto haya acomodado a tu madre en su habitación. La tuya es la contigua—y señala dos puertas, tras la arcada de la galería. Luego acompañó a la señora Ardayre.

Una rebelde nerviosidad la retuvo allí un poco. ¿Se hallaría bien cómoda, prima Beatriz? Nada le hacía falta: su doncella estaba aún deshaciendo los baúles, y un fresco olor de espliego se mezclaba al suave perfume de los pomos de violetas que adornaban el tocador.

—Pero, hija mía, si esto es el cielo, y tú eres un ángel de perfección! Despues del frío del viaje, esto será una delicia.

Sin más pretexto a que apelar, Amarillis tuvo que marcharse; pero en el pasillo notó que las piernas le temblaban y al llegar a la escalera hubo de apoyarse en la balaustrada. ¡Ya se acercaba el momento ansiado!

Abrió la puerta del salón de cedro, alumbrado más por los troncos llameantes de la chimenea que por la luz mitigada de las lámparas, y vió que Denzil ya le esperaba sentado en el sofa, junto al fuego.

Corrió a él, antes que se levantase, porque sabía lo penoso que le era todo movimiento, y tendiéndole las manos se sentó a su lado.

—¡Amada mía!—exclamó él con tal exaltación, que ella se inclinó para que pudiera abrazarla.

—Oh, dulce arroamiento! Tras los meses de separación, tras los horrores de las trincheras y de las batallas, tras los días y las noches de doloroso lucha con la muerte, sentía Denzil derretirse el corazón: ¡aquello era el mismo cielo!

Les fué imposible hallar coherencia a sus frases por unos minutos; todo rebosaba de santa dicha.

—Por fin, por fin!—exclamaba él.—¡Ya nunca más nos separaremos!

Y pudo cerciorarse de que aún era amado.

—Desde ahora yo seré tu enfermera, Denzil; y esto me proporcionará un gozo indecible—murmuraba ella con arrullo de una tortola.

Poco he pensado en mi mal—contestaba él.—Durante los pasados meses sólo he vivido para este día, y ahora que ha llegado, amada mía, apenas creo que sea verdad dicha tan celestial.

Durante una hora no hablaron más que de si mismos y de su amor, de sus anhelos y ansiedades, y por fin de Juan.

—Era excelente—dijo Denzil,—un modelo de abnegación.

—Y describió su muerte con sus últimas palabras y el postre pensamiento, a ella dedicado.

—Si nos viese, estoy seguro que se sentiría feliz.

—Lo creo—dijo ella con las lágrimas agolpadas en sus ojos.

Denzil le oprimió las manos delicadamente, absteniéndose de toda caricia. Ella comprendió este acto de caballerosidad y apoyándose en su brazo, agradecida, le dijo:

—Cuando vivamos los dos aquí, Denzil, hemos de llevar a cabo todo lo que Juan hubiera deseado hacer. En esto tenía él puesto su alma. Tú me ayudarás a ser digna madre del heredero de Ardayre.

Aún no había mentado al niño, contenida por un misterioso rubor, hasta en los momentos de mas efusión. Pero ni uno ni otro habían apartado de él sus pensamientos, desde el principio, y ahora que tenían el corazón como esponjado de ternura, ¡con qué deleite espiritual departirían sobre sus afectos paternales!

Denzil quiso esperar que ella iniciase un asunto de tanto interés. No quería permitirse ningún derecho sobre ella ni sobre nada, porque ella sería la reina, no sólo de su corazón, sino de todas las cosas, hasta que le otorgase graciosamente la autoridad.

Mas ahora la miró con ojos anhelantes, teniéndola inclinada contra su pecho.

—Amada mía, ¿y no me será permitido ver a... mi hijo?

Amarillis ahogó un grito y los dos se estrecharon en un abrazo de cariño que fundió el justificado recato de la madre.

—Ya verás cómo es lo mismo que tú, Denzil, como suponíamos que sería; te lo voy a traer aquí, porque la escalera de arriba es muy pesada y podría perjudicarte.

Saló corriendo para volver en seguida, y Denzil esperó junto al fuego, temblando de una emoción indescriptible.

Amarillis apareció en la puerta con la tierna criatura dormida en sus largos pañales y abrigada en un mantón de blanda lana.

Hizo ademán a Denzil de que no se levantase, y acercándose con gran diligencia le dejó en los brazos aquél tesoro.

Los dos contemplaron con ojos de adoración la carita de querubín, de mejillas coloreadas por el riego normal de la sangre durante el sueño, sombreadas por luenguismas pestanas y adornadas con diminutos rizos de bronce dorado, que asomaban bajo la puntilla del gorro de batista. Era hermoso como otros mil niños de este mundo, mas a ellos les parecía más hermoso que el aura.

—Verdad que es la misma perfección, Denzil?—preguntó Amarillis en éxtasis.

—Una maravilla!—asintió el hombre, con voz amedrentada.

Y entonces los envolvió el misterioso espíritu creador que

un dia se posesionó del alma de los amantes, y una sombra de profundo sentimiento pasó ante sus ojos.

Todos se sentian felices durante la comida. La señora Ardayre armonizaba en todas partes. Léntamente habia ido comprendiendo la situación, durante los largos meses de establecimiento de su hijo, y aunque no se habia cruzado entre ellos ni una palabra que hiciera al caso, Denzil presentia que su madre adivinaba la verdad, y esto allanaba el camino.

Luego, en el salón verde, Amarilis sentóse al piano y regaló sus oídos, pasando después a la estancia de cedro donde, al amor del fuego, hablaron y trazaron planes.

Si perdía toda esperanza de volver al frente o de prestar servicio tras las líneas de fuego, Denzil pensaba ir al Parlamento. Como le amargaba la idea de tener que renunciar para siempre el servicio activo, las dos mujeres procuraron entusiasmarlo con la carrera parlamentaria, convencidas de que su inquieto espíritu no se resignaría nunca a la inactividad.

Decidieron casarse a primeros de febrero, pues como todo el mundo conocía los deseos que Juan dejó escritos, no era de temer ningún comentario desagradable.

Y cuando Beatriz Ardayre los dejó para acostarse, Denzil atrajo a Amarilis a su lado y reanudó la conversación:

—Cree que el mundo va a cambiar por completo después de la guerra, querida. Si esto dura mucho, las privaciones, sufrimientos y la miseria, que cada día aumentan, transtornarán el orden de las cosas, y todos tendremos que conformarnos. Sólo los locos y los débiles se aferran a los viejos sistemas cuando la ola arrulladora los deja inservibles. Todo lo que sea para bien de Inglaterra ha de dirigir nuestros esfuerzos, aunque nos exija el abandono del ideal de la familia durante tantos siglos. ¡Verdad que me seguirás, Dulzura, aunque tengamos que saltar un precipicio?

—Claro que sí, Denzil.

El suspiró levemente.

—Inglaterra se engrandeció con el viejo sistema, pero como ya éste se acabó para todo el mundo, sólo nos queda mantenernos fuerte para dirigir la nueva embestida, si queremos engrandecernos aún más en vez de dejar que la civilización se hunda en las tinieblas, como cuando cayó Roma. Quizás nos sea fácil por estar en nosotros tan arraigado el sentido común, como dice Esteban, y especialmente si se ponen a la cabeza hombres de verdadero empuje y de profundas convicciones y no aquellos que se limitan a asegurar una votación y vacilan y se rinden en los momentos difíciles. Si los políticos tuvieran el tesón y la serena acometividad que cualquier pardo pone de manifiesto en las trincheras, seríamos un pueblo admirable.

—Lo creo, pero hay que tener muy buena vista para mirar adelante sin dejarse influir por los viejos prejuicios que siempre quedan; con frecuencia los hombres quieren una cosa y no tienen suficiente voluntad para desprenderse de defectos que son obstáculos para alcanzarla.

Y miró a Denzil, que tenía puestos sus brillantes ojos en un punto vago de enfrente, y le pareció que algo más que el físico la atraía en él, lo cual la inundó de dichoso orgullo. Ella sería su ayuda y compañera, pronta a luchar por la consecución de nobles ideales. Hablaron mucho de éstos y de los planes que los llevarían a realizarlos, y luego de Verischenko, de quien Amarilis preguntó noticias, suponiéndolo en Rusia.

—Esteban llega a Londres la semana próxima. Hoy ha tenido carta de él. ¿No vas a invitarle, querida, a que pase con nosotros el Año Nuevo? Sería un gusto ver por aquí al viejo amigo.

Lo acordaron, volvieron a la plática amorosa y se despidieron para dormir.

El dia de Navidad de 1915 y toda la semana siguiente, fué un sueño de felicidad para los amantes. A todas horas descubríanse mutuamente nuevos motivos de estimación, que acrecentaba su amor. Pasaban largas tardes en el santuario de cedro leyendo libros, y para la joven era un delicioso placer apretarse contra Denzil, mientras éste leía en voz alta y armoniosa.

Entonces, Beatriz Ardayre parecía una gata tumbada al sol, viendo cómo los gatitos retocaban a su lado. Su amado hijo estaba contento y ella satisfecha. Tenía el alicerto de permanecer juntos a ellos cuando no estorbaba y de dejarlos solos oportunamente.

Otro de los placeres eran las excursiones en automóvil por la hermosa comarca, visitando ruinas, iglesias, granjas y casas solteras que abundan en North Somerton, y paseando por el señorío saludando a los labriegos, que eran sus arrendatarios y sus amigos. Todos aprobaron aquella unión, que no se anunciaría oficialmente hasta primero de año, pero que todos sabían por el testamento de Juan. Más quizás su dicha suprema la sentían cuando pasaban media hora a solas con el niño, antes de acostarlo. Entonces eran tan «bobos» como toda pareja joven con su primogénito. Era una criatura

ra hermosa y muy desarrollada que conmovía al padre de dulces esperanzas al demostrar su voluntad aséndole un dedo y apretando fuerte con su manito gordezuela. Los padres le atribuían maravillosas perfecciones.

Los más sutiles goces espirituales, místicos y materiales que soñaran, los hallaban compendiados en aquella prueba viva de su amor. ¡Y pensar que luego estarían unidos para siempre... no por promesas, sino por lazo indisoluble! ¡Qué dicha cuando su amor no tuviese trábas, cuando ya no tuvieran que darse las buenas noches! Porque, en cuanto a esto, la caballerosidad de Denzil nunca quedaba desmentida y su mutuo respeto aumentaba cada día.

Verischenko había anunciado su llegada para la hora de comer, el último dia del año, y aquella tarde fué una de las más dichosas para los novios, que pasaron por el parque en el coche de dos asientos que Amarilis misma guataba, hasta subir a la cima de los collados, desde donde parecía señorearse un mundo. ¡Inglaterra se ofrecía próspera, pacífica, sonriente! Ante sus ojos se extendían millas y millas de hermosas tierras a donde no llegaban los ecos de la guerra.

—Si hubiésemos nacido diez y seis años antes, Denzil, qué otros pensamientos nos inspirarían este panorama! ¡No calcularíamos, no nos turbaría la incertidumbre, sentiríamos la dicha de sabernos dueño de todo lo que abarcaban nuestros ojos y de saber que lo seguiríamos siendo para siempre! ¡Entonces el mundo dormía!

—Esteban diría que durmió hasta que lo despertó el dolor de la lucha. Aún hemos de arrostrar algo más atroz que la actual guerra de Francia, pero si somos fuertes saldremos adelante. Siempre fuimos más fuertes que otros pueblos; quizás lo sea también nuestro cambio.

—Venga lo que venga, estaremos juntos, Denzil, y nada nos puede importar entonces, como no sea poner a nuestro hijo en condiciones de contender con las exigencias de ese día.

—Mira el azul del confín, amada. ¿Has visto algo más pacífico? ¿Quién, viviendo aquí, podría comprender que a doscientas millas bulle la pelea?

Y enlazándola por su esbelto tallo, la atrajo hacia sí y la estrechó cariñosamente.

—Pero olvidemos esto por ahora. Nunca soñé una dicha tan perfecta como la que nosotros gozamos, Dulzura mía.

—Ni yo, Denzil; sólo temo...

El joven la besó ardientemente rompiéndole el pensamiento. ¿Qué temer? Nada les importaba mientras estuviesen juntos. Llegaría febrero y nunca más se separarían.

Amarilis olvidó sus vagos presentimientos en los planes que los dos trazaron para el comienzo de su vida de esposos, y al volver a casa les esperaba ya el correo de la tarde, que Filson acababa de dejar sobre el escritorio.

Denzil, para quien no había nunca carta, se acercó a la chimenea, y estaba acariciando la cabeza de Mercurio, el más grande de los perros, cuando le sobresaltó un grito ominoso de su amada que se derribaba en una silla, blanca como una muerta, mientras caía a sus pies un sobre abierto y una postal.

—¿Qué era aquello?

## CAPITULO XXI

Verischenko se trasladó directamente de San Petersburgo a Londres sin pasar por París, y nada sabía del sacrilegio de Enriqueta, contra la cual llevaba recogidas bastantes pruebas para perderla en un momento dado.

En esto pensaba durante su viaje a Ardayre. Aquella mujer era un constante peligro para los aliados, a quienes traicionaba con frecuencia. No merecía piedad y como sus últimos crímenes habían sido contra Francia, allí sería más fácil castigarla.

Al recordar todo el mal que había hecho, Verischenko gezábase previendo la venganza. A la media claridad del vagón le pareció estar viendo el contristado semblante de Estanislao, que tanto bien hubiera hecho a Polonia si no hubiese caído en las garras de aquella arpía, y las muecas de dolor de los bravos franceses que fueron fusilados por su culpa.

La muerte de un espía en tiempos de guerra, no significaba una vileza; ellos habían entrado en territorio enemigo jugándose la vida; y si Enriqueta hubiese sido consecuente y obrado por patriotismo, aún hubiera deseado librarse de la sentencia de muerte; pero a ella no le importaba más un país que otro, y lo mismo que le revelaba a él secretos, se los revelaba a Hans. Rió con amarga sorna. ¡De modo que el danseur del baile de Ardayre era su primer marido! ¡El hombre que la golpeaba con un bastón y que se divorció obedeciendo al Alto Mando!

¡Qué claro aparecía todo! Si no por la gravedad de las circunstancias, sería interesante dejarla vivir para ver a dónde llegaría, pero podían ser demasiado horribles las consecuencias de diferir más la denuncia. No vacilaría; en cuanto llegase a París, la denunciaría a las autoridades francesas, sin el menor escrupulo. Ahora pagaría su vida regalada y disoluta.

Filson anunció su llegada y lo introdujo en el salón verde, pero sólo Denzil salió a recibirla, con cara seria, pálida.

—No puedes figurarte la alegría que me da tu presencia. Esteban—le dijo, luego que se saludaron.—Eres el único que

me hacia falta, puesto que tú lo sabes todo. Ha ocurrido algo sin precedentes. Amarilis acaba de recibir una comunicación que al parecer es de Juan, desde una concentración de prisioneros en Alemania y, no obstante, si alguno puede estar cierto de algo, yo lo estoy de haber asistido a su muerte.

Verischenzenko se inmutó al oír aquello. ¡Sería una espantosa complicación que Juan viviese!

—La carta, mejor dicho, una postal en sobre cerrado, llegó en el correo de esta tarde y ya comprenderás el efecto que nos ha producido. Algo que escapa a los propios sentimientos. Juan tenía derecho a vivir, y nosotros deberíamos alegrarnos; pero la idea de abandonar a Amarilis y de volver a sufrir como antes, me enloquece.

Verischenzenko se sentó en uno de los verdes sillones y Europeo, el perro más pequeño, fué a ponerle el hocico en las manos. El le acarició la cabeza sedenamente, distraídamente, mientras concentraba sus pensamientos. La noticia le cogía de sorpresa y era necesario reflexionar antes de dar su opinión.

—¿Dices que la escribe el mismo Juan?

—La postal está escrita de su puño y letra—dijo Denzil, que permanecía de pie, apoyado en la repisa de la chimenea y con cara cada vez más sombría.—Sólo dice que cayó prisionero en el contraataque y que ha estado demasiado enfermo para escribir o hablar hasta ahora. No lo entiendo, porque no atacaron hasta después que yo fui recogido y, aunque yo estaba sin conocimiento, los camilleros debían haber visto a Juan si hubiera estado allí. No hallaron más que sus anteojos y dedujimos que otra granada debió esparcir su cuerpo, después que me transportaron. Juro ante Dios, Esteban, que lo vi morir.

—Es extraordinario. Cuéntamelo con todos los pormenores que recuerdes, Denzil.

Otra vez fue relatada con toda minuciosidad la muerte de Juan, y los puntos resultaban incontrovertibles: Denzil vió morir a Juan, si bien su cadáver no se encontró.

—¿Cuánto se tardaría en comunicar con él? Tendrá que ser por conducto del Embajador de los Estados Unidos, porque no da su dirección. Ha de ser tremendo para él estar allí, herido y sin noticias. Hablo aceptando, a pesar mío, su escrito, pues no acabo de creer que viva.

Verischenzenko quedó un rato pensativo y dijo:

—Puedo ver a miladi Amarilis?

—Sí; me ha encargado que te acompañe cuando te lo haya contado todo. Vamos.

Subieron la escalera en silencio, y al llegar a la puerta del salón de cedro, Denzil la abrió y, dejando pasar al ruso, anunció:

—Aquí tienes a Esteban. Os dejo solos para que habléis.

Amarilis, intensamente pálida y concentrada en sus ojos zarcos toda la turbación de su vida, alargó las manos a Verischenzenko, que las besó con ferviente adoración.

—Señora de mi alma!

—Ay, Esteban! ¡Consúleme...!, aconséjeme! Es el momento más terrible de mi vida. ¿Qué debo hacer?

—Difícil es para usted. Es preciso reflexionar bien.

—¡Pobre Juan! Debia alegrarme de que vive y me alegro, pero... ¡ay, Esteban, quiero tanto a Denzil! ¡Es horroso lo que pasa! Y lo que más me sorprende es que Juan no parece que escriba en un estado delirante ni que haya perdido la memoria, y si hubiésemos seguido sus instrucciones, Denzil y yo estaríamos casados, y él no alude a esta posibilidad. Escribe como si nada pudiera haber ocurrido.

—Es muy raro. Puedo ver la carta?

Se levantó Amarilis, fué al escritorio y volvió con el sobre que contenía la postal. No era como las que solían usar los prisioneros, sino ilustrada con la vista de una ciudad alemana, y el sello del sobre era de Holanda. Verischenzenko la leyó con mucha atención:

"No escribí antes por estar muy enfermo. Cai prisionero durante el contraataque, hallándome sin conocimiento. Te mando ésta por Holanda, gracias a la bondad de una enfermera. Todos deben de creerme muerto. Estoy ansiendo noticias tuyas, querida. Pronto me restableceré. No pases pena. Me van a trasladar y entonces te mandaré la dirección. Recuerdos." Y firmaba solo:

"JUAN."

Era una letra floja, de persona muy enferma, pero el nombre aparecía con rasgos firmes.

—¿Está segura de que es su letra?

—Sí; puede usted ver cómo es la misma—y le entregó la última carta recibida.

Esteban las acercó a la lámpara y apenas se encorvó sobre los dos papeles lanzó un ligero grito:

—¡Mentira! —Y en vez de examinar la letra se puso a oler la postal. Amarilis lo observaba sobrecogida.

—¡El mismo! Vive Dios que esta es obra de Fernando. Nadie que lo haya percibido una vez confundirá su olor. ¡El muy bellaco... la vibora! Pero se ha delatado.

Amarilis se le acercó como una muerta.

—¡Esteban! Digame... ¿qué es lo que supone?

—Cree que se trata de una falacia; el olor me da la clave. Huella usted. ¿No percibe un aroma repugnante? El sobre lo

ha conservado. Es un perfume oriental muy molesto. ¿Qué me dice?

—Sí; huele a algo. Se percibe al principio y luego ya es difícil notarlo. Por Dios, Esteban, no me torture. ¿Puedo estar segura?

—Estoy plenamente convencido, sea o no sea letra de Juan, que Fernando, o alguien que usa su raro perfume, ha tocado esta postal. Ahora hemos de indagar la verdad.

Y paseo de un lado a otro, presa de agitación y murmurando frases de las que Amarilis pudo oír algunas: «¿Por qué ventajas tiene Fernando? Ninguna. ¿Pues quién, entonces? Enriqueta? ¿Pero por qué Enriqueta...?»

Luego se sentó y fijó la vista en el fuego. Sus ojos verdes se animaban de inteligencia; volaban sus pensamientos por el recto camino de las deducciones lógicas, pero sus labios no se movían ya.

—Está celosa. Recuerdo que se figuraba que era mío el chico. Teme que me case con Amarilis. ¡Es claro como la luz del día!

Y levantó sus manos, temblorosas de excitación, para gritar gozosamente:

—Llamemos a Denzil. Puedo explicarlo todo. Amarilis salió corriendo, y acercándose a la habitación del joven llamo desde fuera.

—Denzil, ven, corre!

Se les reunió ya vestido para la mesa, mirándolos con ojos de ansiedad.

—Creo que la postal está falsificada, Denzil. Supongo que la escribiría Fernando a instigación de Enriqueta Boleski, quien tiene medios para procurársela y mandarla por Hollandia.

—Pero, ¿por qué, por qué ella? —preguntó Amarilis, pasmada. —¿Qué motivos tendría para tratarlos tan cruelmente? Siempre nos hemos portado muy bien con ella, como usted sabe.

Verischenzenko rió con cinismo.

—Esto no le impedia estar celosa de usted. Pero, Denzil, todo lo descubre el olor. Me consta que Fernando usaba este. —Huele!

Denzil oifateó la postal, como Amarilis.

—Es tan sutil, que si no me lo hubieses dicho, no lo hubiera percibido; pero si esto es una esencia, hay que caerse de náuseas. —Y como vas a probar lo que dices, Esteban? Necesitaríamos pruebas convincentes, porque soy yo el único testigo de la muerte de Juan y es muy fácil que digan que tengo demasiado interés en que me crean... —Por Dios, amigo, dadnos algún camino que nos lleve a una certidumbre!

—Tan pronto llegue a París, tendré las pruebas. Entre tanto, no digas nada ni pienses más en eso. Tu, Denzil, ya estás convencido de la muerte de Juan por el testimonio de tus ojos y se te hace difícil aceptar que el escrito sea suyo; pero si yo aseguro que se trata de una falsedad, os quedareis tranquilos. —No es así?

A Amarilis le temblaban los labios. La horrorizaba no aferrarse a cualquier cosa que probase que Juan vivía en vez de sentirse aliviada cuando Verischenzenko afirmaba la falsificación de la letra.

—¡Pobre Juan! ¡Tan bueno y tan abnegado! ¡Pero acaso no preferiría ella morir a separarse ahora de Denzil, y no sería la vida de Juan mil veces peor que la muerte viéndose obligado a conllevar tan desgraciada situación?

—A parte del convencimiento que me da el olor—prosiguió Verischenzenko, —la carta debe ser apócrifa, porque Juan quería olvidar la posibilidad de vuestra boda, según sus deseos, lo que es impropiado de él. Pero es muy lógico que nada digan los autores sobre esa circunstancia que desconocen, y piensen que lo más natural es que un hombre exprese los deseos de ver a su mujer. No cabe duda de que podéis estar tranquilos. Permitid que vaya a vestirme y olvidemos esa preocupación molesta.

Siempre recordarán los amantes el admirable tacto desplegado aquella noche por Verischenzenko, para que todo transcurriera en paz y tranquilidad, animándolos con sus curiosas anécdotas y su buen humor. Y después de la comida tocó el piano, con tal inspiración, que la señora Ardayre hubo de confesar que, oyéndolo, era imposible que el alma se distrajese de la placida serenidad a que la transportaba el artista.

Pero cuando se quedó solo con Denzil, después de retirarse las damas, se hundió en una butaca y rompió en una cínica carcajada.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Denzil, espantado. —Estoy pensando en el exquisito error de Enriqueta. Me cree el padre del niño. Los celos la vuelven loca y cree que voy a casarme con Amarilis... De aquí su intriga. ¡No sabe que Dios protege a los buenos, y que los malos caen en su propia trampa!

—Realmente te da con esto una prueba de su amor.

—¿De su amor? ¡Mon Dieu, si a eso llamas amor! Me hice dueño de su cuerpo sin comprometer a nadie. Nunca tuvo sobre mí otra influencia que la que puede ejercer cualquier otra mujer pagada con doscientos francos. Esto lo sabe ella perfectamente y es lo que más le disgusta. Ahora tengo todos los cabos en mis manos. Figúrate, Denzil, que el hombre que bailó con ella en Ardayre es su primer marido, por quien siempre

pre ha conservado un afecto bestial, ha pesar de maltratarla. La casaron con Estanislao para descubrir los secretos de Polonia y todo lo que pudiera ella sonsacar. Su estupidez y su fauta absoluta de sentido moral han hecho de ella una excelente espía. No hay nada que la detenga; mas ahora ha tropezado con los celos. Cuando vió que yo la abandonaba, empezo a desearme locamente con lo único que puede ella deseas las cosas, con la carne, y en septiembre, antes de marcharme, perdí la cabeza y me dio la clave de todo. No he de entrar en pormenores, pero los tengo a los dos cogidos: a ella y a Fernando Ardayre. Su primer marido logró entrar en Alemania por Suiza; pero ya no volverá. Inmediatamente voy a entregar a Enriqueta a las autoridades francesas, porque contra Francia fueron sus últimas proezas; por ella han fusilado los alemanes a seis o siete jóvenes, a más de dar informes de más importancia que les arrancaba a sus locos adoradores y, especialmente, a Estanislao.

—Supongo que la fusilarán.

—Es muy probable. Pero antes habrá de confesarme la verdad acerca de la postal del campo de concentración de prisioneros. Voy a París inmediatamente, Denzil, no hay que perder un momento.

—No sentirás ni un poco de remordimiento, ya que ha sido tu querida, si la fusilan, Esteban? Te lo pregunto porque es muy interesante y rara esa combinación de posibles emociones.

—¡Ni un solo instante! —profirió Verischenko con ojos inflamados de odio. —No sabes cuánto he querido a Estanislao desde mi niñez; era mi guía, mi modelo, un apostol de la libertad que podía haber cambiado la historia de nuestros países; era la luz que necesitábamos, y esa mujer necia y despreciable ha aniquilado no sólo su inteligencia y su cuerpo sino al padre y defensor de un concepto de libertad que podía haberlo realizado. ¡La estrangularía con mis propias manos!

—Estanislao debe haber sido débil, Esteban, si se ha dejado aniquilar; un hombre sin dominio. Esto prueba una de tus teorías. Ahora esta quizás pagando a esa mujer una deuda de su anterior existencia. Tuvo ocasión de ejercitarse sus fuerzas contra ella y fracasó.

El semblante del ruso se fué serenando.

—Tienes razón, Denzil; eres mucho más sensato que yo. No entregare a esa mujer para que purgue sus crímenes, si no para que se haga justicia. No es posible dejarla en libertad. ¡Es tremendo! Yo, que puedo enorgullecerme de ser equilibrado, no siempre evito que el odio domine mi sano juicio. Es una pasión inmóvil, chico.

—También cogéras a Fernando?

—Indudablemente. Es un rastreo y un cobarde, pero dañino como instrumento de Enriqueta, y de gran peligro, con sus negocios en Holanda.

—Odia a los ingleses y esto le excusa; mas Enriqueta no tiene ningún motivo.

—Enriquequeta no tiene patria y las vendería todas para satisfacer su egoísmo. Si hubiese trabajado a favor de Alemania por patriotismo, aún se la podría respetar, pero siempre me ha revelado sus secretos por una joya u otra cosa que necesitase en un momento dado. No hay que tenerla compasión.

—En estos tiempos no puede uno sentir lástima por un espía, aunque sea mujer; aunque me alegro de no ser yo quien deba entregárla.

Verischenko sonrió.

—No puedo remediar mi carácter. Denzil; o quizás sea esto propio de mi raza. Entregare a Enriqueta sin sentir el menor escrúpulo.

Luego se despidieron y Denzil se acostó, aliviado de las turbulentas emociones que agitaron su alma aquel día.

## CAPITULO XXII

Cuando Verischenko llegó a su casa y descubrió la profanación de la imagen, palideció de ira refrenada. No necesitó interrogar al criado. Aquello sólo podía ser obra de Enriqueta; sólo los celos podían inducir a acto tan execrable, que patentizaba la creencia de Enriqueta acerca de la paternidad del pequeño Benito. No hacia falta otra prueba de la falsificación de la carta; pero quería volverla a ver para que ella misma la corroborase.

Sus ojos verdegoyos brillaban con una luz especial, contemplando la imagen mutilada.

—atreverse a tocar los de la señora de su alma, y arañar el rostro del niño, con el ridículo y maldito afilir de su sombrero!

Mas no permitiría que el acto de justicia que iba a cumplir participase de su enojo personal. Al dia siguiente entregaría a las autoridades las pruebas de su culpabilidad y dejaría que las leyes siguesem su curso; pero ahora habría de escuchar por él mismo el sumario de sus crímenes.

Se acomodó en un blando sillón de su despacho y se entregó a sus reflexiones.

Su aspecto era siniestro: todos los fieros instintos de su temperamento y de su raza lo animaron durante un largo espacio.

Su perro, un inteligente terrier a quien quería mucho, permaneció sentado junto al fuego, moviendo la cola nerviosamente, de vez en cuando, sin osar acercársele. Al cabo de

media hora, Verischenko se levantó y por teléfono llamó al hotel Universal, pidiendo le pusieran en comunicación con la señora Boleski. Un momento después oía la voz de Enriqueta, un poco ansiosa, aunque insolente como siempre.

—Sí. ¿Eres tú, Esteban? ¡Mi querido bruto! ¿Qué quieres?

—Te quiero a ti. ¿Puedes venir sola, a comer conmigo esta noche?

Su voz sonaba melosa, con un timbre espontáneo y familiar que no concordaba con la ferocia de su aspecto.

—¿Has llegado ahora? ¡Qué dicha!

—Ahora mismo acabo de llegar. Ardo en desos de verte..., ven... en seguida.

Y puso un acento apasionado en sus últimas palabras, porque quería atraerle sin falta.

«Aún no ha visto el icono», pensó Enriqueta. «Iré. Vale la pena, para verlo de nuevo».

—Muy bien. Dentro de media hora estoy contigo.

—Sóit—y dejó el receptor.

Volvío al dormitorio y examinó las portezuelas de la imagen, con las que maniobró hasta dejarlas apretadas, de modo que pudiera creerse que al cerrar de golpe habían quedado en condiciones difíciles de ser abiertas. Encargó una buena comida y unas botellas de "Chateau Ikem" de 1900, que a Enriqueta le gustaba más que el champán. Antes de ir a vestirse, el ruso paseó la vista por la sala, caldeada con los leños que ardian en la chimenea. Sentiase allí un bienestar agradable que le hizo sonreír, mientras el perro hopeaba con delicia.

Enriqueta llegó puntual, ataviadísima. En su irre frenable deseo de ver a Verischenko dormiese su raro instinto de conservación pero aun se le notaba un cierto desasosiego.

Esteban la recibió en el vestíbulo, con su acostumbrada rudeza, sin cumplidos.

—Puedes dejar el abrigo en mi dormitorio—le propuso, para que viera las puertas del incono acuñadas y se tranquilizase.

Lo primero que ella hizo fué examinar el relicario. No no habían arreglado el cerrojo. Empuñó las puertas y no pudo abrirlas. Recordó que las había cerrado con violencia. Gracias a esto, aun no sabía nada Esteban de su profanación. Respiraba. Tenía por delante una noche de placer y no había que preocuparse por el dia de mañana.

Verischenko la esperaba ya, y se sentaron a la mesa, cerca del fuego. Todo invitaba a una efusiva intimidad y Enriqueta se animó.

Para ella no había hombre más atractivo que Verischenko. Sin duda poseía un magnetismo personal que habrían sentido muchas mujeres antes que ella. El la contempló con ojos despejados de seducción y la vió pintada, vulgar, sin encantos reales. Ya nunca más excitaría sus sentidos; no veía en ella sino materia, bestialidad, y no podía apartar su pensamiento de las maltratadas órbitas de la Virgen y del rostro desfigurado del Niño Jesús.

Todo lo que había en su naturaleza de fiero y agresivo estaba en actividad y gozaba en el tormento que iba a darle, tormento de celos y de zozobra.

Le habló sutilmente, despertando adrede su curiosidad y alarmando su suspicacia. Sín nombrar a Amarilis, la llevó a pensar que había estado en Inglaterra a verla y que reinaba en su alma. Apeló después a todos sus artes de seducción, inflamando los deseos de Enriqueta de tal modo, que a los postres, acalorada con el "Chateau Ikem", experimentó una de las emociones más intensas de su vida, mientras que su impotencia paralizó su voluntad.

Todo lo que había en su naturaleza de fiero y agresivo estaba en actividad y gozaba en el tormento que iba a darle, tormento de celos y de zozobra.

Verischenko permanecía inmóvil.

—Qué torpe estuve al enviar aquella postal a lady Ardayre—le soltó pensativamente, interrumpiendo una de sus ardorosas frases.—Fue improPIO de ti: un chico de escuela hubiese descubierto la treta. Si no hubiese sido por aquello, te hubiera hecho muy feliz esta noche, por última vez, correr detrás mia.

—Qué postal, Esteban? De todos modos vas a hacerme muy feliz, mi querido bruto. Para eso he venido, ya lo sabes.

Pero sus ojos no miraban tan inocentes como de costumbre, cuando mentía. En su estupidez palpitaron un recelo, un temor de no ver satisfechos sus deseos. Nunca la había él molestado tanto.

Verischenko prosiguió, después de encender con calma un cigarrillo:

—Fué un juego muy burdo. Fernando la escribió y tú la dictaste. Lo vi al momento. Lo hiciste porque estabas celosa de lady Ardayre; creías que la amaba.

—No sé de qué postal me hablas, pero sí que estoy celoso de esa mosquita muerta—y le relumbraron los ojos.—Es indigne que te preocunes de esa mujer, cuando yo lleno tus gustos.

El rió suavemente.

—Hay gustos y gustos. Tú satisfaces los más bajos, y afortunadamente no son éstos los que siempre dominan a un hombre. Mas deja que te hable de la falsificación. Os basasteis de listos. Lo hicisteis como si Juan se olvidase de lo que hubiera sido su primer pensamiento. De modo que el fraude se descubrió en seguida.

Arrebatada de celos, olvidó toda prudencia.

—Te refieres al hijo... a tu hijo...  
Un relámpago siniestro brilló en los ojos de Verischenzenko.

—¡Mi hijo! Ya me hablaste otra vez de eso y te advertí. Nunca hablo a la ligera.

Ella se levantó y le echó los brazos al cuello.

—Te amo, Esteban... te amo! Mataría a esa mujer y al hijo. Te quiero a ti. ¡Por qué estás tan cambiado!

Verischenzenko rió, burlón, y se desató de los brazos.

—¿Sabes como lo descubrí? Por el perfume. El mismo que me dististe que era de la querida de Estanislao y que percibimos en el pañuelo marcado con las iniciales "F. A.". Fue una comedia infantil. ¡Probando que el marido vivía pensaba impedir mi casamiento con Amarillis Ardayre?

—Es decir, que vas a casarte con ella?

Los ojos de Enriqueta despedían fuego; su semblante, demudado de ira, dominaba al rostro.

Ofrecía un aspecto repugnante para Verischenzenko, que la examinaba con frialdad. Notó que los pulgares se le acercaban a la muñeca al tender las manos, y tembló de indignación y de vergüenza pensando que había sido capaz de poseerla.

Enriqueta sorprendió aquel movimiento de repulsión y perdió todo freno.

Se arrojó a sus brazos, y poco faltó para que lo sofocase apretándolo contra su pecho, mientras se deshacía en un torrente de pasión inspiradora de las más infernales maldiciones contra la mujer que osaba disputarle su hombre.

El ruso permaneció frío como el hielo ante aquella repugnante exhibición, y sólo cuando ella se cansó, le dijo condescendiente calma:

—Sostégaté, Enriqueta, que el enojo te afea el rostro y sería lástima que perdiésemos lo único que te queda de bueno. Yo no tengo ganas de ti porque te encuentro ordinaria y me fastidias. Pero escucha, que tengo algo que decirte.— Y su voz, que sonaba cinica, adquirió un tono de gravedad:— No es preciso que me digas que es tuya la falsificación de la postal, porque ya me has dado pruebas suficientes, pero has de oírme un relato de tus maldades.—Sono más severa la voz y sus ojos la amedrentaron.—Mujeres como tú se convierten en instrumentos del diablo, pues poseyendo tan poderosa influencia sobre los hombres, sólo la usáis para hacer mal. No has pasado por ninguna parte sin dejar un rastro de degradación y de cieno. Piensa en Estanislao! ¡Un hombre que tenía tan preciosos planes y tan elevados ideales! ¿Qué es ahora? Una pobre apariencia de hombre sin vida, sin inteligencia ni voluntad. Tú lo has hecho a perder, no ya para satisfacer tus bajos deseos, sino para traicionar a las naciones, una de las cuales era la de tu marido y debías, por lo tanto, haberla considerado como tu patria.

Ella cayó de rodillas a su lado. Verischenzenko siguió sin piedad citando nombres que sabía y por fin se refirió a Fernanda Ardayre.

—Me han dicho que bebe, que se entrega a la morfina y que lo tienes loco. Piensa en todos. ¡Qué ha sido de ellos! La mayor parte ha muerto y tú has sobrevivido y prosperado como un vampiro, con la sangre que les chupaste. ¡Acaso no te importa nada ser humano? Por el placer de un momento sacrificarias al más allegado y al más querido. Si no has sido estrangulada, puedes dar gracias al aspecto de inocente bondad con que sabes revestir tus actos. Tu alma no es más que un gran gusano que se ceba en un cuerpo putrefacto. Me avergüenza pensar que me he valido de tu cuerpo para mis propios fines, sin dejar de despreciarte un momento. Sería cosa de retorcerle el cuello con la mayor indiferencia.

Ella sollozó tendiendo las manos.

—Por todo lo que acabo de decirte, aún te dejaría libre, Enriqueta, para que la justicia eterna te castigase cuando llegara el día; pero has cometido crímenes para los que no hay misericordia. Has actuado de espía, de malvada espía, no por patriotismo, sino para tus propios fines, sin saber guardar fielidad a ninguna de ambas partes beligerantes. ¡Cuántas veces no me has revelado secretos de tu primer marido! ¡Acaso te importa un comino que venza una nación u otra? No. Sólo te ha movido el sordido fin del lucro personal.

Hizo una pausa durante la cual quiso ella hablar, desencajada de furor, pero la contuvo.

—Tan poco piensas en la gran disputa que commueve al mundo, que crees que puedes hacer eso impunemente? Te prevengo que pronto lo pagarás; no soy el único que sabe tus manejos.

Se levantó del suelo, agitando la cabeza; para ella no había nada tan importante como que Verischenzenko, a quien adoraba, le hablase en aquel tono. Y otra vez se echó en sus brazos haciendo protestas de su amor.

La apartó él con visible disgusto y dió rienda suelta a la crueldad de su carácter.

—Amor! ¿Cómo te atreves a profanar el nombre del amor? No sabes lo que significa. Yo sí, y quería decírtelo para que te acuerdes. Amo a Amarillis Ardayre. Es la mujer de mi ideal, tierna, ponderada y fiel; a sus pies tengo siempre puesta toda mi vida. La amo con un amor que no pueden ni soñar las mujeres como tú, que sólo piensan en divertir a los sentidos. No olvides nunca que adoro y reverencio a esa mujer tanto como a ti te desprecio.

Enriqueta se retorcía gimiendo en el sofá donde había caído.

—Anda—prosiguió él con frialdad.— Ya no te necesito y mi coche espera en la calle; puedes servirte de él para volver al hotel. Mañana tendrás la última prueba del interés que me tomo por ti; esta noche puedes dormir.

Enriqueta lanzó un grito, presa de terror. ¿Qué quería decirle? Pero aun venció al miedo el loco pensamiento de verse abandonada, de tener que renunciar para siempre a las caricias de aquél hombre. Toda su vida se reducía a escombros. Se arrastró por el suelo y besó sus pies.

—¡Dueño mío, dueño mío! ¡Admiteme a tu lado! Seré tu esclava.

Mas Verischenzenko la apartó suavemente con el pie, y acercándose a la mesa cogió un cigarrillo y lo encendió mirando indiferente la desgraciada mujer que aún se retorcía en el suelo.

—Basta va de este drama insensato—y lanzó una bocanada de humo.—Te aconsejo que te vayas a la cama en seguida. Quizás otras noches no duermas en cama tan blanda.

De nuevo la acometió el miedo. ¿Por qué le decía eso? Se levantó y, apoyándose en la mesa, lo miró con ojos encendidos.

—¿Por qué no he de dormir siempre en cama blanda?— preguntó con aspera voz.

Verischenzenko rió roncamente.

—¿Quién sabe? La vida es muy azarosa en estos días. Pregúntaselo a tu amigo alemán.

Se tornó pálida como una aparición: empezaba a sentir el peligro. Sus afeites resaltaban como en la cara de un clown.

El ruso permaneció inalterable. Tocó el timbre y su criado, que ya estaba advertido, se presentó con el sobretodo y el sombrero y le ayudó a ponérselo.

—Yo acompañaré a la señora a recoger su abrigo—anunció el amo.—Espera hasta que salgamos.

Enriqueta no tuvo más remedio que seguirle al dormitorio. Estaba aturdida.

Verischenzenko abrió las puertas del icono sirviéndose de un cortapapel y se volvió a mirarla con ojos aniquilladores.

—Aquí tienes tu obra—le dijo, señalando a la imagen mutilada,—y por esto y por muchas otras cosas, Enriqueta, pagarás a buen precio. Y ahora ven, voy a dejarte al lado de tu amante y de tu esposo. Los dos estarán esperando tu regreso. Vamos.

Enriqueta se dejó caer al suelo y se negó a moverse, viéndole obligado Verischenzenko a llamar a su criado para levantarla con su ayuda, y mientras uno la sostenia, el otro le puso el abrigo. Entre los dos la arrastraron al automóvil, donde se sentó el ruso a su lado. El coche arrancó en dirección al Universal. Aquella noche la dejaría dormir tranquila, pero al día siguiente, a primera hora, informaría a las autoridades.

Ella permaneció encogida hasta cerca del hotel y de repente le echó los brazos al cuello y lo besó impetuosamente, sollozante de rabia y de terror:

—¡No te casarás con Amarillis! ¡Antes os mataré a los dos!

El sonrió. Vió ella que se burlaba y, súbita y fiera, le mordió en un brazo, aunque sus dientes se hincaron en la manga del abrigo.

Verischenzenko la apartó de un codazo, como a una rata.

—¡Nunca estas del todo oportuna, Enriqueta! Siempre un poco tarde. Ya llegamos y no querrás que tus admiradores, el concierge y los encargados del ascensor, te vean en tal estado. Echate el velo sobre la cara y sube a tus habitaciones sin llamar la atención. ¡Qué pases buena noche y... adiós!

Bajó del coche y con gesto burlón le ofreció la mano. El portero y la numerosa servidumbre del hotel los estaban mirando.

El ruso se inclinó e hizo ademán de besarse la mano.

—Buenas noches, Enriqueta. Que descanses bien.

Y volvió a subir al coche, que desapareció a toda marcha.

Ella vaciló un poco y se dirigió al ascensor. Pero apenas entró en él, se le juntaron dos hombres altos que la habían estado esperando y que luego la siguieron a sus habitaciones.

La doncella entreabrió la puerta, sacando la nariz para verlos pasar, y murmuró a Fou-Chou, llena de alegría:

—¡Se acaban para tí los palos, ángel mío! Tu María te ha salvado por fin.

\* \* \*

Cuando Verischenzenko volvió a su despacho, se puso a pensar de un lado a otro, y así estuvo durante media hora. Sentíase horriblemente excitado y esto le enfurecía contra sí mismo.

Denzil tenía razón. Ahora que llegaba el momento le parecía horrendo entregar una mujer a la muerte, aunque sus crímenes justificasen con exceso tal acto.

—¿Y qué era la muerte?

Para una mujer como Enriqueta, ¿qué significaba la muerte? Hundirse en el olvido por algún tiempo para renacer en una esfera de sufrimiento donde aprendiese el significado de las cosas? La ley sólo le anticiparía el favor de ponerla en condiciones de adquirir un alma.

No debía pensar más en ella, sino dominar sus nervios.

—¿Y quéería ahora de su propia vida? ¡Llegaría a buen fin el espíritu de libertad que trala agitado a su país, o desbordada la corriente revolucionaria se derramaría en ríos de

sangre, atropellando todo principio razonable?

¿Qué podría él hacer contra esta fuerza titánica si ahora no lograba dominarla?

Ante su vista devidente se ofrecía un cuadro desconsolador.

Pero su puesto estaba en Petrogrado hasta el final. Terminada la misión que le retenía fuera de Rusia, empezaba el movimiento que debía dirigir desde el propio terreno.

"El mundo siente la falta de libertad, Señor", se dijo, siguiendo sus borrascosos pensamientos, "pero en vano la esperamos, y no nos rendimos antes de nuestra codicia y egoísmo, de nuestra ignorancia y de nuestro apego a los bajos bienes materiales. Fronto cosecharemos el fruto de esta siembra. El sacrificio de Cristo, Dios y Hombre, bastó para el viejo mundo; mas ahora es necesario que nos purifiquemos por el holocausto de los mejores y más bravos de nuestros hermanos".

Se dejó caer en un sillón y se quedó inmóvil, contemplando las ascuas del hogar. ¿Qué cuadros se iban dibujando en las moviditas y agonizantes llamas? Naciones que se levantan proclamando la nueva religión del sentido común. La cultura hecha universal. Las grandes fuerzas y los principios fundamentales de la Naturaleza estudiados, descubiertos y aplicados por el hombre.

Para procurarse alimento.

Para producir la especie.

#### Y PARA EXTERMINAR A SU ENEMIGO.

Una espada brillante en la vaina, pero presta, un criterio sano, disciplinado y útil, su estímulo dirigido a nobles ideales, y la Inteligencia, Sumo Sacerdote de Dios.

Tal era la visión que le daba el fuego y que le hizo ponerse en pie y, con los brazos alzados, prorrumpir en una plegaria:

—¡Fuerza, Señor, dadnos fuerza! —Y musitó su oración favorita:

"Para que podamos subir—militantes armados de energía, de alma y de inspiración nuevas—los altos riscos donde el débil no vive; porque sólo al fuerte le es dado luchar, sufrir y vencer".

Luego sentóse a escribir a Denzil:

"Poseo las pruebas necesarias, amigo mío. Cásate con la señora de mi alma y hazla feliz. El hombre llega a ciertas etapas de su vida que requieren toda su voluntad. Espero que no me mostrare débil. Vuelvo inmediatamente a Rusia, cuyos acontecimientos me darán materia para emborronar varios capítulos de mis deshilvanadas memorias.

—"No hemos acabado aún. Ahora presiento que empieza mi vida."

Fernando se halla estrechamente complicado con Enriqueta; también caerá; solo es cuestión de tiempo. Y entonces, amigo Denzil, si los sucesos hubieran seguido su marcha natural, tú serías el cabeza de familia. Tendrás que apealar a toda tu filosofía para no dolerte de la situación que te ha creado tu hijo. Mírala honradamente, querido amigo, y comprenderás que es imposible oponerse al destino sin salir de alguna manera lesionado. Sólo entonces serás capaz de aceptar este caso con sentido común y pagar las ventajas obtenidas, sin resistencias inútiles. Ya has redimido parte de la culpa que te cupo por forzar el destino, con tus heridas y sufrimientos; ahora, veamos qué felicidad dejará gozar a un hombre este mundo agonizante.

"Mi bendición para vosotros dos y para el hijo de Ardayre.  
"Adiós por algún tiempo."

Apenas escrita la última línea, sonó el teléfono, cogió el auricular y oyó, enfurecida, la voz de Estanislao, que le llamaba.

Se habían llevado a Enriqueta a San Lázaro: su doncella la había denunciado. ¿Qué podía hacerse?

Una ola fresca de alivio inundó el alma de Verischenko. Se libraba, al fin, de ser el instrumento de la justicia.

¡Cómo dió gracias a Dios desde lo mas profundo de su ser!

Y le extrañó la ironía del caso.

Enriqueta pagaría con su vida los malos tratos dados a un perro.

Realmente eran maravillosos los arcanos del Omnipotente.

#### CAPITULO XXIII

Antes y después de juzgada, pasó Enriqueta en la cárcel días de horroso pavor, con intermitencias de incredulidad. No podía convencerse de que iba a morir.

Estanislao y Fernando, y hasta Verischenko, la salvarian.

Maldecía el duro lecho de San Lázaro, de las molestias que la rodeaban, de la fealdad del ambiente y hasta de las Hermanas de la Caridad.

Pasaba horas dando vueltas por la celda, como fiera encijalada, gruñendo frases inarticuladas, llamando a gritos a su marido y a sus amantes, y acababa por refugarse en un rincón temblando de miedo.

Sobre todo la exasperaba la idea de que Esteban se casa-

ría con Amarillis y serían felices. Más de una vez asomaron espumarajos de rabia a sus labios, pensando en esto.

Si hubiera podido coger a María, hubiese experimentado cierto consuelo arrancándole los ojos, porque Fernando Ardayre le había dicho que ella la entregó, después de reunir con paciencia y disimulo todas las pruebas para denunciarla.

Cuando Estanislao volvió del club, a donde lo hizo ir ella para poder cenar con Verischenko, supo que la habían cogido.

Estuvo a punto de morir de disgusto así que vió que nada podía remediarle, y ahora se hallaba gravemente enfermo de una *maison de santé*, y, por fortuna, inconsciente de lo que pasaba.

A Fernando Ardayre lo dejó anonadado el terrible golpe, Lo único que aún le quedaba fuerte en su débil naturaleza era su pasión por Enriqueta. ¡Y tenerla que perder de aquella manera!

Se sentía impotente para luchar contra el destino, incapaz de utilizar los medios a su alcance para commutar la pena de muerte, porque estaba demasiado complicado para dar ni un paso.

La vió en la cárcel, después de fallada la sentencia, entre barrotes y guardianes, y la horrible transformación operada en ella durante aquellos días lo dejó helado de pesar. Al día siguiente por la mañana había de morir, como mueren de ordinario los espías.

Estaba degredada, y su cara, privada de afeites, macilenta y descolorida.

Le imploró que la salvase.

La intensa pena de saberse impotente hacia de Fernando el símbolo de la desesperación, cuando súbitamente se le ocurrió una idea.

Podía aminorar la espantosa angustia de las últimas horas y aun lograr que fuese a la muerte tranquila y sin la idea de una escena espeluznante. Se acordó de "La Tosca": lo mismo podía repetirse ahora.

Con frases rotas le dió a entender que la salvaría, asegurándole que todo estaba preparado. Los fusiles sólo contendrían pólvora; mas ella debía simular la caída, como si estuviese muerta, y luego acudiría él, que ya los tendría a todos sobornados, y lo demás iría como una seda.

Con tal entusiasmo mintió, que Enriqueta, que se hubiera cogido a un hierro incandescente, quedó convencida. Debió vestirse y acicalarse lo mejor posible, para impresionar agradablemente a todas las personas que intervinesen en aquel simulacro, y cuando él la dejase, hablaría con el director de la cárcel sobre la conveniencia de darle una buena inyección de morfina, para que no perdiese la serenidad en el crítico momento. Aquella noche durmió felizmente hasta las cuatro, que la despertaron para que empezara a vestirse.

El narcótico, que efectivamente la inyectaron, había calmado todos sus terrores, y su instinto de comedianta hizo lo demás.

Se vistió y aderezó con mucho cuidado, embelleciéndose como en sus mejores días. En sus orejas lucían los pendientes de Estanislao, y también llevaba la sortija y el broche de Esteban.

La muerte le parecía algo imposible. Nunca vió morir a nadie.

Era un papel admirable el que tenía que representar, en la seguridad de que Fernando la salvaba. Debió mostrarse dulce con la pobre Hermana a quien hasta entonces había escarnecido.

¡Con tal que pudiera ver a Esteban otra vez! Porque ni Estanislao, ni su desgracia, ni su amor le preocupaban en absoluto. En cuanto se viese libre, ya encontraría algún camino para vengarse de Hans. Lo odiaba. Si no hubiese sido por él y por su carcelante Alto Mando y sus intrigas, aún estaría libre. Sus traiciones y sus crímenes ni siquiera le acudieron a la mente.

Todas las recriminaciones de Verischenko habían caído en oídos sordos. La morfina apenas la dejaba lo bastante consciente para actuar según sus instintos esenciales.

Pensaba que era una hermosa mujer que iba a representar el papel de protagonista en el último acto de un drama admirable. Nunca se conmovió en una hora solemne. Ahora mismo, sólo llenaba su cabeza de astucias y de coquetieras, pensando encantar a sus guardianes y ejecutores. Y, ya a su gusto peripuesta, salió imposible de la cárcel y subió al automóvil que la esperaba para trasladarla a Vicennes.

\* \* \*

Preferimos dejar el final de esta historia a la pluma de un soldado francés, testigo de vista, que dejó en sus memorias el relato de un episodio demasiado crudo para la nuestra.

"Domingo, a las once de la noche.

"Acabamos de llegar, después de disfrutar un día de permiso, cuando viene el suboficial ha decirnos que hemos de formar el piquete, mañana a primera hora, para la ejecución de la espía señora Boleski.

"Nos lo anuncia con su voz monótona, como hubiera dicho: "Mañana, revista de armas". Mas a nosotros, después de un día entero pasado lejos del cuartel, nos ha sentado co-

mo un retorno demasiado violento a la vida militar.

"Es necesario preparar inmediatamente nuestro equipo, lo cual resulta tarea fácil. Durante más de una hora estamos cepillando y dando lustre al correaje y a las hebillas. Casi son las dos de la madrugada cuando nos metemos en la cama.

"Algunos no podemos pegar los ojos; todos somos muchachos de diez y ocho a diez y nueve años; y la idea de ver matar a una mujer nos pone nerviosos.

"Lunes por la mañana.

"A las cuatro, diana. Nos vestimos apresuradamente, casi a oscuras.

"—Alineación derecha... De a dos.

"El suboficial pasa lista.

\* \* \*

"El destacamento avanza en la noche, con paso lento y cadencioso..., ese paso que da la peculiar impresión de fuerza reprimida y de concentrado poderío.

"Dejamos el castillo y ganamos las líneas de fortificación, que dan una idea exacta del frente, con sus trincheras, sus árboles cortados y sus carros abandonados.

"Y en medio de todo, nuestras siluetas con carabina, casco y mochila.

"Silencio absoluto.

"Nos detenemos..., avanzamos... y de pronto, cuando apunta el alba, llegamos a nuestro destino, que es el campo de las ejecuciones.

"—¡Alto! De a dos. Alineación derecha.

"Un ruido de armas. Y allí frente, a nosotros, a unos siete metros, descubrimos el poste.

"Hasta entonces apenas sentimos nada, sólo una impresión que nos tenía sobreexcitados, casi de curiosidad. Ahora siento la primera sacudida fuerte.

"—¡El poste! El simbolo de todas estas siniestras ceremonias. Un poste bajo, que no me llegaría al hombro, alzado frente al parapeto de tiro al blanco. Y pensar que casi cada lunes...

\* \* \*

"Las tropas forman el cuadro, perfectamente rectangular y uno de cuyos lados es el parapeto. Así esperamos, en el tierno amanecer, los acontecimientos. Uno tras otro, vemos acercarse varios automóviles, y a cada uno que llega nos hacemos la misma pregunta: "¿No será éste el de la condenada?"

"No; bajan periodistas, oficiales, abogados, y de un coche fúnebre sacan un ataúd.

"Los empleados de pompas fúnebres, que dentro de un momento colocarán allí un cadáver, rien y charlan, fumando mientras esperan. Son viejos *habitues*.

\* \* \*

"En la inmovilidad se nos apodera el frío. Se empieza a ver muy claro. La condenada debe llegar de un momento a otro, porque la ejecución está fijada para la salida del sol, precisamente.

"Los del pelotón cargan el fusil. Son doce: cuatro sargentos, cuatro cabos y cuatro soldados.

"Son cazadores de infantería.

\* \* \*

"De pronto aparecen dos automóviles, escoltados por una compañía de dragones.

"Ahora si que es ella.

"Se paran: el primero que desciende es un oficial, luego el commissaire del Gobierno, que ha condenado a muerte a la señora Boleski y ha entrado a despertarla una hora antes en su celda, el capitán relator y otros dos capitanes. Se abre el segundo coche: bajan dos gendarmes, una Hermana de San Lázaro—qué horrible "oficio" el de ella!—y, por fin, Enriqueta Boleski.

"Inmediatamente, acompañada de la religiosa y seguida de los gendarmes, entra en el cuadro que formamos.

"Hasta aquí no habíamos hecho otra cosa que esperar, preguntándonos si todo aquello nos afectaría a nosotros, mas ahora ya no hay duda. Interveniamos en aquel acto.

—¡Presenten armas!

"Todos rendimos honores a la muerta, pues se considera a una persona condenada como si ya estuviese muerta. Y las cornetas se ponen a tocar marcha: do sol do, sol do sol mi mi mi..."

"Tocan lenta, suavemente, con sordina.

"Enriqueta Boleski camina tan aprisa, que apenas puede seguir a su lado la Hermana. Es esbelta, hermosa, muy elegante. Un amplio sombrero del que cuelga un crespol floreado a su espalda y espléndidos pendientes. Traje negro y calzado primoroso.

"Mira a las tropas y al *piqueut d'exécution* con cierto desden, y luego sonríe gentilmente; es casi un fruncir de labios. La Hermana la toca con suavidad en la espalda, como para llamarla al orden; pero ella hace un gesto de indiferencia y se acerca al poste.

"Las cornetas suenan lugubres, lentas, cada vez más lentas.

"Se detiene frente a nosotros. No hace falta que nos mire como preguntando: "Os hace sentir algo todo esto?", porque estamos a punto de desmayar.

"—Despedir a una mujer para el otro mundo al son de las trompetas que no paran, pensar que dentro de seis segundos ya no vivirá, ya la vida no animará aquel cuerpo hermoso, creedme, es una emoción!

"Jamás se me había presentado el gran problema de la muerte con más fuerza.

"En el segundo de pasar frente a mí, recibi la más profunda impresión, aún más que en el momento de la descarga.

\* \* \*

"Enriqueta Boleski está junto al madero. Las cornetas cesan de plañir... La atan al palo flojamente, sólo para evitar una caída demasiado dura. Un gendarme se le presenta con una venda para los ojos, y ella la rechaza con desprecio.

"Entonces un oficial lee la sentencia. Enriqueta Boleski sonríe.

\* \* \*

"A diez metros se alinea el pelotón. El oficial acaba de leer la sentencia.

"La señora Boleski abraza a la Hermana de la Caridad, que está muy afligida, y hasta le dirige algunas palabras de consuelo. Todos se retiran del poste. El ayudante que manda el pelotón levanta su espada, los fusiles se encaran, dos segundos... y la espada cae.

\* \* \*

"¡Un saludo!

\* \* \*

"Enriqueta Boleski ya no existe.

"Su cuerpo escultural cae en tierra, e inmediatamente corre un ayudante de dragones, revólver en mano, y le da el golpe de gracia.

"—¡Sobre el hombro... armas! ¡Derecha...! De frente. ¡Marchen!

"Y desfilan ante el cadáver, mientras las cornetas reanudaban la marcha fúnebre.

"Enriqueta Boleski yace en tierra. Parece que duerme. Tan hermosa está.

"Una bala le ha traspasado el corazón—luego lo supimos—causándole la muerte instantánea.

"Toda la tropa ha desfilado ante ella.

"Volvemos al cuartel.

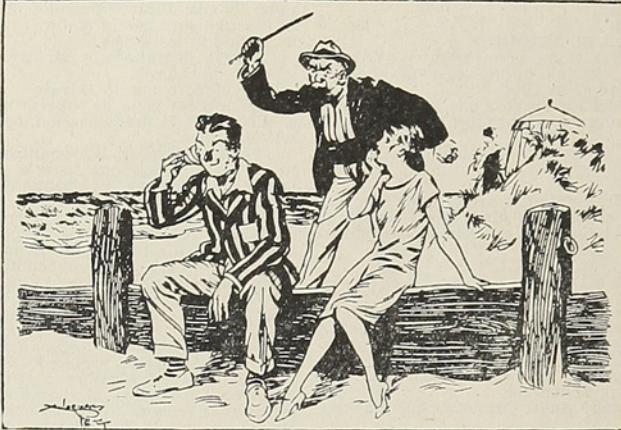
"Pero al penetrar en el patio, el sol se refleja en los altos ventanales de la fortaleza. Ya es de día."

\* \* \*

Así murió Enriqueta Boleski, a los treinta y siete años de edad, en lo más sabroso de la vida. Los tiempos no estaban para contemplaciones y sentimentalismos.

—Así mueren todos los espías!

F I N





*La gente chic fuma*  
**PICCARDO**



BIBLIOTECA NACIONAL  
CHILE  
SECCION  
DIARIOS, PERIODICOS Y  
REVISTAS CHILENAS

# CINZANO

VERMOUTH  
M.R.

